Jordi Cussà Balaguer

FORMENTERA LADY

La vida es así: un día todo y la mayoría miseria.

Niel, Ona y Àsia vivieron en los años ochenta una juventud frenética entre Cataluña y las islas Pitiusas. Gozaron sin mesura del sexo, la música y las drogas hasta que cayeron en el pozo de la adicción.

Treinta años después, instalados en el «tedio decepcionado de los cincuenta» y con muchas cicatrices en el alma, deciden revisitar esa época turbulenta mediante la escritura de un libro. Un libro que, con sus historias de tráficos grandes y pequeños, reencuentros mágicos y funestos, renaceres y recaídas, ofrece un retrato implacable de una generación que vivió al límite y pagó un alto precio por sus excesos.

Quince años después de debutar con *Caballos salvajes*, Jordi Cussà volvió a escribir en *Formentera lady* sobre los años rojos de la adicción pero, esta vez, con la mirada lúcida de aquellos que lograron sobrevivir.

Jordi Cussà

Formentera lady

al margen - 48

ePub r1.0
Titivillus 04.05.2023

Título original: *Formentera lady*
Jordi Cussà, 2015
Traducción: Jordi Cussà
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

El escritor tiene que ser más pequeño que la materia que explica. Debe ser aparente que la historia se le escapa por todos lados y que él solo recoge migajas. Quien lee goza del placer de la abundancia que rebosa por encima del escritor.
ERRI DE LUCA (Nápoles, 1950)

Que sea realidad o ficción, en realidad no tiene ninguna importancia. Lo único que cuenta es que aporte una brizna de verdad.
XESCO MARTÍNEZ (Badalona, 1990)

El secreto de la vida es como el arte de tirar una cerveza. Sin gas, ni es vida ni es cerveza, pero si te pasas con el tirador la mitad de la magia se te va en espuma.
DANIEL ALFALS (Gironella, 1961)

Yonquis o vegetarianos, tú y yo seremos una misma carne durante muchas vidas.
RAMONA PUBILL (Barcelona, 1963)

Si solo somos lo que hacemos, ¿qué coño somos cuando escogemos no hacer nada?
ANASTÀSIA TEROL (Manresa, 1959)

Cada día es más intensa la sensación de que ahora ya lo he entendido todo. Pero eso no me acerca ni un milímetro a una respuesta concreta sino más bien lo contrario.
NICOLAU D'ES TORRENT (Formentera, 1940)

La vida es así: un día todo y la mayoría miseria.
JOSEP SELOSCA (Sitges, 1956)

PRIMERA PARTE

ENTIERRO CON AUSENCIAS

Flowers today bloomin' by the pathway
linin' the edge of tomorrow's grave

HOT TUNA, Serpent of Dreams

En lo que se refiere al difunto, aunque esté de cuerpo presente, la esencia de un funeral es forzosamente su ausencia. Pero en el de Layla, Maribel Belcruz Fornosa, hubo otras igualmente inevitables y dolorosas. Por lo menos para los coprotagonistas de la desgracia, Cristóbal Martillo Mancha, alias Cristo; Pep Peral Borja, alias Perla, y yo mismo, Daniel Alfals Colltort, alias Niel.

Para justificarlas es necesario revelar, como diría el poeta, la magnitud de la tragedia. La noche del domingo salimos los cuatro de fiesta. La habíamos empezado después de cenar repartiéndonos una pirámide rosa (LSD *made in Amsterdam*). Estábamos en el Clown's, como de costumbre, un pub pequeño pero con pedigrí en el corazón secreto de Vic, donde Cristo trabajaba de encargado y Layla de discjóquey. Y la habíamos continuado después de cerrar con un par de tiras y pitillos de *speedball* (heroína y cocaína mezcladas con sabiduría). En esa época, Layla y yo aún no pasábamos de eso que los eruditos denominan politoxicómanos, o sea que nos metíamos de todo según el sesgo del día y el flequillo de la luna. Yo era un devoto de los ácidos, cuanto más lisérgicos mejor, y acostumbraba a tener porque Pirri me los dejaba fiados y a buen precio. Perla ya llevaba un par de años montando a caballo, e incluso lo había catado en vena unas cuantas veces, pero mantenía su pasión por el kif, el libanés rojo y el polen doble cero, que pillaba a un legionario de Ceuta que se traía un kilito cada vez que venía. Layla, con diecinueve veranos recién cumplidos, todavía no sabía hacia qué precipicio inclinarse, pero lo buscaba sin temor ni reserva. Solo le daba un poco de miedo (y por tanto morbo) el caballo, también

llamado *horse*, jaco, burro, polvo o heroína, que también era la fiesta favorita de Cristo desde hacía ocho o diez meses. A excepción de Perla, que debía de estar bastante más enganchado de lo que imaginábamos, no éramos yonquis en ningún sentido, ni tan siquiera adictos, únicamente eso que denominan politoxicómanos.

Perla y yo currábamos en el taller del Mamón Cabrón (un gilipollas que se llamaba Ramón Carbón, pero no merecía nombre alguno ni como jefe ni como persona). Yo atendía la oficina hasta donde llegaban mis conocimientos, y Perla era el único mecánico de la casa que sabía qué tocaba, en referencia a las motos. En realidad, el círculo del
Clown's
había germinado en el taller, porque Cristo tenía una Bultaco voladora y era un cliente fijo del Cabrón. Y el círculo, finalmente, se había cerrado con la misma pasión pero sobre cuatro ruedas, ya que Cristóbal también volaba por las carreteras de la comarca y del resto del mundo con un errecinco turbo recién estrenado. Que fuera de color rojo coagulado es una de esas casualidades que, con un poco de imaginación, se pueden considerar premoniciones.

Empezamos a redactar la esquela a las cuatro y media de la madrugada, después de cargar neveras, fregar el local y celebrarlo con una ronda de canutillos de kif color caca de la vaca, y otra de rayitas de un burro que parecía colacao. Layla, una genia de los discjóqueys, gozaba de lo lindo vacilando con los platos más allá de lo que podía hacer en público: en una sola música, mezclaba Beatles con Focus o con Pink Floyd; Jim Morrison con Janis Joplin, y King Crimson con Fusioon o Música Dispersa. Perla y yo disputábamos un campeonato de dardos con billetes marrones de cien doblados bajo los alambres de la diana, y yo me llevaba una paliza sin dolor, puesto que al final entre todos nos lo gastaríamos todo. Cuando Cristo terminó de hacer caja y hubo guardado el dinero, dijo que nos invitaba a desayunar churros con alba en la playa de la Barceloneta.

Los lunes eran el descanso semanal del pub, y nosotros, que los sábados trabajábamos como nunca y plegábamos a las mil, habíamos conseguido que el Mamón Cabrón nos diera fiesta la mañana de los de lunes. De modo que a la playa, patos.

Interludio en la Barceloneta: alucinación desnuda

She stands before you naked
you can see it, you can taste it

LEONARD COHEN, Light as the Breeze

La veo y no me lo creo. Son las menos cuarto de una aurora de octubre más bien ventosa, y Cristóbal y Layla se han resguardado detrás del labio inferior de una barca varada para darse calor y placer. Si no estuviera tan colocado quizá tendría una pizca de celos, porque Layla me gusta desde hace días, pero nunca encuentro el modo de dárselo a entender. Perla se ha escondido de espaldas a la espalda de la misma barca, obsesionado en liar otro peta de kif para descifrar el significado preciso de la media docena de nubes que, como bailarinas en el escenario, se columpian frente al telón azul turbio (según él, cada nube es una idea y el kif, la clave del enigma).

La veo y no me lo creo. Creo, cuando la veo elevándose entre las olas metálicas, que es una alucinación condicionada. Como el reflejo de Pávlov. O el dicho resabido de la yaya: quien tiene hambre sueña pan, y quien está en celo sueña con una modelo. Como esa figura, sirena, persona, que ahora sale del agua, nadando, chapoteando, hasta ponerse en pie y andar. Desnuda como una anchoa y no mucho más tetuda, viva contra el gris de fondo como un pez de carne con piernas.

—Hola —me dice como si nada, recogiendo una toalla que yo no había detectado—. ¿No tendrás un cigarrillo, por casualidad?

Le ofrezco el paquete poniéndome de rodillas con gesto estrábico, contemplando sus labios con un ojo mientras el otro le espía los otros labios. Se sacude el pelo, se seca las manos, antes de atarse la toalla a la cintura.

—¿Qué te pasa, chico? ¿No habías visto nunca un coñito al natural?

Tardo un segundo en encontrar palabras adecuadas porque sus tetas también son francamente interesantes. Lisas como el lomo de un delfín, compactas como carne de salmón y con forma de mejillón.

—No. Tan bien afeitado, no.

Se puso una camiseta holgada descolorida, y sentó sus deliciosas nalgas sobre la arena. Mientras se secaba el pelo, compartimos cinco minutos de charla, una cerveza tibia y medio canuto de kif. Me presenté como Daniel, alias Niel, y contestó que ella se llamaba Ramona, alias Ona. Teniendo en cuenta cómo nos habíamos conocido, me pareció muy apropiado. Me planteé si era mejor conformarme con el número de teléfono y una cita improbable, o proponerle ir a pasear playa y buscar la oportunidad de invitarla a algo más sobre la marcha.

Inesperadamente, detrás de la barca saltó una chispa de discusión, y Layla interrumpió los arrumacos levantándose con una maldición en los labios, la cara roja y los tejanos desabrochados. Mientras se subía la cremallera, Cristo emergió y la abrazó por la espalda para susurrarle algo al oído. Pero Layla estaba cabreada de verdad: giró sobre sus pies y lo empujó hacia atrás con ambas manos. Él tropezó con sus botas, que había dejado junto a la barca, y cayó de culo sobre la arena como un payaso. Perla soltó una risotada y yo disimulé dos. Ona nos observaba como si fuéramos de otro planeta y Cristo, cuando la vio, aún se encabronó más.

—¡Me cago'n todo! —escupió, levantándose de un salto con ganas de devolver el golpe. Pero era quince centímetros más alto que Layla y eso lo frenó en seco mientras se limpiaba dos granos de arena de un labio con el dorso de la mano—. Yo me las piro. Y vosotros, ¿qué? ¿Vais a venir o preferís quedaros?

Se dirigía exclusivamente a Perla y a mí, y decidí aclarar las cosas.

—Si quieres irte, nos vamos. Pero los cuatro.

Cristóbal miró a Layla, que dos minutos antes le hacía babear, como si fuera un ratoncito de cloaca.

—Larguémonos de una puta vez —repitió, recogiendo sus botas y su chaqueta, y pateando hacia las baldosas.

—Yo, mejor cojo un tren —murmuró Layla, dudando entre romper a reír o fundirse en lágrimas.

—Déjate de hostias —exclamé—. Me pondré yo delante para que la sangre no llegue al río.

Me despedí de Ona la hechicera mucho más de prisa de lo que hubiese querido, prometiéndome que conservaría la primera visión

en la retina hasta la siguiente oportunidad. Cuando llegué al errecinco, el propietario de la máquina estaba de un humor de perros y a punto de dejarme tirado allí. Me instalé en el asiento del copiloto porque Layla ya estaba detrás, al lado de Perla, que liaba canutillos como de costumbre, ajeno como de costumbre a la tensión ambiental.

—¿Qué tal un poco de Gigi? —pregunté a Cristo, para suavizar su mala leche.

—Okey.

Puse el *Okie* de J. J. Cale en el casete, un pioneer con altavoces y ecualizador que debía de valer tres meses de sueldo (por lo menos del mío). Entonces la moda era esa y quien no podía pagarse un loro guapo para el coche, normalmente lo robaba a alguien que se pudiera comprar otro. Perla, que leía autores comunistas para ligar (¿?) sin comprenderlos tan siquiera en el sentido más común, aseguraba que era una praxis contemporánea de redistribución de la riqueza. Cristo me pasó la papela de burro para que preparase un par de cigarrillos. Cuando enfilamos la carretera, la calma se impuso junto a la música cajún, con la luz legañosa de la mañana recién parida, bajo el embrujo del cansancio y de todas las drogas que nos habíamos metido.

Unos años después, trabajé una temporada en el departamento de siniestros de la agencia de seguros de mi hermano y aprendí a analizar los accidentes viarios con ojo científico; por eso me veo capaz de intentar una reconstrucción del choque. Yo tenía mi trasto, otro errecinco pero amarillo, sin turbo y diez años más viejo, justo enfrente del pub, y pensaba acompañar a Layla para arriesgarme a una seducción de último momento, si saltaba la chispa. Cris, no obstante, nos sorprendió saliendo de la nacional para ir a casa de Layla y no dijimos nada. Primero pensé que quería mostrarle buena voluntad, y después que quizá quería quedarse con nosotros para seguir con la fiesta (todavía) un rato más.

Cristóbal era un piloto excepcional, conocía la carretera y el coche como si los hubiese parido, y le gustaba arrimarse a las cunetas como en los ralis. Cabe añadir, porque es verdad, que nunca había sufrido un accidente digno de mención, y que aquel día probablemente tampoco lo habría tenido si no nos hubiéramos tropezado con el autobús escolar, mini pero enorme, en la curva de

la riera. El giro era a mano derecha, de modo que intentar corregir la inercia y pasar por el carril de la derecha como dicta la ley era absolutamente imposible. Cristo, para no empotrarse de cara contra el morro del bus, además de frenar y reducir hasta donde le fue posible, logró desviar su bólido ligeramente a la izquierda con la esperanza de esconderse en la cuneta del otro lado antes de llegar al puente. Quizá lo habría conseguido si el autobús, en plena curva, no hubiese golpeado el lateral posterior de aquella mancha roja fulgurante. Estoy casi convencido de que fue ese primer impacto el que le costó la vida a Layla, que se habría sentado delante si no se hubiese peleado con Cristóbal. Entonces el primer difunto habría sido yo, probablemente. Los accidentes son así: una trama de pequeñas coincidencias que apuntan a un único desastre.

El autobús, con una docena de criaturas a bordo, logró frenar completamente después de la gran hostia, atravesado en mitad de la curva y con el morro a dos palmos de un margen vertical. El errecinco turbo, derrapando y fuera de control, rebotó contra una barandilla de ladrillo centenaria, donde se empotró en diagonal desde el faro izquierdo hasta el cambio de marchas. Este segundo choque, a ochenta como poco, fue el que dejó a Cristo en coma y con la pierna derecha destrozada, y el que resquebrajó a Perla tres cervicales y una ceja. Yo, que viajaba en el asiento «de la muerte» sin cinturón, salí disparado como una bala a través del parabrisas, aterricé a ocho o diez metros y me libré, porque el padre Caos así lo quiso, con una clavícula rota y veinte puntos, que todavía resultan visibles, repartidos por toda la cara.

Layla, como he dicho, murió ese lunes de octubre sobre las ocho y media de la mañana. Probablemente en el choque mismo y sin llegar a comprender qué sucedía, qué le había sucedido. Cristóbal también murió, ocho días después, sin salir del coma. Afortunadamente, a mi parecer, porque la muerte de Layla lo habría matado dos veces. Yo, que tan bien me había librado en el aspecto físico, quizás fui el más perjudicado en el emocional, y lo solucioné con un acelerón, más desenfrenado cada día, hacia el precipicio del ácido y la heroína. El único que obtuvo un beneficio colateral, aunque fuera a medio plazo, fue Perla. Como si la sacudida le hubiese recolocado las ideas en su sitio de golpe y porrazo, decidió no tomar drogas duras nunca más. Y para asegurarse, cuando tuvo

las cervicales debidamente soldadas, aceptó una invitación de su hermano mayor a darse el piro a Nápoles a currar en un taller de motos de competición.

Y así fue como en el entierro de Layla, además de su ausencia, también se comentó bastante la nuestra. Cristóbal, por su coma y aparte; yo, por los puntos en la puta cara, y Perla, por todos los suspensivos. Alguien dirá, sin duda, que lo hacíamos todo tan mal como sabíamos. Yo ahora le daría una buena parte de razón (creo que, en realidad, a veces tensábamos la cuerda adrede para ver hasta dónde resistía), pero no podemos olvidar que «*només teníem vint anys… y no en sabíem més*».

Interludio Perla: Abstinente en Quartieri Spagnoli

On the first part of the journey
I was looking at all the life

AMERICA, A Horse with no Name

Hace veinticuatro horas, justas y putas, que he aparcado el culo en Nápoles. Crujido todavía por la tortura del autobús, aprovecho la excusa de un cafetito para salir a dar una vuelta por el barrio. Mi hermano mayor, Antoni el sensato, me ha advertido repetidamente que es uno de los más quemados de Nápoles y que me voy a encontrar un traficante cada cuatro pasos.

Son las tres. He comido solito un plato de macarrones con tomate y mozzarella, y bajo las escaleras como un corzo y echo a andar como un pajarito. Reparo en los camellitos de reojo: dos que parlotean en la esquina interior del chaflán; tres que juegan a cartas en el banco de la placita; un larguirucho que, mientras hojea un periódico deportivo, controla medio mundo desde un taburete plantado a la entrada de un bar donde, mira tú qué cosa, no hay clientes ni camareros. Aparto la mirada cuando él me mira y sigo mi camino sin prisas ni angustias, pulsando acompasadamente las notas de la fuga.

Tenía que huir de un solo volantazo de aquel accidente brutal, de la muerte de Layla y Cristo, y del jaco y las pirámides. Una idea trae otra y me acuerdo del imbécil de Niel: tanto que vale y se va a

destruir él solito en cuatro días. A veces aún sueño que, cuando esté limpio e instalado en este mundo que hoy estreno, lo convenceré para que venga y se haga uno a su medida. Pero no sé de qué demonios le voy a encontrar trabajo, ya que de motos no sabe ni conducirlas. Alguien a mano derecha, cuando ya no pensaba en ello, me pregunta en un inglés infrahumano si quiero coca guapa o caballito purasangre. Reprimo el gesto de responder que no, ni siquiera con la cabeza, y continúo adelante, acelerando un poco el paso sin querer mientras clavo la mirada en el óvalo de algodón casi perfecto que corona un campanario en el extremo de la calle.

Toni me ha contado que en Nápoles hay tantas iglesias, tantas, que han vendido o alquilado algunas y ahora son centros de ocio o incluso de vicio. La que sostiene el campanario que sostiene el óvalo de algodón, si los carteles del exterior no mienten, es un teatro donde esta misma noche van a representar una obra que no me suena de nada. Quiero ir al mar, salir del enjambre de habitáculos humanos, de esta micrometrópolis europea tan africanizada. Creo que Niel, el literato en potencia, lo habría dicho más o menos así.

Cierto: lo primero que me ha sorprendido de Nápoles, no negativamente pero un poco a la defensiva, es la cantidad de magrebíes y africanos que hay. Por lo menos en este barrio, claro, donde aprovechan patios y plazas para tender sus mantas llenas de bolsos, guantes, pañuelos, tallas manufacturadas, discos, videos y cartones de cigarrillos. También es diferente el paisaje sonoro y olfativo: más especiado, más intenso, más rico y matizado. Me trae recuerdos de un viaje relámpago a Londres que hicimos el año pasado, cuando Layla (añorada Maribel) tuvo que abortar de un polvo ocasional con un anónimo afortunado, y nos perdimos en un distrito hindú. Todos los comercios eran indios o paquistaníes; todo el mundo o casi (y especialmente las mujeres) vestía al estilo del subcontinente asiático y el aroma embriagador del curri lo envolvía todo. Como un emplazamiento social importado de la Perla de la Corona ahora incrustado en la capital del Imperio. Sigo andando un poco molesto con el hilo de mi pensamiento, porque preferiría no pensar: solo mirar, escuchar, absorber el paisanaje. Pero quizá sea precisamente eso lo que hago sin darme cuenta, paso a paso, iglesia tras iglesia.

Llego al mar. Lo noto, una vez más, por el olor. Después, porque intuyo una mancha de un azul impreciso al final de la calle, bajo las sábanas Rossellini, tendidas de balcón a balcón. Cinco minutos más tarde, para tocarme las pelotas, se me ocurre la estupidez de que este mismo mar cetáceo también besa, moja, rebota, contra la playa de la Barceloneta. Me he preguntado mil veces, y daría un dedo por no reincidir, qué habría sucedido si Cristóbal y Layla no se hubiesen peleado mientras hacían manitas. También me he preguntado mil veces (y ya nunca lo descubriremos) por qué se pelearon exactamente. Ya sé que este tipo de preguntas solo provocan más preguntas, y que nosotros, o sea los vivos, no tenemos por qué meter las narices.

Navego de cara al Castel dell'Ovo, que cierra el arco del litoral como una boya de piedra enorme, discurriendo a lo largo de un paseo larguísimo, tres o cuatro metros por encima del mar y a diez o doce de distancia. Pero la Barceloneta me ha estropeado el momento y al final llego a la conclusión de que he venido solamente para olisquear el agua salobre, reencontrar la añoranza y sollozar un poquito. Me siento en un banco de piedra porque casualmente está vacío. Una nube gruesa con forma de explosión atómica se planta delante del sol, y el sol lo compensa irradiando un sagrado corazón de láser a su alrededor. Seguro que con un buen canuto de kif le encontraría significados trascendentales. Pero Toni me tiene jurado en la abstinencia pura y dura, y las nubes solo me ayudan a soltar la primera lágrima.

—*Eio, tu! Chi sei, tu?*

El tío que me asalta así no pasa de un metro sesenta, pero, por el tono, marca paquete.

—Soy el hermano de Toni Peral, el de las motos. Estamos en casa del señor Grandolfo, en el *vico*…

—Eso ya lo sé, hombre —replica impaciente—. Eres un mecánico de cine y has venido a currar con tu hermano. Pero tú eres yonqui.

Abro la boca para protestar. Que sí o que no o qué te has creído. Pero no me sale nada.

—Yonqui, yonqui, no —tartamudeo finalmente, ya rendido.

—Pues debes fumártelo o esnifado. Tienes una pinta de yonqui que corta el acero, tío.

Sonrío. Su napolitano sin concesiones, paradójicamente, me resulta perfectamente comprensible. Agacho la cabeza. Con un italiano relleno de catalanadas y castellanismos, replico:

—Pues sí. He esnifado un poco desde hace un par de años. Pero te aseguro que he venido a portarme bien. A dejarlo y punto.

Ahora quien sonríe es él. Bueno, primero sonríe y al final acaba soltando una risotada, también gestual, que llama la atención de los transeúntes.

—¿Aquí? ¿En los Quartieri has venido a dejar el caballito, chaval? ¡Qué cojones!

Y por si *coglioni* no me queda suficientemente claro, acompaña la exclamación meciéndose los testículos con ambas manos.

Insisto que sí, que tengo que portarme bien *per coglioni*, porque si no, mi hermano me los cortará. El intruso sigue riendo y, cogiéndome por un codo, me lleva hacia el bar desierto, donde ahora el larguirucho está sentado en la barra con una birra muerta al lado de un periódico deportivo.

—*Eio, Rizzo* —vocea mi nuevo amigo cuando entramos—. ¿Sabes qué dice este pececito? ¡Que ha venido a los Quartieri a dejar el *horse*!

Rizzo se levanta iluminado, como un muñeco de trapo repentinamente animado, y se mece los testículos igual que su colega antes de ofrecerme una mano osuda y fuerte.

—Pues los tienes muy bien puestos. ¿Eres tú el especialista en motos de Barcelona?

Por primera vez en la vida, me precede una fama inexacta pero favorable. Mientras tanto, el intruso que me ha abordado, Piero de nombre y primo de Rizzo, ha pedido tres *nastros* a un camarero calvo y obeso que solo de milagro consigue moverse en la trinchera de la barra.

Reprise Daniel

De aquellos meses en Nápoles, y del tal Pierino en concreto, Perla me contó un centenar de anécdotas las siguientes Navidades, que los dos hermanos mecánicos vinieron a celebrar al corral familiar. La primera era representativa del personaje, pero parecía tan literaria que Perla tuvo que jurarme tres veces que se trataba de la verdad desnuda. Resulta que Pierino era una especie de capitán de guardia y controlaba a la tropa de la zona, y que el mismo día que se habían conocido, en el bar del camarero obeso, había dado instrucciones a su primo el larguirucho y a tres o cuatro colegas más que entraron a refrescarse el gaznate, que al mecánico catalán podían venderle cualquier clase de hachís sin engaños, pero nada de coca y mucho menos jaco.

La segunda era que un sábado al mes se lo llevaba a su queo, sobre el litoral resquebrajado de Marechiaro, a comer con su mujer y sus dos churumbeles, para que por la tarde le repasara los coches de la familia, dos, y especialmente las cuatro motos. Una maravilla de la modernidad de Piero, una antigualla de un vecino sin nombre ni cara, y dos monstruos millonarios del comandante de zona, un tal Sandro, que protegía y vigilaba al capitán de distrito. Mientras Perla trabajaba en el garaje, con el olor del Mediterráneo en la pituitaria y el regusto de *le vongole* en el buche, los dos mafiosos liaban cigarrillos de un libanés rojo espléndido que Perla no se podía permitir, si no por Toni, por la pasta. Lo invitaban siempre, desde luego, y cuando se dieron cuenta de que lo apreciaba, en vez de pagarle el curro con resina marroquí, se lo solían pagar con chicles generosos de libanés rojo.

Según contaba, Perla lo saboreaba especialmente entre semana. Decía que le encantaba currar todo el día de ocho a cinco, y al anochecer, después de una ducha, fumarse un par de cañas de esa gomita. Pero entonces, un día, para probarlo, Pierino tiró un par de rayitas de burrito de una muestra que le había traído Sandro, e

invitó al mecánico. Perla me contó que se acercó al espejito, después de un embarazo entero de abstinencia, y que solo de verlo notó una arcada de vómito en la boca del estómago que le revolvió las membranas del alma. Respondió que prefería una cerveza y medio canuto, y Pierino, después de darle ambas cosas, le aclaró que, si hubiese aceptado, además de la raya le habría hecho la cruz.

—En realidad, he querido ponerte a prueba porque quiero hacerte una propuesta, pero como aún no tengo la pasta a punto será mejor que no te haga propaganda del sofrito.

Perla sobreentendió que se refería a algún tipo de contrabando de drogas y le respondió que por favor no se enfadara, pero que había terminado con todo eso. Y Pierino estalló en risotadas como un campanario.

—No seas tonto, Perla. De mulas, camellos y palomos mensajeros, buenos y regulares, tengo tres agendas llenas. Un mecánico fino como tú, por el contrario, es un amigo que no tiene precio.

Para agradecer estas demostraciones de simpatía, Perla invitó a Piero a cenar a su casa, pero aquello aparentemente quedaba fuera del protocolo del barrio, y ni al señor Grandolfo ni a Toni les habría gustado ni un pelo. En opinión de Perla, que seguía con la manía de los filósofos socialistas y se peleaba con Gramsci y Pasolini, la sociedad napolitana se estructura en segmentos perfectamente delimitados. De tal modo que los que pertenecen a una mafia o trafican con drogas duras pueden gozar del poder de un cardenal, o de las miserias de una rata, pero rara vez salen del segmento preasignado. Y lo mismo se puede afirmar acerca de los tenderos, los empresarios, los funcionarios y los currantes: pueden trepar hasta la cima de la opulencia o retroceder hasta el infierno de la ruina, pero casi siempre dentro de los márgenes de la franja social correspondiente.

Otra anécdota, rotundamente Rossellini pero contemporánea, se dio una tarde cuando Piero lo llamó desde el bar para avisarlo de que si quería algo se espabilara, porque al día siguiente había redada y ellos se cogerían fiesta.

—¿Redada? ¿Cómo que una redada?

Piero le miró como si fuese un niño.

—Pues que vendrá un regimiento de policía y ocupará el barrio.

Los podrás ver desde tu balconcito, pero no rondes por las calles porque, como nosotros no estaremos, para llenar el expediente se llevarán al primero que pillen.

—Y tú… ¿cómo lo sabes, que vendrán mañana?

Mientras pedía dos birras con un signo de la victoria, Pierino miró al mecánico como si, en vez de *catalano*, fuera selenita.

—Perla, amigo mío —dijo—. Ese es mi trabajo. Y tengo que hacerlo bien, muy bien, porque en este ramo solo puedes meter la pata un par de veces.

Al mediodía del día siguiente (sábado), la policía invadió literalmente la mitad sur del barrio. Llegaron a las doce y cuarto con las sirenas a todo trapo y los faros encendidos. Esparcieron a un centenar de agentes para pescar a una docena de angulas inmigradas, turistas desorientados y aborígenes idiotas que buscaban una dosis matamonos. Pierino debía de estar en su casa, con su mujer, o navegando en el velero de Sandro, pero Rizzo y la mayoría de repartidores habituales habían salido al balcón como Perla, y contemplaban el espectáculo fumándose un cigarrillo.

Pocos días después se produjo otra casualidad típica del lugar. Un sábado por la noche que tenía invitados, Perla cometió la imprudencia de dejar encima de la mesa la china de libanés de la semana. Al día siguiente, desesperado, descubrió que se había transformado en humo, como las tristezas de Sisa. Un domingo precisamente, cuando los detallistas no aterrizaban hasta media tarde, y ese domingo precisamente, que había quedado con Francesca, una insinuación de novia bastante fumeta, para pasar el día en la playa y regalarse un concierto de Police al anochecer. Cogió cien mil liras (algo menos de nueve mil pesetas) y bajó a la calle a buscar un milagro. El barrio dormía o estaba de vacaciones. El único establecimiento abierto era un minisupermercado, que repartía pan y leche no embotellada; y el único traficante era la matrona, que vendía cigarrillos en el rincón del portal de la iglesia. Perla entró primero en el supermercado, porque había una barra minúscula y servían café, y se tragó un cortado con los nervios de punta, sin perder de vista el espacio exterior. No preguntó nada a los dependientes, eso jamás, ya que solo habría conseguido un moco y malas caras. Dio un par de vueltas arriba y abajo, fumándose un cigarrillo cargado de angustia porque el reloj se le encogía, y el

concierto sin un par de porros sería un desastre.

Sabía dónde vivía Rizzo, claro, y también dónde vivía Pierino. Pero no podía llamar de ningún modo a casa del uno, que vivía con sus padres y no aceptaba visitas, ni presentarse en casa del otro, un domingo al mediodía, a mendigar cuatro canutos. Qué mierda, señor Perla, me contó que se repetía sin parar, eso de depender de una jodida sustancia para disfrutar plenamente de la vida.

AI final decidió ir a comprar tabaco, para hacer tiempo mientras barruntaba qué. Se acordó de que, un poco más arriba en el mismo barrio, en la zona donde los negros servían a los negros y a los extranjeros, había uno de guardia en una casa deshabitada. El problema era que coca y jaco tenía siempre, pero hachís no. Se le ocurrió la locura de invertir el capital en burro y superar el síndrome por elevación. Después de ocho meses de no catarlo ni en sueños (por así decir, puesto que, en sueños, todos los abstinentes lo toman, frecuente y dolorosamente).

Perla dijo que no tenía ni idea de qué habría hecho al final, porque la casa deshabitada estaba tan llena de ratas que daba miedo, pero mientras compraba dos paquetes de Marlboro brasileño, le ahorraron la decisión. En Nápoles en general y especialmente en barrios como Quartieri Spagnoli, los cigarrillos se vendían en gran parte en la calle y de contrabando. Normalmente eran muy gustosos, frescos de textura y de sabor intenso, y solían proceder de Venezuela, Brasil y Perú, pero también de Kenia, Tanzania y Sudáfrica. Mientras abonaba la compra a la matrona, que no tendría más de cuarenta tacos pero vestía como una viuda de sesenta, apareció un chaval de quince con una vespa trucada y una bolsa de lona. Dejó la bolsa a los pies de la matrona y miró a Perla con una pregunta muda en la cara. O quizás era él quien miraba al chico de la vespa con una pregunta sorda, porque aquel abejorro era el hermano pequeño de Rizzo y, con un poco de suerte, le podía solucionar el problema.

Se le acercó y le explicó la situación. El chaval soltó una risita feliz y respondió que noproblem. Rizzo estaba con su novia, dijo, y no podían molestarlo por cien mil liras, claro, pero él sabía dónde encontrar mierdecilla, igual de buena o mejor, a cinco minutos de vespa. El único obstáculo, por así llamarlo, era que tenía que darle la pasta por adelantado.

Todos los adictos, por poco que lo seamos, sabemos que nunca se debe adelantar la plata, pero cuando crecemos también aprendemos que, si vas apurado y quieren colarte una pirula, te joderán seguro. Perla le dio el capital acordado y quedaron, diez minutos más tarde, delante del único bareto del vecindario que finalmente se había levantado. Media hora después, se acercó a la cabina para avisar a Francesca de que se retrasaría un poco: tengo una rueda pinchada, le dijo, ajustando los sucesos a una mentira metafórica. Y media hora después, salió del bar harto de cerveza tibia y masticando entre mandíbulas el sabor de la derrota.

En el cruce, se detuvo calibrando la posibilidad de abordar directamente a la vendedora de tabaco acerca del mocoso de la vespa, a pesar del temor a que lo mandara a *culo fa'n* y le montara un pollo. Por suerte, le ahorraron también esa decisión porque en aquel momento, en el cabrio de los domingos (entre semana casi siempre tiraba de moto), apareció Pierino, psicólogo sin título que le captó el cabreo en el acto.

—¿Qué te pasa, Perla? Parece que tengas una ostra encallada en la nuez.

Aunque le daba vergüenza, porque las pirulas cada cual se las traga como puede, le resumió la película en un par de frases. Tamborileando con tres dedos sobre el volante, Piero esponjó su sonrisa como si fuera el patrón de los fumetas extraviados y le indicó que subiera al coche con la barbilla. Perla dudó un segundo, espiando el reloj a pesar suyo, y Pierino repitió el gesto levantándose las gafas de sol para remarcar el contexto. Recorrieron cincuenta metros escasos y Piero aparcó, con dos ruedas sobre la acera y las otras dos en cualquier sitio, como de costumbre. Le dijo a Perla que lo esperara un momento, recogió una bolsa de deporte del portaequipaje y se escurrió dentro de un hormiguero laberíntico de habitáculos, ocupados o vacíos, donde todo el mundo sabía que guardaban todo lo que les interesaba guardar. Perla se quedó en el cabrio como si fuese de verdad un personaje más del barrio, admirado de cómo podía cambiar la mala luna de alguien a pleno sol por la simple aparición de un meteorito como Pierino. Aunque sea cierto que aquella balada de Paolo Conte, antigua y melosa, y el marantz cuadrafónico que la expandía, podían alegrar a una piedra

depresiva.

Una buena piedra, de nepalí y nada depresiva, fue la torna que le dio Pierino a cambio de la pirula. Perla, catalán de payés, insistió dos o tres veces en pagársela aunque tuviera que subir a casa a buscar pasta, pero el urbícola de Marechiaro puso cara de enojo.

—Yo no vendo drogas al detalle. Y chocolate menos. Esto es un regalo y no admite pago.

Perla le dio las gracias a la napolitana, levantando la barbilla y girando un dedo junto a la mejilla, y Piero contestó con la inflexión de un *Padrino* sabelotodo.

—Ya me daba mala espina, el primito Pirlo. No te preocupes: le cobraré la pieza entera.

Cuando ya se había dado la vuelta, feliz por su estrella, Perla retrocedió para dárselas de buena persona.

—No lo aprietes demasiado, Pierino. Todos sabemos qué es una pirula.

Y él, que se había puesto las Ray-Ban otra vez y tenía el embrague a punto, torció el cuello al estilo James Dean.

—Tienes buen corazón, Perla. Pero deberías saber que hay personas con quien se puede negociar, y personajes a los que se puede hacer una pirula.

Perla se despidió echando la coronilla hacia atrás y abriendo las manos como un cura, que en el lenguaje gestual del barrio evidentemente significaba:

—*Grazie*, Pierino.

—*Ci verim*, Perla.

Aunque solo sea para resaltar que los adictos en general no viven exclusivamente de la adicción, tal como mucha gente supone aún hoy en día, esto enlaza con una de las pocas cartas que conservo de cuando Pep Peral vivía en Nápoles. Con un estilo más florido que el mío, dice:

> Francesca me ha presentado tres o cuatro museos tranquilos donde reposan medio centenar de esculturas y pinturas de buen ver, dos clubs de jazz bastante competentes, y un café/bar con terraza donde saborear un petardo. Y un día, paseando por el *centro storico*, me arrastró por el interior de una iglesia que todavía funciona como iglesia hasta un atrio delicioso, donde las hojas de los naranjos

> esparcen esencias de Ovidio y Leopardi (que Francesca me obliga a leer en ediciones bilingües), y las piedras canturrean la melodía del tiempo inmóvil e infinito. Allí, porque lo siento siempre que voy, he comprendido que Dios, al fin y al cabo, más que una certeza rotunda es una búsqueda a tientas; una sensación inefable que se produce globalmente en mi individuo cuando llevo una hora escuchando este claustro.
>
> Me siento, siempre que puedo, en el banco del rincón norte, detrás de un ciprés adolescente y un naranjo patriarcal, con una birra fría en la bolsa y un canuto en el paquete de cigarrillos, y espero que la orquesta perfecta del entorno ilumine cada palabra que leo. Pocas, a veces muy pocas, porque Francesca me ha enseñado que, si no quieres enloquecer, la poesía hay que digerirla a sorbitos. Como el veneno.

Entonces, para compensar, Perla relata una crisis de barrio de la que presenció el origen en primera persona. Cuenta que fue un jueves volviendo a casa *around midnight*, después de asistir a una jam jazzera con Francesca.

La acompañó a su casa, al pie del Vomero, porque una chica sola de noche no puede «arriesgarse» a pasear por Nápoles (detalle que a mí, que no conozco la ciudad, todavía me parece increíble), y después volvió a Quarteri Spagnoli. Caminaba al compás de un cigarrillo distraído, saboreando la calma y cavilando si sería buena idea tirarle la caña a la camarera bilbaína del club, que en diez minutos de charla a pie de barra le había asegurado dos veces que «había cortado definitivamente» con un tal Enrico. Perla confiesa que estaba bastante enamorado de Francesca, pero también desanimado, porque la cuestión de la proximidad física progresaba más lentamente que una tortuga mutilada.

Casi en la placita de la iglesia, de todos modos, se olvidó de ambas cosas en el mismo instante en que giró la cabeza hacia un ruido al otro lado de la calle, que procedía de un coche aparcado tres metros más adelante. Perla cuenta que solo sostuvo la mirada dos segundos, ya que en medio del tumulto sordo que se adivinaba bajo la penumbra trémula de las farolas, como si dos o tres personas agredieran a otra sin piedad, vislumbró los ojos de Rizzo, normalmente color oliva pero ahora casi rojos, y desvió inmediatamente las pupilas y poco después también la orientación y

el ritmo de sus pasos. Perla no sabía qué había visto exactamente, pero le asustaba haber visto algo que no tenía que ver, así que torció por un callejón desconocido que, después de un pequeño rodeo, lo llevó a casa igualmente. Incluso más de prisa: cuando se dio cuenta, casi corría. Apunta que le costó mucho dormirse y que no entendía qué le había asustado tanto, teniendo en cuenta que nosotros, en nuestra Cataluña chica y cruda, también habíamos sobrevivido a más de tres peleas. Pero en Nápoles los códigos eran distintos y los colores de la violencia también. Al día siguiente a media tarde, cuando volvía a casa del trabajo para regalarse una ducha y una cerveza, Pierino lo llamó con un índice desde el bar de turno para invitarlo a la birra de turno.

—¿No has oído la bomba? Dicen que ayer noche mataron a un tipejo aquí mismo, cincuenta metros calle abajo.

—No sabía ni media palabra. Ayer dormí en casa de Francesca, aprovechando que sus padres están de vacaciones, y no he venido al barrio hasta ahora. —Y dado que la mentira resultaba rebuscada además de obvia, añadió—: ¿Quién lo mató y por qué?

—Ah, lo cierto es que no es cosa nuestra —exhaló Piero entre dos aros de humo concéntricos—. ¿Verdad que no, Rizzo?

—¿Cosa nuestra? Me han dicho que era un jodido francés venido de Africa —masculló el larguirucho como un juez proclamando veredicto, con los ojos color oliva clavados en el fondo de los ojos avellana de Perla.

La cosa de momento quedó así, y Perla, a pesar de la curiosidad implícita, no lo habló con nadie. Hasta que un sábado de motos, un par de semanas más adelante, Pierino le contó que la noche anterior habían incrustado hasta veintidós balas en el cuerpo largo pero delgado de Rizzo. Pierino lo dejó así, como si la frase fuese una lápida, y Perla solo inclinó la cabeza, entrecerrando los ojos para expresar sus condolencias. La estricta verdad del caso no debe de conocerla nadie todavía (o quizás sí, quizás Pierino, por ejemplo, sabe a ciencia cierta qué sucedió), pero lo que el barrio respiraba era que

1: un extranjero desconocido había venido a comprar un gramito de última hora, y había sido tan estúpido como para imaginar que podía quitarse el mono allí mismo, dentro del coche aparcado junto a la placita.

2: Rizzo, con un par de ayudantes, había acudido a explicarle en el idioma del barrio que allí, en la calle, no se chutaba ni Dios; igual que habría hecho con cualquiera que infringiera su ley.

Hasta este punto la unanimidad era casi total, pero la tercera conclusión se escindía como la lengua de una víbora. Unos decían que Rizzo y sus ayudantes se habían pasado de la raya, y otros, que solo le habían propinado cuatro trompazos, y que el extranjero desconocido había muerto, pura y simplemente, de sobredosis.

Perla, a pesar de ser un testimonio presencial, no habría podido aclarar el enigma ni aunque le fuera la vida, pero creía en cambio que el asesinato sobredimensionado de Rizzo era la consecuencia mafiosa del homicidio anterior. En otra carta, quizá adornada, explica que un día, aprovechando la confianza de una borrachera entre fumetas, se atrevió a insinuarle la trama a Pierino, y que Pierino, sonriendo con cara de vinagre, liquidó la cuestión con una sentencia que le recordó al *consigliere* de *El Padrino*.

—Observar, pensar y buscar explicaciones a los acontecimientos es un signo de sabiduría, amigo mecánico, pero preguntar lo que ya sabes que no debes preguntar es justamente lo contrario.

Una anécdota rica y fabulosa, en el sentido esópico del término, era la referente a Gennaro Rouco. Gennaro, al que en Nápoles todo el mundo conocía como *il Genio*, era un pavo de cuarenta y cinco tacos que aparentaba veinte, pero en el alma arrastraba setenta. Perla lo había conocido en Il Giardino, un local nocturno que abría a mediodía, al que se llegaba a través de un patio enjardinado y caótico, y por una escalinata de mármol más vieja que el musgo. Perla había descubierto las mesitas de la terraza, encima del laberinto de estatuas falsas y coníferas urbanizadas, e iba a menudo a fumarse un canutillo cuando volvía del trabajo o después de cenar, y algún domingo a tomarse un vermut. Un domingo a eso de la una y media, cuando llegaba al éxtasis mudo del *dolce far niente* gracias a un resol de terciopelo, un Martini seco y una cañita de libanés, una sombra con americana y corbata le pidió permiso per sentarse e invitarlo a una ronda. Perla dijo que sí, suponiendo que las bebidas irían a cambio de un par de cónicos, porque ya hacía días que aquel personaje le picaba la curiosidad.

Dejando a un lado la neura filocomunista y sus recientes incursiones en la poesía y el jazz, la verdadera pasión de Perla es el

cine: le gusta mucho y de cualquier clase. Cuando el invitado autoinvitado le comentó con una sonrisa Mastroianni que veinte años atrás era una celebridad y había actuado en dos films de Visconti y uno de Pasolini, a Perla se le cayeron las pelotas al suelo. Parecía evidente que no todo lo que aquel personaje contaba era verdad, que si Helmut por aquí y Dirk por allá, y Pier Paolo no sé qué más, como si los hubiera conocido a todos en la más estricta intimidad; pero también que no podía ser todo mentira porque lo contaba como si de verdad lo hubiese vivido. Después de fumarse la mitad o más de dos cañas guapas, el Genio Gennaro se levantó repentinamente y, ofreciendo una excusa horaria (cosa rara en la ciudad de Nápoles), se escabulló por la escalera hacia la calle. Perla, a la hora de pagar, descubrió que no solo no lo había invitado sino que había dejado tres vermuts en la cuenta; pero todavía le sorprendió más que el camarero no le diera importancia y se brindara a regalarle uno de los martinis que se había tomado.

—¿Es verdad que trabajó con Visconti y Pasolini? ¿Y que conoció a Burt Lancaster y a Claudia C…?

—Es verdad. Una verdad pretérita que le pesa como la bola del mundo —sentenció el camarero, insinuando una sonrisa al estilo Alain Delon.

La segunda parte del drama del Genio llegó un viernes. Perla había ido al Giardino con Toni y la novia de Toni, que tenían ganas de bailar, y le sorprendió encontrarse a los narcodetallistas del barrio repartidos en tres o cuatro mesas según el rango. Y todavía más que el cantante del grupo, *alla* Dean Martin pero con aires bossasuave, fuera precisamente el Genio Gennaro. A Toni y Graciella, la de ojos canela, no les iba ese rollo y a la tercera canción se fueron a la islita

Dell'Ovo

a contar olas.

A Perla le vino de perlas porque pudo sumarse, muy bienvenido, a la mesa de Pierino y un par de sus lugartenientes. Se quedó literalmente despavorido cuando vio que Nico, el sucesor de Rizzo, disimulando pero sin matarse, afinaba unas tiras de burro turco detrás del cenicero. Perla ese día no fue capaz de superar la tentación y se esnifó una, muy pequeña según contaba, que le revolvió el cuerpo durante dos días y el espíritu durante dos meses.

Pierino no le perdió la confianza, sino más bien lo contrario: lo consideró el premio que se había ganado, contra todo pronóstico, por diez meses de abstinencia en el corazón de los Quarteri Spagnoli. Qué *coglioni*.

Esa madrugada, Pierino, Gennaro, Nicola y Perla, privilegio excepcional para un forastero, terminaron con un par de chicas simpáticas (o sea pagadas en especies) en el apartamento alquilado donde el capitán de distrito guardaba las provisiones de la semana y sus adulterios de cada día.

Yo, pobre cronista, no sé cuántas líneas más se esnifó Perla, pero sin duda demasiadas. Sé en cambio que Gennaro era hijo del barrio, antiguo comandante de zona, y que había tocado el cielo del séptimo arte con la punta de los dedos, o mejor dicho del pene, y que efectivamente había dado el gran salto, triple y letal, en manos del maestro Visconti. *Il Gattopardo* y *La caduta degli dei*, dos de las últimas cintas del genio de Milán, así lo avalaban. Pero aparentemente Gennaro se había enamorado de Helmut Berger como una babosa al primer polvo, y se había hundido en una balsa de alcohol y jaco que lo había sorbido rápidamente hacia el precipicio sin retorno.

Gracias a sus padrinos, de sangre y de clan, había logrado algún papel en series televisivas, y después había retomado el micro para ganarse la comida y la bebida (más que nada vermut y bourbon), cantando como *crooner* con orquestas cada día más ajadas. Al principio, celebraba galas en casinos y grandes salas de baile, entre la crema de la nata italiana, pero varios episodios etílicos (una noche cayó literalmente del escenario sobre la mesa de un ministro), y más de una ausencia por el mismo motivo, lo hicieron rodar hasta el penúltimo rellano. Por eso había vuelto a Nápoles primero y a los Quartieri después. Le habían asignado un programa de radio a media tarde, que era la franja horaria más segura, y, para que no se muriera de hambre, ocasionalmente le permitían hacer un viaje hasta Viena, Múnich o Amsterdam, con un kilito de heroína en la maleta. Hablaba un alemán decente y un inglés divertido, y tenía un *savoir-faire* que aparentemente lo situaba por encima de toda sospecha. Por otro lado, estas aventuras de traficante internacional le permitían recobrar una pizca de su antiguo orgullo y ponerse frente al espejo sin temblar.

Pocas semanas después de la gran fiesta, no obstante, el camarero del Giardino que sonreía como Alain Delon entró en el local un martes por la tarde, dado que los lunes cerraban, y se encontró ante la última escena del Genio Gennaro. Según contaba y volvía a contar, le dio un buen susto: estaba sentado en el proscenio sobre una butaca guapa, junto a una mesilla con una botella de bourbon de lujo, un vaso ancho y un cubo con hielo fundido. Encima de la mesita también había una cuchara sopera, un vaso de agua medio lleno, un ronson auténtico con una inscripción legendaria y un paquete de winston extralargo con un par de pitillos. La jeringuilla, de usar y tirar pero aparentemente nueva, se le había desclavado del jarrete del codo, donde se veía un hilo grueso de sangre, y estaba encima del escenario junto a un par de manchas. De sangre también.

Entre los colegas del barrio, ni uno solo se extrañó de que no hubiese nota de suicidio. En primer lugar, porque sin duda tenía un seguro de vida, que los *capos* se encargarían de cobrar y entregar a la *mamma*. Y en segundo, porque aquella puesta en escena, la idea misma de encerrarse en el bar a escondidas, la madrugada del domingo a la una y media, y pasarse treinta horas de fiesta en solitario, era una declaración digna de un melodrama. Y profundamente napolitana, claro, porque ultrapasaba el lenguaje oral con un gesto único y perfecto, si bien final.

Dado que las personas funcionan a menudo como bolas de billar, esto también representó el fin de la epopeya napolitana de Perla, que se confesó a Toni y salió disparado hacia otra fábrica de la misma empresa en los alrededores de Módena. Donde aparentemente no se podía comprar ni hachís… sin escaparse hasta Parma o Boloña.

La cola bífida del escorpión

Picada letal

You have a prayer on your lips
under the desert sun, and a loaded gun

The Scorpions, The Good die Young

Era un viernes de la segunda semana de julio, y Laura estaba hecha un manojo de expectación porque al día siguiente se iba de vacaciones con Maurici. Ya hacía seis años que se habían casado por un embarazo imprevisto, pero nunca habían logrado irse solos ocho días seguidos: la niña y el trabajo se lo impedían por sistema.

La familia Pomers era la más conocida del pueblo y quizá de la comarca, en parte por el patrimonio y en parte porque el patriarca, el señor Narcís, tenía una intensa vida pública desde antes de la muerte de Franco. Militante de ERC en la clandestinidad, se había embarcado con Jordi Pujol y otros mitos en la fundación de un partido nuevo, nacionalista y de centro según su propia definición, que a la postre gobernaría el destino de Cataluña durante un montón de años. El señor Narcís había sido alcalde las dos primeras legislaturas y diputado en el parlamento las tres últimas. Cuando conoció a Maurici, Laura se lo había tomado como una broma del destino, ya que ella era hija de un juez franquista con pedigrí que aún cenaba con Blas Piñar y, cuando se percató de que se estaba enamorando de verdad, había intentado rehuirlo. Pero el muchacho, que se había casado ante el obispo a los veinticuatro y divorciado ante el juez a los veintisiete, aunque pronto cumpliría los treinta y dos, no había encontrado ninguna otra novia sincera y quedó embrujado; de modo que fue a buscar a Laura todas las veces necesarias. Solo dos o tres, en realidad, porque ella, cuando soñaba con Maurici, tratando de mantener los pies en la tierra, empezaba a salivar como una perrita sedienta y el impulso de los deseos, de

todos los deseos que Maurici le complacía, era mucho más poderoso que las decisiones estrictamente racionales.

La verdad era que el embarazo no había sido una trampa pero tampoco un accidente. Cuando reanudaron la relación por tercera vez y lo celebraron con una noche de pasión, ella había olvidado tomarse la píldora del día siguiente para ver qué pasaba, y la naturaleza había seguido su curso. Si las cosas iban tal como Laura tenía previsto, una criatura les podría ir de primera a todos (incluidos los suegros, que aún no eran abuelos porque su primogénito se había hecho cura y no tenía descendencia conocida). Y si el destino no lo quería así, no tendría más remedio que volver a aquella clínica, en la Barcelona rica, donde ya le habían practicado un aborto. Había sido una jugada arriesgada, cierto, porque estaba convencida de que, antes de aceptarla con plenos derechos en su familia, el señor Narcís desempolvaría su pasado y encontraría porquería para parar un tren. Concretamente el tren de amor y de vida que compartía con Maurici desde hacía años. No se podía quejar en absoluto, desde luego que no: por una vez, por una sola, todo había rodado redondo como el anillo de matrimonio que le había regalado Maurici. Incluso el amor como convivencia y rutina, que siempre había sido lo que más la acobardaba.

Laura, que a lo largo de esos seis años también se había ganado un cargo ejecutivo en el departamento comercial de la empresa familiar, casi había superado la fase de los miedos y no acostumbraba a pensar en todo aquello. Ese viernes, no obstante, se había despertado de madrugada sudando, víctima de un sueño coagulado en el que ella, comiendo con la familia Pomers al completo en un local de cuatro tenedores, compraba una octava a un camarero (un conocido que la memoria no quería identificar) y se encerraba en el servicio para enchufárselo inmediatamente. Lo vertía en el cenicero de cerámica del papel higiénico para mezclarlo con dos gotas de agua del grifo, y cuando ya iba a recogerlo se encontraba a una docena de hormigas nadando. Para que no se lo bebieran todo, desmontaba la aguja y lo recogía con el émbolo libre, a pesar de saber que casi era garantía de meterse alguna porquería en la vena y acabar con cuarenta de fiebre en pocas horas. Finalmente, por primera vez en un sueño, lograba inyectarse y, sin notar efecto alguno ni bueno ni malo, salía y se sentaba a la

mesa con la familia. Pero en cuanto le servían un plato de una bullabesa excelente, una arcada imprevista le forzaba un vómito, y de la boca le salía un chorro de hormigas más negras que sangre seca, que iban a parar directamente a la sopa, donde se retorcían chillando como brujas en la hoguera porque todavía hervía.

Maurici se había dado la vuelta y, sin despertarse, le había preguntado si se encontraba bien. Ella le había dicho que sí, casi sin mentir porque solo estaba asustada por la pesadilla, mientras recordaba, revivía, la imagen real: el baño del hospital de Getafe donde le habían enyesado la pierna después del accidente de coche con Dolores. Se había preparado un chute sobre la repisa del lavamanos sin pensar (he ahí la cuestión) que acababan de desinfectarlo a conciencia, y se había pasado media tarde vomitando y dos días delirando de fiebre. Y soñaba una y otra vez que vomitaba hormigas, arañas y cucarachas. Laura siempre decía que era preferible soñar que tienes un problema gordo a tener dos pequeños pero verdaderos, porque de la pesadilla vas a despertar más pronto o más tarde. Despertar de la realidad, en cambio, cuando tienes un problemón como el de las drogas duras, es mucho más difícil y doloroso. Y no todos ni todas lo consiguen, además.

Volvió a tumbarse al lado de Maurici, buscando la coreografía justa para que la abrazara sin despertarse, y consiguió olvidar todas las pesadillas de las vidas anteriores, ensoñándose con los quince días de vacaciones que pasarían, a solas por primera vez, en la puta Polinesia.

Laura se había levantado, duchado y vestido, y se había bebido un zumo con Maurici, consciente en todo momento de que era un día especial. Pero lo atribuyó a la ausencia de Laua, la niña, claro, que les cambiaba la rutina de raíz. El día anterior, Laua, con apenas seis añitos, se había ido a sus primeras colonias y pasaría diez días completos. Por eso Laura, en el coche, cuando acompañaba a Maurici al laboratorio, le había preguntado qué sentía sin la niña.

—¿A qué te refieres? —había murmurado Maurici, que no despuntaba en imaginación y por la mañana menos.

—Yo por un lado la añoro, pero por otro me siento… no sé cómo decirlo —mintió, porque no se atrevía a decir liberada.

—Te comprendo. A mí lo que me preocupa es que, tú y yo solos, te aburras —se había disculpado Maurici, como era propio de él.

—¡Tonto!

Unas risitas de complicidad (porque «¡tonto!» había sido una de las expresiones clave de su enamoramiento), y el silencio sucio de la radio dentro del coche de lujo.

—¿Vendrás a recogerme a las cinco?

—No lo creo. Iré a comer a Girona.

—Ah, sí. Pues nos vemos después en casa.

Sonrisas y besitos, complicidades de piel presente. Laura sentía a menudo el impulso de hablar con Maurici abiertamente, de cabo a rabo, y contarle mil pretéritos imperfectos. Quizá lo hubiese hecho mucho antes si Maurici no hubiese sido Maurici Pomers, y todo su proyecto de vida juntos no formara parte de la familia Pomers. El honor de la familia, aunque no fuera mafiosa en absoluto, no admitía penumbra ninguna.

En el despacho, Laura había recobrado sin problemas su rutina y la seguridad implícita. Teresa, la secretaria, mientras le cogía la chaqueta le había dicho que la había telefoneado un tal José Lis, de una empresa llamada Escorpión, pero ella lo había dejado caer en el olvido porque no se acordaba de ningún cliente ni ninguna empresa con esos nombres. Fue en la cafetería de al lado, mientras desayunaba un montadito y un cortado, cuando el pasado se presentó, como un vómito indigerible.

—La llaman al teléfono, señora Pomers —le había susurrado un camarero nuevo que no sabía cómo detestaba que la llamaran así.

Pero la sorpresa de que alguien la llamase a la cafetería donde desayunaba bastó para borrar lo demás. Laura se levantó y se acercó al aparato, junto a los servicios.

—¿Hola?

—Hola, Lauri —replicó una voz ronca.

Lauri: hacía muchos años, por no decir siglos, que nadie la llamaba así.

—¿Con quién hablo?

—Soy José Luis Laprez, Lauri, ¿no te acuerdas?

¿José Luis? ¿José Luis Laprez? ¡Ah, sí, desde luego que sí! Aquel hijo de la innombrable al que todo el mundo conocía como Escorpión porque era un fanático de los Scorpions y había nacido bajo el signo correspondiente. Malrollo, Laura, alerta.

—¿Y qué tal? ¿Cómo te va la vida?

—No tan bien como a ti, reina. No he tenido tanta suerte.

—Vaya, vaya… Qué sorpresa, Joselis.

—Eso seguro.

—¿Y cómo es que me llamas… me refiero a hoy, aquí?

—He pensado que quizá preferirías que no volviera a llamar al despacho. —Silencio. Las implicaciones de esta frase podían ser muchas, pero a Laura no se le ocurría ninguna buena—. Se da el caso de que estoy en tu pueblo, en el bar de la esquina para ser exactos, y necesito verte.

—¿Ah, sí? Pues hoy fatal, tú, porque voy de culo. Y precisamente mañana me voy de vacaciones. Si por casualidad vuelves otro día…

—Creo que no me has entendido. Te lo plantearé al revés: a ti, te interesa verme. Hoy. Cuanto antes mejor.

—Ah. Vaya, vaya, qué sorpresa.

—No sé si me captas la sintonía, Lauri.

—Sí, sí, supongo que sí. Te recogeré en el semáforo de la esquina dentro de una hora.

—No te olvides, reina.

«Ojalá pudiera, hijoputa», replicó ella mordiéndose la lengua.

Clic. Todavía no había colgado el auricular y la palabra chantaje ya le silbaba en los oídos como un látigo de nueve colas. Lo conocía bien, al cerdo del Joselis: si se había molestado en averiguar el número de teléfono del despacho y el del café donde desayunaba y toda la mandanga, el malrollo sería serio. O sea, chantaje. Aquello tan antiguo de tú pagas y yo callo. Y quizá incluso alguna exigencia más truculenta, si se veía con ánimos. En vez de volver a su mesa, Laura entró en el servicio a lavarse las manos y mirarse la cara. Como se temía, casi no parecía ella. Quizá en el fondo ya no era la persona que había entrado a desayunar diez minutos antes; quizá su vida como señora de Maurici Pomers se había acabado para siempre en ese momento por una maldita picada de escorpión. Dado que lo que sí sabía, con más certeza que la muerte, era que no estaba dispuesta a tolerar que Joselis se transformara en su sanguijuela particular.

El efecto físico del trastorno mental fue una serie de convulsiones estomacales, nervios en grado superlativo, que la forzaron a vomitar el zumo de primera hora y el cortado que se

había tomado ahora. Se refrescó nuevamente la cara y salió mientras se decía que lo más importante era actuar como de costumbre y pensar de prisa. Tenía que encontrar una salida a la fuerza. A la fuerza. Quizá pudiese convencer al Escorpión de que… No, eso era muy improbable. De todos modos, tenía que volver al despacho, atender el trabajo urgente sin perder tiempo, e ingeniarse una excusa para presentarse en el semáforo de la esquina a recoger ese paquete espantoso en cincuenta y tres minutos.

Primero se dijo que lo más indicado era ganar tiempo. Pagarle una cifra posible para ganar tiempo (dos mil euros máximo). Pero de qué le iba a servir exactamente disponer de todas las vacaciones para meditarlo, no acertaba a comprenderlo: el Escorpión se convertiría indefectiblemente en un parásito constante que ella no podría mantener de ningún modo. Y no estaba dispuesta a robar a la empresa para hacerlo, como seguramente le exigiría.

Paradójicamente, antes de darse cuenta se había colado en el despacho de dirección, que solo usaban para las visitas de prestigio, y había robado un frasco de coleccionista del centenar que había en el aparador. Unas letras góticas de esmalte, sanguíneas sobre la porcelana lechosa, rezaban «Cloroformo». Mientras lo metía dentro de un bote de plástico hermético y lo dejaba en su bolso, pensó que aquello era absurdo. Quizá se estaba precipitando, quizá el tío solo pasaba una mala racha y no necesitaba más que un poco de ayuda. Desgraciadamente, dos minutos después de recoger al Escorpión ante el semáforo de la esquina, Laura descubrió que ese no era el caso.

—Dos mil euros no son nada, Lauri. Tú deberías saberlo mejor que nadie, con la ropa y las joyas que luces. Seguro que ese anillo de casada vale el triple. Y de este pedazo de cochecito, en el mercado negro de los rusos, puedo sacar veinte mil, billete sobre billete.

—Pero si te doy la alianza o el coche de mi marido nos meteremos en un marrón, porque tendré que explicarle el percal y te denunciará. Dudo mucho que eso te convenga, Joselis.

—Es un decir, mujer: pues claro que no quiero anillos ni bugas. Lo que quiero, lo que necesito, es pasta. Dinerito calentito. Pero dos mil euros no son nada, Lauri. Ni para un pobre desgraciado como yo.

Laura empezó a hacer planes sobre la marcha. Y a formular, con disimulo, las preguntas pertinentes.

—Iremos a comer a Girona, allí podré sacar dinero de diferentes cajeros sin levantar sospechas. —Esto le parecía razonable—. Siempre puedo decir que perdí la cartera con las tarjetas y que tenía el código secreto apuntado, si tengo que dar explicaciones. Me tomarán por idiota pero quizá se lo traguen, la primera vez. Oye, ¿has venido en coche?

—¿Yo? Yo no tengo coche, princesa. ¿Acaso crees que a todo el mundo le llueven juguetes como este? He venido en tren y a duras penas he podido pagar el billete. —Joselis soltó un par de risotadas que podían significar que las cosas le iban mejor de lo que decía o justo lo contrario. En cualquier caso, no parecía probable que el Escorpión estuviera asociado con nadie más en este tinglado y eso era lo primero que ella quería saber—. De todos modos, reina, hoy quizá te libres con unos cuantos cajeros automáticos, pero no olvides ni un momento que tengo el listón muy arriba. —Estalló en una risotada pegajosa para resaltar el doble sentido de la imagen—. Sé que tienes acceso a mucha pasta, gracias a tu trabajo en la empresa.

—Pero si robo un puto céntimo, terminaremos los dos en la trena: yo por ladrona y tú por chantajista.

—No, mujer, no: tú eres muy lista, cuando quieres. Cuando no tienes más remedio. Seguro que encontrarás la manera de que todo quede tapadito. Tú eres un hacha, a la hora de hacer las cosas a escondidas.

Y se rio de nuevo mientras encendía un cigarrillo. Sin pedir permiso, aunque fuera evidente que en ese coche nadie había fumado jamás. Laura se dijo que el Escorpión tenía razón: ella era más lista que el hambre cuando no había más remedio. Por eso empezó a calibrar seriamente la solución, la única solución posible, frente a un laberinto como el que la había engullido.

—Quizá habría una forma de pillar medio kilito de una sola tacada —murmuró al cabo de un minuto, mirando fijamente la carretera como si hablase sola.

—¿De pesetas?

—De euros, hombre.

Joselis se incorporó en el asiento dejando caer una corona de

ceniza, acaso adrede.

—¿Medio millón de euros, has dicho?

—Pero hay un problema gordo. En realidad, dos.

—¿Cuál? ¿Cuáles?

—Que la mitad sería para mí y que sería solo una vez.

El Escorpión se lo pensó dos segundos, uno para cada cuestión.

—De acuerdo: me voy a conformar con un cuarto de pollo. Y nos olvidamos de la familia Pomers para siempre jamás.

Lo murmuró como Eli Wallach interpretando al Feo. Dispuesto a sacar todo lo posible del presente, sin dejar de contemplar el futuro con ambición y codicia.

—La otra dificultad es que tendré que fiarme de ti, Joselis.

Joselis soltó una risita deliciosa, muy fina. Como si aquella frase fuera una contraseña, bajó la ventanilla un dedo para tirar la colilla fuera. Y con un montón de pausas para tener tiempo de matizar la inflexión, babeó:

—Vaya, reina, de haberlo sabido… Si me hubiese imaginado que tú… Me alegro mucho de que veas las cosas como son. Ya sabes que yo siempre te he adorado, Lauri, y nunca te perjudicaría. Claro que puedes confiar en mí… Como socio y como hombre.

Y le había puesto una mano en la rodilla, casi etérea pero en el fondo terriblemente pesada. Tratándose del Escorpión, ese otro tema iba a ser inevitable, se lo veía venir. Laura aceleró un poco más para reducir el contacto de la mano.

—¿Sabes qué pasa, Joselis? Estoy harta de ver pasar tanta pasta por delante de mis narices y no poder hacer nunca lo que me da la gana.

El Escorpión, atento al sesgo insospechado de la secuencia, había profundizado en el discurso de la complicidad: ellos dos ya eran tigres curtidos, estaban de vuelta de todas las rateras, y juntos lo iban a conseguir seguro. La verdad es que era un buen pico, insistió riendo. O se había refinado con el paso del tiempo, o la posibilidad de agarrar pasta larga, después de intentarlo toda la vida de todas las formas, le estaba trastocando el talante, porque el Escorpión de otros tiempos habría subido la mano hasta las bragas de Laura en cuestión de segundos. Aquí te pillo.

—Enciéndeme un pitillo —le dijo Laura para distraer sus manos y relajar el ambiente.

Y mientras fingía firmárselo (no se había fumado ni tres desde el embarazo), con la ventanilla medio bajada para no ensuciar el auto de Maurici, decidió ir a por todas porque no veía más opciones. Si las circunstancias eran propicias, lo haría hoy mismo, y si no, le daría una paga y señal y lo prepararía todo para la siguiente visita. Aunque, en ese caso, le esperaban unas vacaciones de mil demonios. O mejor dicho, en ambos casos serían horribles, esas ansiadas vacaciones, porque la primera posibilidad, en el fondo y suponiendo que todo marchara sobe ruedas, todavía era más espeluznante que la segunda.

La base del plan era que Joselis todavía se metiera caballo, por lo menos de vez en cuando, y a juzgar por su aspecto, y por cómo sorbía los mocos y se deleitaba en la primera calada de cada cigarrillo, Laura habría jurado que lo tenía garantizado. Cuando paró en la gasolinera de la autopista, comentando que le había bajado la regla para crear complicidades y protegerse un poco, le tiró el cebo:

—Oye… ¿Tú no sabrías dónde pillar un poco de caballito, en Girona? Tengo que ir a comer con unas amigas por cojones, pero podríamos quedar después y…

—Je, je, je —se rio Joselis, sinceramente divertido—. ¡O sea, que tú también te enchufas todavía!

—De vez en cuando —mintió ella, que llevaba más de diez años abstinente—. Si un día se da el caso.

—Je, je… ¿En Girona? Déjame pensar. A las malas, puedo ir al barrio guarro, pero allí nunca sabes qué coño compras. Espera, ¡ya lo tengo! Conozco a un chulito en Vilobí que seguro que nos trae un par de gramos decentes.

—Yo con uno tengo bastante.

—El otro lo pagaré yo con el adelanto que me darás. Porque algo le darás al ratoncito para roer, ¿verdad, ratita?

—Ahora sacaré quinientos eurillos para pagar la fiesta y que calles. Pero será mejor que tú no te muevas del coche, que no nos vean juntos.

Joselis dudó como Hamlet, pero Ofelia había dejado la chaqueta detrás y la llave en el contacto.

—¿Me traerás una cerveza, princesa?

Laura, que ya había bajado, se agachó para dedicarle una

sonrisa de hinchable afrancesada:

—¿Aún vas de heineken?

Joselis, pensando en otra espuma, asintió con la barbilla, no porque fuera la verdad exacta sino porque le había hecho ilu que se acordara.

Después de sacar algo de pasta con su tarjeta personal (la de la empresa no quería ni tocarla), Laura entró en la zona del súper y compró: 1) una caja grande de tampones; 2) unas gafas de sol igual de grandes; 3) un pañuelo para el pelo lila y naranja; 4) unos pendientes de cobre, alargados como estalactitas; 5) un pintalabios de un fucsia temerario; y 6) una muestra de perfume. Cuando ya salía, se acordó del fantasma del aguijón y fue a buscar una lata de heineken.

Al final, resultó que lo único que en realidad necesitaba era la cerveza. Bueno, no: a la hora de la verdad, lo imprescindible sería el frasco de cloroformo que su instinto de gata escaldada le había impulsado a robar anticipadamente para tener un as en la manga si terminaban a arañazos. Pero el disfraz de los complementos, a la hora de la verdad había sido innecesario porque en la recepción del hostal, que era el escollo más peligroso, no había ni dios. Cierto que también se debía tener en cuenta a los transeúntes, que podían verla cuando entraba.

Laura, en cualquier caso, después de calibrar bajo la presión del momento el riesgo de una segunda entrevista, tejida de mentiras explosivas, había resuelto liquidar el problema del Escorpión ese mismo viernes, al precio que fuese. Si al final la descubrían, mala suerte. Prefería confesar la verdad, e incluso todas las verdades, de una vez por todas, que volver a engrasar el infierno de engaños y falacias donde había vivido años atrás. De modo que dejó a Joselis en la placita de un bar de barrio, a treinta metros del hostal al que Laura le había jurado acudir a darle quinientos euros más y a «pasar un buen rato» en cuanto pudiese zafarse de sus amigas. El Escorpión, al que la Laura actual excitaba todavía más que la antigua, solo de imaginar la segunda parte del programa sintió un conato de erección. Sí, chaval, entre pitos y flautas, aquel negocio prometía más que una peli de *Bonnie and Clyde*. Su error, precisamente, fue sobrevalorarse: el Escorpión (como a menudo se llamaba a sí mismo) estaba convencido de que con el paso de los

años había refinado progresivamente su instinto, y de que, por fin, ¡porfín!, había acertado de pleno con aquella presa guapa y lista, que además se lo ponía en bandeja. Eso creía.

A él también le salió todo redondo como una sortija. Llamó al chulo de Vilobí y lo pilló a la primera: se citaron al cabo de una hora en el mismo bar desde donde le llamaba. Alquiló una habitación en el hostal acordado, con baño porque ya no le venía de treinta euros, y, después de llamar al móvil de Lauri para decirle el número, se esnifó, como si tal cosa, la pizca de coca que le quedaba. Después se metió en la ducha: le encantaba ducharse y bañarse cuando tiraba de hotel, aunque solo fuera de tres estrellitas.

Cuando las gallinas ponen, hay que recoger los huevos. O aquí te pillo, aquí te jodo. Aquel viernes y la fiestecilla con Lauri ya no se los quitaría nadie. Y el futuro, con Lauri o sin ella pero con su parné, todavía se le antojaba más radiante.

Laura había escogido un hostal discreto cerca de un parquin con dos salidas, para poder dar al Escorpión lo que se merecía sin hacerse mala sangre. En el parquin, escondiéndose de las sombras, cogió una llave inglesa de la bolsa de recambios y la metió en su bolso. Por si las moscas. Después volvió a subir al coche para pintarse los labios y ponerse los pendientes, el pañuelo y las gafas de sol, frente a la mentira del retrovisor.

Entró en el hostal a las cuatro y treinta y seis y subió las escaleras con la cabeza gacha y el pecho henchido, intentando mover el culo como cuando se ganaba la vida así. Por si acaso alguien veía a una chica desconocida entrando a media tarde. Seguro que al día siguiente la policía buscaría detalles como ese. O quizás no, si todo iba como tenía previsto y Joselis era tan prescindible para ellos como terrible para ella.

Se paró un momento en el rellano del segundo piso para quitarse las gafas, el pañuelo y los pendientes, y guardarlo todo en el bolso. Entonces, esforzándose para no temblar, llamó suavemente a la puerta de la habitación 207. En vez de una respuesta, oyó una risita enfermiza que respondía a la cara más repulsiva del Escorpión. Laura la conocía asquerosamente bien de aquel jodido topless madrileño donde, él de cliente y ella de camarera, se habían conocido mil años atrás. La puerta se abrió sola sin chirriar. Una vez dentro (no disponía de toda la tarde ni mucho menos), la

película se desenrolló según el plan: solo tuvo que parar la embestida de Joselis, que estaba en celo y pretendía follársela viva contra la puerta, pidiéndole una dosis previa.

—Deja que me relaje un poco, coño —maulló, sonriendo como una ninfómana mal reformada—. Después te lo haré con más ganas.

A pesar de todo, tuvo que tragarse por cojones un par de morreos vomitivos y una sobada general igualmente repugnante.

—¿Has comprado jeringuillas? —exclamó, para que pensara en placeres más profundos que un orgasmo.

Joselis sonrió delicadamente, señalando la mesa con la barbilla.

—Jeringuillas y condones, por si acaso. Un paquete de diez y una caja de veinte, por si acaso.

Ella también sonrió, con una mueca más bien zafia. Eso acabó de convencer al macho de que la tenía en el bote.

—Deja que me prepare un mosquito, hace medio año que no me meto.

—Pues anda con cuidado, que no es flojo.

—¿Tú no quieres ni un poco? —atornilló Laura, que le conocía muy bien los puntos flacos.

—Si me invitas del tuyo… —respondió el Escorpión, más engreído que un gallo—. ¿Has podido sacar más dinero?

—Sí, hombre, sí. Otros trescientos. No he querido arriesgarme para no estropear lo que te he comentado antes.

—Muy lista: por doscientos euros no vamos a poner en peligrrro la oportunidad en mayússsculas.

Iba colocado, claro, pero desfasado no. Debía de meterse a menudo o quizá cada día, el hijoputa, y todavía lo aguantaba como un señor yonqui. Laura tendría que secuenciar muy bien su interpretación, si no quería terminar violada bajo los cojones mentales de aquel zumbado. Para tenerlo distraído, le alargó el sobre con la pasta, y mientras él contaba y guardaba los billetes, como un niño pobre con un escaléxtric inesperado, ella preparó un pico para dos muy bien servido y fingió repartirlo por igual en dos chutas, escondiendo que en la suya había dejado un poco de agua. Fingió también que se lo inyectaba todo igual que él, simulando los gestos y dándole la espalda como si tuviera náuseas (que de hecho sentía de verdad en cuerpo y alma), pero casi no empujó el émbolo. A pesar de que en ese momento se lo habría metido con mucho

gusto, un buen chute. Aunque le costara una sobredosis definitiva. Pero estaba Maurici, claro, y por encima de todo, Laua. El Escorpión se lo había dicho de un modo diáfano: ella era una hurona de primera categoría, y por tanto tenía que actuar como una tigresa viendo a su cría en peligro. Implacable con el enemigo y astuta hasta la crueldad.

La causa, inevitablemente, produjo su efecto, y Joselis, habituado o no, masculló en seguida que vaya batacazo, que sin duda había puesto demasiado. Ella, acentuando las arcadas y extrayendo su jeringuilla, se levantó para recoger el bolso e ir al baño, en teoría para vomitar a placer. Él, bombeando a pesar del batacazo proclamado, soltó una risita de superioridad.

—Es que esto es jaco de verdad, reina. No como la porquería que debes pillar tú.

Laura, resoplando como un huracán contenido detrás de la puerta entornada, le dio la razón con un gruñido mientras, levantando las manos al frente y aguantando la respiración, vertía cuatro gotas de cloroformo en el pañuelo que había comprado en la gasolinera. Era ahora o nunca, porque nunca tendría una oportunidad mejor. Dudó medio segundo antes de salir del baño, pero el instinto la lanzó hacia afuera, donde, como siempre, para bien y para mal, la esperaba el destino. Joselis se había amodorrado en un conato de sobredosis real, con la chuta clavada en el brazo y un cigarrillo encendido en la mano derecha. Perfecto. Laura se le acercó por detrás, le levantó la cabeza hacia arriba, contra su pecho, suavemente pero con fuerza, y le apretó el pañuelo mojado sobre las fosas nasales. El Escorpión no se revolvió ni la mitad de lo que esperaba: dos convulsiones de brazos, que ni siquiera soltaron la jeringuilla (el cigarrillo sí que cayó, a un palmo de su pie descalzo), y otra de piernas, que casi lo tumba al suelo. Ahora seguro que estaba profundamente dormido, pero por cuánto rato era difícil de saber. De todos modos, si no se aturullaba, si hacía las cosas con orden, lo tendría dormido para siempre jamás, liquidado de una vez por todas, antes de sesenta segundos.

Laura inspiró a fondo, notando que algo de heroína le había subido al pincharse, y se dijo que no, ahora no, ahora no. La adrenalina del momento le debió de contrarrestar el opiáceo, porque afortunadamente se olvidó del tema. Dejó el cuerpo del

Escorpión, vivo pero inconsciente, sentado en la silla, y se sentó enfrente para concentrar su atención en los chismes que había encima de la mesa. Vertió en la cuchara (sopera como dios manda) más del triple de lo que había puesto la primera vez, quizá un gramo entero, y le echó agua suficiente para ahogar a una avispa. Nunca había preparado un pico tan grande y eso la trastornó: no terminaba de disolverse por completo, como si hubiera demasiada materia y entrara en saturación. Al final, con unos cuarenta centímetros cúbicos de agua destilada, consiguió licuar la pasta hasta un punto aceptable, y lo sorbió todo con el émbolo, desmontando una chuta nueva. En toda aquella operación había invertido un minuto y medio, el doble de lo que había calculado, y cada vez que oía la respiración de Joselis, el pulso le soltaba un susto que le duraba diez segundos.

Encontrar un sitio donde inyectarle fue lo más sencillo, porque tenía marcas recientes en el jarrete del codo y en el dorso de las manos. Encontrarle la vena, en cambio, con el tembleque que la zozobraba, podía ser más complicado y, antes de acometer la empresa fatal, decidió perder diez segundos vertiendo otra gota de cloroformo en el centro del pañuelo, que le había dejado sobre los morros por si acaso. Al borde de la hiperventilación, cogió la jeringuilla con dedos de mercurio y buscó una vena, un callo tierno, en el pliegue del codo izquierdo, porque en el derecho Joselis todavía tenía clavada la otra chuta y eso le parecía perfecto. Le resultó difícil dar con la postura (no es lo mismo inyectarse que inyectar a otra persona) y aún más hacerlo sin mirarlo: la cabeza sobre el pecho, la mandíbula colgada, babeando como un perro apestado. Finalmente, le encontró la puta vena y, esforzándose para no volverse loca, le inyectó toda la jodida fiesta: aquello tenía que matar por huevos a cualquier caballo por más salvaje que fuera.

Joselis sufrió una convulsión más y vomitó el último sorbo de cerveza. Laura se echó atrás asustada para que no la salpicara, y le sacó la chuta de golpe.

Joselis acabó cayendo, de cabeza, de frente, sobre la mesa, a dos dedos de la cuchara y a uno de la bolsita del burro. Ningún director de teatro lo habría ordenado mejor, se dijo la víctima homicida, mientras huía hacia el baño para lavarse las manos, refrescarse la cara, fundir sus miedos y recuperar el temple. Laura vomitó unas

escurriduras de fresones en el lavamanos y abrió el grifo para limpiarlo. Después enderezó la espalda al máximo, respirando como una ogra, para enfrentarse a la imagen que tenía a cuatro metros: Joselis, José Luis Laprez alias el Escorpión, continuaba doblado e inmóvil entre la silla y la mesa. Y ya empezaba a dar la impresión de estar fuera de este mundo. Solo faltaba limpiar y huir.

Entonces, Laura recuperó la sangre fría y en cinco minutos fue capaz de recoger la pasta del chantaje y meter las dos jeringuillas que había tocado y el pañuelo chamuscado de cloroformo en una bolsita de plástico. ¿Qué más? Los condones, se dijo, guardándolos en el bolso. Volvió al baño a buscar la ayuda del espejo para ponerse los pendientes y las gafas, mientras se esforzaba en inspirar lentamente para calmarse y se iba repitiendo la lista de lo que tenía que hacer a partir de aquel momento.

De vuelta a la mesa, cerca del cadáver o casi, arrambló con un terrón grande de jaco sin saber por qué y lo aplastó dentro de un billete que dobló debajo de la tira del sostén. Después, a cámara lenta, entreabrió la puerta dos centímetros para escuchar. Remota, se oía la tele de recepción, emitiendo una escena desgarradora del culebrón de turno.

Ahora o nunca. Laura traspasó la puerta de la habitación 207 y recorrió el corredor, las escaleras y el vestíbulo como si fueran un mismo gesto, un mismo paso. No vio a nadie en ninguna parte, y cuando llegó a la calle se calmó un poquito. Anda, Laura, el segundo paso detrás del primero, Laura, sin plantearte por ahora el tercero, que también te lo sabes pero quizá te haría caer. Anda, Laura, ahora anda, Laura, anda.

Antes de entrar en el parquin, volviéndose de cara al escaparate de una mercería, se quitó discretamente los pendientes y las gafas. Ambos complementos fueron a parar al bolsillito, junto a la bolsa de plástico. Aún le quedaba un mar de tareas, cierto, pero sería coser y cantar en comparación a los trabajos de Hércules que había llevado a cabo.

Ya dentro del coche, metió el pañuelo y las pruebas restantes dentro de otra bolsa de plástico, y rompió la muestra de perfume dentro del bolsillito para disimular el hedor del cloroformo. Aparcó delante del restaurante de menú que se encontraba en el chaflán de la calle de la peluquería, tal como tenía previsto y, antes de nada,

dejó la llave inglesa en la caja de recambios. Después tiró el pañuelo y las chutas en un contenedor y, dando una vuelta a pie por el vecindario, un pendiente en una cloaca; el otro, a cincuenta metros, dentro de una papelera junto con los condones; y el pintalabios, por fin, en otra cloaca. Tenía hora a las cinco y media, y llegó a Stètica Sara a las cinco y diez. Si todo iba bien, nunca llegaría a tener ninguna importancia, claro, pero entró en el negocio un segundo para saludar a la jefa y así dejar claro que le sobraba media hora y se esperaría en la terraza del bar de enfrente.

Pidió un chupito de ginebra con hielo y un agua fría. Tomó dos sorbitos de agua, esperando que la ginebra se enfriara y, de repente, le asaltó una tentación que no supo controlar. En el fondo, se quiso convencer de que, en el estado en que se encontraba, sería una toma medicinal. Se fue al servicio de señoras y se preparó una rayita infantil. Lo hizo sentada en la taza con las bragas en las rodillas por si podía evacuar detritus del empacho. Además de esnifar y lavarse la cara y las manos, como si fuera Lady Macbeth, lo único que hizo antes de salir fue vomitar el sorbo de agua que se había tragado antes de entrar. Entonces se dio cuenta de que no estaba de humor para encerrarse dos horas en la peluquería, y le dijo a Sara que no se encontraba bien y se iba a casa directamente.

Llegó a las siete y diez. La casa estaba desierta. Mientras se desnudaba y se arreglaba otra rayita, llenó la bañera de agua caliente. De repente, con determinación, decidió que había cogido demasiado caballo, que no lo necesitaba para nada, y que el mero hecho de tenerlo cerca la desorientaba. Inspirando como una heroína de cine, lo tiró al váter con gesto dramático: si de noche no podía dormir, se tomaría un sedante legal. Después se metió en la bañera con una voluptuosidad inaudita, fatigada como si hubiese cruzado el Himalaya, y empezó a tener la impresión de que quizá sí, quizá lo lograría, quizá lo había logrado de una vez por todas. José Luis Laprez, alias Joselis, alias el Escorpión, ya nunca picaría a nadie más.

Pomada de familia

You don’t have to put on the red light

Al cabo de unos diez minutos, cuando por fin se había relajado un poco, oyó voces. Y luego, concretamente, la de Maurici, que desde el otro lado de la puerta le decía hola, han venido papá y mamá.

—¿Tus padres?

—Sí, claro.

Sí, claro, se dijo ella. ¿Los de quién, si no? La madre de Laura había muerto dieciocho años atrás de una cirrosis absolutamente injusta (ni bebía ni tenía ningún mal hábito, a excepción del marido), y a su padre lo había visto una vez en los últimos diecisiete y no terminaron a piños por los pelos. Se puso unas bragas y un vestido ibicenco, y atrapó las sandalias de andar por casa.

Estaban en el jardín de detrás, con una botella de gin menorquina y otra de limonada fría encima de la mesa. En cuanto se sentó al lado de Maurici, con un pie desnudo debajo del culo, comprendió que se avecinaba una gran tormenta. Pero de entrada no lo relacionó con el Escorpión porque, aunque fuese por un minuto, se había olvidado de él.

—No hemos venido por casualidad, Laura —dijo papá Narcís con la inflexión de un abogado con ganas de juzgarse—. Aunque, la verdad, no sé cómo explicarme —resopló con aire confuso, acaso porque era la primera vez que pronunciaba aquella frase.

—Pues es muy sencillo —intervino Rosa, la suegra, levantándose para abrazarla—. Hace años que sabemos que antes de esta, aquí, con nosotros, tuviste otra vida en Madrid y aledaños, muy, pero que muy desgraciada.

Laura se revolvió como si le hubiese mordido una víbora: ¿lo sabían? ¿Hacía años que lo sabían?

—¿Qué sabéis? —acertó a silabear, salivando.

—Todo, cariño —suspiró Maurici—. O por lo menos un cacho más que suficiente.

—Si lo sabéis, si lo sabíais… ¿Cómo es que…? —Y se tragó un moco de palabras preñadas de miedo.

—La verdad es que la culpa es mía —reanudó Narcís, resoplando de nuevo—. Y te pido disculpas, ya sé que es muy feo y que no me

asistía ningún derecho.

—¿Lo sabéis desde antes de la boda?

—Sí, sí —gruñó Maurici, casi divertido—. Pero no entiendo por qué te exaltas tanto. Siempre te hemos valorado y querido por cómo te has portado con nosotros. ¡Me importa un pito lo que sucedió en Madrid hace quince años!

—Ya sabes que te apreciamos de veras, Laura —insistió la suegra con un besito de muestra.

—¡Desde luego! —exclamó ella sollozado—. ¡Me queréis mucho más de lo que merezco!

—Ah, no. Eso sí que no, cariño —la riñó Maurici, sentándosela en el regazo—. Te queremos, te queremos mucho porque te lo mereces todo.

—Sí, señora: te lo mereces —insistió Rosa, cogiéndole tiernamente una mano—. Y si un día, si un día tienes problemas, estaremos a tu lado, Laura.

—Exacto. Somos tu familia y, si tú quieres, lo seremos siempre —remachó Maurici, con voz alegre y ojos húmedos.

—Teníamos que habértelo dicho mucho antes —murmuró Narcís, mirando el vaso que tenía en la mano como si quisiera hacerlo añicos—. Pero…

—Esperabais que fuera yo quien diese el primer paso.

Silencio. Era curioso: parecía que fuesen Maurici y sus padres quienes se enfrentaban a una vergüenza inconfesable… que era de ella. Laura cogió el vaso de Maurici de la mesa y tomó un sorbo de *pomada* tibia francamente desagradable, como si se tratara de una hiel necesaria. Entonces planteó la pregunta terrible.

—¿Y por qué os habéis decidido a decírmelo precisamente hoy?

Narcís se escondió detrás del gesto de frotarse los ojos. Su hijo respondió por él.

—Hace un par de días, un sujeto fue a ver a papá a su despacho de Barcelona. Le dijo que te conocía de Madrid y que… tenía fotos y cintas tuyas… y que…

—Dinero —lo resumió Laura.

—Sí.

—¿Le dijo que tenía fotos y cintas?

—Sí —asintió Narcís sin abrir los ojos.

—Mentía. Alguna fotografía estúpida quizá sí, pero lo que se

entiende como pornografía seguro que no.

—Calla, calla, mujer —la interrumpió la suegra, con un sollozo sincero.

—No, no: por doloroso que sea, digamos las cosas tal como son, por una vez. Hice estriptis un par de años… y de puta ocasionalmente. —Le costó un mundo tragarse aquella palabra y la realidad pretérita que ceñía, pero terminó la frase—. De fotos y cintas marranas, cero.

—Me lo imaginé en seguida porque, si de verdad las hubiese tenido, ¡me las habría plantado en los morros! —estalló el patriarca —. Y solo hablaba, solo amenazaba. Decidí contraatacar en ese mismo momento y, a escondidas, puse en marcha la cinta que tenemos conectada al teléfono y pulsé el intercomunicador, de modo que Natalia, mi secretaria, fuera testimonio del resto de la conversación. Entre Natalia, yo y la grabación lo asustamos, asegurándole que si ahora se publicaban fotos o cintas tuyas lo meteríamos a la sombra por chantajista. Por eso he querido explicároslo. Podría ser… podría ser que, después de fracasar conmigo, os busque las cosquillas a vosotros.

—A mí seguro que me las encontrará —sentenció Maurici como un terrier hambriento.

Eso enterneció a Laura, que lo miraba sonriendo, más enamorada que nunca. Una mariposa naranja con lunares negros lo celebró poniéndose sobre su pelo, como un adorno. Cuando la mariposa reanudó el vuelo, las hojas de los pinos suspiraron y el suegro retomó el relato.

—Esa misma tarde fui a ver a un amigo, un comisario de los Mossos, que hizo un par de llamadas para pedir referencias del perla en cuestión. ¡Y vaya perla! Cuatro condenas por tráfico de drogas, una por violación y dos por proxenetismo. Por lo que dijeron, lo llaman Escorpión. Venenoso sin duda lo es.

Laura se desmayó entre los brazos de Maurici como una marioneta. Quizá fuera un desvanecimiento sicosomático, o sea provocado por un mecanismo de defensa.

Esa noche, cuando se metió en la cama, recordó que en aquel preciso instante, justo antes de desvanecerse, tenía los labios entreabiertos para contarles, punto por punto, toda la verdad de la jornada. Pero ya se le había pasado. Ya había tomado la decisión de

seguir mintiendo por activa y por pasiva, de modo que esa cruz también tendría que arrastrarla sola. Bueno, completamente sola no: le constaba que aquellas tres personas la querían, que la querían como si fuera de su sangre y su carne, y, a ella, que desde la muerte de su hermano no había tenido ninguna familia verdadera, eso le daba mucho coraje. Pero por ese motivo precisamente, porque la querían de corazón y ella los quería de corazón, no podría revelarles nunca la verdad abyecta y hacerlos cómplices de un asesinato. De un asesinato pérfido, grotesco, sucio. Porque los quería y se lo merecían todo, ahora se vería forzada a mantener ese otro engaño, todavía más grave. Al fin y al cabo, al día siguiente se iría con Maurici a la puta Polinesia y quizá el avión se estrellaría.

Entonces Maurici se volvió para abrazarla sin dejar de dormir como tenía por costumbre, y besándole el oído, le preguntó:

—¿Lo has matado?

Y Laura, como en plena pesadilla, murmuró:

—Sí. Creo que sí.

Acaso la vida no es más que un ovillo de sueños y pesadillas que se hilan y deshilan hasta el fin, que sin duda es la muerte, pensó.

—Pero nunca lo descubrirá nadie —apuntó él.

—No. Creo que no.

Laura notó que Maurici la abrazaba de una manera especial, más dulce y más fuerte al mismo tiempo.

—Te quiero. Y por el avión no sufras, no va a estrellarse.

METALITERATURA Y EXISTENCIALISMO

No és nou tot el que ara veuràs,
però feia tant de temps que eres tancat a casa

ROGER MAS, Les obagues de l'Eixample

Estaban en un restaurante repelente lleno de los profesionales prepotentes y los parásitos esnobs que infestan las entrañas *fashion* de la Barcelona *businnes*. Josep, el señor Selosca Deduque, sabía perfectamente que Daniel detestaba ese tipo de locales. En el fondo, lo había citado precisamente allí porque también sabía que, para mantener intacta su capacidad de rechazo, Daniel necesitaba sufrir aquella peculiar tortura intelectual tres o cuatro veces al año.

En el rincón de la terraza, frente a la panorámica de las azoteas y el firmamento ahumado de aquel día de octubre bochornoso, les habían reservado una mesa para cuatro. La más chula del piso inferior, apartada de vecinos y con una vista completa también del interior, porque a través de los cristales, girando las cervicales cincuenta grados, la mirada podía oscilar hasta la entrada del local, pero, por encima de todo, hacia la escalera de caracol que comunicaba la planta baja con la superior. Eso permitía, disimulando o no, contemplar planos secuencia de señores y señoras que subían, frontales al inicio y contrapicados al final.

De hecho, Daniel comentó, en voz más alta de lo que Josep hubiese querido, que si se rebajaba a soportar aquel espectáculo decrépito de clase alta divinizada era exclusivamente para saborear los muslos de las burguesas. O más que los muslos, el corte de las faldas, la gracia de un tobillo o de unos pies con sandalias.

Cuando Josep había llegado al restaurante, con veintiséis minutos de retraso para marcar territorio, Daniel ya tenía una provisión de cáscaras de marisco delante y estrenaba la segunda cerveza. El saludo, aunque no se habían visto hacía más de un año, en apariencia había sido más bien frío. Josep siempre había sido un

alma reservada, y Daniel, a pesar de treinta años de amistad y un sinfín de complicidades, con Josep solía ajustar el diafragma a la imagen del instante. Por lo menos exteriormente, ya que en el fondo ambos sabían que se apreciaban como pocas personas llegan a apreciarse.

Dado que la reunión tenía un objetivo concreto, después de pedir un jerez seco frío, Josep empezó a hojear las páginas que Daniel le había dejado dentro de una carpeta más negra que el culo de un grillo. Mientras, con la mano derecha picaba un berberecho a la brasa o un aro de langosta con salsa tártara, y con la izquierda sostenía el fino, que sorbía como quien dice lamiéndolo.

Para vengarse de la espera y resaltar la vena contestataria frente a aquel hábitat hostil, Daniel encendió un cilíndrico disimulado pero cargado de polen y, casualmente, de olor a polen. El cual, como una señal de puntos suspensivos de humo, se filtró y esparció hacia el interior del afamado restaurante. Daniel sabía por experiencia que Josep no soportaba a la gente que exhibía públicamente sus debilidades personales: ni en drogas ni en sexo ni en ideologías, ni en vestuario ni en comportamiento social en general. El estatus oficial de Josep (el extraoficial contemplaba un montón de excepciones y fenómenos diversos) se resumía de tal modo que en los espacios públicos todo el mundo debía mostrarse estrictamente educado, mientras que en el privado cada cual se pinta su castillo del color o colores que más le ponen.

Parole, parole, parole, pensaba Josep leyendo y reflexionando al mismo tiempo. Las palabras, rumiaba Josep (que las conocía todas o casi en ocho idiomas diferentes), a veces engordan en exceso y llega un momento en que no te caben dentro, en que ya no eres capaz de comprenderlas ni de digerirlas. Como necesitaba aspirar una pausa, Josep aprovechó otra mirada de Daniel hacia el trasero de la maniquí de turno.

—¿No puedes disimular un poco, señor capullo?

—Puedo, pero pierde toda la gracia. La gracia es que ellas, y especialmente sus soberbios acompañantes, perciban el desafío.

—¿Cuántos años tienes, chaval? Fíjate en cómo te has adornado. Llevas unas zapatillas que te costaron veinte euros hace tres años y unos pantalones que debes de ponerte para ir a buscar setas. La camisa, de marca antigua y devastada, marca un buen gusto sin

recursos… y para remachar el clavo, contradictorio como siempre, te has acicalado con todas las joyas que tienes, tres en total.

—Si lo que pretendes es cabrearme, vas bien, Josep.

Entonces, por primera vez aquel día, se miraron con franqueza insinuando una sonrisa espontánea. Daniel la tensó hasta soltar dos risotadas frescas y Josep las remedó con media docena de risitas embutidas. Cuestión de carácter, como diría Àsia. Y del estado de ánimo, siempre efímero, siempre irrepetible, como escribiría Daniel. O de juego escénico y sentido del ridículo, como lo expresaba Josep, que de los tres era el único que no pretendía llenar el vacío existencial a fuerza de *parole*. A pesar de ser propietario de una decena de editoriales, y de que su abuelo hubiese sido editor jefe de tres, y su bisabuelo, impresor de periódicos, tragedias y librillos con una máquina de invención personal.

—¿Cómo te van las cosas en general? —preguntó Josep de golpe, como si acabara de llegar.

—En general van como pueden. Que no significa soldado ni mayor, porque van en general.

Josep meditó un segundo, masticando un langostino flambeado.

—No entiendo la metáfora.

—Pff… —exhaló Daniel despectivamente—. A mí, me pasa continuamente que no entiendo nada de lo que digo. Se me ha secado la capacidad de emoción literaria y me da absolutamente igual la concatenación de letras y signos, por no hablar de los significados, que no me emocionan ni la uña de un meñique.

—Pero aún te gusta tejer frases sonoras.

—Un vicio estúpido tan difícil de erradicar como cualquier otro. También puedo mandarte a tomar por saco sin condón, si te va a parecer más modernoso. Charlamos, escribimos, leemos periódicos y libros, y sufrimos sin descanso discursos y conversaciones… pero ¿qué sacamos de todo ello? Absolutamente nada, un puto cero a la puta izquierda. De entrada, porque no nos deja escuchar, percibir, existir en el silencio y a través del silencio; en segundo lugar, porque ha corrompido el lenguaje hasta la agonía, y está cerca de lograr la perversión absoluta de la palabra, del concepto de la palabra y de cualquier significado.

—Y finalmente… —intercaló Josep, dado que aquella situación ya la habían vivido otras veces.

—… porque la comunicación entre animales humanos es pura quimera desde que Platón descubrió la Cueva de las Ideas.

Daniel, que ya se terminaba el primer whiskito y encendía el segundo porrito, escupió la frase un poquitín más alto de lo necesario. Josep reprimió el impulso de pedirle que no infectara a los demás comensales con sus depresiones e intentó una sentencia de desvío.

—Te olvidas de Shakespeare y de las buenas maneras.

—Déjame en paz —estalló Daniel, conteniendo un grito, más alterado en las vísceras de lo que el discurso revelaba racionalmente, y de lo que dos cervezas y media botella de vino podían provocarle a un veterano como él.

—Tómatelo con calma, amigo mío: puedes fumarte un par de cañas extraoficiales y emborracharte con mesura y de buen rollito. Pero no me montes una escena, ¿eh? Yo vengo aquí a comer dos o tres veces por semana.

—Cuando paras en Barcelona.

—Cuando paro en Barcelona.

—Me extrañaría mucho que no tuvieras un tanto por ciento. —Daniel, saboreando la idea, se delectó con una pausa de café—. Pongamos el treinta y tres.

—Si quieres saber la verdad, soy propietario del cincuenta y dos.

—¿Y de quién es el resto?

—Secreto profesional.

—¡Esguais! Me gustaría saber a quién cojones se le ocurrió bautizar un restaurante tan facha con un nombre así.

—Pues se me ocurrió a mí. En realidad, se lo oí decir en Mallorca a un chapero que…

—Vale, vale. Ahórrame la anécdota aunque sea inventada: puedo imaginarme el cuadro.

—¿Aún estás convencido de que nadie es capaz de sorprenderte?

—En crueldad, sí: tú dirás. En inconsciencia, también: la pandemia crece. En vulgaridad, desde luego: nuestro pan podrido de cada día. —Daniel chasqueó la lengua para remarcar el cambio de pauta—. Pero en lo que concierne al arte de la existencia, que al fin y al cabo es lo que cuenta, el concepto novedad, espontaneidad, sorpresa, lo hemos borrado del diccionario.

—*Esperando a Godot* otra vez.

—Vete a tomar por saco —murmuró Daniel, expirando la última calada y ensanchando la sonrisa mientras ahogaba la colilla—. Eres el tocapelotas más tocapelotas que me ha tocado las pelotas.

—¡Puaj! Con esa selva de pelo rizado que luces… Si se te calientan mucho, deben de oler como una tienda de pollos asados sin ventilación —exclamó Josep, exagerando ligeramente su inflexión feminizada.

Y entonces los dos rompieron a reír como cluecas retroalimentadas, dejando a un lado la etiqueta y el *savoir-faire*. Paradójicamente, la tribu de prepotentes semiimpotentes, invitados y derivados, en vez de ofenderse creyeron que era un buen momento para relajarse un poco más, sentirse un poco más como en casa, y algunos incluso resolvieron pedir otra botella y venir más a menudo. Josep en cambio concluyó que había llegado el momento de ir al grano:

—Bueno, dejemos los papeles a un lado: ¿qué idea se te cuece en la cabeza?

—Una verdadera locura: *Caballos reciclados*.

—¿Y qué se supone que significa eso?

—Otra vomitona sobre el universo casero de los yonquis hippies y viceversa.

—¿Y por qué ese título? Si la primera que escribiste se titulaba *Los años escarlata*, la segunda debería llamarse… *Los años violeta*, por ejemplo.

—¡Tú sí que estás hecho una buena viola! —Daniel digirió una pausa para abrir una caja de la memoria que aún le emocionaba—. Poco antes de que se suicidara, cuando el sida ya se lo comía a cachos, un día en Manresa me encontré con Alexandre Oscà.

—El desafortunado autor de *Caballos salvajes*.

—¿Desafortunado? Un yonqui peligroso, si se puede hablar mal de los difuntos. Aunque creo que la literatura lo curó un poco. Como a mí, supongo.

—Tú, querido Daniel, no tienes cura.

—Me refería, en concreto, a la adicción a la heroína.

—Ah.

Daniel resopló, fumando con calma para saborear el recuerdo a placer.

—Sigo. Nos encontramos en el paseo. Nos habíamos visto un par

de veces cuando aún galopábamos, pero nos conocíamos poco.

—Interesante.

—Él me invitó a una birra y yo le ofrecí un canuto. Él quería ir a un recital poético de Enric Casasses y Jordi Vintró, y yo, a la presentación de una novela de Matthew Tree a cargo de Llorenç Capdevila.

—Pero al final os bebisteis media caja de cerveza y os fumasteis media docena de porros en una terraza del paseo, y terminasteis… a ver, déjame pensar. No me digas que compartisteis la última excepción… una esnifada guarra comprada a pie de calle.

—No, no: él decía que solo de oler una papela, se le revolvía el hígado y le salía por la boca en forma de mocos biliosos.

—Habla más bajo, joder —exclamó Josep, predicando con el ejemplo—. Esto es un restaurante.

—Y yo tampoco quería jugar con fuego —continuó Daniel haciendo oídos sordos—. Terminamos en el jardín de su hermana, la Loleta, que vive, o por lo menos vivía, en la casita de sus padres, en Salient. Esa noche la familia no estaba y Alex se curró unos espaguetis con *moixerons* y pinchos…

—¿Pinchos morunos?

—Troceados. Deliciosos.

Josep chasqueó la lengua. Daniel recuperó el recuerdo de Alex y quedó suspendido en la burbuja de aquel instante perdido en el desagüe del tiempo. Del tiempoespacio: aquella noche de verano, o quizá de octubre como hoy, en la ciudad de Manresa y en aquella casa de lego sallentina.

—Me dio un borrador fotocopiado de *Caballos salvajes*, al que solo le faltaba cambiar el final, y yo le prometí una copia de *Los años escarlata* si un día lograba terminarla. Ambos teníamos la sensación de haberlos escrito demasiado jóvenes. —Daniel estuvo cerca de atragantarse, emocionado de verdad—. Claro que, si hubiese esperado a tener cincuenta años, él ya no habría podido.

—Claro.

—Por eso me he comprometido, dado que todavía puedo, a revisitar el universo de los viejos adictos desde la perspectiva de los cincuenta años. Y de la gente que, a pesar de todos los cálices y todas las hostias, hemos tenido la suerte de sobrevivir al paso por el infierno y… reciclarnos. —Daniel atrapó entre cejas el último

aliento de aquella tarde/noche/madrugada y dejó la cajita en su sitio—. Álex estaba disgustado y triste porque dos de los tres personajes principales de *Caballos salvajes* morían en el transcurso de la novela. Después de la segunda botella de cava, llegamos a la conclusión de que no era justo y brindamos por la esperanza de. Y de pasada me daré el gusto de hacerle un par de homenajes.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Escenas paralelas, perspectivas complementarias, espejitos que evocan espejismos o profundizan paisajes. Ya me entiendes.

Josep, que lo entendía como poquísimas personas pero siempre lo consideraba poco, tenía la mirada fija en el rostro de Daniel como si quisiera absorber sus recuerdos, y Daniel agachó la cabeza como si se confesara culpable. El silencio, sin embargo, rebosaba magma emocional y, para atajar una lágrima privada, el escritor chasqueó la lengua sonoramente mientras pillaba la botella de malta para servirse otra dosis.

—¿A qué viene ahora esa cara de moniato estupefacto? ¿No has leído las cagarrutas que te mandé?

—Solo el «Entierro con ausencias». Y espero que no sea el mascarón de proa.

—No tenemos ni la mitad del material escrito. ¿Cómo vamos a plantearnos el orden del conjunto?

Josep midió el culo de un camarero que subía una bandeja de postres y Daniel lo cazó al vuelo.

—Tampoco se puede decir que tú seas muy discreto.

Josep, que se atragantó a medio sorbo de *grappa* y por poco se mancha el paquete, soltó una risa para disimular el rubor y retomar la inflexión del profesional de éxito con el que se disfrazaba para recorrer mundo.

—Confiaba en que acaso fuera una colección de narraciones contemporáneas —masculló, entre dos carraspeos forzados—. Cualquier cosa menos un segundo hartón de… ¿Cómo lo llamabas? ¿Yonquis, putas y sidosos?

—¿Por qué? ¿Porque no vendimos ni dos mil? ¿Sabes que Shakespeare, cuando murió, dejó más de veinte obras sin imprimir? ¿Sabes que pasaron siete años hasta que dos colegas suyos se decidieron a publicar la obra del genio para preservar, según sus palabras, «la memoria de un amigo y prohombre tan ilustre»?

Tienes que levantar la mirada hacia el futuro, Josep.

Más que levantar los ojos, Josep los empequeñeció inclinando la cabeza.

—¿No se morían los protagonistas de *Los años escarlata*?

—Que sí. Pero esos personajes eran una primera realidad, más estética que ética, y ahora plantearemos la segunda con menos filigranas cinematográficas y más proximidad orgánica.

—A mí no me vendas la moto —exclamó Josep, saboreando la retórica a pesar de todo—. ¿A quién abarca ese plural majestuoso?

—Àsia, que tiene una amiga asesina, me ha enviado esto de la «La cola bífida», donde cuenta un drama de adicción y chantaje que acaba… Bueno, ya veremos cómo acaba al final, porque anoche me dijo por teléfono que ahora trabaja en las secuencias madrileñas de la película.

—¿Y yo no la conozco a esta amiga de Àsia?

—Probablemente. Por eso no puedo decirte quién es.

—Mònica, claro. Siempre Mònica. ¿Dónde para ahora?

—Ha desaparecido.

—¿Quieres decir que…? ¿Ha muerto?

—A efectos prácticos, sí. Y puesto que ha desaparecido para siempre, no hay modo de saber si está viva o no.

—Me estás tomando el pelo.

Daniel despejó aquellas minucias colaterales para volver al cuerpo de la obra. Por no decir de cristo resucitado.

—Y me consta que Ona, que nunca escribe ni cartas, también se afana para meter su cucharada.

—Estáis chiflados.

—No solo de oro viven las criaturas. —Y después de una pausa de ensueño, Daniel volvió al mundo presuntamente real—. Por eso hay tantas que mueren tan jóvenes. En vez de un pan invisible, los recién nacidos deberían venir al mundo con una panera de oro.

—Déjate de modismos y espejismos, chamán de feria. A mí no me la das con queso: hace muchos años que sé de qué pie calzas. —Una risita, una risa, una risita—. De modo que *Caballos reciclados*, ¿eh? ¿No tienes bastante trabajo de técnico informático?

—No me quejo. Pero a veces me aburro y, ya que no puedo vivir de nuevo los años escarlata, me gusta refreír la anécdota.

—¿Y qué trigo piensas moler? ¿Qué sabes tú, sobre las drogas y

las adicciones actuales?

—¡Ah, no! Ni borracho de whisky me arriesgaría a hacer un retrato de hoy en día. La idea es recuperar anécdotas y elaborar algunas ideas reconstruidas.

—¿Como por ejemplo?

—Como que ahora, finalmente, al borde del pozo de los cincuenta tacos, he comprendido por qué nos metíamos de todo y de cualquier manera hasta la coronilla, y tentábamos a la muerte tres veces por semana.

—¿Ah, sí? ¿Y lo trasladarás a un relato?

—Solo una frase. Lo hacíamos precisamente para no llegar al tedio decepcionado de los cincuenta. Pero no tuve suerte con la guadaña de la muerte: siempre me libraba por un pelo.

Josep sonrió como cuando visitaba a las criaturas de los orfanatos que patrocinaba en Argentina. Daniel aún era un chiquillo, letrado pero mal educado, que necesitaba molinos de viento para soñar con la lucha existencial y sentirse vivo.

—Ese tipo de literatura, Daniel, no da dinero ni prestigio —insistió, con una de sus máximas favoritas.

—A ti el dinero te sobra y a mí el prestigio me da vértigo.

—Venga, venga, no seamos hipócritas. Yo nunca tengo bastante dinero y tú, por una diadema de prestigio genuino, darías un dedo.

Ahora quien chasqueó la lengua fue Daniel.

—Por más que me joda, en eso tengo que darte la razón.

—Y en otra cosa también: olvídate de *Caballos reciclados*: el adjetivo no funciona.

—¿Qué tal «coagulados»?

Josep, que degustaba su *grappa*, por poco se atraganta.

—¿*Cabaaa… llos coa… gulados*? ¡Tú estás majara, tío!

—Un poco quizá sí.

—Te propongo un trato. Vosotros escribís el texto y del título ya me encargaré yo.

Daniel, disgustado, inclinó la cabeza: se había acostumbrado a los «reciclados» poco a poco, durante meses, como quien se toma un jarabe insípido, y no le gustaban las imposiciones editoriales. Al final, sin embargo, asintió, sonriendo con la punta de los labios: después de unos cuantos años de zoológico, todas las fieras se amansan.

ALGARADA DE BARRIADA

Estaba yo vendiendo rulas en la esquina
de tu calle, que es la más chula

ESTOPA, El yonqui

Ese atardecer, mientras cruzaba la barriada del extrarradio donde ahora vivía Àsia, Daniel matizó la frase: después de unos cuantos años de zoológico, casi todas las fieras se amansan: las que no aprenden, mueren.

Desde el restaurante Esguais hasta aquella municipalidad periférica no debía de haber ni diez kilómetros geográficos, pero en la dimensión existencial parecían universos paralelos sin un solo punto de contacto. Había quedado con Àsia que iría a recogerla al trabajo a les siete, pero Daniel tenía que vaciar el depósito y aparcó delante de un bar bodega.

Se acercó a la barra y, en un castellano con acento de *movida* surgido espontáneamente del pasado remoto, preguntó por los servicios. La camarera era proporcionada al bar, o sea minúscula, y le plantó encima dos ojitos de hurona que rezumaban desconfianza. Para ganarse el derecho a mear en privado, Daniel pidió una cerveza. La chica, obedeciendo una orden muda de uno de los jugadores de dómino sentados en una de las dos mesillas, le ofreció una sonrisa con alma de mueca y una llave de hierro fundido más bien oxidada.

Mientras orinaba, Daniel pensaba en la cámara frigorífica que había abierto la camarera. Era un frigorífico de madera con manubrio y bisagras de latón, idéntico a los que había llenado, vaciado y limpiado más de mil veces en el bar musical de Ibiza (bautizado Islands en honor al disco de King Crimson) donde Àsia le había dado cobijo. Treinta años atrás o poco menos. En presente, los años normalmente se arrastran, pero todo el mundo sabe que, cuando los contemplas en el retrovisor, pasan volando. Como

plumas invisibles sobre una filmación paisajística que se precipita hacia atrás demasiado de prisa para fijarla en un punto determinado. Si encontraba la ilusión y el registro apropiado, tendría que intentar describir unas cuantas instantáneas del año que había vivido entre Ibiza y Formentera, entre el Islands como local y las Pitiusas como concepto. Resopló de modo inaudible mientras se sacudía las últimas gotas y se arreglaba la ropa. A menudo le parecía imposible haber tenido diecinueve años, o veinticinco o treinta y dos. Le parecía imposible haber sido un potro pletórico de fuerza y ambición, dispuesto a catar todos los frutos del jardín terrenal por más prohibidos o peligrosos que fueran.

Salió de aquel agujero tenebroso sin lavarse las manos. En primer lugar porque no había lavamanos y en segundo porque el hedor a desinfectante y serrín mojado le mareaba. En el Islands el único olor que le mareaba era el del incienso, porque el de la hierba en combustión le gustaba casi tanto como sus efectos. Encima de la barra del bar en miniatura, le esperaba una botella de cerveza más tibia que fría, y un vaso de mesa más blanco que transparente por culpa de la cal. Daniel le devolvió la llave a la camarera y pagó con una sola moneda. La misma cerveza, se dijo, en el Esguais valía exactamente el cuádruple.

Con un gesto, indicó a la camarera que se llevaba la bebida fuera, provocando otra mueca de hurona, y se instaló en la mesita de la punta de las tres que había en la acera. Limpió la boca de la botella con la punta de un meñique y se tragó la mitad del tercio de litro, sediento de algo más profundo que cerveza. Ya mientras buscaba y encendía un cigarrillo, sin mezclar porque estos barrios eran más delicados que ninguno, se sumergió sin palabras en las aguas procelosas de las sensaciones antiguas.

Los conocía bien, esa clase de barrios. Incluso demasiado bien, los había conocido. Muchos parecidos y ese en particular. Cinco o seis calles más abajo había una plaza grande flanqueada por un patio escolar donde más de cuatro veces, cuando le fallaban los suministradores habituales, había ido a comprar un cuartillo para salvar un mono. Tenía algo de surrealista, o patético, porque hasta las diez o las once de la noche, verano o invierno, había una docena de churumbeles jugando al fútbol. Él siempre aparcaba de cara al patio, y encendía y apagaba las luces de cruce un par de veces, tal

como le había instruido Carlitos, un aborigen de ese microcosmos extraviado como tantos otros en las entrañas inescrutables del calendario. Al cabo de unos segundos, se acercaba una de las sombras futbolistas y le preguntaba qué quería por la ventanilla. Después hacía una señal y le reclamaba la pasta, cosa que a Daniel no le gustaba en absoluto pero que en aquel mercado era la norma. Mientras el chaval de turno contaba los billetes con la diligencia de un banquero, se acercaba otra sombra que, al pasar y sin mediar palabra, le ponía la papelina en la palma de la mano.

Como la memoria no tiene pautas, un instante después Daniel recordó a Anna Susanna, que repartía caballito al detalle en la zona de Arcs del Teatre y aprovechaba el cochecito y la bolsa del bebé para esconder los sobres. La escena le provocaba una sonrisa nasal, hoy igual que entonces, y más de una vez había estado a un tris de contárselo a Jordi, el inocente transportador, que ahora, con treinta tacos y una calvicie creciente, era un siquiatra de prestigio en una clínica de la Bonanova. A Daniel le hacía gracia, una gracia un tanto perversa de raíz antropológica, que Annasu, entonces yonqui, putilla y soltera, hubiese criado a su niño vendiendo jaco al detalle en la trastienda de las Ramblas, y que ahora ese chaval se ganara la vida como un mago recetando ansiolíticos y barbitúricos a las burguesas de la Barcelona imperial.

Pero Anna Susanna había muerto de sida más de quince años atrás y Jordi, como buen siquiatra, todavía tenía una espina de culpa clavada respecto al pasado de adicción y prostitución de su madre. Por eso Daniel no le había contado nunca que él, el siquiatra triunfal, ya antes de cumplir un año era un traficante de heroína en las entrañas de la Rambla más baja.

Como si se hubiese cerrado un círculo, un ciclo, Daniel vio la sombra de Àsia saludándolo con una mano alegre y dos pupilas de pantera. Subía por la acera con una cartera colgada del hombro y una sonrisa que se columpiaba de sus pómulos, visible incluso en aquel crepúsculo, que en el enjambre de pequeños rascacielos proletarios adquiría una textura oscura y penetrante. Gracias a Anna Susanna y al doctor Milagros ahora Àsia era el corazón y el alma de un proyecto de protección y reinserción específicamente enfocado a mujeres adictas y/o prostitutas. Disponía de un despachito oficial en el Centro de Atención Primaria del barrio,

donde trabajaba de ocho a tres, y de una consulta oficiosa de cuatro a X en la narcosala que, a pesar del rechazo de los vecinos, habían aparcado en el patio de la escuela, reconvertida ahora en biblioteca pública. La barriada, definitivamente, había cambiado mucho. Cuando se levantaba para saludar la penumbra de Àsia con un beso a flor de labios y un abrazo profundo, Daniel pensaba, sentía, que ellos también habían cambiado mucho y definitivamente.

—Te veo más delgada —exclamó, apartándose un metro sin soltarle las manos.

—Pues yo te veo con más barriga —replicó ella, riéndose a gusto porque le constaba que esa broma, al Niel, no le hacía mucha gracia.

—Eso me temo.

Se sentaron, cara a cara, con las sonrisas enlazadas y crecientes, y la mirada reposada en los ojos que miran, hasta que la camarera salió y le preguntó a Àsia si quería tomar algo con un monosílabo. Àsia respondió no, gracias, Noli, y Noli huyó hacia el interior, huraña como de costumbre.

Al fondo de la placita, donde tres pequeñajos sucios jugaban a comer arena, estalló un llanto titánico porque una madre había ido a secuestrar a uno con nocturnidad y alevosía. Al otro lado, una docenita de adolescentes de ambos sexos esparcía su algarada y sus risas alrededor de tres o cuatro motos igualmente adolescentes. Cuando pasaron por su lado, camino del armario habitable de Àsia (bloque 21 planta 9 puerta E), Daniel se fijó en que, en vez de porros y cubatas como antes, aquellos jovenzuelos compartían cigarrillos estándar y bebidas isotónicas.

—La verdad, Àsia, esto parece otro mundo.

Mientras abría la puerta de la calle, ella soltó una risa que se desenroscó como una serpiente acústica hacia el vestíbulo y el ojo de la escalera. El ascensor, bastante limpio pero anciano, emprendió la remontada quejándose en cada planta, cada vez un poco más fuerte.

—Es cierto que el barrio ha cambiado. Pero en las formas de la superficie más que en la raíz de los fundamentos. El guapo de la vespa azul es un gitano catalán del vecindario que labra todos los huertos pero nunca a derechas. La sirena ecuatoriana que lo acompaña tiene muchos contactos y pocas manías, y entrambos

toman y venden más pastillitas que todas las farmacias del distrito.

—Ya será menos.

—Nosotros, para sobrevivir, hemos ido a menos. Pero ellos tardarán veinte años en el mejor de los casos.

Daniel insinuó una sonrisa.

—Como nosotros, más o menos.

—No, no. Querrás decir como tú y Ona. Yo, entre engancharme, romperme el alma y salir del pozo, solo tardé tres o cuatro años.

Era cierto. Anastàsia había sido una de esas excepciones, no tan raras como aseguran las estadísticas, que habían sabido huir del infierno antes de quemarse completamente. Ona y él estaban hechos con otra arcilla. Como traficantes normalmente eran humildes, fuera por cobardía o falta de ambición, pero como consumidores necesitaron una década y un copón de hostias de todos los colores para comprender que les era preciso arriar las velas y quemar la barca.

Esa había sido la frase con la que Daniel había roto el hielo, aquella tarde en la Modelo. En la Modelo de una BCN que podía presumir de muchas cosas pero de modelo penitenciario no. ¿Cuándo había ocurrido aquello? ¿Ocho o diez años atrás?

Interludio en la Modelo (2001)

A jury found me guilty three months later
Twelve evil men with murder in their eyes

JONNY CASH, Austin Prison

A pesar de que la curiosidad por verlo en primera persona le picaba en lo más vivo de su vocación narrativa, Daniel se había negado tres veces como San Pedro: que no entenderían su perspectiva ni su forma de expresarse; que se imaginarían que era un intelectual repulsivo que no tenía que enseñarles nada; y que las rejas y los celadores le daban miedo por no decir pánico.

Anastàsia se rio del trauma lingüístico, y le aseguró que había un segmento de estudiantes, los de secundaria y los de la UNED, que lo seguirían perfectamente, quizá incluso con interés, y que de los celadores ya se encargaría ella. Le había contado que los había

de tres clases: los vocacionales o semisádicos, que esperan impacientes el momento de ponerse los guantes de piel; los estoicos responsables, que hacen su trabajo sin inmutarse ante los sufrimientos ajenos, y los que no saben dónde se meten y lo pasan casi tan mal como los internos. Este esbozo lo hipnotizaba como a un arna cerca del fuego y le espantaba como a un gato escaldado. La educadora, que por algo tenía el título de sicóloga, al final lo agarró por las partes blandas.

—La mayoría de los que vendrán, por no decir todos, todavía son adictos en uno u otro grado. Si de carambola, aunque sea a uno solo, puedes ayudarlo a abrir una de las cien puertas que…

—Lírica melodramática no, porfa. Prefiero la cárcel.

La educadora social con título de sicología y el invitado que había publicado un libro sobre yonquis habían cruzado los tres canceles de seguridad que conducían al pie del cimborio de la institución, ¡oh símbolo patético de aquel fracaso social! Desde allí se veía la puerta del teatro, al final de las pistas de deporte, de donde emanaba un tufo a testosterona tan intenso que, al invitado, le estremeció la piel. Se le ocurrió que probablemente se mezclaban toneladas de frustración envenenada y de una violencia que se desgajaba en carne viva que, como el sudor, rezumaban físicamente de los cuerpos, en aquel momento extasiados como críos, persiguiendo una pelota como si fuera la llave de la libertad.

—No entiendo cómo me he dejado engañar así —dijo Daniel, resoplando lentamente para relajar los nervios: la visita, por suerte, duraría un par de horitas a lo sumo y no tendría que repetirla nunca más. Toca madera.

Anastàsia sonrió divertida y lo precedió hacia la emisora de radio, donde el autor invitado respondió media docena de preguntas delicadas, disimulando a duras penas la angustia del momento.

—¿Qué te pasa? —le preguntó ella entre dos carcajadas cuando iban de un recinto al otro—. ¿Crees que van a encerrarte si te equivocas?

—Pues has dado en la diana: esa es la sensación que tengo.

El monitor de teatro había ido a recoger a los asistentes a las cinco galerías y, cuando ellos dos entraron, ya estaban sentados al fondo, unos cincuenta a primera vista.

—Buenas tardes. Hacía mucho tiempo que luchábamos para celebrar este acto, a medio camino entre una presentación literaria y una charla sobre la adicción a las drogas duras —arrancó Anastàsia, con un labio de rutina y otro de expectación—. En primer lugar, quiero agradeceros vuestra presencia, la de los internos, porque ya sabéis cuánto nos ha costado organizarlo, y en segundo, quiero agradecer la presencia del autor sin paga, que encima deberá tener cuidado con lo que dice y cómo lo dice para no terminar encerrado igual que vosotros.

Eso provocó el primer conato de complicidad y un rumor tímido de sonrisas entre los oyentes. Los asistentes, efectivamente, no pasaban de medio centenar, pero todos lo consideraron un éxito. Y en primer lugar, la madre del jaleo, la educadora Anastàsia Terol Graumig, que se vaciaba como dinamizadora penitenciaria en un programa piloto. Un programa piloto, dicho sea de paso, que al cabo de pocos meses terminó triturado en las entrañas de burocracia que estrangulan la política social.

—Pues eso —reanudó Àsia con su fe característica—. Os presento a Daniel Alfals, que no significa «alfalfa» ni tampoco «el falso», y que no hace mucho ha publicado *Los años escarlata*… que no tiene nada que ver con «los rojos comunistas». En cualquier caso es una novela políticamente incorrecta en la que, subjetiva y humildemente, pretende reflejar la travesía por el desierto de las drogas duras y, especialmente, de la heroína.

Daniel, poco curtido en el trato con el público, en aquel momento sudaba como un niño que ha olvidado el poema navideño en el preciso instante de subir a la silla. Quizá por eso agarró el toro por los cuernos.

—Antes de nada, tengo que avisaros de que mis opiniones no son objetivas ni científicas ni han sufrido ningún tipo de censura. —Daniel soltó un chasquido antes de afianzar el tono, como si le diera miedo aturullarse—. A mí, la heroína me gustaba mucho, especialmente al principio, cuando tomaba poca y esnifada. Me instalaba en una nube consciente, pero más perceptivo y más receptivo, y desde allí tenía la sensación de comprender la esencia de las personas y las cosas por pura… empatía. —Daniel se revolvió en el asiento y cambió el tono por uno aún más próximo—. Si se me escapa algún palabro que se os escapa, avisadme inmediatamente,

por favor. Me viene del vicio de mover la pluma. La de escribir, ¿eh?

De un rincón en el fondo de la sala surgió una voz con un deje de desafío.

—¿Y qué coño significa *empatía* exactamente? ¿Es un palabro en catalán?

—No, no, en castellano se dice igual —respondió el autor, buscando un sesgo humorístico inexistente—. Vendría a ser la capacidad de cada cual para sentir las penas de otra persona como si fueran propias.

—¡Ya! Tú dentro de una hora volarás libre para mover la pluma hacia donde quieras, y yo me quedaré dentro de esta jaula con nueve años de condena clavados en la cresta —objetó una silueta desde el medio de la sala.

—No querrás que él pague tu condena —intervino Àsia en tono sarcástico.

El aludido remarcó que eso, más que el principio de una novela, sería un final de cine, y después de unas risas corales, Daniel reanudó el hilo.

—Es evidente que los motivos de cada hijo de madre para meterse en el mundo de las drogas son diferentes, y por lo tanto es lógico que los motivos para salir de él sean distintos. Pero hay tres variables que me parecen muy comunes. La búsqueda de la felicidad; la búsqueda de la propia identidad; y la búsqueda de una verdad particular. —El silencio sugería que había logrado un margen de atención y Daniel lo aprovechó al vuelo—. Yo, como traficante, era cobarde y poco ambicioso, pero como consumidor… necesité una década y un montón de hostias de todos los colores para comprender que era preciso arriar el velamen y quemar la barca. Los motivos, por contradictorio que pueda parecer, son los mismos que he expuesto anteriormente. —Ahora se permitió una pausa para coger el calcetín rojo que había dejado al lado del libro como un enigma y, como un mago, lo volvió del revés, que era verde—. Un buen día llegué a la conclusión, y espero que la mayoría coincida conmigo, de que la felicidad no es la euforia de una dosis, y todavía menos la rutina de encadenar años y más años de dosis y más dosis. La felicidad es una membrana tenue y delicada que proviene de la calma, de la relajación emocional y de la paz

interior… Y no estoy hablando de yoga ni nada parecido, ¿eh? Hablo de mirar el mar, de pasear por el bosque, de leer un libro o escuchar música… de hacer el amor o besar a alguien. Hablo de ver un partido de fútbol o de una partida de dómino, de ir a un concierto o al cine o de apuntarse a *Els Pastorets* o a *La Passió* del pueblo.

—Eso si te aceptan —intervino un fideo chupado, que a juzgar por el rubor hablaba por experiencia.

—Ah —exclamó Àsia, siempre alerta—. Para aquellos que tengáis interés, el próximo mes empezaremos un taller de teatro.

—¿Y representaremos una tragedia griega? —saltó una voz con vocación de clown desde la tercera fila, provocando un coro de risas.

—La tragedia, en mi opinión, sería que no participarais —replicó Daniel como si tuviera la respuesta preparada—. Casi todo el mundo, a su modo y con sus palabras, se mueve impulsado por los tres motores que he mencionado antes: búsqueda de la felicidad; búsqueda de la identidad; búsqueda de la verdad personal. —Sonrió, atrevido de repente, y abrió la mirada hacia las sombras de medio centenar de reclusos, sobre todo adictos y traficantes—. Volviendo a la propia experiencia, que en estos temas suele ser la única escuela, a mí las tres cosas me llevaron y sumergieron en el mundillo de las drogas duras. Comencé con ácidos, cuando eran lisérgicos de verdad, convencido de que me guiarían hasta una verdad mayúscula, válida, por así decirlo, en todos los aspectos de la vida. Y me alejé horrorizado al cabo de un año al comprobar hasta qué punto me apartaban del mundo real y de la vida en general. Del fuego me escapé, pero caí en la parrilla del purgatorio, y después de un par de años de esnifar y fumar un poco de todo, empecé a inyectarme heroína. —Daniel se volvió a medias, acercándose una mano a la boca para encubrir un arranque de tos, física o emocional—. Tengo que confesar una doble culpa, además, porque entonces ya conocía a algún yonqui en fase avanzada y eso debería haberme servido de alarma. Pero tenía dieciocho o diecinueve tacos y creía que la fruta me caería madura del árbol de la vida sin molestarme siquiera en regarlo. Reconozco que entonces ya no veía nada claro que eso fuera a revelarme ninguna verdad duradera, pero aún lo consideraba el vestíbulo de la felicidad, y aún

me empeñaba en creerme la identidad que yo mismo me estaba fabricando con piel de yonqui. A mí, me aseguraba diez veces cada día, aquel vicio devastador no me pillaría: era demasiado listo, yo, era demasiado inteligente y demasiado… ci-vi-li-za-do. —Ahora la pausa fue una mueca para mostrar hasta qué punto le divertía aquel yo pretérito—. Huelga comentar que, en referencia a las toxicomanías, ser listo, guapo, más valiente que un toro o más chulo que un gallo, no sirve absolutamente para nada. Cada cual se fabrica un laberinto de prisiones, superpuestas como muñecas rusas, y se empeña en descender hasta el fondo, como si en el fondo se hallase, una vez más, una verdad simple y perfecta que no solo sirviera para salir del laberinto sino también para comprenderlo. —El autor, ya más sereno y seguro, se permitió un silencio de conferenciante—. Ahora sé seguro, como la mayoría de vosotros, que en el fondo de los laberintos de un yonqui o de un coquero no hay ninguna revelación. Por no haber, tampoco hay una salida de vuelta a través del caos de la entrada, porque el paso del tiempo lo ha derrumbado todo, y la única posibilidad de reinventar la propia personalidad es destruir el laberinto. Aunque implique destruir, parcial o completamente, la entidad personal que hemos construido durante años, demasiados años… Y ahora me refiero al hecho de que a menudo, si no siempre, es preciso cambiar de amistades, de amantes, de hábitos, de ciudad… En el fondo, lo más importante es meterse en la mollera que la felicidad, la identidad y la verdad de cada cual no son y no vendrán nunca del abuso de ninguna droga, por más pura y más dura que sea. Yo, después de asumirlo, de asumirlo de verdad en el corazón y en todas las venas, empecé a ser capaz de plantearme los sacrificios y el esfuerzo a los que me enfrentaba… a pesar de que solo veía una pequeña parte.

—¿Y lo dejaste a la primera? —le preguntó el clown, menos divertido que antes.

—¿A la primera? ¡Lo dejé la vez número cien! Me lo propuse al cabo de cuatro o cinco años de galopar y tardé casi el mismo tiempo en salir del corral… Lo dejaba un mes o tres, en más ocasiones de las quiero recordar, pero al final siempre acababa recayendo en el mismo agujero: el de la aguja de la jeringuilla.

—Seguro que a ti te ayudaban tus padres con granjas, sicólogos y tal —aventuró el del fondo, buscando un ángulo de tensión

personal.

—Mi madre estaba muerta y mi padre… me detestaba y me había desterrado. Por lo menos hasta que me curara de esa peste que, según él, ya había llevado a mi madre a la tumba. —Lo soltó de una tirada, como si lo llevara aprendido de memoria, pero todos comprendieron que aquella era una verdad íntima y dolorosa—. Me ayudaron, muchísimo, mi hermano y su mujer y una novia guapa que también quería curarse. —Sorbió un moco imaginario como si esperara más interrupciones—. Tardamos años en comprender qué fallaba, teniendo en cuenta que mi disposición era total y los medios aparentemente también. Lo que fallaba era el mapa social, o sea la trama de relaciones personales y circunstanciales que, a lo largo de una década más bien yonqui, se habían destruido inexorablemente. Empezando por buena parte de la familia, siguiendo con la mayoría de amistades y conocidos, y terminando en un factor tan importante como el profesional. —Para recuperar el aliento, Daniel abrió la botellita de agua, que de haber sido cerveza ya habría vaciado dos veces—. De modo que liberar el cuerpo y el coco de la dependencia, que tan difícil parece en principio, en realidad es el paso más fácil: lo más difícil es construir un universo nuevo donde este individuo encuentre un espacio. O mejor dicho, su espacio.

—Y todo eso, en la sartén del mundo real, ¿cómo coño se come? —tronó un gigante que sostenía la pared de la derecha.

—En primer lugar es preciso destruir el mito de la rebelión perversa, aquella especie de seducción que los adolescentes y los románticos sentimos por los poetas malditos y los cantantes de rock que mueren jóvenes. Escogerse adicto porque está de moda, porque mola un mundo y da una cierta aura, es una estupidez autodestructiva como pocas —declaró el autor con una chispa de pasión, antes de recuperar un tono más informal—. Ya sé que expresado de esa forma suena moralista y pedante, y a la hora de la verdad cada cual lo vive como puede. Yo, por si os vale el ejemplo, tuve suerte con Ona, mi pareja. Nos queríamos tanto que, cuando comprendimos que si no dejábamos las drogas tendríamos que dejar la relación, lo situamos como prioridad número uno. Nos costó un huevo, porque a veces el más débil llevaba al otro a la recaída, y rodamos como *rolling stones* casi diez años; primero para arrancar

el vicio de raíz y después para recuperar un espacio propio donde despertar cada día. Pero al fin lo conseguimos y… no os lo vais a creer, pero aún estamos juntos y, por lo menos hoy, cabreados.

—¿Por drogas o por cuernos? —tronó otra vez el gigante, que debía de creerse influyente.

—Ninguna de las dos —replicó Daniel, finalmente cómodo con la conversación—. Porque tiene un rizo de celos de Anastàsia. —Y para disipar el desconcierto que eso provocó entre los internos, añadió—: Sí, sí, tiene celos de Àsia precisamente porque es lesbiana… ¡Quizá lo que le gustaría es ponerme los cuernos con ella!

Más que ofendida, Anastàsia Terol se revolvió atónita: ¡cojones con el churumbel de Daniel! Cierto que, con esa broma picante, había hecho añicos las barreras y se había metido al público en el bolsillo. Cuando Àsia notó el rubor en las mejillas, más rojas que el calcetín simbólico antes de darle la vuelta, se las tapó con las palmas planas, con las yemas de los dedos bajo los ojos. Así de pasada también escondía la risa.

REPRISE EN LA BARRIADA: VELADA DE LECTURA

Nothing but a grand illusion, legend in my own mind

ERIC CLAPTON, Grand Illusion

Dentro del armario habitable, por lo menos para un solo zapato, vestido, persona, Àsia y Niel deshilacharon unos cuantos retales de memoria gracias al procedimiento, simple pero eficaz, de compartir una porra de polen y un disco de sicodelia antigua (concretamente el *Double Dose* de Hot Tuna).

Se habían citado para cenar. Para cenar y para hablar, entre todas las anécdotas que la rutina procura, del proyecto de los caballitos reciclados y las yeguas amansadas. Habían quedado para hablar de tantos recuerdos, falsos, adornados o genuinos, que no tenían prisa por empezar. Quizá porque en el fondo eran conscientes de que solo podrían hablar de todo a través de los silencios, de las músicas. Cuando comenzaban a cenar, tallarines con ventresca y trufa negra, esbozaron un diálogo de carácter personal.

DANIEL: ¿Es la que te regalé en Navidad, esta trufa?

ANASTÀSIA: Sí, sí. En este barrio nadie vende este tipo de drogas.

DANIEL: Está riquísima.

ANASTÀSIA: Muy amable. No tanto los tallarines que he cocinado con todo mi saber; solo la trufa que me regalaste tú.

DANIEL: La pasta que te has currado, joder: está riquísima.

ANASTÀSIA (*después de una pausa saboreada, mientras ella cata el vino y él se zampa un ovillo*): Nunca he comprendido por qué, pero cuando estás en casa me siento muy cerca de la felicidad.

DANIEL: Esta es fácil: simplemente porque vengo poco.

ANASTÀSIA: Cuando seamos mayores, mayores que ahora… cuando seamos viejos, podríamos vivir juntos.

DANIEL: Es una propuesta interesante, pero hay dos inconvenientes. A ti te gustan las barriadas postindustriales de la

metrópolis, y a mí los bosquecillos silvestres de las sierras. Y, dicho sea de paso, tú eres homosexual y yo aún no.

ANASTÀSIA: Me convendría un cambio de escenario.

DANIEL: Perfecto. ¿Quieres que me opere, para ser tu amante?

(Ella ahora se echa a reír con ganas y él la acompaña).

ANASTÀSIA: Venga ya. Dentro de cuatro días, nos bastará con dormir juntos.

DANIEL: O sea, como ahora.

ANASTÀSIA: Con menos… tensión.

DANIEL: No pienso disculparme por las erecciones no correspondidas. Yo no soy gay, me excitas desde los tiempos de Maríacastaña, y solo porque te quiero más de lo que soy capaz de comprender, me someto a la tortura de meterme en la cama contigo… sin puntos suspensivos.

ANASTÀSIA: Tengo que reconocer que, de terminar las frases, sí sabes un montón.

—Hablando de frases, que son la masa del pan, me gustó mucho «La cola bífida». Sobre todo, el final.

—¿De verdad? —exclamó ella, sumergiendo los platos sucios en el agua jabonosa del fregadero—. A mí me parece tibio. No da la impresión de que la voz narradora sea la voz sufridora.

—No es necesario vivirlo todo en primera persona. No es preciso inyectarle una sobredosis a alguien para tratar de describirlo.

—Describir los hechos no es tan difícil. Las emociones de los protagonistas son lo que se me antoja poco verosímil.

—Ah. ¿No me dijiste que Mònica, justo antes de desaparecer definitivamente, te había jurado que las cosas habían sucedido así punto por punto?

—Sí, sí. Pero que sea verdad no basta, Niel. Tiene que parecerlo.

—Acariciado y hundido.

Àsia había cruzado la minisala polivalente desde la cocina hasta el rincón donde tenía un portátil y tres docenas de libros. Cogió dos pliegos grapados por separado, y los puso encima de la mesa, cerca del mantel de cáñamo de Daniel.

—A mí, sinceramente, me emocionan más estos, que he exprimido de los mundillos madrileños como una especie de continuación anterior del otro.

—¿Una continuación anterior, Àsia?

—Lo que ahora llaman una precuela.

Daniel miró los títulos. «Pecas de Vallecas» y «Cristina tenía un hermano».

—¿Los ha escrito ella? —preguntó.

—¡Qué va! Escribir le aburre y corregir le provoca urticaria. Además, ha desaparecido, ¿recuerdas?

Daniel miró la última hoja del primer relato, catorce páginas, y la última del segundo, que sumaba siete. Àsia dijo:

—Puedes echarles un vistazo mientras preparo café y me ducho, si te apetece. Pero empieza por Las Pecas, porque andan como los cangrejos y quedan mejor encajados. Creo.

Daniel se terminó el vino con un chasquido de satisfacción y contempló las hojas con una sonrisa ilusionada. De su bolsa, con gesto automático, pilló las gafas de leer y un lápiz, y, de la mesa, con una sonrisa beatífica, la cajita con la china y el papel de arroz.

Pecas de Vallecas

A quién le importa lo que yo haga

ALASKA Y DINARAMA

Llego a casa a las nueve repicadas (puta caravana como siempre) y me encuentro con el piso casi destrozado y Martina temblando en la cama. Después me doy cuenta de que tiene un ojo a la funerala y que, de mi mesita de noche, han desaparecido la papela de turno, casi medio gramo, y tres billetes lilas.

—Sí, sí. Tutxo se había esnifado un éxtasis o no sé qué y se ha vuelto loco —lloriquea Martina—. Esta tarde después de comer, estábamos follando mejor que bien, y de repente… se ha vuelto loco.

—No es la primera vez.

—No. Pero hoy… no sé cómo explicártelo. Por el jaco y las pelas, tranquila, que yo respondo, Lauri.

Don Lorenzo, mira qué cojones, me había prometido un gramo de purasangre y me había fallado. Yo había estirado lo que traía a lo largo del fin de semana como si fuera plastilina, pero me lo había terminado después de comer. En resumen: un mono creciente. Y, sin

embargo, cuando destapé a Martina de debajo de las mantas y le vi los moretones, me olvidé de todos mis males.

—Pero, mujer… ¡por Dios!

Se volvió a tapar. También la cabeza. Y lloraba desconsolada bajo la sábana.

—Es culpa mía. Me gusta jugar. Lo excito demasiado y no sabe controlarse.

—Sí que es culpa tuya. Eso es verdad. Por querer a un enfermo así en tu cama.

Necesitábamos un poco de ayuda y recordé que había escondido media caja de «verduritas» debajo de las braguitas (las pastillas, con un treinta por ciento de codeína, oficialmente se llamaban Perduretas, pero tenían manchitas amarillas y verdes y por eso las llamábamos así). De la nevera, cogí una botella de *rosé* y un par de coca-colas. Llené un vaso de tubo de martini y cola a partes iguales y me tragué dos pastillas antes de volver a la habitación de Martina, que continuaba sollozando, fuera por los dolores del cuerpo o de la mente. Le di a ella las tres pastillas restantes, obligándola o casi a beberse un buen trago de la mezcla. Estaba asquerosamente dulce pero sabía bien. Abrí el agua caliente de la bañera, que nunca salía muy caliente, y ayudé un poco con un par de ollas calentadas en la cocina. Teníamos que movernos, teníamos que recuperarnos, teníamos que espabilarnos como fuera: cualquier cosa antes de aceptar la paliza y el robo, y morir de abstinencia porque a un hijo de la gran se le hubiese atravesado una fruspa de éxtasis. Primero nos metimos juntas en la bañera, para gastar menos agua y evitar que se enfriara, y luego le curé el golpe del ojo lo mejor que pude. Los otros no mostraban herida externa y aparentemente tampoco habían provocado ninguna interna.

Nos vestimos y nos fuimos de excursión. Martina persistía en sus sollozos y más de una vez me dije que tenía que haberla dejado en casa. Pero se había empeñado en acompañarme sí o sí: que la culpa era suya, que Tutxo era su cabrón, y que tenía que venir para sacar dinero con una tarjeta que… Andaba que daba pena y nos acercamos al cajero automático más cercano al piso, porque yo todavía tenía intención de aparcarla en el primer bar que encontrásemos abierto, que sería el de las escaleras. Una de las ventajas de vivir en el centro de una capital es que encuentras de

todo, más o menos cerca, día y noche. La desventaja es que, cuando la magia te falla ahí, no sabes adónde cojones ir. Cabe añadir que, en Madrid y en la mitad del cosmos planetario, la noche del domingo es uno de los peores momentos para embarcarse a buscar caballo. Coca, desde luego. Y ácidos y éxtasis y cosas de esas que la gente toma para hacer el imbécil en la disco, quizás, pero caballo, un domingo por la noche, si no sabes dónde vas, estás jodida.

Afortunadamente, pero desgraciadamente, Martina y yo sabíamos de sobra adonde teníamos que ir porque íbamos tres veces por semana. Casa Juan. Casa Juan era un bar de tapas muy respetable donde Arturo cenaba casi siempre. Y Arturo era, con diferencia, nuestro camello favorito. Cierto que no podías abordarlo de cualquier modo, que debías tener paciencia y esperar el momento en que él deseaba hacer el gesto, pero valía la pena. Valía la pena porque el material era decente y el peso correcto, pero también porque el tío te concedía un margen de crédito y de respeto personal. Según quién diría que, con la pasta que ganaba con nosotras, eso era lo mínimo. Pero no es así: el mundo está lleno de Tutxos, que son mucho más degenerados en todos los sentidos. Aquel domingo, no obstante, Arturo, conocido como el Suave, ni cenaba ni había cenado en Casa Juan.

Bajamos por las escaleras hacia la placita para girar luego a mano izquierda por el pasaje techado, en dirección al puticlub de Leocadia. En el Leonas no solía haber ni muchas chicas ni ningún cliente. Nadie comprendía, si no eran las drogas, de qué podía vivir esa whiskería lujosa y esperpéntica puesto que, a excepción de cuatro turistas sin brújula, siempre estaba más vacía que un cero. Seguro que allí encontraríamos al Suave o a alguien que le hiciera el reparto. Cuando vi que era el Escorpión me faltó poco para dar la vuelta y buscarme la vida en cualquier otro lado. Pero Martina no podía más y yo estaba muy cabreada. Mientras nos acercábamos a él, el rostro del Escorpión era una efigie de la lascivia.

«Mira quién viene —pensaba el cerdo—. Mira qué bien. Hace días que me cae la baba esperando esta lotería… Uuuuy, que blandita
qu'está…».

—Busco a Arturo.

—Está de viaje.

—¿Hasta cuándo?

—¿Qué coño te importa?

—Venga, Scorpio, joder. Quiero un gramo y tengo la guita. Si tú no me lo quieres vender, ya me buscaré la vida.

—Te has puesto muy chula últimamente, Lauri. Aún recuerdo cuando por mil duros me la mamabas hasta que te decía basta.

—Tienes una memoria prodigiosa. Yo por suerte ya lo he olvidado.

—La niña ahora ha aprendido a hacer de puta cara: don Evaristo, don Lorenzo…

—Un gramo, Scorpio. ¿Sí o no?

—Siempre me has gustado un montón —insistió él, con una risa que significaba de acuerdo—. Tienes carácter.

—Especialmente cuando estoy de mono y cabreada.

Una sonrisa elástica. Scorpio se volvió hacia la barra, barriendo el local con la mirada desde la entrada hasta los servicios. Del bote de las pajitas que se hallaba detrás de la barra, cogió una de color rosa.

—Toma, reina, un gramo. Veintisiete mil del ala.

—¿Cómo que veintisiete? Arturo me lo deja a veintitrés.

—Pero yo soy cinco años más joven y más listo. Veintisiete o te espabilas solita.

—Solo llevo veintitrés.

—Mentirosa. Seguro que tienes el doble.

Me lo pensé un segundo.

—De acuerdo. Dame dos y lo dejamos en cincuenta.

—Lo sabía.

—Ya le contaré a Arturo cómo tratas a los buenos clientes.

—Clientas.

—Eso.

—Si tú quisieras, reina, te los regalaría a gusto, dos gramitos de nada. Pero como me tienes tirria…

—No es que te tenga tirria, Scorpio, sino que ya no me abro de piernas para el primero que pasa. Prefiero un par de yayos ricos que poner el culo para todos los pervertidos que tengan diez mil pelas.

—Lo que yo decía: tienes carácter. Llegarás lejos. Lástima que no te hayas fijado en mí, porque tú y yo en estéreo, reina…

—¡Venga, Escorpión, cojones, que'stoy de mono!

—Toma. Y dame cuarenta y seis, que no quiero problemas con Arturo.

—¿Ves que fácil? ¡Te gusta tocarme el chirri!

—¿Cómo que me gusta? ¡Querrás decir que me gustaría!

—Pues te aseguro que este no es el camino.

—Que te folle un pez, larguirucha.

—Y a ti un chorizo, Sancho Panza.

Una de tantas postales de Vallecas. «Del cielo de Vallecas, lo mejor son las pecas», solía decir el Escorpión, refiriéndose a las putas tiernas. Uno de tantos personajes de la coreografía delincuencial de la metrópolis. Aunque fuera una serpiente venenosa, Joselis en el fondo no era de lo peor. El tal Tutxo podría ser un ejemplo de los perversos y Martina, de los más raros. Tal como lo veo ahora, quince años después, ambos padecían un brote sicótico. Pero tal como lo veo ahora, en aquella época en Vallecas lo padecíamos todos. Por lo menos todos los que vivíamos la vida como una *movida* continua.

Tutxo era de Gran Canaria y su sistema operativo consistía en hacer una excursión a las Islas de vez en cuando. Se iba quince días con una provisión de coca o de burro que convertía en pasta en cuanto llegaba. Esa pasta le servía para camelarse a una o dos adolescentes, a menudo menores, que no fuesen ni muy listas ni muy ricas. Una vez en Madrid, si valían la pena y se ponían pesadas, a veces se casaba con alguna frente a un falso capellán y dos testigos falsos, y cuando era necesario sabía darles un tortazo para ablandar la costra. Unas pocas huían de inmediato, y otras muchas entraban en su engranaje de prostitución, pornografía y narcotráfico hasta que conseguían abandonar a Tutxo por un amo menos agresivo. Eso si antes no vendía los derechos a otro esclavista por un precio al contado en duros o en drogas.

Huelga aclarar que, siempre que podía, las enganchaba a lo que fuese, preferentemente heroína esnifada, que las mantenía dóciles y calladas (él decía «en conserva»), y no las estropeaba hasta al cabo de seis o siete años, cuando ya les había exprimido el juego y el jugo. Pero eso en aquella época lo hacían casi todos los traficantes de sexo, hasta que descubrieron que a la larga era malo para el negocio en más de un sentido (especialmente respecto al sida, que entonces ya segaba espigas por delante y por detrás).

Pocas semanas después de la paliza a Martina, encontraron a Tutxo en la habitación de un cuatro estrellas con cuatro rotos del treinta y ocho muy bien dispuestos. Las indagaciones de la policía, más bien desganadas porque no les venía de un escorpión, terminaron descubriendo que, entre odios personales, parientes de chicas prostituidas y competidores de la profesión, la cucaracha tenía tantos enemigos que los sospechosos pasaban de cien. Pero para poner punto final a esta postal, primero debo enmarcar un poco a Martina.

Martina, que en realidad se llamaba Cristina en honor a la infanta, era la primogénita de una de las familias más ricas, antiguas y aristocráticas de la otra Palma, la de Mallorca. Su difunto abuelo paterno, Alfons Lluchmeix de Sarriera, marqués de Cafort, había sido amigo y consejero de don Juan de Borbón y uno de los artífices del retorno de la monarquía al estado español. El marqués actual, don Carlos, rechazando el proyecto diplomático previsto, se había licenciado en medicina porque de joven se inclinaba hacia la justicia social y quería ser útil en la vida. Al final no había sido ni una cosa ni otra, y por lo menos profesionalmente se había transformado en un inútil perfecto. Eso no quita que, según la misma Martina, fuera un hombre y un padre estupendo. Siempre dispuesto a escucharte y ayudarte. A ella, sin embargo, nunca había podido ayudarla mucho porque no se dejaba. ¿Por qué? Por un sentimiento de culpabilidad morboso, exagerado, fatal, que la obsesionaba desde la muerte de Carles Felip, su hermano pluscuamperfecto. Pero, si no quiero perder todas las perspectivas, tengo que calibrar bien el enfoque de cada escena.

El día antes de cumplir los dieciocho, el uno de febrero del 87, me escapé del internado de dominicas al que me había sentenciado mi padre. De modo que, cuando conocí a Martina ya llevaba diez meses viviendo en Vallecas, en una recámara sin espacio ni sol, en la cima de mil escalones sin compasión. Fue en la época navideña, de una Navidad en minúscula y gracias, que resultó la más fría y más cruda de todas a las que he sobrevivido. («Tan crudas fueron esas navidades, que el niñojesús se negó a nacer», recuerdo haber escrito con un garabato prepoético).

Un par de semanas atrás me había peleado con el gerente del local de toples donde trabajaba de camarera. Manolo Manazas lo

llamábamos nosotras, porque las tenía más grandes que los pies de un elefante y más largas que el cuello de una jirafa. Matilde, mi compañera de piso, me presentó a Arturo, alias el Suave. Recordaré toda mi vida el día que lo conocí porque si me lo juran no me lo creo: me recogió después de comer y me llevó a un centro comercial donde, con vestuario, peluquería, maquillaje y complementos, me transfiguraron como en las películas de Hollywood de los cincuenta: en vez de una criatura más bien delgaducha de dieciocho años, parecía una vampiresa de veinticinco. Después fuimos a cenar a un restaurante igual de cinematográfico o más, El Señorío, y me sondeó como un profesor de ciencias sociales a una alumna universitaria, o más precisamente como un ejecutivo que entrevista a una candidata a un puesto de cara al público. Ese era el problema y resolví abordarlo directamente.

—Perdona, Arturo, me lo estoy pasando muy bien aquí contigo, discutiendo de vinos y de política, pero te estás gastando mucho dinero conmigo, y querría saber… qué me pedirás a cambio. Quizá preguntártelo así sea grosero, pero ya no puedo más.

Arturo sonrió suavemente y dio un beso a su copa alta, medio llena de un duero delicioso, antes de preguntarme suavemente si había hecho alguna vez de puta. Respondí que no; rectifiqué para decir que sí; y volví a corregirme para aclarar que no, que en general no, pero que ocasionalmente sí. Al salir del trabajo a las cinco de la mañana, si valía la pena, alguna vez me había llevado a un cliente a la pensión de enfrente. Entonces me preguntó cuánto había cobrado en aquellas ocasiones, y le dije el triple de la verdad. Sonrió suavemente, quizá porque lo sabía, y me prometió el triple de la cifra que me había inventado (¡noventa mil pelas de la época!) por cinco o seis horas de una noche. O de una tarde, a menudo. A mí también se me escapó una sonrisa, lo reconozco. Me hice un rato más la remilgada y le pregunté qué tipo de sexo sería y hasta qué punto estaría protegida, y él insinuó otra vez una sonrisa, aún más suave.

—De todo mal, no te preocupes. Son hombres más bien mayores, pero no todos; más bien pedantes, pero no todos; y más bien estúpidos, pero no tanto. Todos, eso sí, pagan muy bien el servicio y, tanto como sexo, lo que exigen es atención, buena educación y un punto inofensivo de sumisión. ¿No fue Esopo quien dijo que el

hábito ayuda a superar rápidamente la repugnancia de determinados actos?

Reflexioné un momento.

—Creo que sí —mentí, con cara de concentración antes de coger de nuevo los cubiertos con gesto delicado—. Pero en este preciso momento no recuerdo en qué fábula lo expone.

—Una respuesta espléndida. Si me haces caso, te harás rica en cuatro días.

Esa noche hicimos una prueba (de la que me descontó el cincuenta por ciento de los gastos, porque se ve que los pagábamos a medias) y la pasé sin llantos ni alegrías. La semana siguiente, sin entrar en detalles, fue francamente peor y le dije al Suave que lo dejaba. Al cabo de unos días, Matilde me informó de repente de que se iba a Barcelona con un trabajo de masajista bajo el brazo, y yo me quedé en aquel cubo, espacioso y cálido como un cubito de hielo, sin dinero ni para comprar butano.

He olvidado aclarar que, poco después de desembarcar en la sala de toples, había empezado a esnifar heroína y cada día me metía más. Ahora me atrevería a afirmar que a casi todo el mundo le sucede lo mismo, al principio. Tomas un día, y luego dos más, y la semana siguiente quizá también, y al cabo de tres meses, sin darte cuenta, ya te estás metiendo como quien dice cada día, aunque sea un poquito a la hora de cerrar. Para cuadrar el saldo, un día te invita este y al siguiente te invita la otra, de modo que te ves forzada a comprar tú de vez en cuando para corresponder a las invitaciones y empujar el carro. Eso va así y ahora lo veo liso y preciso como un bordado. Pero entonces, cuando lo vivía, el conjunto era un revoltijo amorfo, deforme, de proporciones incalculables.

Recupero hilo y aguja. Estaba arruinada y enganchada. Trabajé tres semanas de prueba en un bingo pero no me aceptaron y casi ni me pagaron. A Arturo, entre el alquiler del piso y unos cuantos gratuitos fiados para ir tirando, ya le debía doscientas mil. No me extrañó, por tanto, que un buen día se presentara en el pisito después de comer y me reclamase una parte de la deuda. Me sorprendió que le acompañase un chica joven y guapa como yo (en realidad, bastante más que yo), y que viniese cargado, como unos reyes magos, de regalos de esos que no se pueden rechazar.

—Te voy a hacer una propuesta, indecente pero generosa, a la que no podrás negarte —se explicó con aquella suavidad característica, mientras se curraba tres rayitas minúsculas de su veneno particular, considerado uno de los más refinados del gran Madrid—. Esta chica se llama Martina y se ha quedado sin compañera de piso igual que tú. Trabaja conmigo y le va muy bien. Te propongo que te vayas a vivir con ella en un piso decente con terracita y ascensor. Dos días libres a la semana como mínimo y nunca más de dos clientes al día. Entre ochenta y cien mil piastras por cliente si son individuales, y un poco menos si un optimista os quiere a las dos juntas. Y como hoy es mi cumpleaños y me siento especialmente generoso, incluso te añadiré una propina: de las doscientas treinta mil que me debes, te perdonaré un tercio cuando me pagues el resto.

No sabía qué contestar. Me quedé pasmada, lloriqueando porque estaba de mono, y escrutando con mirada vencida los ojos sorprendidos de Martina, que no comprendía por qué Arturo me ofrecía el oro y el moro. Un auténtico señor donde los haya, aquel sujeto, lo declaro en voz alta y por escrito, aunque traficara con drogas duras y carne tierna.

Después de mi asentimiento y de la esnifadita de compromiso, los tres nos fuimos a mi nuevo domicilio con dos bolsas y una maleta, donde, como suele decirse, arrastraba mi vida entera. Era un apartamento pequeño, es cierto, pero la sala daba a una placita tranquila donde lucía el sol todo el invierno, y había un baño en cada habitación. Y calefacción de verdad. Así que me comí los pocos escrúpulos que me quedaban y empecé a trabajar de puta cara oficialmente.

—Podemos estar contentas, Lauri —solía gruñir Martina, mientras jugábamos al póquer o veíamos la tele—. Solo tenemos que permanecer atentas al teléfono y ganamos el triple que la mayoría.

—Sí, sí. Siempre hay mal y peor, pero a mí no me gusta el oficio del orificio.

—Orificios, chica. En plural, a tres bandas.

Entonces estallábamos en risas. Tengo que admitir que en general nos lo pasábamos bien, Martina y yo. En parte porque Arturo nos trataba «suave», en parte porque congeniábamos

bastante, y en dos partes más porque siempre teníamos una rayita a mano. Entre pitos y flautas (por no escribir griegos y franceses) pasamos cerca de un año en semiletargo: a menudo íbamos al cine, algún día a cenar juntas, y pasábamos muchas horas en casa jugando al Trivial o viendo pelis de lata. En contra de lo que suponían casi todos, vecinos incluidos, ella y yo solo nos hacíamos el amor cuando nos lo pedía un cliente, aunque debo confesar que yo cada vez sentía más placer y, si hubiese sabido cómo, un día le habría propuesto que. Pero no se dio el caso ni una sola vez, por suerte o por desgracia.

Ahora se me ocurre que a Martina, acaso por el síndrome de culpabilidad que he insinuado antes, le gustara un color de sexo diferente del mío. Bastante más fuerte e intenso, por no decir agresivo y violento. Aparentemente, Arturo lo tenía en cuenta y le encargaba a ella las faenas más duras, por decirlo de alguna manera, y a mí las más normales, por decirlo de otra. Pero debo precisar que todo eso, suposiciones incluidas, lo he ido descubriendo y recomponiendo después de la vorágine sedada de aquella época.

Tutxo había sido el «reclutador» de Martina. O sea, el hijoputa que, por A o por B, consigue que una muchacha, en este caso menor, se prostituya por primera vez. Ellos dos eran amantes, evidentemente, y en el fondo era con la polla con lo que la tenía atada por el cuello, como yo misma solía decirle. Martina había ido a parar, según contaba, a uno de los infiernos más ardientes de la capital, y suerte que había conocido a Arturo porque, si no, probablemente ya no se encontraría entre los vivos. Martina, una noche de borrachera, me contó un secreto: era hija de un marqués mallorquín y arrastraba una pena atroz desde la muerte de su hermano, y yo no sabía qué hacer porque la ternura que me inspiraba esa muchacha empezaba a asustarme. Si digo, escribo, que me estaba enamorando de ella solo me acerco a la verdad, más compleja y más profunda: Martina, más que una pasión posesiva, me despertaba una fraternidad deliciosa, como si fuera mi hermana y tuviera que cuidarla.

Ahora soy perfectamente consciente de que, ejerciendo ambas de putillas y esnifotas, éramos una pareja más bien folklórica, más bien patética, pero entonces, sin verlo rosa ni de lejos, lo veía de un

morado soportable, deslustrado por la rutina. Hasta que Tutxo reencontró a Martina y la convirtió otra vez en su esclava escandalosa. La citaba en algún sitio a media tarde y, después de un par de polvos dolorosos, le robaba todo lo que podía. Algunas veces incluso le traía clientes, que la follaban a ella pero le pagaban a él. Y Martina, muda y mártir, se tragaba toda esa mierda en silencio. Todavía no soy capaz de creérmelo. Y yo, que compartía con ella bragas y sostenes, monos y colocones, no me daba cuenta de nada. Al final, el asedio llegó al apartamento y me convertí en encubridora, cómplice y víctima de una situación muy peligrosa que explotó como un grano de pus podrido el domingo donde ha empezado este relato. Todas la Pecas de Vallecas.

O no: ese domingo en realidad solo maduró un poco más de prisa, porque yo al día siguiente resolví hablar con don Carlos por primera y última vez en la vida, y contarle, con cuatro pinceladas frías, el cuadro maléfico en el cual se había metido su hija. Lo que se dice reventar, el grano podrido reventó la noche en que un anónimo desconocido, probablemente un profesional según la policía, incrustó cuatro balas mortíferas en el cuerpo de Tutxo: una en cada ojo y otra en cada genital.

Pero el inspector que me interrogó, el teniente Diezmo si no yerro, no demostró ningún interés ni por el difunto ni por el asesino ni por mí, y solo levantó una ceja cuando le comenté que Martina seguramente habría vuelto a casa de su padre, don Carlos talycual. Apuntó que, si lo consideraba necesario, llamaría a Palma y desapareció en la vasta telaraña madrileña.

No me sorprendió en absoluto: Tutxo era una pulga infecciosa sin nombre ni peso y don Carlos, justo lo contrario. Fuese como fuese, «por haberlo avisado y haber salvado a su hija en el peor momento», don Carlos me recompensó el trastorno con un agradecimiento telefónico que sonaba a sincero y una transferencia bancaria de trescientas lechugas. Una pequeña fortuna que me permitió liquidar los saldos con el suave Arturo y emigrar de aquel Madrid tan crudo.

Las tacadas y los rebotes, las corbatas y los retrocesos, prosiguieron dentro de la gran mesa de billar de la vida, claro, pero el oficio de los orificios lo desterré por las cuatro bandas. Y después de unos años de castidad voluntaria y de un par de relaciones sin fe

ni esperanza, sin merecerla ni soñando, me alcanzó la carambola de conocer a Maurici, la más feliz de esta viruta de vida.

Cristina tenía un hermano

Sex and drugs and rock and roll
is all my brain and body need

IAN DURY

Esta trágica historia discurre en la urbanización más rica de Palma de Mallorca a finales de agosto de 1984. La mansión donde se desarrolla la primera escena, de estilo balear aristocrático, es enorme y disfruta de un jardín proporcional y de panorámica sobre el mar. Son casi las nueve de la noche, pero la calma que todo lo envuelve todavía transpira un vaho de canícula. Cristina, sin embargo, en bikini negro y un pareo granate, llega fresca de la cala chica con su pequeña moto. La aparca detrás y entra por la cocina, pero Carles Felip, tumbado en la hamaca entre los pinos repasando la única asignatura que ha suspendido, álgebra, la ha oído de sobra. La llama sin levantar la voz. Carles Felip nunca levanta la voz, y a su hermana todavía menos.

—Cristina.

Cristina no contesta. Carles Felip la oye cruzar la cocina y enfilar las escaleras. Se levanta, deja los apuntes, entra en casa.

—Cristina.

En el rellano de la escalera, Cristina se da la vuelta:

—¿Qué quieres, tete?

—Tenemos que hablar.

—Ahora no. Tengo que ducharme y vestirme volando porque me largo derrapando.

—¿Adónde?

—¿Y a ti qué te importa? —suelta ella con media sonrisa, volviéndose para seguir su camino.

—Tenemos que hablar ahora mismo, Cristina.

—Pues sube a contármelo mientras tanto. Tienes diez minutos. —Y se va hacia su habitación.

Carles Felip suspira. No le gusta entrar en el dormitorio de su

hermana cuando ella se ducha o se viste, pero le consta que, si quiere que le escuche, no hay más remedio. Carles Felip ha cumplido dieciséis veranos hace poco y Cristina celebrará pronto los dieciocho, pero ya hace un par de años que la trata como a su hermanita. Él se ha acostumbrado a estar alerta y vigilarla, y ella a que la avise y la proteja. Ahora, sin embargo, las cosas han ido demasiado lejos y Carles Felip está decidido a lo que sea para pararlo. Sube las escaleras con gesto solemne, cavilando cómo enfocar un asunto tan oscuro. Entra en el dormitorio de Cristina y recoge del suelo el pareo y las dos piezas del bikini, húmedas de mar.

—¿Adónde vas, Cristina? —exclama, parado en el centro y dirigiendo la voz hacia el baño.

—Es el cumpleaños de Nata —responde ella saliendo en bolas a buscar unas braguitas rojas—. ¿Tanto te ofende mi cuerpo que te vuelves siempre que me ves en pelotas?

—No, tu cuerpo es precioso y lo sabes de sobra. De hecho, lo sabe todo el mundo.

—No veo por qué tendría que esconderlo, si tú mismo admites que es bonito.

—Esa no es… —Cristina vuelve al baño anexo con la ropita en sus manos—. Escúchame un momento, coño…

—¿Cómo que «coño»? ¿Qué lenguaje es ese, querido hermanito?

—Sé lo que está pasando hace días. Sé lo que pasó el sábado pasado en casa de Titus.

Cristina vuelve a salir y se planta en el umbral de la puerta.

—¿Qué sabes, *fiet*?

—Sé que con los porros ya no tenéis bastante. Sé que a menudo tomáis ácidos y éxtasis y cosas así.

—«A menudo» es mucho decir. Pongamos que hemos tomado alguna vez.

—Pues eso se tiene que terminar. Tú eres una Lluchmeix y ese rollo no va contigo.

—¿Qué significa «tú eres una Lluchmeix»? ¿Es que somos de una raza distinta, los de esta casa?

—Raza no. Somos de una familia diferente. Ya hace mucho tiempo que tendrías que haberlo descubierto, creo.

—Pues yo creo que eres tú quien aún tiene que descubrir unas

cuantas cosas, pardillo. Mi vida es mía y la voy a vivir como me dé la gana.

—Te equivocas —replicó él, masticando la palabra.

—¿Qué?

—También sé que el sábado pasado, en casa de Titus, ibas tan pasada que te follaron los cinco tíos que había en la fiesta. Uno detrás del otro.

Por fin lo había escupido, como un esputo cargado de bacterias. Cristina abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla sin proferir nada más que un quejido muy breve, muy íntimo. Aunque estaba desnuda a dos palmos de él, Carles Felip levantó la mirada hasta sus ojos. Y ella los bajó y se puso a llorar con un escalofrío, mientras por primera vez sentía vergüenza de estar desnuda ante su hermanito. Con una lágrima reseca y un gesto alicaído, se metió y acurrucó en la bañera.

—¿Y qué piensas hacer? —dijo, después de un suspiro enorme.

—Dímelo tú, qué debo hacer. ¿Tengo que contárselo a papá? —Y después de un bufido de impotencia rabiosa—: O mejor informo directamente a la policía, teniendo en cuenta que esa tropa de animales son mayores de edad y tú no. —Un silencio de suspiros pesados y sollozos suaves—. ¿No crees que tendrías que ir al médico, Cristina?

—¿Al médico?

—Al sicólogo. Al siquiatra.

Cristina se incorpora un palmo y fuerza una risita ácida.

—¿Tú crees que puedo acercarme a papá como si nada y decirle?: «Papá, necesito ir al siquiatra»

—Se lo contaré yo, si quieres. Tan suavemente como me sea posible.

Silencio de salpicaduras y chapoteos y un resuello enfurecido.

—¿Y cuál es mi problema? ¿Soy ninfómana? ¿O una puta?

—Estoy convencido de que ninguna de las dos cosas. Solo eres una chica preciosa, emocionalmente frágil e inestable, que se castiga de mala manera. Y que tiene todos los números para terminar haciéndose daño de verdad.

Ella se levanta y abre el grifo de la ducha, que salpica los pies descalzos de Carles Felip.

—Lamento que te lo hayan contado de esa forma, pero te

aseguro que el contexto fue otro. Todos y todas estábamos de fiesta juntos y… todas nos enrollamos un poco con todos.

—Eso es falso. Tú y Natalia os enrollasteis con todos. Roser y Claudia, que también estaban pero no tomaron porquerías, cuando vieron de qué iba el tomate se piraron con la moto entre piernas.

Silencio culpable mientras ella se aclara la espuma del pelo, la piel, los senos y el sexo, todavía estremecidos por el sesgo de la conversación.

—Cualquiera diría que estabas allí, espiando por un agujero.

—Me habría repugnado. Seguro que habría hecho una locura. Pero esta isla es un pañuelo que rebosa mocos… y todo se sabe al cabo de un estornudo.

—Eso parece.

—Tienes que prometerme que esto será un punto final. Tienes que prometerme que te portarás bien, tanto con las putas drogas como en lo referente a los putos tíos.

—Ignoraba que conocieras palabras tan sucias, Carles Felip. La verdad es que me sorprendes.

—Pues tú a mí, además de sorprenderme hasta la náusea, me has roto el corazón como si fuera de cristal.

Cristina cierra el grifo. Mientras sale de la bañera y se envuelve en dos toallas, el silencio es absoluto y absolutamente insoportable. Entonces, oculta su desnudez, recobra la postura y el desafío:

—Dentro de cuatro semanas cumplo los dieciocho y me largo a estudiar a París, ¿te acuerdas? Ya no tendrás que sufrir más por mí ni por que ensucie el buen nombre de la familia.

—Eso dices tú. Yo sufriré igual, *nina*, ¿es que no lo ves?

Se le acerca y se abrazan. Carles Felip duda un segundo dónde poner las manos porque ella tiene los hombros desnudos. Cristina en cambio lo abraza con más pasión que a nadie, consciente de que de esta efusión no tendrá que pagar ningún precio.

La segunda escena sucede al cabo de cinco horas, a las dos de la madrugada. Los padres todavía no han vuelto de cenar en casa de los Meli y Carles Felip está solo en casa, en su dormitorio, pero tiene una lámpara encendida y el libro abierto. En realidad, ha cerrado ambas cosas una vez, pero pensar que Cristina está en la fiesta de Natalia le trastorna hasta estremecerle, porque sabe que los padres de Natalia están fuera de la isla, igual que los de Titus la

semana pasada, y que los hábitos, cuanto más malos son, más difícil es arrancarlos.

Se repite por enésima vez, perdiendo el hilo del texto por enésima vez, que no puede permitir de ningún modo que Cristina se vaya sola a París, tal como está ahora. Ni dieciocho años ni pepinillos en vinagre. Tendrá que hablar forzosamente con su padre o con su madre. Se repite por enésima vez que mejor papá, que probablemente no montará un escándalo a la italiana, como probablemente haría mamá, e intentará enfocar la situación de modo constructivo. O sea, buscando la manera de ayudar a Cristina. Si la hay. Si se deja. Entonces, como un disparo, el teléfono desmenuza el silencio de la mansión. Carles Felip tiene un inalámbrico en el dormitorio y lo coge como un resorte.

—Dígame.

Es su confidente secreta, o sea Claudia, que con cuatro frases le confirma sus peores temores. Otra vez. No, otra vez sí que no, se promete Carles Felip en silencio. Lo impedirá como sea. Aunque al final tenga que avisar a la pasma, joder. No podría soportar la idea de pensar en qué está pasando, en qué le está pasando a su hermana en ese preciso instante, y no hacer nada. Ni de broma.

Mientras da las gracias a Claudia, se pone los pantalones y las sandalias. Sale de la habitación con una camisa en las manos sin apagar la lámpara ni cerrar la puerta. Sabe que papá tiene una pistola cargada en el cajón de arriba de su escritorio, y sabe dónde guarda la llave, pero está convencido de que no la necesita para nada. Con presentarse en casa de Nata y llevarse a Tina bastará. Y de Villa Lluchmeix al chalé de los Tomaz, la familia de Natalia, con su vespino solo tardará cinco minutos porque es todo bajada.

Sale de casa hacia la oscuridad mortecina de una noche huérfana de luna. Sube al trasto con ruedas y lo pone en marcha bajando la rampa. Negocia tres curvas hasta *sa placeta* y enfila la bajada de *sa costeta*, al final de la cual se encuentra el aparcamiento del súper. Pero cuando pasa por delante de la casa de los padres de Claudia, a mano derecha, oye su voz y vuelve la cabeza, buscándola en la terraza con la mirada. Por eso no ve (no ve a tiempo) el camión de la basura, que llega por su izquierda. Cuando finalmente levanta la cabeza y lo ve y frena, derrapa por detrás y se cuelan, él y vespino, debajo de las ruedas, donde se

golpea la cabeza sin casco varias veces.

Claudia, su chico y los basureros son los primeros en darse cuenta del accidente. Y al cabo de un minuto de estupefacción, también de que Carles Felip está muerto. Aunque casi no tiene sangre y mira recto hacia delante muy decidido.

La tercera escena casi se puede suponer: don Carlos Lluchmeix, el padre marqués, descubrió por qué motivo su hijo, siempre sensato y discreto, había cogido el vespino a las dos de la madrugada y se había lanzado a la carretera como un poseído. De forma que el pobre hombre (mamá todavía estaba en *shock*, sedada noche y día) tuvo que tragarse los escándalos de su hija durante los funerales de su hijo.

Ni una vez, ni una sola, reprochó a Cristina que el segundo desastre pudiera ser consecuencia del anterior. Al contrario: su única fijación era ayudarla. Ayudarla como fuera. ¿Médicos? ¿Familia? ¿Descanso y distancia? ¿Qué necesitaba para… reencontrarse? Cristina se fingió autista, traumatizada interiormente y acaso para siempre. Y al día siguiente de los funerales de Carles Felip, sin despedidas ni equipaje, subió a un barco con destino a Valencia con la intención de perderse dentro de una gran ciudad, fuera la que fuera. A la postre del desastre fue a parar a Madrid.

Reprise en la barriada 2: La sorpresa descalza

Teach my beloved children who have been enslaved
to reach for the light continually

Sade, Slave Song

Cuando el coche llegaba a la rotonda, la muchacha se quitó los zapatos, de tiras finas y talones altos, y resopló como una gata exhausta. Después recogió los zapatos con la mano derecha mientras con la otra se masajeaba el empeine del pie derecho.

Cuando el conductor, con un juramento aburrido, cedió paso al autobús, metropolitano y nocturno, la chica tiró con fuerza de la manija de la portezuela y se lanzó de cabeza a la acera como un relámpago. El conductor alargó un brazo para agarrarla, pero solo rozó el dobladillo de la falda voladora. Mientras tiraba del freno de mano y saltaba al asiento contiguo para perseguirla, en el retrovisor central vislumbró un brillo azul que conocía demasiado bien. Soltó otro juramento, más soez pero en voz baja, y en vez de saltar fuera cerró la portezuela con un golpe prudente. Volvió al volante zafando de reojo una mirada a los espejitos. El Mosso que iba de copiloto llamó a la fugitiva descalza por la ventanilla, pero ella siguió corriendo y se metió en un callejón. El conductor del coche ya arrancaba cuando vio que el Mosso abría la portezuela y bajaba del coche. Pero en vez de acercarse o darle el alto, el policía retrocedió unos pasos en dirección al pasaje por el que había huido la chica.

Lo último que vio el conductor del coche, poniéndose en marcha detrás de los pilotos encarnados del autobús, fue al Mosso encogiendo los hombros cuando volvía a su vehículo. Los Mossos, como era de esperar, lo siguieron dos calles y, al llegar a un semáforo se colocaron a su lado. El conductor del coche, pensando en la pistola y en los diez gramos de coca que llevaba en la guantera, maldijo mentalmente a aquella subnormal: si me pillan

por tu culpa, te abriré en canal, puta. Tentando una sonrisa vaga, bajó la ventanilla y el volumen de la radio, que había cambiado de disco a clásica un momento antes.

—¿Todo bien, caballero? —masculló el policía evaluando al personaje.

—Sí, sí. Voy a llenar el depósito, que lo tengo seco —respondió él, señalando la estación de servicio con el mentón y el capó de su coche con un índice.

El agente alargó el cuello para espiar el indicador, rojo como el semáforo, y saludó al conductor levantando dos dedos. El semáforo se puso en verde y las luces azules siguieron adelante suavemente. El coche particular también arrancó, con el intermitente encendido para desviarse hacia la estación de servicio, que justamente acababa de abrir. Eran las cuatro y siete de la madrugada.

El campanario de la iglesia vecina acababa de cantar las cuatro cuando el interfono del piso E de la planta 9 del bloque 21 zumbó como un abejorro frenético.

—¿Han llamado? —murmuró desde su dormitorio la voz dormida de Àsia.

—Desde luego.

El timbre zumbó dos veces más, más rabioso todavía.

—Abre, corre —exclamó Àsia—. Debe de ser una bala perdida.

Daniel se levantó de delante del portátil y cruzó la salita. Pulsó el botón del interfono y oyó un resoplido que, en castellano de tierras lejanas, daba las gracias a Àsia.

—¿Quién es? —preguntó ella desde la puerta del dormitorio.

—No tengo n'idea. Una extranjera en apuros, supongo.

Àsia se acercó para abrir los tres cerrojos de la puerta de entrada.

—¿Qué haces levantado?

—Escribir.

—¿A oscuras?

En vez de responder, Daniel corrió hacia el portátil porque el porrito había resbalado del cenicero y hacía el péndulo sobre la mesa de pino crudo. Después de recogerlo, encendió la lámpara de pie y apagó las velas que le hacían compañía. Àsia, aunque solo vestía una camiseta de tirantes, salió al rellano de la escalera.

—Ya sube —bisbiseó.

—¿A pie? —preguntó Daniel, bajando el tono por mimetismo.

—A pie y a oscuras. Los ascensores no son de fiar en estos casos. —Frotándose los ojos con un puño soñoliento volvió al dormitorio —. Voy a ponerme unas bragas.

Daniel la siguió con el cenicero en una mano y el porro en la otra.

—¿Quieres que lo apague? ¿Quieres que me esconda en el baño, si es un compromiso?

—No, no, qué va —replicó ella casi sonriendo mientras, en vez de unas bragas, se ponía unos pantalones de chándal—. Lo que podrías hacer es liar otro.

Cuando Daniel acababa de enroscar la mezcla y Àsia la cafetera, en el umbral de la puerta apareció una valquiria de dieciocho años más bonita y sensual que un sueño. A pesar del trastorno interior y del esfuerzo de la escalera. Mientras la muchacha miraba a Daniel de reojo con dos puntos de desconfianza y uno de miedo, a punto de darse la vuelta y huir, Àsia se le acercó y la abrazó como una madre apasionada.

—¡Tatiana!

—*Ay*, Àsia. Suerte que…

—Entra, entra. Será mejor que cerremos.

—Desde luego. Seguro que vendrá a buscarme.

Àsia selló los tres cerrojos y pasó la barra de refuerzo. Daniel se dijo que parecía la puerta de una mazmorra y reparó en que la chica llevaba unos zapatos de modelo en la mano derecha y un trapito sobre el cuerpo que solo le cubría lo que de entrada no se puede mostrar. Sin bolso ni chaqueta, se dijo, mientras se le acercaba un paso ofreciéndole la mano.

—Hola. Me llamo Daniel. Soy un amigo muy antiguo de Àsia.

—Hola —contestó ella con acento eslavo, sin ninguna intención de darle la mano.

Àsia, sonriendo con tristeza, se la llevó hacia la mesa de la cocina, donde la cafetera ya ronroneaba. Daniel, de pie en el centro de la salita, pensó que lo más educado sería decir buenasnoches y desaparecer en el dormitorio. Pero Àsia tenía otros planes.

—Ven, Niel. Quiero presentarte a una amiga.

Él todavía dudaba, convencido de que a la amiga de Àsia no le había causado ni gota de buena impresión, pero al final obedeció.

Antes de sentarse en la silla libre, vació el cenicero como si necesitara una excusa, y por asociación de ideas le vino la inspiración de ofrecerle el canuto virgen a la valquiria despeinada y descalza. Ella lo aceptó con una sonrisa dolorosa y una mirada tímida, y lo encendió con gesto experto. El olor de tabaco y polen en combustión se mezcló con el vaho de café de las tazas que Àsia llenaba. La chica dejó los zapatos en el suelo y se mojó con saliva un rasguño en la rodilla izquierda. Después, entre sollozos, resoplidos y lágrimas, se lanzó a hablar en una lengua de invención propia a medio camino entre el francés, el catalán y el castellano.

—Han asesinado a mi hermana —exclamó, primero con puntos suspensivos y después con dos admirativos—. ¡¡Han asesinado a mi hermana!! Llama a tu amigo el policía, Àsia: cantaré *com un canari i fotrem aquests porcs a la cangrí!!* —Bajó el tono para añadir—: Me costará la vida, pero me da igual.

Daniel la miraba como a una aparición, porque era una de las criaturas más lindas que había visto nunca al natural, pero también por la manera en que había surgido de las entrañas de la noche. Para remachar el clavo, añadió:

—Pero tienes que prometerme, Àsia, tienes que prometerme por lo que más quieras que, si *em maten* o si desaparezco… ¡adoptarás a mi hijo y lo cuidarás como si fuera tuyo!

—*T'ho prometo*, Tatiana. Pero también te prometo que ni te matarán ni desaparecerás: a tu hijo lo vas a criar tú.

—¡¿No acabo de decirte que han asesinado a Nataixa?! Son capaces de cualquier cosa y…

—¿Estás segura de que la han matado?

—Sí.

—¿Tienes alguna prueba?

—No.

—¿Cómo te has enterado?

—Todo viene de cuando te trajo al niño. Supieron que había sido ella y se la llevaron a la Mansión. Es una especie de prisión de castigo y muchas veces la última estación, porque la mayoría ya no sale.

—Pero ¿a qué te refieres? ¿Las matan?

—Cuando ya no pueden exprimirles nada de nada.

Daniel se dijo que alucinaba. O más precisamente, que la

valquiria mentía o exageraba. Seguramente había sufrido la tortura de la prostitución esclavista y tenía el juicio y las proporciones más o menos alterados. La reacción de Àsia, en cambio, fue la contraria.

—Ok. Ya basta. Ya era hora —dijo, como una juez antes de dar un golpe con la maza, mientras se levantaba para coger el móvil y pulsar dos teclas—. *Bona nit* —reanudó después de un segundo—, el sargento de guardia, por favor, es urgente. ¡¿Serafí?! Soy Àsia y tenemos una crisis. No, no corremos peligro de momento, pero dentro de unos minutos no lo sé. Es un hierro muy decadente que deberíamos golpear en caliente, ¿me comprendes? Perfecto. Eres un ángel, Serafí. —Cerró el móvil y volvió a la cocina con una sonrisa de guerra en cada poro—. Llegarán dentro de cinco minutos. Será mejor que me vista.

—Y yo, que me vaya a la cama, ¿no? —apuntó Daniel, que no sabía qué papel desempeñaba en aquella tragedia.

—Quédate, si quieres. Verás cómo se cuecen las tortas en el mundo real.

El mundo real de Anastàsia y Tatiana ya en aquel momento le resultaba más inverosímil, incluso más improbable, que las ficciones que él inventaba. Pero en los días siguientes pudo comprobar, en la prensa, las radios y las teles, que ese era el mundo que los medios oficiales entendían y transmitían como real. O sea que, en alguna medida, debía serlo.

Tatiana y Nataixa, que habían nacido con otros nombres en la periferia de una ciudad industrial rusa, habían caído dos años atrás en la red de una banda de compraventa de personas, especialmente mujeres jóvenes pero también adolescentes y criaturas, que desde Rusia y Ucrania exportaba mercancía al oeste rico y burgués: Alemania, Francia, Italia y últimamente España. A las mujeres las captaban con la falsa promesa de un trabajo pagado decentemente, y eran lo bastante listos para contar siempre con unas cuantas que curraban de verdad una temporada y convencían a sus amigas y parientes de que la oferta era fiable. Ese fue el caso de Tatiana, pues primero vino Nataixa, y después de tres semanas de fregar ollas y suelos en un hotel de Castelldefels, provisionalmente instalada en un piso pequeño y compartido pero limpio, convenció a su hermana para que viniera a fregar al hotel contiguo. La banda mantenía pisos como ese en distintos países, con huéspedes rotatorias que captaban

de buena fe a las indecisas importables mejor que ningún cebo. Entonces las repartían por Europa y las convertían en prostitutas a la fuerza o las vendían a la competencia. Y usaban todo tipo de drogas siempre que lo consideraban necesario. En realidad, paralela a la trama de prostitución y esclavismo, florecía una telaraña de narcotráfico, que evidentemente utilizaba como mulas a personas secuestradas, fuese a cambio de dejar el burdel o amenazando a sus parientes y amigos.

Gracias a los hilos que surgieron de la declaración de T. T. (Tatiana Tahl), la policía detuvo a cerca de sesenta personas entre Figueres, Barcelona, Castelldefels y Salou, y a más de treinta en Benicarló, Valencia y Marbella. Requisaron una veintena de chalés, apartamentos y pisos, y dos de coches de gama alta, según el eslogan de los vendedores. Cerraron un hotel de tres estrellas y tres pubs que no tenían ninguna, además de diecisiete prostíbulos más o menos legales y diez absolutamente clandestinos. En total, se apoderaron de veintinueve pistolas, nueve fusiles y medio centenar de armas no explosivas; doscientos gramos de heroína, ochenta de coca y setecientos mil euros en efectivo. A lo largo de esa misma semana, la operación estiró sus tentáculos hasta Niza, Marsella, Génova y Hamburgo, con más de cincuenta detenciones y las correspondientes confiscaciones y precintos.

En el terremoto que provocó la huida de Tatiana al piso de Anastàsia intervinieron diversos factores, complementarios o coincidentes. El primero y más importante fue que Tatiana era la ramera preferida de uno de los seis hijos del capo (del que tenía un churumbel de seis meses), y sabía mucho más de lo que ellos creían. El segundo fue que el hijo del capo en persona se dejó cazar, asediando a la presa antes de avisar al clan, con una pistola en el bolsillo y un paquete de coca en la guantera. El tercero, igualmente de peso, fue que ya hacía tres meses que un enjambre de agentes de varios países tenía a una serie de sospechosos en el punto de mira y esperaban el momento oportuno para subir la red a bordo. Eso les permitió coordinar la pesca simultáneamente poco antes del alba, y pillar a la mayoría de presuntos carroñeros en su cama o a punto de meterse.

Aquella algarada de barriada finalmente retumbó muy lejos de su epicentro y terminó en un escándalo en los medios informativos

de media Europa. En el plano personal, Tatiana Tahl se convirtió en la testigo mejor protegida de los Mossos y, por extensión, de la Policía Nacional y de la Interpol. La instalaron con su criatura y dos agentes femeninas de vigilancia continua en una residencia que no conocía ni la misma Anastàsia. Quien, aunque al principio se negó rotundamente, también se vio obligada a dejar su trabajo en el barrio y el piso E de la planta 9 del bloque 21. Recuerdo que al final la convenció Tatiana con un silogismo vehemente:

—Para demostrar que todavía tienen poder, necesitan vengarse, Àsia. Si a mí y a mi niño no pueden tocarnos, seguro que irán a por ti.

A la postre, le ofrecí subir una temporada a cal Pardal a meditar su próximo escalón existencial, y aceptó inmediatamente. Además de complacerme, me sorprendió, porque siempre lo decía pero nunca venía.

SEGUNDA PARTE

ACAMPADOS EN EL CÁMPING Y EXCURSIONES VARIAS

Un pedido estupendo

They say it's illegal but what isn't these days

J. J. CALE, Days Go By

Conocí a Jesús Bayo en el cámping de montaña donde me refugié con Ona después de las aventuras pitiusas y las desventuras osonenses. O mejor dicho, después de meternos siete u ocho años en la pesadilla de la heroína y tener que romper la jeringuilla para salir. Bueno, ella solo el espejito porque, a pesar de haberse pillado igual que yo, no creo que llegara a inyectarse ni media docena de veces.

Conocí a Jesús Bayo, conocido como el Vaya porque lo decía mil veces cada día, porque era amigo de Guerau y venían juntos a pescar en la riera que daba nombre y vida al cámping: la Molsosa. Guerau era fontanero de profesión e hijo residente de Bagá, la insigne villa feudal del alto Berguedà; mientras que Jesús era hijo del Pas de la Casa, vivía en Puigcerdà y curraba de yesero a los tres lados de la frontera.

Además de la afición a la pesca, coincidían en el fútbol y las mariscadas. Muchos sábados y algunos miércoles, venían con dos o tres amigos y se instalaban delante de la telerámica (tv panorámica) a devorar la salsa del Barça y las conchas que nosotros subíamos frescas de Manresa. Durante la comilona acostumbraban a escoger un cava sibarita y, cuando se terminaba el partido y empezaban su partidita de póquer, acompañaban el café con whisky o coñac. Nos fijamos en que entonces se esfumaban por turnos al coche o los servicios, y Ona le dijo a Guerau que, si sabían ser discretos, podían hacerse las rayitas en la despensa anexa a la cocina. Esnifaban perica sin abusar y a nosotros ni tan siquiera nos tentaba. Como suele decir Àsia: yonqui arrepentido, con cuatro porros va servido.

Por otro lado, dicho sea de paso, eran una tropa de malgastadores generosos, y algunas semanas ganábamos más con una «barciscada» de aquellas que con todo lo demás. La verdad es que en el cámping se nos acumulaban las sumas en rojo y eso nos sirvió de excusa para hacer otros tratos con los mismos clientes.

Un día se presentaron los dos pescadores a media tarde para zamparse unas cañas jugando al billar. O mejor dicho, al *pool* de quince bolas y seis agujeros. Guerau me desafió y le clavé una paliza porque Ona y yo, como nos salía gratis, muchas noches nos distraíamos un rato. Mientras pooleábamos, bebíamos y fumábamos, Guerau me contó que Vaya tenía un problema y que creía que yo podía ayudarlo. Comprendí por el tono que no se trataba de un favor rutinario. El problema de Jesús era que repartía cincuenta o sesenta gramos de coca cada semana y que, a causa de una batida en Sabadell, se había quedado sin suministrador. Resoplé mientras reprimía el impulso de mandarles a paseo. Aplasté un pitillo en el cenicero como si fuera venenoso y, con aires de fiscal, me di la vuelta de cara al presunto traficante.

—¿De verdad que gastas un cuarto de kilo de faria cada mes?

Jesús Maria me guiñó un ojo y dijo:

—Vaya.

—Es una cantidad considerable. Especialmente si es regular.

—Y dentro de un mes, cuando lleguen las fiestas y la nieve, si todo va bien la podremos doblar —resaltó.

—Vaya —murmuré yo, en tanto que exclamación superlativa.

Qué pez más atípico, aquel sujeto, que no hacía ostentación ni de las truchas que capturaba. Pero esa discreción, tan rara en todo tipo de pescadores y traficantes de tercera división, era un punto a su favor, desde luego.

—Lo podemos hablar —resolví al final, recordando las facturas pendientes—. Pero, antes que nada, tengo que comentárselo a Ona.

Guerau tosió con la jarra en la mano y por poco se salpica.

—Jesús suele decir que cuantas menos personas conocen el tráfico, mejor viaja la mercancía.

—No es negociable —insistí, marcando paquete—. Si ella lo hiciera sin decírmelo… No, no es negociable.

Guerau, que ya la tenía a punto, especuló con la posibilidad de que le dijera qué sin decirle quién, para no dar lugar a habladurías

si finalmente no había trato. Me lo pensé mientras liquidaba un culo de cerveza.

—Podemos hacerlo así —repliqué escéptico—. Pero se lo va a imaginar. Es muy lista, Ona.

—Vaya.

Ona llegó diez minutos después de las clases particulares de inglés de playa que impartía en una academia de Bagá semiclandestina. Cuando le expuse el caso, incrustó sus pupilas al fondo de las mías durante cinco segundos y dijo que lo pensaría mientras se duchaba. Luego, mientras jugábamos un torneo por parejas, impuso cinco condiciones, que debatimos y aprobamos entre todos.

1: Haríamos una prueba dos o tres semanas. Pero, aunque todo fuera estupendamente, el acuerdo duraría tres meses como máximo.

2: El cámping quedaría al margen de todo: ni entregas, ni pagos, ni mucho menos guardaríamos mercancía ilegal.

3: Todos los tratos serían entre nosotros cuatro sin ningún tipo de intermediarios. Y ellos, los compradores, nunca llegarían a conocer ni a saber nada de los vendedores.

4: Los pagos serían siempre en efectivo y por el total de la entrega en el momento de efectuarla, cosa que se podía hacer en Berga, Guardiola, Bagá o Puigcerdà, pero ni en Francia ni en Andorra.

5: La heroína quedaba expresamente excluida de todo: de los bisnes, del consumo y hasta de las conversaciones.

La partida de *pool* la ganamos nosotros y para celebrarlo los invitamos a una bandeja de gambas y una botella de cava.

De primo a prima y el tío Cocaína

Puis le silence et puis voici
la même chanson qui revient

GEORGES MOUSTAKI, Nous sommes deux

Me he olvidado de aclarar que Guerau es mi primo y heredero presunto del cámping, si un día su padre nonagenario acepta la inmortalidad de las almas. Pero ahora viene a cuento porque esa

noche, en la cama, Ona y yo revolvimos el proyecto del derecho y del revés, haciendo listas mentales de los pros posibles y los contras evidentes, y al final llegamos a la conclusión de que la opción más sólida era su prima.

La prima de Ona se llamaba Lupina y era una viuda de treinta y cinco años que regentaba una panadería pastelera en un barrio entre dos aguas de Granollers. Aunque además de Lupina allí trabajaban dos chicos y una chica, y de que poco o mucho daba beneficio desde el primer día, la panadería no dejaba de ser una tapadera del tío Rubio, que en realidad era un tío político de la panadera. Lo había conocido en las fiestas de familia, a las que el clan era muy aficionado, y cuando enviudó le ofreció una especie de tutela interesada. Utilizando como testaferros a un pelotón de hormigas de confianza, el tío Rubio había organizado una red de negocios ni grandes ni pequeños, a los que hinchaba los beneficios por sistema, para lavar las cantidades enormes de dinero negro que obtenía de la distribución de blanca. A veces los usaba de almacén temporal al detalle, un kilito como máximo, disimulado entre los productos comerciales. En el caso de la panadería, la mandanga casi siempre llegaba en botes de jabón en polvo, idénticos a los que utilizaban de verdad. Los botes de fábrica, de plástico duro transparente, contenían medio kilo de cristales azulados y malolientes, y los trucados eran iguales, pero en el centro escondían un frasco de plástico hermético con cien gramos pesados de coca de un setenta por cien de pureza. Según aseguraban los expertos, que acerca del particular mentían cada vez que abrían la boca.

Lupina no tomaba ninguna droga ilegal más allá de un canuto esporádico cuando la invitaba una amiga, y vivía en la rutina sencilla y atareada de una viuda más alegre que triste, que cría un hijo de cinco años y levanta un negocio de la nada. Y en realidad, ella tampoco vendía drogas, porque lo único que hacía era aprovechar la pausa del mediodía un par de veces por semana para encerrarse en la recámara del despacho y dedicar una horita a pesar y preparar bolsas de diez gramos, que después venía a buscar el enlace del tío Rubio. Ona por tanto ya sabía que, si quería conseguir materia guapa, no tendría más remedio que tragarse el orgullo y pedir audiencia y perdón al tío Rubio de los cojones. Pero primero llamó a Lupina para que le allanara el camino.

El tío condescendió en recibirla a las once de la mañana en uno de los pocos bares obreros que quedaban en su barrio, donde la Barceloneta copula con el Poble Nou. A Ona, después de años de no acercarse ni para tomar algo, pasear por las calles, callejones y placitas donde había vivido una infancia alocada y libertina, le llenó el ánimo de recuerdos agridulces y el espíritu, de una nostalgia entrañable y devastadora al mismo tiempo.

Llegó al bar diez minutos antes y se convirtió en el centro de atención de medio centenar de *paletas*, fontaneros y currantes varios que digerían el almuerzo con cafés o carajillos. En la mesa del rincón, había media docena de administrativas o cajeras, y ellas también la miraron expectantes, como si fuera a pasar algo trascendente de un momento a otro. Entonces la propietaria de la casa se fijó en ella y la saludó efusivamente: siempre la había apreciado mucho, la Filo, amable por naturaleza, y la había ayudado incluso en las épocas rebozadas de estiércol.

Poco antes de las once, el bar se vació precipitadamente y las mesas se quedaron llenas de servicio sucio, papeles arrugados y ceniceros humeantes. Ona se terminó el caféconleche, con poca leche, y el *bikini* que siempre se comía crudo. Cuando encendía el cigarrillo más sabroso del día, el único que tenía sabor verdadero, el patriarca cruzó el umbral de la puerta. Llevaba un bastón con pomo de plata, el mismo de siempre, pero ahora se apoyaba un poco al avanzar la pierna derecha. Su vista tampoco debía de ser muy buena ya que, después de quitarse las gafas de sol, que llevaba puestas a pesar de ser un día gris de noviembre, volvió dos veces la cabeza antes de insinuar una sonrisa más sincera de lo que Ona esperaba, y se acercó a la mesa. Hacía siete u ocho años que no se veían y Ona se levantó emocionada, acaso porque había advertido que, debajo de la boina inevitable, el tío Rubio ya solo tenía un mechón de cabellos sobre las orejas, y había envejecido como si hubieran transcurrido veinte. Se abrazaron con gesto desentrenado y Ona le puso los labios en la mejilla. Después el yayo, para corresponder, le estampó los suyos fugazmente sobre la frente. Se sentaron con un pétalo de sonrisa a flor de labios y una turbación indefinible un poco más profunda.

—No sé si debo besarle la mano, al estilo del *Padrino* —apuntó ella entre la broma y la angustia.

—No seas ridícula, Ona. ¿Cómo estás? —Y dado que ella encogió los hombros ensanchando la sonrisa, el tío precisó—: ¿Os estáis portando bien los dos?

—¿Qué quiere decir con «los dos»?

Era la única persona del mundo a la que trataba de usted.

—¿Ya no estás con Daniel?

—Sí, sí. Pero ¿cómo lo sabe usted?

—Yo lo sé todo. Sobre aquello que me interesa. Y a ti te aprecio mucho, ya lo sabes.

—Sí… tío.

Siempre lo había llamado así, igual que un millar de personas que no tenían ninguna relación familiar con él, pero ahora no le salía.

—Puedes llamarme *oncle* o Andreu, si quieres. Eso de tío Rubio sonaba demasiado caló, y ahora, a excepción de cuatro viejos como yo, todos me llaman Andreu. De hecho, es mi nombre y lo he gastado muy poco.

La *mestressa*, obedeciendo al hábito, le trajo al tío un café corto y una copita de cazalla rosa y le preguntó a Ona si quería algo más. Ona cedió a la tentación y pidió una copita de cazalla rosa. El *oncle* Andreu, que no había dejado las costumbres del tío Rubio, cató el café, hizo aparecer una faria coruñesa del infierno de su americana y se zampó la mitad de la cazalla. Después chasqueó la lengua como si saboreara una molécula de vida, y encendió el cigarro. A pesar de un arranque de tos senil que aparentemente le molestaba más en la forma que en el fondo. Como si él, por ser quien era, tuviera que poder evitar un ataque de tos cuando le resultara inconveniente.

—¿Y qué? ¿Cómo campa el cámping?

Ona ya no le preguntó cómo lo sabía: Lupina debía de ponerlo al corriente.

—Pues no le sobra. El verano fue bueno y el otoño regular, pero ahora llevamos un par de meses muy flojos. Por eso he venido a verle, en realidad.

—¿Quieres un préstamo para llegar a la primavera? —murmuró el patriarca, extrañado porque Ona no le había pedido dinero ni cuando era adicta.

—No, no. Se nos ha presentado la oportunidad de tocar dinerito caliente bajo mano.

Con cuatro frases, le explicó el caso, que el tío Rubio de antes habría contemplado como un negocio prometedor.

—¿Es de fiar ese tal Jesús?

—Creo que sí —respondió Ona bastante convencida—. De todos modos, lo avala Guerau, que es de oro macizo.

—¿Oro macizo y traficante de perica? —insistió el *oncle* modulando la ironía.

—Sí, hombre. Como usted, por ejemplo.

El Rubio Andreu la miró fijamente dos segundos y soltó una risotada tan genuina que terminó en otro achaque de tos. Ona sabía de sobra que siempre proclamaba que había traficantes de corazón noble y jueces con el alma podrida.

—Y vosotros, ¿no caeréis en la trampa de meter los dedos en el pastel, con tanta harina a vuestro alcance?

—Ni probarla. De hecho, tenemos previsto organizarlo de modo que no la guardemos nunca en casa. Quiero decir en el cámping. Siempre que podamos la entregaremos y cobraremos el mismo día. Y si un día resulta imposible, la esconderemos en el bosque. De bosque, vamos sobrados.

Ona era perfectamente consciente de que su tío le escrutaba todos los movimientos faciales y de las manos, todas la inflexiones y pausas, para absorber la verdad que se desliza per debajo del discurso.

—Me gustaría mucho ayudaros, claro. Si la idea es abrir mercado y ganar plata. —Reveló la astucia de un lobo durante unos segundos, y recuperó en seguida la máscara de buena persona de un pastor paternal que encarrila una oveja descarriada—. Pero hacer negocios es una cosa y tomar drogas de estas otra muy distinta. Si para ganar cuatro duros haciendo de camellitos, tenéis que acabar subiendo otra vez a los caballitos, prefiero ser un burro y daros un préstamo sin retorno.

Ona se mordió el labio inferior con un diente de resentimiento y otro de sabiduría. Acaso el viejo patriarca, que se las sabía todas por viejo y por patriarca, tuviera razón. Quizá ella y Niel no debían acercarse nunca más, ni para ganar guita, al vórtice imantado de las drogas finas y duras.

—No recaeremos, *oncle*, le doy palabra.

El *oncle* se rascó la mejilla y se quitó la boina para alisar el fleco

de cabellos blancos invisibles que le decoraba la coronilla.

—Ya sabes que aborrezco la heroína y nunca hago tratos con nadie que la mueva.

Por fin llegaban a la herida salada del tío Andreu; Ona lo sabía por experiencia. Pero era absolutamente natural porque, al tío, la heroína le había robado dos hijos de un total de cuatro (el primogénito y el pequeñín), y a su primera mujer (también la primera en morir de sobredosis), además de gran cantidad de amigos, primos y sobrinos de ambos sexos y diferentes generaciones. No era un exegeta de la coca en ningún sentido, y hacía muchos años que solo consumía drogas legales y pocas, pero había *heredado* el tinglado de su padre y se consideraba un Robin Hood en versión doméstica, ya que gracias a los réditos que conseguía podía dar un aliento de vida a mucha gente. Gente que al cabo de un tiempo solía «aprender a volar sola y ganarse el pan sin traficar con harina», tal como decía él con cara de sabio benefactor.

—Desde luego que lo sé —confirmó ella—. Y tengo que darle la razón. La cocaína poco a poco te envenena, pero la heroína simplemente te asesina.

Ona acababa de catar la cazalla cuando Andreu se la terminó. Chasqueó la lengua satisfecho antes de chupar suavemente la faria y responder entre una neblina tenue de humo azulado.

—Os doy un mes de prueba —sentenció como un juez investido —. Si todo marcha bien, lo alargaremos hasta Carnaval. —Ona sonrió porque más o menos serían los tres meses que había previsto —. Pero quiero veros de vez en cuando. Juntos o por separado, me da igual, pero quiero veros a los dos, a ti y a Daniel, una vez al mes.

Ona quería protestar. ¿Les haría un examen visual, una vez al mes, para comprobar si se habían esnifado una raya tonta?

—Suerte que no nos pides análisis de sangre —murmuró, entre divertida e indignada.

—Ya sé que si queréis me engañaréis, Ona. Y entenderás que eso me preocupe, porque no hay muchos barberos que puedan afeitarme dos veces. —Decoró la pausa con una inhalación de faria especialmente voluptuosa y reprimió un conato de tos que quería estropearle el momento—. Dile eso, a Daniel: si vuelve a tomarme el pelo, le costará la vida.

—Fuimos los dos los que…

—Ya lo hemos hablado bastante. Tú eres de la familia y él no, o sea que avísale.

Ona dudaba entre proseguir con la aventura o cortarla de raíz. Sabía, cierto como la misma muerte, que el tío Rubio nunca lanzaba amenazas porque sí, y que sus veredictos, una vez dictados, eran inapelables.

Coca en la panadería y migajas de memoria

No duen coca de forner, duen coca colombiana

BRAMS, El president

A la una y media en punto, Ona entraba en la panadería de Lupina, que la recibió con besos nostálgicos y abrazos añorados. Al cabo de poco, la dependienta dijo hastaluego y Lupina cerró la tienda para mostrar a su prima la cara oculta del negocio.

Anexos al espacio público se hallaban el horno y el obrador, y anexo al obrador, un cancel de cuatro palmos con tres puertas correderas. La de la derecha daba a los servicios del personal: dos lavabos, un plato de ducha y colgadores para cambiarse de ropa. La del fondo era la del almacén, pequeño pero bien aprovechado. Y a la izquierda había un despacho minúsculo que contenía una mesa, tres sillas y un archivador. Sobre la mesa, los utensilios de cualquier oficina y una máquina de escribir electrónica, que diez años atrás era el futuro y ahora, una antigualla. Mientras cogía un bote de jabón de un armario cerrado con llave, Lupina comentó que al fondo del almacén había una puertecita que daba a la escalera del parquin comunitario, donde tenía una plaza alquilada, y que las entregas normalmente las harían allí.

—Ahora prepararemos el paquete y nos iremos a comer —canturreó alegremente—. ¿Cuánta quieres?

—Cincuenta gramos.

—¿Justos?

—Tan justos como sea posible.

Lupina se rio como si se tratara de un juego. Ona, por rebelde y marginal, era su preferida entre tres docenas de primas.

—El peso te lo garantizo personalmente. La calidad es cosa del

tío Rubio. ¿Quieres probarla?

—¿Se te va la olla?

—¿Ni medio cigarrillo para comprobar el gusto?

—¿Te ha pedido el *oncle* que me tientes?

—No seas tonta.

—No seas tonta, tú. Por Reyes hará cinco años que no tomo nada más fuerte que porros. Y la coca no es mi veneno vocacional, ya lo sabes.

Lupina gruñó divertida que recordaba más de una juerga juntas con la caquita de los cojones, que pocabroma. Mientras tanto cubrió la balanza del obrador con un rectángulo de plástico parar envolver y, del bote del almacén, con una cuchara, vertió una montañita de granizo fino con textura de yeso. Ona no hizo ningún comentario porque ya sabía que la cocaína puede ser cristalina como azúcar o mate como cemento, dura como el mármol o esponjosa como ceniza, azulceleste, verdosa, amarillenta, rosa y hasta gris, y que eso es un detalle más relacionado con la cocina (o sea, el proceso de cristalización) que con la calidad en sí misma. Lo único que percibió, mientras Lupina ajustaba los engranajes y le enseñaba la precisión de la pesada, fue el hedor penetrante del amoníaco, el éter, o lo que fuera que usaran en el laboratorio. La cocaína casi siempre huele intensamente, pero eso tampoco indica mucho sobre la calidad.

Dejando a un lado las pruebas estrictamente químicas que se ven en la tele, para los traficantes de tercera división solo hay un procedimiento para aclarar qué se compra, y es el viejo cuento de catarlo. Ona, sin embargo, se había prometido que antes abortaría el pedido. Se había prometido que, a partir de aquel momento, si alguna vez tenía alguna relación con las putas drogas, sería exclusivamente para ganar algo, aunque solo fuera miserable dinero: ya le habían robado bastantes años de vida, entre abstinencias y recaídas. Tradujo este pensamiento a un par de frases y Lupina, que envolvía la coca como un cilindro para meterla en un condón, estalló en risas:

—¡Ja, ja, qué diver! Lo mismo me dijo Renata el verano pasado.

Solo con oír ese nombre, a Ona se le iluminó la cara, pero Lupina entró en la tienda, de donde volvió con una bolsa en los dedos y un lote de productos en los brazos. Lo dejó todo sobre la

mesa y cogió un bote de cacao para preparar chocolate a la taza. Desenroscó la tapa, recortó el precinto por debajo con un cúter para no estropearlo, y sacó dos cucharadas de cacao para equilibrar el volumen del condón relleno antes de meterlo en el fondo del bote. Luego selló el precinto con un hilo de cola extra y volvió a enroscar la tapa. A Ona le pareció francamente exagerado pero, dado que la beneficiaria de la manipulación en caso de emergencia sería ella, lo que hizo fue agradecerla.

Las explicaciones sobre Renata se amasaron mientras comían en un restaurante cercano, que todavía tenía mesitas de mármol blanco con patas negras de hierro fundido. Después de pedir dos ensaladas verdes y una paella sin carne para dos cucarachas, Lupina brindó con agua y dijo:

—Me la encontré un viernes al atardecer cerca de la estación de Sants. Yo había ido a comprar trapitos y ella acababa de llegar en el expreso de Milán. Le ofrecí la habitación libre de casa y se quedó a pasar el finde.

—¿Y se está portando bien?

—Absolutamente, según me dijo.

—¿Aún pinta?

—No. Bueno, sí, pero no como antes.

Mientras los recuerdos fluían por detrás de sus cejas, ambas ensancharon una sonrisa empapada de imágenes viejas, extravagantes, genuinas.

Interludio: Cuadros en línea y líneas en cuadro

Don’t be told about what you need

SEX PISTOLS, God Save The Queen

Ocho o diez años atrás, Renata vivía en un piso en forma de túnel en la ultraderecha del Eixample. Por el simple procedimiento de eliminar una pared sin permiso ni ruido, había juntado el comedor y el dormitorio principal en una sola sala, que contemplaba un paseo arbolado y tenía «buena luz», donde situó el estudio, o sea la sala capital del habitáculo. Siguiendo el pasillo hacia el lado sombrío, había cuatro puertas a mano derecha. La

primera era la sala de la bañera, antigua pero preciosa, que daba al dormitorio pequeño de enfrente y al contiguo, detrás de la segunda puerta. La tercera era una despensa y cuarto de los trastos, donde los del oficio no dejaban espacio para nada más. Y al fondo estaba la cocina en la que Renata rara vez cocinaba, pero comía y hacía vida. Y cuando tenía con qué, también las rayas.

Renata era una coquera peculiar en extremo, porque tenía alguna característica de adicta pero pocas. De padre italiano y madre suiza, se espabilaba en media docena de idiomas y los laborables trabajaba de maestra en una academia de Badalona, donde había conocido a Lupina, que curraba de camarera en la pizzería de la esquina. Un viernes de cada dos, Renata libraba y se encerraba en casa a pintar durante tres días y cuatro noches. Era entonces cuando solía comprar dos o tres gramos de farlopa con pedigrí, según contaba para estimular el relámpago de la inspiración. Antes de que tío Rubio le hiciera una cruz con las rayas y le cortara la teta, Ona le hizo de camello una temporada.

Así fue como un jueves, que habían quedado las tres para cenar juntas, pudieron espiar a la artista en pleno proceso creativo, privilegio al alcance de poquísimas personas. Después de degustar una pizza importada y un litro de priorato, mientras Lupina quitaba la mesa y Ona llenaba la cafetera, Renata se curró medio gramito de coca: lo repartió entre dos líneas ahusadas de tres dedos para sus amigas, y cuatro más de dos, que finalmente juntó en un cuadrado, para ella.

—Así siempre llevo la cuenta —dijo, ofreciendo el tubito de cristal a Ona, que se esnifó la más larguita sin remordimientos.

Renata, cuando se ponía en marcha, se zampaba un lado del cuadrado (hizo tres en cinco horas), y recorría el pasillo como si volara hasta el estudio, donde ya tenía los fluorescentes encendidos y las pinturas listas. Entonces estudiaba las telas, ajustadas en línea con unas abrazaderas «como fotogramas de una misma eternidad» (según el folleto de su primera exposición), hasta que saltaba la chispa. Cuando por fin saltaba, Renata cogía con gesto resuelto un pincel, a veces una brocha o incluso un rodillo pequeño, y esparcía una capa de materia pictórica pura de un extremo al otro. Ver cómo una faja viva de rojo sangre, verde manzana o azul marino se expandía por la superficie cruda de las telas fue toda una

experiencia para Ona y Lupina, que solo conocían el arte de pintar puertas y paredes.

Renata empezaba plasmando trazos longitudinales, ondulados o rectos, de izquierda a derecha, pero después se arriesgaba a buscar diagonales y rizos en direcciones aleatorias y variando los colores. Tras dos o tres impresiones de estas mayores, la artista se retiraba a una silla de despacho con ruedas, vieja pero móvil, y se desplazaba lentamente en paralelo para contemplar las telas sujetas en línea. Las estudiaba en silencio cinco o diez minutos, fumándose un cigarrillo ausente o tomando un sorbo de café, hasta que se levantaba precipitadamente para deshacer el camino a la cocina. Donde, desde luego, se esnifaba rápidamente otro lado del cuadrado antes de volver al estudio como una ráfaga. Entonces el proceso volvía a comenzar: estudiar las formas y el color, evaluar el alma de cada chorro y su textura, absorber las bocas vacías de cada parcela… y, de repente, cuando las neuronas oportunas se abrazaban, coger un objeto, fuera un estropajo para lavar platos o un cepillo de dientes, y empaparlo de color para lanzarse a definir más serpientes, ejes, ganchos, rizos, manchas.

Aunque el proceso parecía muy veloz cuando sucedía, Renata se podía pasar seis, ocho o diez horas yendo y viniendo de la cocina al estudio, a veces hasta que el sol cantaba el mediodía. Ella lo llamaba la técnica de las Seis Ces; tres por los medios (coca, café, cigarrillos) y tres por el método (configuración, contraste y culminación). A Lupina lo que más le gustaba era la culminación, que Renata acostumbraba a concluir al cabo de unos días o semanas de contemplar cada tela como un acertijo, geométrico o caótico pero abstracto. Entonces asumía el riesgo de insinuar, en el sitio preciso, el perfil de un párpado o de un pie; el volumen de un pene o de un pecho.

Renata afirmaba que era el contrapunto humanizador, la anécdota que permitía identificarse en el interior de la tela al lector/espectador; ya que, según ella, esa era la definición precisa de alguien que mira un cuadro. A pesar de todo, siempre declaraba que la obra aún sería más profunda sin la culminación humanizadora, y que un día la eliminaría y pintaría solamente en función de emociones y sensaciones.

Cuatro años y tres exposiciones más tarde, se había ganado el

elogio de tres críticos y el aprecio de cuatro galerías, y pudo dejar el trabajo de maestra para dedicarse exclusivamente a pintar. Eso, paradójicamente, la llevó a enfrentarse de cara con los achaques del espíritu: sin los cuadraditos de coca no saltaban chispas entre las neuronas, y podía pasarse días mirando la sucesión de telas sin arriesgar ni una sola embestida de pincel. Al final cedió a la tentación durante un par de años, porque ganaba suficiente dinero para convertir el hábito en vicio, pero un buen día comprendió que el círculo, ciclo, de la coca tenía que cerrarlo definitivamente. Aunque tuviese que pagar el precio de no ejercer como artista una temporada, tenía que romper la dependencia, emocional e inercial si no física, para recuperar la esencia de aquello que le apasionaba de verdad: pintar. Volvió a la academia de idiomas y se enclaustró en su piso tubular, sin esnifar ni crear en absoluto, hasta que Ona y Daniel se presentaron una tarde sin avisar para pedirle cien mil pelas.

—Son para financiar un tráfico limpio de polvo y paja. Te devolveremos ciento veinte dentro de una semana —le aseguró Niel, siempre optimista, cuando vio que ella dudaba.

—Es que… no las tengo, os lo prometo. Gané bastante una temporada, pero por lo que parece me lo gasté todo. Y me deben tres o cuatro obras que… quizá no cobre jamás.

Ona y Daniel se quedaron de una pieza: habrían jurado que Renata estaba forrada. Ambos arrastraban medio mono y un saco de deudas y debían de poner carita de angelitos maltratados, porque en seguida se compadeció de ellos.

—Venid —dijo animada—. Tengo una idea.

Después de compartir en la cocina la litrona de cerveza que habían subido los invitados, recorrieron en silencio los diecisiete metros que llevaban al estudio, donde los fluorescentes estaban apagados, los botes de pintura tapados, y el olor era poco más que un recuerdo. Renata encendió un fluorescente que impregnó la sala de un lustre de hospital, como si las telas vacías o inacabadas estuvieran enfermas, y cogió una llave oxidada de un pequeño bote aparcado en el alféizar de la ventana. Antes de meter la llave en el cerrojo, los miró fijamente y, muy seria, les advirtió:

—Lo que vais a ver es un secreto. Un secreto en el que confío mi futuro. ¿Lo habéis comprendido?

—Perfectamente —respondió Ona un poco preocupada.

—Mudos como muertos —susurró Daniel francamente intrigado.

Renata abrió la puerta del dormitorio reciclado en almacén secreto, al que nunca iba nadie, y encendió otro fluorescente. Allí el hedor a esmalte y pintura era más fuerte, y Ona y Daniel entraron como si profanasen un sepulcro lleno de tesoros. No era un sepulcro, más allá del sentido metafórico, pero ciertamente contenía diversos tesoros, aunque fueran contrarios a la ley y a la moral.

—Hostia —exclamó Daniel al ver el *Pa* de Dalí en el caballete de la derecha.

—Hostia consagrada —remachó Ona, acercándose a la *Gioconda* inacabada que reposaba en el de la izquierda.

Después Renata apartó los trozos de sábana que cubrían las almas alineadas arrimadas a la pared y ellos se quedaron sin aliento ni para blasfemar. Embelesados, pudieron contemplar las réplicas aparentemente exactas de dos Picasso, dos Miró y un *Crist a Port Lligat*. A los invitados, boquiabiertos, les empezaron a girar las pupilas como los diamantes de una máquina tragaperras. Mientras estimaban la fortuna que aquello podía llegar a valer en manos de alguien que supiera tramitarlo.

—¿Qué os parece?

—Perfectos —sentenció Ona.

—Geniales —dictaminó Daniel—. Aunque yo no sé nada del tema, claro. Pero parecen… parecen…

—Auténticos —concretó Ona, arrodillándose frente a un Picasso como si quisiera rezar un padrenuestro.

—No, no: cualquier experto vería qué son en realidad. Pero hay alguna que… no está mal. —Renata señaló el *Pa* del caballete—. ¿Qué os parece este? Aunque sea una copia sin firma, ¿no podréis sacarle cien mil machacantes?

Reprise en el restaurante: Falsos genuinos

You can't always get what you want

The Rolling Stones

—¿Y por cuánto lo vendisteis en realidad? —preguntó Lupina, rebañando la última cucharada de arroz.

—Un cuarto de kilo.

—¿Doscientas cincuen…? Joder, quizá debería apuntarme a una academia de bellas artes. En la escuela, dibujaba muy bien, yo.

—Creo que podríamos haber conseguido el doble. Las falsificaciones de Renata tenían el alma y el latido de las auténticas. Como es artista por naturaleza, no solo copiaba perfectamente la forma, la luz y los colores, sino que captaba la emoción original del pintor y la expresaba con todos sus matices. —Ona, que se había terminado la comida por el simple procedimiento de dejarse una tercera parte, cogió un cigarrillo y lo encendió—. Un caso inaudito, según los expertos sabelotodo. ¿Te acuerdas de Franc Xeguí, aquel pichafloja con quien me lie en el instituto? Dirigía una galería *fashion* en las partes nobles de la Barcelona donde *la bossa sempre sona*…

—*Sí, sí.* El que llevaba gafas de pasta estilo Truffaut y quería ser director de cine.

—Exacto. Al mediodía del día siguiente fuimos a ofrecerle el *Pa* sin firma y cerró la tienda media hora antes para estudiarlo con calma —continuó Ona divertida—. Se ponía y quitaba las gafas sin parar, repasaba con una lupa cada centímetro de la tela y consultaba un álbum con una fotografía de la obra a escala natural.

—¿Y os dio un cuarto de kilo por él sabiendo que era una falsificación?

—Nos ofreció ciento setenta, en dos plazos y sin preguntas, pero Daniel ya iba preparado para el póquer y le respondió que el doble y al contado. Lo ajustamos a medio camino y, cuando finalmente los

sacó de la caja fuerte, doscientos cincuenta billetes de mil, me parecieron una fortuna.

—Bueno, es que en esa época…

—Más que la época, era la miseria. Cada vez que levantábamos la nariz dos dedos por encima de la mierda, nos despertábamos convencidos de haber superado lo peor y estar cerca de coger vuelo.

—Éramos un poco ingenuos —apuntó Lupina.

—Éramos increíblemente imbéciles. E infantiles —matizó Ona, que había dedicado a la cuestión muchas sesiones de autoanálisis—. En el fondo vivíamos el presente convencidos de que no tenía nada que ver con el futuro.

—Imbuidos del eslogan punk aunque no lo fuéramos.

Ona frunció las cejas.

—Diría que el concepto ya venía de los primeros hippies. Vivir la juventud de prisa y morir a tiempo de dejar un cadáver bonito.

Lupina retorció una risita nasal.

—La yaya murió a los ochenta y ocho y te aseguro que, después del maquillaje de la funeraria, su cadáver era bonito. Casi demasiado, para mi gusto.

Una idea debió de traer otra, porque cuando el propietario y camarero les hubo dejado encima de la mesa una macedonia natural y dos copitas de cava homenaje de la casa, Ona se arriesgó a hablar de un tema que consideraba tabú desde hacia años.

—¿Y sobre el asesinato de Xacó, no han descubierto nada los pasmarotes?

Xacó era el alias de Francisco, el marido de Lupina, y *pasmarotes*, uno del centenar de apodos de la policía. La viuda la miró extrañada.

—Se nota que no te mueves por el barrio hace tiempo. Todo el mundo sabe que lo mataron los sicarios del Iaio.

—¿La pasma también?

—Desde luego.

—Y tío Rubio… ¿no exige venganza?

Lupina chasqueó la lengua y probó la macedonia.

—Como dicen los Stones, no siempre podemos conseguir lo que queremos.

Ona arqueó una ceja payasa.

—¿Ni siquiera el tío Rubio?

—Ni siquiera los Rolling Stones. —Lupina aparentemente no tenía ganas de explayarse—. Ya sabes cómo funcionan aquí las cosas. El Rubio y el Iaio y tres o cuatro cabrones igual de viejos y mal nacidos, que hacen y deshacen tratos más oscuros que la noche, mantienen unos códigos particulares y arreglan las cosas a su manera.

—Y no recurren a abogados ni a policías aunque les vaya la vida. Quizá porque normalmente no es la suya.

—Exacto. Xacó, en paz descanse, los últimos meses de vida se metía un gramo diario. Por la nariz y fumando, eso sí, porque las jeringuillas las tenía prohibidas. —Hizo una pausa y cogió un cigarrillo del paquete de Ona, a pesar de haberlo dejado cuando se quedó preñada—. A mí, me tenía acojonada. No porque fuera a hacerme ningún daño ni a robarme el dinero de casa, no era de esos… y además sabía que le habría arrancado los ojos mientras dormía. —Ona le escrutó las pupilas un segundo: le constaba que, a pesar de esa carita ovalada y amable, Lupina podía ser una furia destructora—. Me tenía acojonada porque me olía que un día cualquiera, por una razón u otra, terminaría como terminó.

El camarero les sirvió el café y retiró el servicio sucio. Fuera, se había levantado una ventada y los dedos gruesos de un platanero de la acera se arremolinaban frenéticamente hacia la vidriera del restaurante, cada vez más cerca, sin llegar nunca a rozarla.

—Para resumir un montón de mierda bastante enrevesada en un par de frases, Xacó aprovechó que el Piojo estaba en el maco para robarle un cuarto de kilo de jaco a su mujer con la idea de venderlo aquella misma noche a un importador francés. Burro como era y enganchado como estaba, debió de pensar que no podrían descubrir que había sido él, pero naturalmente se equivocó. —Lupina, que tenía la mirada fija en la danza alocada de las ramas del árbol, chupó su cigarrillo con gesto distraído y tosió suavemente—. El resto es fácil de imaginar: fueron a buscarlo, le dieron una paliza para que les dijera quién tenía su caballo, y después se lo llevaron mar adentro y lo tiraron al agua. Según cuentan, con la mitad de los huesos rotos pero vivo, para que sufriera un rato más.

Ona recordaba que ocho o diez días después de que Xacó desapareciera sin dejar rastro, habían encontrado su cadáver casi irreconocible en la playa de Blanes. Pero de todo aquello, solo

conocía algunos rumores mal encajados.

—Lamento haberte hablado de él. No es plato de gusto después de comer —añadió Lupina con una sonrisa amarga.

—Joder con Xacó, con lo guapo que era antes de engancharse como una sanguijuela —aventuró Ona para expulsar los espectros.

—Como tú, como Renata… Como Daniel, si me permites la franqueza. —Y a continuación añadió—: Ahora que caigo: ¿por qué tiene esa fobia contra Daniel el tío Coca?

—Por otro Dalí tramposo. Se lo cambió por veinte gramos de faria auténtica haciéndole creer que también era auténtico, aunque el autor no lo hubiese firmado.

—¡Guau! Pues ya puede asegurar que te debe la vida. Si no hubiera sido tu pavo, seguro que el Rubio se lo habría cobrado en sangre.

Y después de una pausa vagamente amenazadora, como si por pura rutina calibrasen el peligro que las envolvía, continuaron chafardeando y burlándose de los que ya están muertos y de los que todavía velan.

VISITA IMPREVISTA

Tots plens de nit, buscant la nit, buscant la pau

RAIMON, Al vent

A mediados de diciembre, ya habían vendido a Jesús Vaya un cuarto de pollo (250 gramos) y todos estaban bastante contentos. Daniel y Ona por la comisión del intermediario, y el tío Rubio porque los pedidos eran jugosos y los pagos puntuales. Vaya y Guerau, que iban a medias pero solo a ratos, también flipaban, porque el producto era de calidad y el peso matemático. Ellos le añadían un veinte por ciento de corte no contaminante (un complemento para bebés con estreñimiento) y lo repartían en bolsitas de cinco gramos que no pasaban de cuatro y medio. En la cuenta de activos, eso representaba un incremento milagroso: compraban por ejemplo cincuenta gramos y vendían sesenta y cinco. Sin contar, eso no, los que se zampaban ellos, discretamente pero a diario. Esa era, en el fondo, la única preocupación de Ona y el motivo por el que había establecido un término máximo de tres meses: los adictos buenos, aunque sean listos, terminan por comportarse como traficantes malvados.

Una semana antes de Navidad, en el cámping tuvieron lugar dos sucesos que, para bien y para mal, marcaron el carácter de las fiestas. El primero fue un encargo especial: habían informado a Jesús que la tienda estaría cerrada a cal y canto desde el 20 de diciembre hasta el 8 de enero, y para no quedarse corto, Jesús les encargó doscientos gramos de una tacada. Les avanzaría el dinero de la mitad y liquidarían el resto después de Nochevieja. Daniel dijo que se fiaba, quizás por Guerau, pero Ona replicó que era simplemente imposible: la tienda no fiaba nunca y a ella menos. Finalmente lo resolvieron porque Guerau y uno de los habituales del póquer aportaron una parte del capital, y ellos dos otra. También discutieron una mejora del precio, pero a la postre los

convencieron de que, eso, el lechero lo aceptaría por el sencillo sistema de adulterar la nata. Entonces, la noche antes de bajar a buscar la matraca, el teléfono les trajo otra sorpresa que, por lo menos tangencialmente, modificó la estrategia.

—¡Hola, Oneta! ¿A que no sabes quién soy?

—¡Re… naaata! ¿De dónde sales, amor mío?

El sobrenombre de Nata se lo había estampado Daniel con la excusa de que en catalán los nombres de pila se abrevian así. A la interesada, de todos modos, le había gustado y ahora sus amistades cercanas la llamaban así incluso en Génova, donde vivía actualmente.

Resultó que Renata se había peleado con su compañero de cama de los dos últimos años y había decidido pasar las Navidades lejos de su hogar. En realidad, si les parecía bien, se le había ocurrido pasarlas en una caravana de su cámping, para aprovechar las montañas vecinas y la calma que las presidía. Ona dijo que desdeluego, muy contenta, en parte porque se lo debían y en parte porque sabía que Daniel estaba enamorado de
Re-Nata.
Un alma polícroma como la de la pintora les alegraría como magia ninguna el espíritu estúpido de las Navidades y la gresca de cartón piedra de Nochevieja. ¿Cuánto hacía que no se veían?

Por eso Daniel decidió dar descanso a la furgoneta del cámping, que en los alrededores de la panadería, con aquellos logos pintados en las portezuelas, ya debía de empezar a cantar, y le pidió a Guerau el passat con el que sacaba a la familia a pasear los fines de semana. A las diez en punto aparcaba en el garaje de la panadería. Lupina, que lo estaba esperando, cerró la puerta del garaje, cogió un paquete del armario de los contadores y subió al passat. Saludó al chófer con dos besitos distraídos y dos palabras a media voz, y le dio una bolsa de un supermercado local con diversos productos de limpieza: una garrafita de jabón para los platos, un paquete de estropajos de aluminio, un frasco de desinfectante perfumado y un bote de medio kilo de jabón granulado. Daniel a cambio le pasó una bolsa de comestibles prepirenaicos, con una muestra de embutidos navideños, dos tabletas de turrones artesanales y un bol de *allioli* estrictamente doméstico.

—La comida es regalo nuestro. La pasta está envuelta con los

turrones —dijo Daniel sonriendo, a pesar de que la adrenalina, como una hormiga, empezaba a hacerle cosquillas en las cervicales —. Si la quieres contar arriba, me espero cinco minutos en el bar de enfrente.

—Qué va. Mejor será que te pongas en ruta y no te distraigas.

Le dio un besito en la mejilla y se frenó cuando ya tenía la portezuela abierta.

—¿Sudas?

—Una gota. La trena me da pánico, lo confieso.

—Procura no pensar en ello. Puedes acabar delatándote solo.

Daniel soltó una risita falsa.

—No será tanto.

Lupina abrió la puerta del garaje mientras Daniel daba la vuelta. El camino de retorno se le hizo largo, ciertamente, y cada vez que veía un coche o a un representante de las fuerzas de orden público, fuera un municipal dirigiendo el tráfico o una patrulla de carretera, notaba que el corazón se le aceleraba y que el cosquilleo en el cogote era más intenso.

Dado que el cerebro hace lo que quiere y va donde le da la gana, cuando cogía la autopista de Manresa recordó una noche *around midnight*, diez o doce años atrás, cuando él, Belmondo y una novia suya llamada Lluïsa reventaron la puerta posterior de una farmacia de pueblo y se llevaron un botín de tintura de opio, jarabe de belladona y cloruro de morfina. Con la tintura, untaban los cigarrillos, y una línea fina bastaba para colocar a dos gorilas. El jarabe lo trasladaron a un frasco pequeño contra la tos, y resultaba perfecto para consumir en público: bastaba toser un poco, sacar el frasco del bolsillo y dar un sorbito. Mucho más eficaz y fácil de digerir que la codeína, que tantos monos les había domado. Las tres cajas de cloruro mórfico contenían media docena de inyectables de un cm^3 cada una, y si Lluïsa, que era hija de farmacéuticos, no hubiese impuesto una dosis de cordura, podrían haberlos llevado a los tres al hoyo.

Se tragaron media botella de jarabe mientras acababan de llenar el saco: ocho cajitas de perduretas; tres de ropinoles; media docena de dixidrinas y cinco botes de maximamatos. Una fortuna en colocones variados para consumo propio, o en dinero en efectivo si lo ponían en el mercado. Hicieron ambas cosas, evidentemente.

Interludio Daniel: Retales al detalle

Please, Sister Morphine,
turn my nightmares into dreams

THE ROLLING STONES, Sister Morphine

Han transcurrido cinco días desde el robo a la vetusta farmacia de un villorrio del Ripollès y los negocios van sobre ruedas. Me despierto solo en el cubil que hemos alquilado en Santa Eugènia, me ducho y arreglo un poco en todos los sentidos y me voy a Vic, *al melic bonic de Vic*, a servir un pedido anfetamínico. En el bar donde espero a Marilucio (apodo despectivo que solo merece cuando las pasa putas, pues tiene un cuerpo de sirena), me encuentro a Pirri.

Pirri, que se llama Pedro y se ha ganado el apodo por futbolista y madridista, es un exsocio con quien, cuando me sumergía en el laberinto de los narcóticos, compartía porros, ácidos, borracheras y resacas. Pero desde entonces nos ha llovido mucha mierda; él se ha transformado en un yonqui al por mayor y traficante al detalle más rata que el avaro de Molière, y yo más de lo mismo. El resultado es que sostenemos relaciones comerciales siempre que nos interesa, pero no especialmente amistosas.

Pirri es un cacho macho bastante corpulento, de cara ancha y sanguínea, y cuando arrastra el mono se le nota de lejos. Yo soy delgaducho y de rostro anguloso, y lo que se me nota de lejos es cuando voy colocado. Como ahora. Por eso no me sorprende que, al cabo de un minuto, con un vermú en la mano, se levante de la mesa del rincón desde donde estudia idas y venidas, y se siente en la barra a mi lado.

—Hola, Niel. ¿Cómo van las cosas?

—Tirando del carro. ¿Y tú?

—Jodido. Hoy estoy muy jodido. ¿No tienes nada, tú?

—Yo tengo muchas cosas.

—No te hagas el loco —me riñe. Cambia de tono mientras me roba un pitillo del paquete que, como un pardillo, he dejado a la vista—. ¿Me invitas a un piti?

—Sí, hombre, sí. Pero me jugaría algo a que llevas un paquete en el bolsillo.

Enrojece como una sandía de carne. Lo he pillado.

—Es verdad —admite, caradura como nadie—. Pero solo me quedan dos. —Enciende el cigarrillo robado y retoma la pregunta capital—. ¿Tienes algo o no?

—Si hablas de jaco, no, no tengo ni pizca.

Me mira achicando los ojos, con la cabeza inclinada, estudiando mi expresión como si quisiera dibujarme.

—Pues yo me jugaría un huevo a que te has puesto las botas como el gato.

—Una cosa no quita la otra.

El enigma le interesa, le interesa mucho, porque no para de bostezar y lagrimear, síntomas externos del síndrome que lo atenaza.

—No vas de codeína, no me jodas.

—Yo no he dicho eso.

Se da un golpe y se hace un masaje en el bíceps femoral izquierdo, para aliviar un espasmo que seguramente no es el primero.

—Hostia, Niel, déjate de misterios. Anoche me falló el camello y no le veré hasta esta tarde. He preguntado a un par de desgraciados de aquí si tenían algo para matar la gripe, pero resulta que todos están secos. —O que quieren putearte porque te la tienen jurada, pienso, francamente divertido—. ¿Tienes algo que valga la pena o no?

Le podría vender un inyectable, claro, pero el precio que le pediré no le va a gustar.

—¿Quieres una caja de perduretas? —le ofrezco, con una gota de malaleche porque me consta que las tolera mal.

—¡Estoy harto de esa mierda! Esta noche me habré tomado diez y tengo las tripas como una piedra. Enróllate, Niel.

Eso me gusta (que me suplique), pero no me ablanda: ¿por qué tendría que enrollarme con este cabrón, que no hace ni quince días me dejó de mono toda una noche por dos mil putas pelas? En cualquier caso, veo a Marilucio dando la vuelta a la plaza en su coche y me levanto y me termino el cortado. Saco una moneda para pagarlo y, cuando ya voy a dejarla sobre la barra, me lo pienso

mejor y se la doy al camarero (por si acaso).

—¿Adónde vas ahora? —exclama Pirri alterado.

—Tengo cosas que hacer. Vuelvo en quince minutos y lo hablamos. Pero prepara mil duros, si quieres ponerte guapo.

—¿Mil duros, Niel? ¿Qué coño tienes que valga mil duros la dosis? —Me agarra de la manga con esa exasperación común a todas las malditas abstinencias: pobre tío—. No te vayas, joder.

—Te he dicho que tengo cosas que hacer —repito cabreado—. Y si no me sueltas ahora mismo, nunca llegarás ni a saberlo, qué coño tengo.

Suelta la presa y me largo del bar hacia el coche de Marilucio, que me espera en la esquina con cara de besugo hervido. Subo al coche y le indico la ruta hacia el mío, un par de calles más abajo. Cuando llegamos, resulta que hay dos municipales con vocación de estupas olisqueándolo como perros de caza, de modo que agacho la cabeza sobre la entrepierna de Marillum y pasamos de largo. No me preocupan las dixis que he traído para ella, porque dos cajitas no son ni delito, pero sí las tres ampollitas de cloruro mórfico, porque podrían llegar a relacionarlas con el robo a la farmacia y nos caería el pelo hasta la raíz. Mientras perdemos cinco minutos rodando hacia ninguna parte con un pitillo por excusa, la señorita me discute el precio por enésima y última vez.

—Que las vendas sueltas a ochocientas me parece un abuso, pero que quieras cobrarme doce mil pelas por una caja es un robo, Niel.

—¿Por qué me has hecho venir, entonces? —replico, bastante cabreado con todo el mundo en general—. El precio es el de siempre y ya lo sabías. Déjame en el bar de la plaza y no me hagas perder más tiempo.

El tiempo, paralelo a mi humor, se ha ido cubriendo de nubes lentamente y ahora ya caen gotas.

—No seas burro —me suelta, como siempre después de llorar un poco—. Ya sabes que me las quedaré. Pero te pagaré una caja ahora y la otra…

—¡Y la otra también, si es que quieres dos! Ya basta, Llum, cada día la misma canción.

Rehacemos la ruta hacia mi coche. No hay pasma en la costa. Frena, salto y me meto en el auto. Llum me sigue con el suyo hasta

el aparcamiento de los bloques cuadrados, ocho o diez calles más adelante, donde aparcamos en batería en medio de un lago de coches. Bajo con las cajas de dixis en el vientre de los calzoncillos y vuelvo a sentarme al lado de Marillum. Mientras ella echa un vistazo a la mercancía, yo cuento cinco langostas (billetes rosas de dos mil) y catorce lechugas (billetes verdes de mil). Después ella desaparece hacia su nada habitual y yo vuelvo a mi errecinco y a mi nada particular.

Cuando ya estoy llegando al cruce de Santa Eugènia, Pirri me viene a la memoria. La verdad es que tengo pasta calentita y no se merece que le salve el día, pero decido hacerlo para cuando se vuelva la tortilla. Y por la cara que pondrá, seguro, seguro, cuando se meta un ñaco de esta droga en su vena encallecida.

—¡Tío, tío, tío! ¿Quieres liquidarme o qué? —exclama, sudando como un cerdo y más acojonado que un ratón.

Se acaba de inyectar un tercio de la botellita y se le erizan los pelos del cogote como si los atrajera un imán.

—Tranqui, Pirri, que no pasa nada —murmuro, saboreando mi flash, más sereno porque ya conozco ese veneno y le he perdido el miedo (el respeto no)—. Es que tiene una entrada que acojona, este coño de… Mejor no bombees hasta que te baje un poco —añado, sacándome la aguja porque yo prefiero no hacerlo.

—¿Qué has dicho que era exactamente?

—Cloruro mórfico. Morfina destilada lista para inyectar, según la definición de una experta. Se ve que la usan en enfermos terminales.

—¿Para matarlos de una vez? —masculla él, que ya se ve un poco más salvado, más en este mundo, a pesar del calor que ahora nos inunda el cráneo, y especialmente la coronilla, y del reflujo que desciende por todos nuestros músculos, nervios y poros.

—Supongo que depende de la dosis. Si te metes una ampollita entera en la vena no lo cuentas.

—¿De dónde lo has sacado?

—Del coño de tu madre.

—Te voy a dar una hostia que…

—No te importa un carajo. Relájate y disfruta, hijoputa, que cosas así no se catan cada día.

—Eso es verdad.

Las gotas ya son una llovizna suave. Una percusión tenue, global y aleatoria que se suma a un pasaje especialmente onírico del *Ommadawn* del maestro Oldfield, que suena en el casete con bastante presencia gracias a los altavoces que un mes atrás le arramblamos a aquel pijo de Sabadell. Vacilaba de pasta como si fuera el amo del mundo, bebía como si fuera millonario y vestía como un maniquí, pero nos regateó el precio como un gitano malvado y nos obligó a pagar una ronda de gintónics que se habían tomado él y su séquito de putillas semiadictas. Transigimos para no alargar el conflicto pero, dado que de todos modos no pensábamos volver a tratar con él y que no sabía dónde encontrarnos, antes de irnos lo compensamos con los altavoces de su triumph (el casete, se lo había llevado, el muy cerdo).

Hostia: Pirri tiene los ojos cerrados, la cabeza sobre la ventanilla y la jeringa colgada del brazo.

—Despierta, tío. ¿Quieres acojonarme para vengarte?

Reprise Renata: Resurrecciones y regalos

I'm dreaming about a white Christmas

Irving Berlin, White Christmas

La clienta-barra-invitada, porque nosotros no podíamos cobrarle alquiler de ningún modo, tenía previsto, como dijo, instalarse en una de las caravanas bucólicas del cámping. No contaba, sin embargo, con la crudeza del invierno pirenaico y aceptó de buenas a primeras la habitación del desván, un poco lúgubre pero muy caliente porque estaba justo encima de la chimenea, que bailaba día y noche.

El tráfico con Vaya había ido sobre ruedas y solo faltaba liquidar el saldo. En el cámping se notaban las fiestas y por las tardes solían venir un par de peñas de adolescentes a jugar al remigio o al *pool*. Se jugaban la ronda, a veces tres o cuatro, y más de un día teníamos que fiarles la última, pero daban vida al local y nos hacían propaganda.

Por la noche nos daban las tantas. Cenábamos tarde y degustábamos té o café frente al hogar, con la tele apagada y música tranquila o simplemente muda. Algún día, nos entreteníamos un rato jugando a las cartas, pero casi siempre terminábamos charlando y escuchando el silencio. «El silencio de la vida está tan presente que a veces, paradoja, nos ensordece», escribí en uno de los pocos momentos en que me arriesgaba a enfrentarme a una página en blanco. Un día o dos antes de Nochevieja, en medio de una llovizna de recuerdos compartidos, Renata nos esbozó el cuadro de sus resurrecciones.

Como tantas otras chicas de nuestra generación (la de los pringados, según el eslogan del difunto Alexandre Oscà), había vivido la primera a los diecisiete, cuando cortó los vínculos familiares a la brava huyendo del internado conventual donde cuatro años antes la había enclaustrado su padre patriarcal. El

patriarca, que nunca había ejercido de padre, era un católico integrista incrustado en las altas esferas de la Banca di Vaticano. Admiraba a personajes como Escrivá de Balaguer y Marcial Maciel, fundadores del Opus Dei y de Los Legionarios de Cristo respectivamente, y repudió a su esposa por *sécula seculórum* al descubrir que, después del sexto parto y por motivos de salud, había accedido a un ligamento de trompas.

—No llegué a conocer a mi madre, pobre, porque se cortó las venas en la bañera como los antiguos patricios cuando yo tenía un par de añitos —mascullaba Renata como si nos contase el argumento de un melodrama histórico—. Tampoco logré conocer a mi padre, que dieciocho años después, a causa del escándalo Marzinkus, también se suicidó. Y en realidad tampoco conozco mucho a mis hermanos, todos machos y bastante mayores.

La primera resurrección la había compartido casi toda con un escultor francés que se la había llevado lejos de Roma y de Italia al día siguiente de que cumpliera los dieciocho. Con René, había conocido un pedacito de mundo, ya que estaba en la cresta de la moda y se dedicaba a montar exposiciones: Berlín, Cophenague, Moscú, Amsterdam, Londres, además de París y media docena de capitales francesas, claro está. Un par de años después, sin embargo, se hartó de su egocentrismo y de la montaña rusa de euforias y depresiones que definían al artista. Habían venido a la Costa Brava de vacaciones, aprovechando que él presentaba obra nueva en Barcelona, y Renata se había enamorado de la costa y de la capital.

Renata encendió un pitillo y continuó su relato como si hablara de una película antigua.

—Lo que me picaba como una avispa era que me menospreciase por sistema: él se consideraba un genio de la escultura, y se comparaba sin vergüenza con Miguel Àngel y Rodin, pero le parecía absurdo que yo pretendiera aprender a pintar.

Renata, según definición propia, plasmaba postales postimpresionistas de las ciudades que visitaban, y todos los que las veían la animaban, menos René.

—Me sabe mal, Renata, pero tendrás que esperar a la próxima reencarnación. O probarlo con la gastronomía: tus tallarines a la marinera son los mejores que he comido en la vida.

La misma noche que René hizo este comentario delante de una

veintena de amigos e invitados, Renata se levantó al rayar el alba, se vistió en el baño en silencio y se largó sin equipaje. Sin joyas ni dinero. Solo se llevó la muda que llevaba puesta y la maleta donde guardaba las telas y los utensilios. Dado que el hotel estaba en las Ramblas, después de desayunar se plantó un poco más abajo con las imágenes postimpresionistas a la vista de los viandantes. Le sorprendió, por no decir que la salvó, vender hasta tres a un precio decente antes de que una pareja de municipales le pidiera el permiso de turno.

Y así, primero Barcelona y después Badalona se convirtieron en el paisaje de su tercera resurrección, que ella consideraba la genuina gracias a los progresos en el oficio y el arte de la pintura. Por lo menos hasta que la cocaína se coló en su hogar interior como un ladrón invisible, y le robó la capacidad de crear sin esnifar.

—Aunque mi ciclo de adicción solo duró tres años y medio, romper el círculo es la prueba más horrible y difícil a la que me he enfrentado —solía gruñir, con aire soñador—. No por la dificultad de dejar la coca, sino porque también implicaba dejar de pintar.

—Pero has vuelto, ¿no? —intervino Ona, que había visto los utensilios en la buhardilla—. Me refiero a pintar.

Renata sonrió, más triste que alegre, y se levantó para renovar la provisión de birras.

—Sí y no. Me he ganado bien la vida pintando, primero unos cuantos falsos, pocos pero bien pagados, y después decenas de paisajes de precio burgués y mal gusto plebeyo.

—¿Paisajes? —exclamé yo, que no me lo podía imaginar porque me constaba que los odiaba.

—Sí, tío. Quién lo hubiera dicho, ¿eh? —Se notaba que ya no le importaba, que lo había asumido como una de las infinitas prostituciones que hay que soportar en el transcurso de la vida—. A mí, hablando en plata, todavía me parece más perverso que pintar falsos de calidad, pero me gano la vida sin disgustos. Y sin infringir la ley, por supuesto.

—Por supuesto —le concedimos nosotros dos al unísono, que entendíamos especialmente que valorara ese extremo, porque ahora, respecto a la ley, volvíamos a jugar con fuego.

Pero entonces resultó, oh sorpresa, oh estigma, que Renata nos había traído el fuego a casa personalmente, como si no supiera que

a menudo provoca incendios. De repente, huyó del microclima de la chimenea hacia el frío de las escaleras, y al cabo de un minuto volvió a aparecer con la expresión de una brujita hechicera.

—Os he traído un regalo —dijo, entre el misterio y la expectación, dejando una papela bastante grande en la mesa.

—Pero… ¿no te habrás gastado dinero en coca? —exhaló Ona, como quien se agarra a la última rama antes de caer al precipicio—. Ya sabes que nosotros…

—La coquita es caquita —exclamó Nata con la ilusión de una criatura, mientras abría el sobre para enseñarnos el contenido—. Os he traído medio gramo de caballo de primera calidad.

Ona se levantó como si le hubiese clavado un alfiler en la entrepierna y, al hacerlo, tumbó la silla, un cenicero medio lleno y una botella vacía. Y a mí, que me había acercado inconscientemente a la tentación, al inhalar dos moléculas olfativas me sacudió un calambre de asco y por poco vomito.

—¿Estás loca, Nata? —tartamudeé.

—Ya veo que la he cagado —murmuró decepcionada—. Creí que una cata os vendría al pelo.

Ona empezó a sollozar, primero interiormente, después también físicamente, y yo fui a abrazarla para llevármela un poco más lejos, como si tres metros de distancia pudieran cambiar alguna cosa.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Tanto miedo os da medio gramito de burro? ¡Hace unos cuantos años os lo habríais metido de una sola tirada!

—Nos has jodido, Nata —gruñí, desesperado.

—¿No te lo habrán dado el tío Rubio o Lupina para ponernos a prueba? —rechinó Ona como una brasa mojada.

—Ona —sollozó Renata indignada—, ¿por quién me has tomado, Ona?

Ona pidió disculpas, traspuesta, mientras encendía un pitillo con dedos temblorosos. Renata, compungida, también se disculpó mientras cerraba el sobre. Yo, acojonado por no decir vencido, me fui a mear fuera para llenarme de noche invernal. Para sentir el frío, para sentir el peso de la vida y el delicioso silencio que, paradoja, a menudo nos ensordece. Ellas salieron al cabo de un momento, Renata llorando como una magdalena y Ona blanda como una virgen después de parir.

—Yo creía que una excepción, una cana al aire… Pero no os lo toméis así, por favor. Lo tiraré al váter. Lo tiraré al fuego. Si queréis, llamo a un taxi y me largo por imbécil, pero no os lo toméis así, por favor.

Brisas buenas después del naufragio, señor timonel. Ya era demasiado tarde para esperar milagros y cuando miré a Ona a los ojos, supe que habíamos caído. Hicimos una cata chica los tres, y la repetimos un par de horas después, pero ni la primera ni la segunda le aprovecharon a nadie: Ona vomitó tres o cuatro veces, aunque solo fuera cerveza y desasosiego, y a mí me saltaban las lágrimas cada dos por tres sin ningún motivo. Renata, en vista del éxito, dijo que al día siguiente se iría de vuelta a casa de Lupina, pero que, por favor, no le contáramos NUNCA qué había sucedido. Nos supo mal que Nata se fuera de aquella manera, como si nos hubiésemos peleado, pero lo cierto era que, entre nosotros, por lo menos de momento, la complicidad y el buenrollo se habían hecho añicos. Como un terroncito de heroína.

Cabe añadir, para concluir los cuadros de Nata, que a nosotros este cataclismo puntual nos sirvió para reafirmarnos en no volver JAMAS a hacer excepciones con el maldito caballo. Las gracias y desgracias de la heroína ya habían quedado definitivamente atrás y ahora tendríamos que enfrentarnos a nuevas alegrías y miserias.

La postal navideña ya está pintada, pero, para acotar el capítulo, ahora vienen a cuento cuatro rayas (¡ja, ja, ja!) sobre las martingalas de Jesús y Guerau.

El método de trabajo de ambos socios, que nosotros fuimos descubriendo a pesar de ser el secreto mejor guardado de la Cerdanya y parte del extranjero, era bastante sencillo y sensato. La inversión la hacían a medias; Guerau se encargaba de guardar la caquita en uno de los seis o siete garajes y almacenes que tenía entre Guardiola, Bagá y Puigcerdà, y Jesús se ocupaba de repartirla en la Seu, Andorra la Vella, y el Pas de la Casa entre una docena de apóstoles más que confesados. Bagá y Puigcerdà, donde vivían ellos, las dejaban a los traficantes del pueblo, con los cuales nunca trataban directamente. El transporte, igual que el almacenaje, lo organizaban aprovechando los viajes, los vehículos y las herramientas del oficio. El primo fontanero escondía paquetes de diez o veinte gramos en el sifón de un váter o el mango de una

ducha, mientras que su amigo el *paleta* los escondía un saco de yeso o los cementaba en el fondo de una hormigonera.

He dicho que Guerau la guardaba y Jesús la repartía, y es la porción mayor de la verdad, pero no toda. Jesús también colocaba cantidades variables en sus garajes y almacenes, para tenerla a mano y no cruzar la aduana cada día con el delito encima, y se encargaba de la mayor parte de las ventas. Pero Guerau, de quien no habría sospechado ni su madre (pobre), tenía un par de puntos fuertes en Font-Romeu y en Llívia, de esos que, si la calidad es buena, pagan al contado sin discutir el precio.

Ellos tampoco nos lo discutían a nosotros porque siempre les entregábamos el peso exacto y nunca habíamos añadido ni una burbuja de aire. El engranaje rodaba fino como un reloj, movíamos unos doscientos cincuenta gramos al mes y nuestra comisión era de mil pesetas por gramo. Después de Semana Santa, Ona y yo teníamos las facturas al día y casi un kilo entre efectivo oculto y diversas cuentas bancarias. Por eso en Carnaval nos decidimos a pedirle una prórroga al Rubio y concedérsela al Vaya y Guerau: seguiríamos ejerciendo de intermediarios hasta Sant Joan, para ponerle fecha, y quemaríamos los bisnes en la hoguera.

Lo cumplimos, en primer lugar porque el cámping funcionaba más de lo que podíamos atender, y en segundo porque habíamos aprendido (quién lo hubiese dicho) a ser prudentes y digerir con calma. A primeros de julio, Lupina subió en persona al cámping con un socio de confianza para conocer a mi primo y su amigo. Celebraron una reunión secreta en nuestra cocina, de la que entresacamos que

l'oncle

Rubio estaba muy jodido y había dejado el timón de la nave en manos de sus dos hijos vivos y el heredero de uno de los difuntos. El naufragio se acercaba, en opinión de Lupina, porque eran demasiados a la hora de mandar y sobre todo demasiado viciosos. Por eso se quería ocupar del punto pirenaico personalmente y sacarle un poco más de jugo antes de que la fuente se secara.

—De momento hemos cerrado un trato para el verano y, si todo va lindo, enlazaremos hasta las Navidades —les confesó cuando se quedaron solos ellos tres y la sombra silenciosa del socio (un primo de otra rama, tan desconfiado que no inspiraba ni pizca de

confianza)—. La panadería tira bastante bien, pero yo no viviré tranquila hasta que sea nada más que una panadería.

—Nosotros también queremos dedicarnos exclusivamente al cámping, que en verano se llena —apuntó Ona—. Y después… ya veremos.

El proyecto en mente era arramblar con una bolsa guapa e invertirla en un negocio legal y agradable. Pero que nadie se imagine que nos impulsaba una repentina conciencia moral, porque en relación con las drogas no teníamos ninguna: si nos queríamos alejar de ellas era por miedo, a la pasma y las drogas duras por igual, y porque… yonqui renacido con cuatro porros va servido.

Quién nos iba a decir entonces que sería precisamente Vaya, el *paleta* traficante, el moralista que al cabo de un par de años nos haría entender que, en el fondo, vender también es malo.

EL HOSTAL DE LA SAL (1997)

One thing I can tell you is you got to be free

THE BEATLES, Come Together

Si excepcionalmente pudiésemos seguir un orden más o menos cronológico, después de los dieciocho meses en el cámping de La Molsosa, vendría el capítulo del hostal de la Sal, donde, ahogados de trabajo pero con mucha ilusión, nos reinventamos un tramo de existencia.

Pero antes de presentar el local debidamente, es preciso presentar a los personajes que, sumando aportaciones personales, préstamos puntuales e hipotecas varias, logramos la proeza de comprarlo. Ona y yo aportamos dos millones de pesetas, ahorradas casi todas gracias a los tráficos con Vaya y Guerau. Lupina puso tres como inversión, y a última hora se integró de lleno en el proyecto porque, a raíz de un susto de campeonato, acabó traspasando la panadería a la dependienta y el panadero. Eso sucedió las Navidades posteriores a la visita de Renata, cuando nosotros acabábamos de estrenarnos en el hostal y Lupina todavía suministraba caquita a Vaya una vez por semana.

Interludio Lupina: Redada con villancicos

Vaya por Dios, que tonta estoy,
se me ha vuelto a caer el alma por la puerta

MECANO, A contratiempo

Es un viernes tarde color ceniza, frío como corresponde al imaginario navideño, y las lucecitas intermitentes y los malditos papanoeles, más que adornos de una panadería parecen guirnaldas de un burdel. Las dependientas están agobiadas y la clientela espera

con una sonrisa postiza en los ojos, siguiendo los compases de la musiquita meliflua que embadurna las calles. Detesto esta parafernalia chillona, y si en casa hay un pesebre de figuras, solo es porque Xesco, que ya tiene ocho años, no se vea demasiado distinto de sus compañeros. Ya le cuesta bastante asumir que no tiene padre, pobre.

Los pensamientos van y vienen interiormente mientras exteriormente sonrío y saludo, doy cambio y las gracias y deseo buenas fiestas. Cerca de la caja, como de costumbre cuando hay trajín de veras, yo envuelvo lo que hay que envolver y cobro lo que hay que cobrar. De repente, una voz me rompe la inconsciencia y me devuelve al presente.

—Hola, Lupina —me saluda con un deje de angustia disimulada el profesor Téllez, que fue el mío de historia los dos años que resistí en el instituto—. ¿Verdad que son estos los turrones que le gustan a Nicolás? —me pregunta, poniendo junto a la caja una tableta de turrón de chocolate y praliné de las más caras. Suerte que es una pregunta retórica, porque yo no tengo ni idea de qué turrón le gusta a Nico, que es su sobrino y uno de mis mensajeros de confianza—. Ayer lo arrestaron otra vez y quiero llevarle una tableta de turrón a comisaría —canturrea, bajando el tono pero sin perder el buen humor—. No es preciso que me la envuelvas, que tenéis mucho trabajo —reanuda, mirándome a los ojos por primera vez—. Pero devuélveme bien el cambio ¿eh?

Cuando cojo el billete de cinco mil doblado por la mitad, estoy confundida y desorientada. Me doy cuenta, sin embargo, de que lleva una nota adherida con celo y de que el profesor Téllez solo anhela salir corriendo. Me giro a medias para guardármelo en el bolsillo de la bata y le devuelvo el cambio y una sonrisa tan falsa como la suya. El profesor, más ateo que Voltaire, desea felices Navidades a todos los presentes levantando la voz con mesura, y cruza la puerta hacia el ruido del exterior: un coche que se impacienta frente al semáforo; una risa femenina que se cuela desde el bar contiguo; la musiquita navideña, que ahora por lo menos nos regala con el «My Way» de papá Sinatra. Envuelvo con gesto automático una coca de piñones y dos bandejas de canapés, cobro ambas ventas y pido a Mont que me sustituya un momento.

—Tengo que ir al lavabo —le susurro, fingiendo un pinchazo

menstrual.

Ella sonríe comprensiva y yo me esfumo con la angustia entre piernas. Entro efectivamente en el lavabo, paso el pestillo como si me espiara el ojo del Gran Hermano, y saco el billete y el pedacito de papel del bolsillo. El billete parece uno de tantos en todos los sentidos. El mensaje así recibido, que asumo de Nico aunque la letra parece del profesor, solo contiene dos frases cortas: TELFS PINCHADOS / LO SABEN TODO.

La adrenalina me riega cabeza y cuerpo: rompo la nota, la lanzo a la taza y tiro del agua. O sea que han detenido a Nico; su tío ha ido a verle y él le ha dictado el aviso. La prioridad absoluta es hacer desaparecer las dos bolsas de veinte gramos que se hallan en el almacén, dentro de un bote de jabón. Normalmente, me las llevaría al garaje y las escondería en la vitrina del extintor o detrás de los contadores de la luz, donde hay una cavidad a medida que incluso tiene tapa. Hoy, sin embargo, me da miedo que tengan el garaje vigilado, y me digo, entre dudas, que la solución más fácil y segura es tirar la puta droga al mismo sitio donde he tirado la nota. No creo que saquen nada de provecho de un registro de las cloacas, como en la tele, pero entonces, en vez de servirle el pedido al Vaya como tenemos acordado y ganarme sesenta mil lechugas limpias de polvo y paja, tendremos un encontronazo por haberlo dejado colgado… y perderé el triple. Me consta que dudar es lo peor que puedo hacer ahora, pero también que precipitarme y equivocarme puede terminar en desastre. Deslizo el pestillo y salgo para que no vengan a buscarme. Entro en el almacén, entorno las puertas y, del bote de turno, saco las dos bolsas de plástico llenas de farlopa. Pero aún no he decidido qué hacer con ella y la adrenalina se me dispara per segunda vez: si no me sobrepongo, estoy perdida, me digo en voz baja pero audible. Entro en el despacho y me doy cuenta de que mi respiración está tan alterada que corro el riesgo de hiperventilar y quedarme clavada. Tal como me sucedió no hace muchos días echando un polvo con Nico precisamente. Joder con el pavo.

Entonces él mismo me ilumina. Sonrío ante la sencillez de la solución, que me contó hace poco por casualidad. Cojo el paquete de cigarrillos del bolso, hay cuatro y enciendo uno, chupando fuerte para narcotizar mis nervios y repasar el plan. Saco los demás cigarrillos y meto dentro del paquete vacío las bolsas criminales,

que con el envoltorio arrugado y el paquete aplastado no se notan en absoluto. Solo por el peso, si lo tienes en las manos, o por el olor, si traen a los perros.

Con el pitillo en los labios y el paquete arrugado en el bolsillo de la bata, vuelvo al almacén y lo cruzo hasta el fondo sin abrir las luces. Ante la puerta que da a la escalera, estudio los resquicios y concluyo que la escalerita está a oscuras pero el parquin no. Giro la llave conteniendo el aliento y salgo al rellano como una sombra. Ajusto la puerta sin cerrarla y subo por la escalera procurando no perder el temple. En el pasadizo que lleva al vestíbulo hay un cubículo donde la mujer de la limpieza guarda sus trastos. Cuando no se deja la llave puesta, la guarda sobre el piloto de emergencia. La encuentro en el cerrojo, casi a tientas porque del vestíbulo solo llega un perfil de contraluz, y abro el trastero como si fuera un sepulcro. Entro, cierro la puerta con el culo y enciendo una bombilla desnuda. A mano izquierda, veo una bolsa de basura abierta con papeles, cartones y bolsas arrugadas. Cuento hasta cuatro paquetes de tabaco muy parecidos al mío y lo entierro medio palmo adentro.

Va, Pina, va: tienes que largarte por donde has venido. ¡Como un relámpago mudo e invisible! Apago la bombilla, salgo del armario y lo cierro, y después de un momento de duda, saco la llave y la dejo en su escondrijo. Bajo diez escalones a oscuras por la escalerita y me cuelo en el almacén, preocupada porque en el parquin aún hay luz pero aliviada porque ya tengo el chiringuito limpio.

Me meto de nuevo en el lavabo porque tengo que cambiarme el tampón de verdad y con todo este jodido trastorno me he olvidado. Lo aprovecho para encender otro pito rápido antes de volver al trabajo y para tirar al váter los otros dos, que me he encontrado en el bolsillo, y quién sabe si podrían llegar a convertirse en una especie de pista. Ser paranoica cuando no toca es el sistema más seguro para acabar loca, pero dárselas de lista ante el peligro es el más seguro para terminar en el trullo. Sentencia de tío Rubio en paz descanse, que sabía muy bien de qué hablaba.

Media hora después, un jeep de guardias civiles con más lucecitas que una *rave* aparca frente a la panadería. De otro vehículo, y afortunadamente vestidos de paisano, bajan dos secretas

de estupefacientes a los que conoce todo el mundo y entran como si vinieran a comprar. Con una inclinación de cabeza, me llaman a consultas y nos refugiamos en el despacho. Son las ocho menos cuarto y la tienda está llena a rebosar de gente decente.

—Tenemos una orden de registro. En realidad, tenemos una autorización triple que abarca el negocio, el piso donde vives y tus dos coches.

El mandón, un calvo de unos sesenta años con barriga cervecera, me mira como si ya me hubieran condenado. Y antes de darme tiempo a replicar, retoma su monólogo. Dice que puedo ahorrármelo si les entrego la coca voluntariamente. Me digo que afortunadamente Xesco, mi hijo, está con Ona y Niel en el hostal de la Sal, adonde yo también iré a pasar la Navidad si estos cabrones me dejan.

—Os aseguro que estáis perdiendo el tiempo. No encontrareis ni pizca.

—Nosotros no, pero los perros seguro que sí —apunta confiado el acompañante, que marca estampa de gimnasio y gasta barba y bigote.

—Tampoco. No encontraran ni pizca porque no hay ni pizca.

—Eso decís todos —insiste en tono displicente, escrutando el patio del tragaluz con ojos hambrientos. Suerte que no he tirado ahí el paquete preñado, como se me ha ocurrido otras veces.

Los convenzo para que no sentencien el negocio antes de encontrar las pruebas del delito, y para que empiecen por los vehículos; el particular que estrené el año pasado y la furgoneta que pensaba jubilar el próximo mes.

—Están en el parquin y tengo las llaves aquí.

El mandón acepta el trato y el acompañante apunta, con un chasquido de frustración, que deberían entrar con los perros por la puerta pública ahora mismo, para que todo el barrio sepa que en esta panadería hay cocas prohibidas. Pido permiso al jefe para llamar a mi abogado y encoge los hombros como si le hablara del tiempo. Llamo y lo pesco a la primera. Dice: no te preocupes, voy en seguida. Mientras el jefe sale a la calle para indicar a los del jeep que apaguen la discoteca, yo llamo a Mont y le digo, delante del otro estupa, que a las ocho en punto baje la persiana y haga salir a los clientes por el vestíbulo.

—Cierras, haces caja y, si no estoy, te llevas el dinero.

Mont me mira alarmada. El estupa sonríe como un chacal goloso.

—Tranquila, no pasa nada.

Mont cierra la boca y vuelve a la tienda. Hoy habríamos hecho medio agosto en pleno diciembre, pero es preferible no perder también la camisa. El mandón entra de nuevo y yo paso delante en dirección al almacén, enciendo los fluorescentes con una mano y entorno la puerta con la otra. El pelao me sigue inseguro, quizá mi determinación lo lleva a la duda, si no sobre mi culpabilidad, sobre su capacidad para demostrarla. El acompañante presumido escruta el almacén como si quisiera memorizarlo, sin dejar de mirarme de reojo por si me traiciono desviando inconscientemente la mirada hacia el escondrijo. Pero se va a quedar con un palmo de narices.

Reprise en el hostal: La primera Nochevieja

I'll light the fire,
you put the flowers in the vase

Crosby, Stills, Nash & Young, Our House

—¡Con un palmo de narices! —rompió a reír Ona cuando oyó el relato de Lupina—. Muy ocurrente, tratándose de un registro por farlopa.

Era nuestra primera Nochevieja en el hostal de la Sal y lo celebramos a fondo. Currando como negros (con perdón) o, en versión poética, como esclavos de nuestro sueño. La idea original era que de la gerencia y del trajín diario nos encargaríamos Ona y yo, pero la cosa dio un vuelco a causa de la batida en la panadería.

Después de pasarse toda una noche y media mañana en comisaría, esperando a que un juez cabreado (y convencido de que llevaba tiempo traficando) «le diera la bola» por falta de pruebas, Lupina decidió que ni quería seguir con el negocio ni podía arriesgarse a que su hijo se enterara del fiasco. Amasó un traspaso a precio de amigos con Mont y su pareja, el oficial panadero, y dobló su inversión en el hostal. La otra inversora, la más acaudalada, fue Renata, que estaba definitivamente harta de vivir entre dos puntos G más bien insípidos, Génova y Ginebra, y quería revivir las atmósferas erógenas de la costa catalana. Para conseguir los cinco millones de pesetillas que desembolsó, solo tuvo que vender una docena de «penosas postales alpinas» y dos «copias con variaciones» de bailarinas estilo Degas.

—Pues yo no pienso jugármela nunca más —saltó inmediatamente Lupina, como una gata chamuscada—. No quiero volver a pasearme por el lado marginal de la acera. No quiero volver a sufrir ni por mí ni por el chaval.

—Nosotros también nos hemos convertido en unos cobardes aburguesados —se sumó Ona—. Las últimas veces que subí el

pedido de Vaya con el coche, me venía diarrea cada vez que veía a un pasma.

—Pues yo igual —confesé—. Me decía y repetía que solo lo sabía Lupina y que las garantías eran casi absolutas, pero ese jodido «casi» al final me habría convertido en un paranoico.

Renata sonrió, tan enigmática como la *Gioconda*.

—Yo, en cambio, con los cuadros falsos, actualmente no corro ningún riesgo. Mi agente, suizo tenía que ser, se ha inventado un sistema a prueba de fiscales y polizontes. —Puesto que todos la mirábamos interrogativamente, se explicó—: Hago una copia tan perfecta como puedo, pero cambiando un detalle o dejándola puntualmente inacabada… ¡y no la firmo con ningún nombre! Entonces él convence al comprador de que el cuadro es un estudio genuino previo no catalogado del autor y además robado, de modo que solo puede hacer ostentación de él en privado. —El chasquido de Renata, más frustrado que divertido, sirvió para matizar la conclusión—. Se ve que eso les excita el morbo de la posesión como una cinta porno.

—Qué comparación, Renata —se quejó Lupina, porque en ese preciso instante Xesco entraba en la cocina en pijama y con los ojos a rebosar de sueño.

Esa noche, ya casi de madrugada, además de los cuatro inversores/as y el pequeñín de Lupina, en el hostal se encontraban Guerau y Jesús Vaya, que venían a menudo para ayudarnos a renovar las instalaciones y maquillar el local. Y menos mal, porque a precio legal nos habría costado un dineral. Respecto a la cacaína, Lupina se ofreció a presentarles a un pajarraco de Mollet que siempre quería volar más alto, pero Vaya respondió que el de Sabadell ya había salido de la jaula preventiva y retomaría los bisnes a la velocidad de la luz.

—Qué huevos —murmuró Lupina con admiración.

—¿A qué te refieres? —preguntó Guerau, imaginándose un reproche.

—Pues eso. Que los tiene muy bien puestos, si después de quince meses en el trullo sale y se la vuelve a jugar.

—No es cuestión de bemoles sino de estilo de vida —opiné.

—O de vicio —matizó Ona.

Ona, de pie en la ventana, contemplaba la noche invisible, y

nosotros, con una sonrisa inquieta, nos mirábamos unos a otras y viceversa para aclarar a quién se refería. Pero Ona solo añadió que estaba muerta y se iba a sobar, y los demás la seguimos, cada cual con sus sueños y, los que la teníamos, con su pareja. Ona y yo por un lado; Lupina y Xesco por el otro; Guerau solo y Vaya, según descubrimos después, en la cama de Renata. Qué rizos que traza la vida.

Huéspedes y estancias

Ballets i orquestres, clowns i jocs de mans
són el repòs del viatger cansat

SISA, El cabaret galàctic

De cara al público, decidimos arrancar por Carnaval con un baile de disfraces que empezaría el crepúsculo del viernes y terminaría el alba del lunes. Con tratos sin contratos, logramos engañar a una docena de músicos y un par de magos dispuestos a hacer un maratón de jolgorios de todo tipo. Las habitaciones quedaron a disposición de los artistas, pero acondicionamos la capilla reconvertida en auditorio como dormitorio comunitario gratuito, y el éxito casi nos superó.

El hostal de la Sal llevaba años derrumbándose lentamente y no era un emblema de la comarca. No estaba lo bastante cerca del mar, ni de ninguna ciudad grande, ni de ningún imán turístico, y no teníamos más remedio que transformar estos inconvenientes en virtudes. De lunes a jueves, los pasajeros que se quedaban una noche o dos, a pesar de la calma natural del lugar y de los edificios renovados, no nos daban ni para pagar la luz. Nuestra estrategia, por tanto, era aprovechar que no había vecinos tocapelotas a los que molestar, y convertir el hostal en un vivero de ocio y actividades.

La primera iniciativa, que en principio me pareció infantil, fue adaptar el bar y el restaurante como salas de exposición continua. Huelga precisar que de eso se encargó Renata, pero debo resaltar que, con una caña de artistas de calidad y un carrete de paciencia, se convirtió en un cebo de prestigio. Al mismo tiempo nos

embarcamos en muchas otras aventuras, la primera de las cuales fue los *Dijous al jaçz*. Alquilábamos tríos o cuartetos, y los invitábamos a cenar y negociábamos la cama y el desayuno. Y a veces la comida del día siguiente y un par de noches de estancia, porque más de uno aprovechaba el descuento especial para quedarse y montar una sesión extra el sábado o el domingo. Disponer de una guardia de músicos polifacéticos en el hostal de jueves a domingo resultó una inversión fructífera: casi cada semana surgían conciertos espontáneos que alcanzaron un punto de reconocimiento en el bocaoreja de la gente guapa de la comarca e incluso más allá.

Digo gente «guapa» en el sentido del estrato social: casados y descasados de ambos sexos económicamente liberados, entre los veinticinco y los cuarenta y cinco (además de las excepciones pertinentes). No porque todas y todos fueran gente guapa físicamente o de carácter: había de todo como en todas partes. Por no hablar de los artistas, que en general todavía mostraban contrastes más increíbles: los que enamoraban a cualquiera con la primera sonrisa; los que cambiaban de fase más fácilmente que la luna; y a los que soportábamos como podíamos porque eran accesibles, pero que a veces borrábamos de la agenda.

Una de las que te enamoraban con una mirada, como si por los ojos rebosara esencia de música, era Elís Pallars, que venía a menudo porque en la adolescencia había sido amiga de Ona. De una noche de charla con ella y su compañero y técnico de sonido, Pol Lioneses, surgió la idea del siguiente relato, dedicado bajo seudónimo a uno de esos maestros geniales en el trato con las notas pero torpes con las personas. Empezando por la suya.

Un genio espantoso (1987/88)

The more time you spend feeling happy
the less time you'll be blue

JACO PASTORIUS, Come On Come Over

Que Janel, Joan Manel Estracs Clovet, terminara metido en un lío de primera magnitud era una posibilidad que a todos los que lo conocíamos se nos había pasado por la cabeza. Especialmente

después de romper con Íngrid. También cabe añadir que, según la misma Íngrid, y Martí y Eduard, que eran los que entonces lo trataban a diario, el ovillo ya había empezado a embrollarse unos cuantos meses atrás.

Janel era músico de profesión y de vocación, notable con todo tipo de instrumentos de cuerda y excelente con el bajo eléctrico. A los dieciséis, tocaba a la perfección cualquier tema que hubiese oído dos veces, y a los diecinueve, con músicos conocidos, fundó su primer trío de jazzrock, Pasta Pastorius. Un par de años después, al poco de sacar su segundo disco, ganó una beca para ir a estudiar a Nueva York. Íngrid, por un lado, abominaba de la idea de vivir un año de punto y aparte en Megalópolis, y, por el otro, no quería dejar en coma su carrera de medicina. Y decidió que ya era hora de que Janel se enfrentara solito a todas las tonalidades de la armadura (o registros de la existencia, si así se entiende mejor).

Resumiéndolo en tres frases frías, el caso es que, después de un mes escaso de vivir en la ciudad de los rascacielos, un policía lo pilló fumando dentro de un coche con una bolsita de hierba debajo del asiento. Menos de cincuenta gramos, pero más que suficiente para tres días de arresto y la subsiguiente expulsión. Todos pensamos que era de locos malograr de una manera tan estúpida una oportunidad espléndida, solo al alcance de ricos y privilegiados.

El resumen de este primer zoom sobre el personaje es que lo echaron de los EEUU con permiso para no volver, y que él, mimado además de estúpido, le cargó la culpa a Íngrid: la culpa era suya por no haberlo acompañado; la culpa era suya porque no lo quería bastante. Íngrid empezó a creer que eran estreñimientos de neogenio juvenil y lo mandó a hacer gárgaras con paciencia. Y él se instaló en Valldoreix, en casa de unos amigos con los que, además de la disciplina artística, compartía una anarquía drogomusical. Yo, que solo he llegado a técnico de sonido pero conozco bien el paño, esa temporada lo oí en directo tres o cuatro veces y puedo decir que, artísticamente, volaba a gran altura. Había encontrado un tono y un toque personales, maravillosamente personales, que solamente debían de tener medio centenar de músicos en todo el planeta. Sí, sí: Janel era un genio del bajo eléctrico o algo muy parecido.

Pero si el rollo estrictamente musical le iba de putamadre, el profesional se resentía de los líos interiores y las mierdas en que se

convertían. En cosa de seis meses, se peleó con el representante de toda la vida, con los responsables de la discográfica, y con la mitad de sus amigos y compañeros de profesión. El mundo del jazz no es muy grande ni en Cataluña ni en el resto del estado, y pronto se encontró con más puertas cerradas que abiertas. No le sorprendió a nadie, dado que se presentaba en los conciertos de cualquier modo y a cualquier hora, a veces tan colocado que daba pena y agresivo con conocidos y desconocidos. Por más que a la hora de tocar lo hiciera como los ángeles, en todo lo demás se comportaba como un espíritu maldito. Por cualquier tontería, terminaba a hostias en cualquier local, y más de una vez en el mismo donde había actuado. La leyenda de esta actitud destructiva corrió como la pólvora y Janel Estracs Clovet, la gran promesa contemporánea del jazz europeo, se encontró con una mano delante del instrumento y la otra detrás del culo.

La gota que colmó el vaso cayó durante un bolo en Zaragoza, en el que primero «perdió» a los colegas del grupo y después, más solo que la una y más borracho que las mil, «perdió» incluso el bajo. Se despertó en la UVI de un hospital con la cara como un mapa y una muñeca rota a causa de una crisis etílica y farmacológica. A pesar de la gravedad de los hechos, no se había producido ningún desastre, y entre los médicos de Zaragoza y los amigos de Barcelona consiguieron parchearlo bastante bien e instalarlo en casa de sus padres, payeses acomodados pero no millonarios, propietarios de una masía en las afueras de Vilafranca.

Janel se recuperó físicamente antes que emocionalmente, aunque todos estábamos convencidos de que una temporada de portarse bien le sentaría de perlas. Se pasó tres meses sin tocar ni escuchar música de ninguna clase, experiencia impensable para alguien como él, y se dedicaba exclusivamente a andar y andar y andar por las sierras vecinas, de día y de noche, como alma en pena. Pero no se acercaba al pueblo para nada, exceptuando las visitas al hospital y al siquiatra, que su madre supervisaba celosamente.

Medio año después, ya volvía a ensayar tres o cuatro horas al día y, según contaba, se sentía más ágil e imaginativo que nunca. La oportunidad de demostrarlo le llegó de la mano de Elís Pallars, la célebre pianista del Poble Nou, que tres días antes de empezar una

gira peninsular se había quedado sin marido y sin bajista a causa de la enésima batalla conyugal con Jeroni. Es lo que tiene mezclar currelo y sentimientos, algunas veces.

A partir de ahí puedo hablar como testigo con cierta propiedad, porque entré a formar parte del personal de la gira como técnico de sonido (y chófer habitual, sí, pero ya sabemos que la vida es dura). Cabe añadir, porque es verdad, que la idea de ofrecerle la substitución a Janel había sido mía, y que cuando vino a ensayar me lo recompensó de la manera más chula: tocando como dios y portándose como un niñojesús. O quizás debería decirlo a la inversa, porque nadie dudaba de que tocaría de cojones (siempre lo hacía por más ciego que fuera), pero que tuviera pelotas para sostener los propósitos de no ponerse ciego no acababa de creérselo ni él. Yo también abrigaba dudas a escondidas, lo reconozco, y por eso me puse dos veces contento después de la presentación en la Aliança, con un éxito esperable pero merecido.

Como ahora no tocaba ni el alcohol, Janel además me hacía el favor de ponerse al volante una tirada de cada tres, y yo se lo agradecía de corazón. Así cumplimos y triunfamos en el concierto de Valencia, los dos de Madrid y los cuatro de Navarra/Euskadi, y las críticas fueron muy buenas incluso para el sonido. La recuperación de Janel para el mundo de la música parecía un hecho, y él estaba más que contento, y yo estaba más que contento, y hasta Elís, un poco triste por la ruptura con Jeroni, que se intuía definitiva, se mostraba satisfecha con la harmonía de la sinfonía.

Y sin embargo había un sin embargo: Janel se estaba enamorando de Elís (no es la palabra justa, ya lo sé). Se le había metido en la cabeza, dios sabrá por qué, que además de substituir a Jeroni como bajista del grupo también podía substituirlo en el lecho de la estrella. E, infectado de un optimismo morboso, estaba convencido de que solo era cuestión de tiempo; de que antes de terminar la gira, la maga de las teclas ya se habría dado cuenta de que él, además de un músico fabuloso, podía ser el más altruista de los hombres. Eso sobreentendí, por lo menos, de un retazo de conversación a solas que forcé al día siguiente del concierto en Bilbao.

—¿No vas demasiado de prisa con Elís?

—¿A qué te refieres?

—La buscas. La buscas con más descaro cada día, y en plena gira es peligroso.

—¿Por qué? ¿Dónde ves el mal, chaval? Ella es una mujer estupenda y yo no soy un mal tío. Y compartimos un universo de música para suavizar las aristas.

—Pero hace quince días todavía era la pareja de Jeroni. Llevaban seis o siete años juntos y tienen una hija de cinco. Dale un poco de tiempo, ¿no?

—Déjame maniobrar. Es preferible templar las cuerdas en caliente.

—Mientras no acabes electrocutado.

—No me entiendes, Pol. Mujeres como Elís hay muy pocas. ¿No sabes que a la ocasión la pintan calva y que hay que bailar cuando la melodía suena?

—Tienes razón. Ya sois mayorcitos y no tengo por qué meterme. Pero hazlo con elegancia y procura no pasarte.

—No te entiendo. ¿Por qué no puedo decirle que me mola, si es la pura verdad? No estarás siendo víctima de un ataque de celos, espero. ¿No será que lo querías intentar tú, cuando la pena de la separación de Jeroni se le apagase un poco?

—Eso no tiene nada que ver.

—¿Entonces, lo confiesas?

—¿Que Elís me gusta? Confesado. ¿Que se me ha ocurrido decírselo más de una vez? Confesado. Pero ahora te hablaba de ti. De cómo va a reaccionar ella cuando tenga que decirte que no, y de cómo reaccionarás tú cuando te lo haya dicho.

—¿Y cómo lo sabes tú, lo que me dirá ella?

—La conozco. Necesita un año de descanso conyugal como mínimo.

—¿Como los campos que mi padre deja en barbecho? Las personas no funcionan como los campos, Pol.

—Ni como los animales tampoco.

Estábamos en el bar del hotel después de haber desayunado, esperando al grupo para partir hacia Zaragoza, donde teníamos que actuar esa noche. Janel miró en dirección al comedor porque en aquel momento salía Elís, con un vestido naranja que le resaltaba las formas y el color de la piel, y una sonrisa resplandeciente como aquella mañana de julio. Janel dijo:

—El único que de momento se comporta como un animal eres tú, Pol.

Cuando ella ya llegaba, murmuré:

—Quizá tengas razón.

—Te comprendo perfectamente —replicó todavía Janel, soltando una risa preciosa y dándome un golpecito amistoso en el pecho.

Admito que me dolió en la entraña profunda. Me dolió el regusto perdonavidas de la escena en conjunto. Como si Janel asumiera sin atisbo de duda que ambos pretendíamos a la misma mujer, y yo por tanto debía retirarme ya que frente a él no tenía ninguna posibilidad. Acaso porque, precisamente en eso, por desgracia estábamos de acuerdo: si Elís un día decidía escoger a uno de nosotros por pareja, seguro que sería a él. Yo, de entrada, nunca le había dejado saber qué sentía abiertamente. Y de salida tengo que reconocer que el encanto y el magnetismo que irradiaba Janel cuando se encontraba bien no forman parte de mi carácter tranquilo y conservador, por más que siempre vote a la izquierda.

El concierto de Zaragoza, de todos modos, fluyó igual de bien que los anteriores, y si esa noche Elís y Janel tocaron un dueto en la cama o no, ni lo sé ni lo quiero saber. Yo diría que sí pero nunca me he atrevido a preguntarlo. Creo que prefiero vivir en la duda que tragarme la certidumbre. Lo que sí es seguro es que al día siguiente, cuando nos fuimos a Andorra, donde podríamos descansar un día entero antes de actuar en el festival de Escaldes/Engordany, ella parecía aturdida y él muy disgustado. Por qué, no nos lo dijeron.

Hicimos todo el jodido viaje casi en silencio, escuchando pianosolos de Chopin, Fauré, Debussy, Rajmáninov… Yo conducía inquieto, desconcertado, y Elís, que iba a mi lado en el monovolumen, los iba poniendo uno tras otro, sin piedad ninguna para el resto del personal. Comimos en la Seu
d’Urgell
a las cuatro y media de la tarde, prometiéndonos una noche de descanso absoluto en el lujo morboso de un hotel de cuatro astros. ¿Todos? Por desgracia, no. Cuando tomábamos café, Janel nos anunció que pasaría la noche en la Seu en casa de una amiga, y que ella misma lo acompañaría a les Escaldes al día siguiente.

Ahora me arrepiento de no haber hecho nada para impedir que

Janel se quedara solo en la Seu, pero entonces, lo confieso, incluso me alegré. El bataca y el guitarrista, jovenzuelos de veintipocos como él, seguro que preferirían salir a dar una vuelta en vez de cenar en el hotel, y Don Cubano, el percusionista, que rondaba los sesenta y era cubano de apodo y de profesión, seguro que se metía pronto en cama a dormir quince horas seguidas. De modo que era probable que Elís y yo, después de un paseo, cenásemos solos en el hotel.

Así fue. Y luego nos refugiamos en su habitación a escuchar la sinfonía líquida del Valira y a charlar, como buenos amigos, con un par de gintónics. Pero evitamos hablar de Janel, como si fuera un tabú. Quizá si lo hubiésemos hecho, las cosas habrían ido de otra manera.

El concierto era a las nueve y nosotros a las cinco ya estábamos en la sala para montar los trastos y probar sonido. A las seis y media lo teníamos todo listo, pero Janel no había aparecido. Aún faltaba un rato y no teníamos más remedio que confiar en que no llegara demasiado puesto y tocado. O tocado y hundido. Fue la primera: llegó sobre las siete y media, más o menos colocado de alcohol y quién sabe qué más (creo que anfetaminas). Estaba eufórico, como si le hubiese tocado la lotería, y me costó un huevo distraerlo, porque estaba obsesionado en hacer un montón de cambios en el repertorio y «revitalizar» no sé qué solos «inmediatamente». Era evidente que, en poco más de veinticuatro horas, se le había desajustado un engranaje del reloj, y me daba miedo (o no) que Elís decidiera buscar a alguien más para los conciertos siguientes.

Por si aún no estaba completamente decidida, el concierto de les Escaldes (uno de los más prestigiosos de la gira) terminó en desastre. Bueno, en desastre absoluto no, porque musicalmente no fue tan mal y el público disfrutó de lo lindo. Los que sudaron sangre, y sufrieron hasta morir maldiciendo sin parar, fueron los demás músicos, que se vieron literalmente desbordados por las constantes «innovaciones», «mejoras» y «zigzagueos» de Janel. Que además, como sucede a menudo en estos casos, se llevó una parte desproporcionada de aplausos y éxito personal. Perfecto. El genio de Vilafranca ya no montaría más fandangos con este grupo. Otra puerta cerrada.

Casi eran las once cuando los cinco artistas se fueron al hotel a cenar. Yo me quedé para acabar de desmontar, preocupado porque era evidente que Elís le cantaría las cuarenta antes del primer plato y me asustaba la reacción de Janel. Al final todo fue mucho peor de lo que esperaba. Cuando me acercaba al hotel, con el consabido cansancio postconcierto y saboreando el frescor nocturno del verano andorrano, oí diversas alarmas de ambulancia y policía, pero no les hice caso hasta llegar a la calle en cuestión y ver el carrusel aparcado enfrente. Con las sirenas mudas pero las luces a toda marcha, había dos coches de la policía y una ambulancia. No pensé inmediatamente en Janel Estracs. De hecho, no pensé en nada. Me acerqué acelerando el paso hasta que, a cuatro metros de la entrada, un representante de la policía andorrana me paró con ademán prepotente. En ese preciso instante, acompañados por dos enfermeros, salieron Elís y don Cubano, y me vi envuelto en la vorágine de los acontecimientos. Los dos lloraban sin disimular, pero más que de dolor o de pena lloraban de miedo.

Poco a poco me fui enterando de 1) que, en el mismo momento en que Elís le había dicho que «pasaba de él olímpicamente como músico y como persona», Janel se había vuelto loco, como un loco con mirada de loco que actúa como un loco; 2) que se había levantado de la mesa hecho una furia y la había lanzado contra ellos, vertiendo el servicio al suelo y una sopa de cebolla hirviendo sobre las manos de don Cubano (que por eso se había ido de prisa y corriendo al hospital); 3) que cuando se abría paso hasta la salida, la furia de Janel había volcado otra mesa y tirado al suelo a un camarero que había osado ponerse en medio; 4) que entonces un cliente (un cabo de policía fuera de servicio) lo había cogido por detrás, y que Janel al final había caído de espaldas contra la barra de la cafetería; 5) que Janel había agarrado de la barra una bandeja de aluminio y la había estampado contra la cara del desafortunado cabo, al que, una vez en el suelo, había seguido golpeando con la bandeja hasta que 6) una camarera, horrorizada pero oportuna, lo había dejado inconsciente rompiéndole una botella de vino contra la nuca. Y menos mal, porque si no… Al policía agredido y al agresor enloquecido se los habían llevado un minuto antes en las ambulancias que yo había oído llegar.

Don Cubano y Elís volvieron una hora más tarde. La única buena

noticia era que don Cubano no tenía ningún daño que no se curara con tres días de pomadas para la piel y cuatro de descanso para el susto. Las malas eran que el cabo había entrado en coma, y que los policías, picados como abejorros, se habían llevado a Janel del hospital directamente a comisaría, pero para meterlo en el coche celular se habían tenido que pelear con él, porque Janel había empezado a insultarlos y soltar coces y golpes a diestra y siniestra. En esta ocasión, evidentemente, le habían dado una paliza. Y los cargos de los que lo acusarían se elevaban más altos y escabrosos que las cimas del coprincipado.

No me entretendré en los hechos, entre desagradables y francamente espantosos, que nos cayeron encima los días siguientes. Entre los más amargos, la mañana siguiente cuando me decidí a llamar a cal Estracs para explicar el panorama a la madre de Janel. Entre los más frustrantes, el trato de la policía en general, que exigieron una fianza a Elís, no nos permitieron visitar a Janel hasta tres días después, y se morían de ganas de encontrar una excusa para meternos también en la jaula.

La visita a la prisión fue un horror y la considero una de las torturas más hirientes de mi vida tranquila: Janel además de bastante estropeado físicamente estaba vencido mental y emocionalmente; mientras que yo, que en parte era el causante por haberlo metido en la gira, estaba eufórico en grado superlativo porque, por fin, por fin, aprovechando la complicidad y la soledad de aquella espera radiante de verano, me había sincerado con Elís y ya llevábamos tres noches durmiendo juntos, muyjuntos, y bastante enamorados. No tuve cuajo para dárselo a entender a Janel, y cuando me rogó que pidiera perdón a don Cubano, a Elís y, sobre todo, a la familia del cabo en coma, le aseguré que así lo haría.

Ese mismo día, la madre de Janel (Aurora), Elís y yo fuimos a Barcelona en el coche de Aurora. Se la veía decidida pero muy preocupada, pobre mujer, y primero me ofrecí a hacerle de chófer y después a acompañarla al abogado, con el que tenía cita a las seis. De haber sabido que el viejo Estracs también estaría presente, me habría mordido la lengua. Acierto o fallo, Aurora me lo agradeció sinceramente, de modo que acompañé a Elís a su casa antes de continuar con Aurora hasta el bufete de abogados. Por eso puedo transcribir la siguiente escena, capital si no última, de esta historia

sin final. Tengo que introducirla aclarando que el abogado, a rebosar de eficacia y diligencia, había hecho un montón de trabajo antes de llegar a la conclusión de que la cosa pintaba mal.

—Si el incidente no hubiese sucedido en Andorra y el agredido no fuera policía… Aquí, en Cataluña, con la declaración del siquiatra de Vilafranca y una revisión del diagnóstico… según el tribunal que nos tocara en suerte… podríamos conseguir un traslado a un centro de rehabilitación. Y en el peor de los casos, podríamos librarnos con un año de condena en firme y otro de condicional.

—¿Un año? —exclamó la madre asustada—. Joan Manuel no lo resistirá, un año encerrado.

El abogado suspiró muy triste abriendo las manos, al tiempo que el padre de Janel resoplaba y se daba una palmada contra la rodilla, cabreado como una avispa muda.

—Pues debo decirles, y créanme que lo siento, que probablemente le pidan ocho —reanudó el abogado arrastrando las pausas—. Y tendrá que portarse muy bien si no quiere cumplirlos hasta el último día. En Andorra…

—¡Se trata de un caso de enfermedad! Usted mismo acaba de decir que el siquiatra de Vilafranca le ha asegurado que Janel es bipolar y que, siguiendo el tratamiento adecuado…

—¡¿Bipolar?! —estalló el patriarca de repente, dando una palmada como un trueno—. ¿Qué coño significa eso? ¿Y desde cuándo es bipolar, Joan Manel? ¡Era completamente normal antes de liarse con las drogas!

—No empieces con esa cantinela —replicó Aurora, procurando amansar la fiera a base de suavizar el tono—. Este no es el sitio ni el momento.

—¿Y cuándo vamos a hablarlo? —El patriarca Estracs dio la impresión de serenarse un poco durante una honda inspiración, mientras se encaraba al abogado como si fuera el juez supremo—. Usted que sabe de qué va. Dígame si no cree que la raíz del problema son las drogas.

El abogado aprovechó la oportunidad para calmar la situación, levantando las manos extendidas para enseñar unos dedos de pianista preciosos.

—No estoy cualificado para responder a esa pregunta, pero, ya

que me pide que sea sincero, le diré que estoy convencido de que su hijo está enfermo de verdad y necesita ayuda siquiátrica. —Aurora, con la mirada fija en su marido, asintió enérgicamente, como si tuviera la victoria al alcance de la mano—. Ahora bien, es posible que las drogas, como las llama usted, hayan sido un agravante… y un desencadenante.

Entonces el marido, mirando a su mujer de reojo, se dio otra palmada en la rodilla. Yo había abierto la boca para dar mi opinión sobre un par de cosas, pero Aurora afortunadamente se me adelantó.

—No digo que Janel sea un ángel y ya sé que tiene problemas con las drogas —admitió—. Pero lo que ahora me preocupa no son las causas sino las soluciones. Hemos venido a buscar la manera de ayudarlo… de sacarlo de allí dentro y ayudarlo a vivir, ¡de un modo u otro!

Aurora lloraba en silencio mientras hablaba y Manuel hacía grandes esfuerzos para no sumarse al coro. Entonces resopló y levantó una mano plana, como quien propone una tregua.

—No quiero discutir más contigo, Aurora, pero me parece que una temporada de disciplina firme no le irá nada mal.

—Se matará antes —suspiró ella vencida—. O enloquecerá completamente. Como yo. —Y estalló en unos sollozos enormes que intentaba ahogar con un pañuelo enano.

—Aurora —suspiró Manuel, poniéndole una mano muerta en el hombro.

Un silencio, quizás de cinco segundos, me pesó como un milenio.

—¿Qué quieren que haga? —Lo resquebrajó el abogado con una suavidad implacable.

—Nadie puede hacer nada —murmuró el viejo Estracs como si los demás estuviéramos sordos.

—Usted tiene que hacer todo lo que pueda, cueste lo que cueste, y… se lo ruego, se lo ruego, ¡incluso un poco más! —sentenció Aurora mientras se revolvía en la silla y, apartándose de su marido, clavaba las pupilas en el abogado—. Por el dinero no se preocupe, pero sáquemelo de allí.

—No creo que sea posible, a corto plazo, pero haremos lo que podamos.

El abogado abrió las manos por tercera vez, como si fuera una señal, y el patriarca Estracs resopló por tercera vez mientras se levantaba. Por segunda vez, me mordí la lengua a tiempo.

Pocos días después recibí aquella carta tan extraña de Janel. Me contaba que había visto un águila sobrevolando la prisión y había soñado que podía volar igual que ella, y el corazón se me llenó de malos presagios. Llamé a Aurora y me puso al corriente: su hijo, efectivamente, se había arriesgado a un intento de suicidio, pero por suerte no había tenido éxito. Solo había conseguido que lo trasladaran a un centro siquiátrico vigilado, donde lo tenían más o menos aislado y más o menos sedado veinticuatro horas al día siete días a la semana.

Han transcurrido cinco meses y he ido a verlo dos veces. La última no me reconoció o no me quiso reconocer. Quizás ha huido definitivamente y todo le da lo mismo; quizá se ha enterado de que vivo con Elís y todavía le pica. La verdad es que a veces me pregunto si, a un tío como él, que tenía el mundo en bandeja, le basta la existencia grotesca que le ha tocado. Hasta el punto en que esta misma noche he soñado que iba a verlo y le llevaba el veneno que, en la pesadilla, me había pedido para suicidarse. Entonces él se iba volando como un águila y los policías me detenían a mí y me encerraban de por vida en la misma celda acolchada.

REPRISE EN EL HOSTAL DE LA SAL (1999)

Juntaron rumba y flamenco y le dieron nuevo sabor
al ritmo de los gitanos de Somorrostro hasta Mataró

GATO PÉREZ, El ventilador

Después de la maratón del Carnaval y de tres o cuatro conciertos para poner a prueba nuestras fuerzas, decidimos aprovechar el verano para emprender un segundo impulso. En los pueblos vecinos, por lo menos los marineros, de junio a septiembre la población se multiplica por dos o por tres, y las características de nuestro local eran perfectas.

Continuamos los jueves de *jaçz* con variaciones de rumba, rock y flamenco. Los viernes organizamos cenas con orquesta en el patio de delante, con banderolas de verbena y mesitas con quinqués, y nos trajeron a mucha gente que no había venido nunca. Y también reforzamos los conciertos del domingo por la tarde, normalmente de cantautores o de clásica.

Un domingo vino un dueto de guitarras, una de seis cuerdas y la otra de doce. Eran dos hermanas tímidas pero magistrales que no llegaban a los cuarenta entre las dos. Cuando fui a felicitarlas, para invitarlas a cenar si les apetecía, en la persona de su abuelo y representante me encontré con un personaje que había conocido cien años atrás. Nosotros, o sea la peña Uhtòpica, entonces lo llamábamos Míster Zeleste.

Interludio Daniel: Los orígenes de Uhtòpica (1976-81)

I cada nit feim una festa a una platja
que hem fitat a cada destre amb un fogueró

ANTÒNIA FONT, S'univers és una festa

Es un atardecer de junio barcelonesamente bochornoso. Dejando a un lado el agosto que pasé en Londres haciendo de *au-pair* en casa de unos amigos de mis padres, es la primera vez que salgo a volar solo por las entrañas del gran charco. Una ciudad como Barcelona está llena de peligros, pero la gracia de la adolescencia es que lo ve todo lleno de vida. De posibilidades. De enriquecimientos. De alternativas.

Son las ocho y pico cuando, recién duchado y fresco como la penumbra del barrio, salgo del piso del Gòtic donde Fermí Fontals me ha ofrecido cobijo. Yo solo porque él, casi a cuarenta de fiebre, a media tarde ha resuelto coger el tren y marcharse a pasar la gripe a casa de sus padres. Esta desgracia, terrible para él porque se va a perder el concierto del siglo, para mí implica la fortuna de disponer absolutamente de su habitación, un diente de ajo siempre importante para ligar una buena mahonesa.

Disimulando como un sueco cuando diviso pasma franquista (el monstruo ha muerto pero aún gobierna), paseo por callejuelas sin brújula hasta que el canutito sereno se termina. Me siento en una terraza desierta y pido «una tranquila» (cerveza catalana fuerte para consumir lentamente). Lío otra cañita, discreto pero menos de lo que creía, y el camarero, con una sonrisa cómplice en la comisura derecha, se acerca y me dice:

—Huele muy bien ese tabaco que fumas. Te invito a una ronda si me lo dejas probar.

Le paso el porro, casi cilíndrico, y le devuelvo la sonrisa, más amplia, como si fuéramos a charlar un rato. Pero dado que el pobre currante no fuma cuando quiere, se aleja hacia el otro extremo de la terraza para recoger un par de envoltorios de la maceta de un naranjo infantil que un chaval ha tomado por una papelera. Me fijo en cómo esconde el fumable en la capilla de la palma, en cómo lo chupa ávidamente mientras manipula eso y lo otro, y se extravía unos momentos detrás del chaflán. Luego se acerca con el servicio sucio en la bandeja y deja caer el porrito moribundo sobre la mesa esmaltada con gesto elegante. Un minuto después me trae otra «foll» y otra sonrisa, más cómplice y convencida que la anterior.

—Me llamo Julio. ¿Eres nuevo en el barrio? —murmura, como si hablara del tiempo.

—Recién llegado. He venido por el concierto de los Rollings.

—Ah. Yo también voy a ir.

Sonrío. Miro hacia el interior del bar y veo que la propietaria (una matrona tetuda) nos vigila de reojo. El camarero se aleja para atender a unas turistas nórdicas muy atractivas que acaban de sentarse. Las muchachas piden bocadillos pequeños y cervezas grandes y yo las observo procurando que no lo noten, envuelto en esa membrana sensible que proporciona el hachís de calidad. Por lo menos a mí, puesto que en este mundo hay gente para todo. El verano anterior, para ganar cuatro duros, hice de manobre con un *paleta* filosófico, y siempre que metía la pata, me decía:

—Daniel, el día que te amasó, Dios debía de estar de broma. O más aburrido que un saco de cemento.

Según él, un as del oficio que se estropeó la espalda a los cincuenta por el orgullo de poner setecientos ladrillos al día, Dios normalmente era un creador serio que hacía las cosas con sensatez, pero tenía días lunáticos durante los que se dedicaba a hacer experimentos y procrear entidades estrambóticas como la mía. Al cabo de unos años y a pesar de un ateísmo impermeable, he llegado a creer que el *paleta* Ponç tenía razón: soy, como tantas otras pequeñas almas, una especulación genética.

Volviendo a la velada del relato, después de tres birras lindas y dos petas decentes, ya tenía el hambre a punto y cené un bocadillo tamaño manobre de atún y anchoas, decorado con aceitunas y pimiento, en la misma terraza del mismo bar, donde al final me iba a dejar la mitad del presupuesto. Suerte, sin embargo, que Julio sabía cómo ganarse a un cliente y, a cambio de otro canutito a medias, al final también me invitó al carajillo de despedida.

A las once y media, después de un paseo contemplativo, bajo hacia Platería y entro en Zeleste, entonces una leyenda viva y ahora un mito. A medianoche dan un concierto en directo y quiero ocupar mesa en primera línea. El grupo es Secta Sónica, que no conozco de nada pero en este preciso momento me apetece casi tanto como los Stones.

A lo largo de los años, porque soy así de burro, he forzado la comparación entre los dos conciertos. Uno en Zeleste, con poco más de un centenar de oyentes, y el otro en la Monumental, con la plaza a rebosar. Ambos me marcaron, como suele decirse, pero el primero me tocó la fibra del núcleo y todavía hoy, treinta y tres años más

tarde, lo guardo en la memoria como un tesoro.

Los Secta Sónica me embrujaron desde el primer tema, y en la media parte, cuando fui a buscar la segunda birra (allí eran más caras y debía ser sensato), ya rumiaba cómo y cuándo y dónde. La segunda parte y especialmente los bises, simplemente geniales, acabaron de convencerme, y con la determinación de los inconscientes no tardé ni diez minutos en preguntar qué había que hacer para contratarlos. El camarero de turno, más divertido que otra cosa, me indicó el despacho de dirección y, con la cerveza en la mano y el paso más firme por dentro que por fuera, me dirigí hacia allí como si fuera la puerta de mi destino.

Recuerdo que en el despacho me encontré con un par de músicos de fama y el mánager de lo que entonces se conocía como la escudería Platería, que en pocos años había de revolucionar el panorama musical de este país y parte del extranjero. Recuerdo que me atendieron muy bien, como si creyeran de verdad que aquel chaval sin pelo en la barba sería capaz de organizar un concierto, y que uno de los guitarras, maestro contrastado, me invitó a una cerveza mientras hablábamos como amigos del concierto de los Rolling del día siguiente. Aún me sorprende que aquella experiencia, única por no decir atrevida, más parecida a un sueño que a algo vivido, al final generara tanta realidad, tanta fiesta guapa, tanta vida en general. Debía de ser uno de esos días en que tiras los dados que luego te van a marcar la apuesta. Después de la euforia zelestina y de una trompeta paseada, resolví tomar la última de todas (expresión que sirve para cualquier cosa y normalmente no significa la última copa) en el Màgic, otra confederación de músicos a los que entonces acababa de brotarles sus primeras plumas, hojas, sinfonías.

Puesto que Murphy también ordena el caos para bien, aunque sea cuando se aburre, allí me encontré a Xavi Roure con un par de amigos. Xavi era el discjóquey del Stratosferix, el bar/pub/disco más afamado de Manlleu y alrededores en aquella época, y nos conocíamos porque yo era un cliente adicto del local. Uno de esos que se las quieren dar de entendidos y no paran de molestar con preguntas, peticiones y sugerencias, las tres cruces de los pinchadiscos.

Xavi me invitó a una ronda y me senté con ellos. No habían

transcurrido ni cinco minutos y ya le estaba comiendo el coco con el concierto de la Secta, y con que había hablado con el representante y estaba decidido a hacerlos subir a Manlleu como fuera. Le enseñé el precio de los bolos y del transporte, apuntados en un papel con membrete de la escudería, y mostró interés. Pero entonces dijo que en aquel momento no era capaz ni de sumar dos más dos, y que tendríamos que hablarlo otro rato. Me di cuenta de que su mesa estaba literalmente llena de botellas de cerveza vacías, acaso una veintena, y me apuré a terminarme la mía para aprovechar la siguiente tanda, que uno de los amigos que no conocía se levantó a buscar acto seguido. El amigo de Roure, Armando, me guiñó un ojo inclinando la cabeza en dirección a los servicios y fui tras él sin saber por qué. Dentro del baño, Armando sacó una pipa de boj de su bolsillo, colocó una lenteja de resina negra en la cazoleta y la encendió con una chupada titánica.

—Es nepalí. Ya verás que chulo.

Después de la segunda calada, que casi le hizo estallar los pulmones, me pasó la pipa. Yo en aquella época solo había probado cuatro canutos de chocolate comercial del moro, pero me pareció el momento perfecto para catar una magia más poderosa. Chupé tres veces sin forzar, hasta que apareció Xavi y le pasé el rescoldo encendido. Armando y yo volvimos a la mesa y el otro colega desfiló hacia el baño. Muy discretos no habíamos sido, no, pero peor eran los de la mesa del rincón, que no paraban de esnifar no sé qué con un inhalador. Eran otros tiempos, paradójicamente más tolerantes respecto a ese tipo de libertades individuales, aunque solo fuera para compensar el esclavismo político.

Pero si esta compilación de memorias fabulosas es algo más que un muestrario de palabras secas, debería ser la crónica de una *subgeneración*, y por tanto tiene que esforzarse para describir sin juzgar. Ahora que ha surgido el concepto, quisiera aclarar que la *subgeneración de los pringaos* es un invento de Alexandre Oscà ceñido al tiempoespacio de Cataluña, el gran Madrid y acaso Euskadi. Habíamos nacido entre 1955 y 1965, para cifrarlo con dos fechas emblemáticas, y queríamos ser hippies cuando los hippies ya se habían roto el espíritu contra el muro de las adicciones duras, y los punks empezaban a desbrozar el futuro con un hacha.

Volviendo una vez más a aquella noche iniciática, mis recuerdos

se apagan en el Màgic. Un par de rondas más de birras y pipetas me dejaron con la capacidad racional bajo mínimos y un trastorno estomacal considerable. Resolví el segundo problema agachándome junto a un árbol y metiéndome dos dedos en la boca. Mientras me acercaba a una fuente para lavarme la cara, oí que Armando proponía unos churros con chocolate en la Ciutadella antes de ir a comprobar si el sol se levantaba puntual. Yo anuncié que me retiraba y Xavi se obcecó en acompañarme con el coche, aunque el paseo me habría refrescado y habría tardado menos.

Se infiltró por las callejuelas del Born alternando direcciones legales y prohibidas, y más de una vez tuvo que maniobrar para salir de un laberinto. Decía que las calles se estrechaban más y más, como la casa del protagonista de *Écume des jours*, la novela iconoclasta que Boris Vian había publicado en 1947 y que nosotros acabábamos de descubrir.

Los pasajeros, con las ventanillas bajadas, reíamos y llorábamos sin freno, compartiendo una lata de cerveza salida de la nada y el humo azulado de la pipeta omnipresente. Si nos llega a pillar la pasma, terminamos todos en el maco. Bueno, yo en un correccional porque aún era menor, pero quizá peor incluso. Como ya he dicho, eran otros tiempos, y me consta que la nostalgia que experimento ahora es tan falsa como la sensación de libertad y plenitud que experimentábamos entonces. La gracia debe estar en nadar y guardar un poco la ropa, pero no todos supimos o quisimos aprender a tiempo.

No voy a describir en detalle el concierto de los Rolling Stones. Nos citamos y fuimos juntos, pero los cuatro arrastrábamos una resaca de campeonato: la cerveza nos daba asco y el nepalí nos amodorraba. A pesar de todo, disfrutamos como corresponde a los acontecimientos que consideramos históricos; aquellos que no se repetirán jamás pero recordaremos siempre.

Fuera como fuese, recuerdo con más nitidez el concierto de la vigilia en Zeleste. Y evidentemente el que cuatro meses más tarde, el catorce de octubre si no me falla la memoria, ofreció Secta Sónica en el Stratosferix. Fue el primer concierto organizado por el grupo de los Uhtòpics, en el núcleo del cual, además de Xavi Roure y yo mismo, se integró Fermí Fontals. Recuerdo que en la media parte nos reunimos los tres en la taquilla, donde Irene, la pareja de Xavi,

y Conxita, la pareja de Ferm, terminaban de sumar los ingresos, y descubrimos que al fin y al cabo no perderíamos más de cinco mil pesetas. Aunque ganarlas me costaba cincuenta horas de manobre, proclamé que, por aquel precio, podíamos organizar un concierto al mes.

Cinco minutos después enlacé aquel alud de euforia con un torrente de lágrimas horroroso. Al saltar por encima de la barandilla baja que rodeaba la pista, igual que mil veces anteriormente, resbalé o tropecé con tan mala folla que acabé cayendo de espalda, a plomo y desde un metro de altura, contra los escalones que salvaban el desnivel. Me quedé allí clavado como un insecto paralítico, mientras una descarga de dolor eléctrico se me esparcía desde los riñones hacia la cabeza, los pies, las manos y todo lo que hay en medio.

Lloraba como una madalena, porque el calambre era omnipresente y creciente, pero también me reía rebosando alegría porque el concierto estaba siendo un éxito rotundo. Vinieron a auxiliarme y, claro, querían llevarme al hospital. Cuando me movían, sin embargo, el dolor me mataba y les rogué que me tumbaran «un ratito» en uno de los sofás del local desde donde pudiera disfrutar de la segunda parte.

—Me parece que me la he ganado —dije, como si eso lo resolviera todo.

La consecuencia fue una semana muy larga incrustado entre dos butacas, viendo las estrellas cada vez que se me movía una costilla. Pero de aquella velada única, épica, lo último que recuerdo es que, para atenuar el dolor incesante, le pedí a Belmondo que me invitara a un cigarrillo trucado con jaco, que nunca había probado hasta ese día. No hay duda de que me gustó demasiado. Y es que *si naciste pa' martillo*

…

Podría llenar todo un libro de páginas convividas con la familia Uhtòpica. A lo largo de cuatro o cinco años, organizamos una veintena de conciertos, recitales, verbenas y bailoteos. Entre las más queridas, una verbena de Sant Joan en que montamos una fiesta popular en una plaza de la ciudad, con la Dharma más alegre y la Tribu más orgiástica. Aunque se coló bastante gente joven y aunque en la media parte abrimos los accesos, el bar nos dejó casi tantos

dineritos como las entradas y, además de un pan de prestigio ante el ayuntamiento, ganamos suficientes sardinas para arriesgarnos a propuestas marginales. Como el Suc Electrònic Enciclopèdic, otra formación de la escudería Zeleste, que recuerdo distintamente porque representó un récord de pérdidas dinerarias y solo me gustó a mí. Pero quizá, tanto como al zumo electrónico de los músicos, fue gracias al jugo de estramonio al que me había invitado Perla a media tarde. Las drogas de administración digestiva tienen la particularidad de que, al contrario de las fumadas o inyectadas, tardan mucho rato en hacer efecto. Más o menos por aquellos tiempos remotos, un día, después de comer, invité a una madalena de maría a una amiga que solo bebía whisky con moderación. Me las había regalado Pedro Caba, que las hacía buenísimas, con chocolate negro y una nota de coñac. Una hora después o casi dos, como no paraba de repetir que aquello «no le hacía ni cosquillas», le ofrecí otra. Cuando al cabo de un par de horas más le subieron las dos dosis, sufrió una verdadera alucinación sicotrópica: veía colores donde solo había sombras, y espíritus en movimiento donde solo había árboles: me tocaba el brazo y me decía que yo era de agua y, cuando cogimos el coche, imaginaba peligros y accidentes continuamente. En aquel estado, no podía llevarla a urgencias pero aún menos a casa de sus padres, de modo que tuve que velarla hasta medianoche, cuando por fin se durmió en el coche como un bebé feliz. A mí, con el estramonio debió de sucederme algo parecido: como no notaba los síntomas, me pasé la tarde fumando porrillos, chupando cervezas y cubatas, e incluso lo mezclé con un par de cigarrillos de burro. De golpe y porrazo, el cuerpo se me separó de la cabeza, la racionalidad se sumergió en el universo de las sensaciones y el tiempo quedó suspendido de las supercuerdas de las cadencias. La imagen que más se le acerca es la de una alfombra voladora sicodélica, pero de la resaca, al día siguiente y el otro también, prefiero no hablar.

Son varias las drogas que puedo asociar a determinadas músicas, antes y después de las aventuras uhtópicas, pero, en pro de cierta objetividad, debo aclarar que no es imprescindible sumarlas. Muchos colegas y amigas, parientes y desconocidos, supieron frenar a tiempo y, a pesar de alguna chamuscada, nunca llegaron a los potros del infierno. Afortunadamente, ya que en caso contrario los

índices de toxicomanías habrían llegado a la condición de plaga. Resulta imposible conocer, por lo menos con mis medios, el tanto por ciento real de yonquis y coqueros que había, por ejemplo, entre 1980 y 1985, de entrada porque los propios afectados lo escondían hasta que no había más remedio, y de salida porque entonces no se les trataba como personas con una enfermedad grave que necesitaban tratamiento y ayuda, sino como viciosos impenitentes. Cosa que, en el fondo, también debíamos ser. La administración, española y catalana, se dedicaba a organizar políticamente el país y la propia administración, y tardaron mucho en darse cuenta de que los efectos sobre la población entre quince y cuarenta años serían devastadores, comparables en cifras a las bajas de una guerra o de una epidemia. Y quién sabe hasta qué punto es cierta la teoría de la conspiración, según la cual las autoridades nos permitían desbocarnos a placer para tenernos distraídos y alejados de sus triquiñuelas.

Respecto al debate de si quien va con un cojo termina tropezando, no hay duda de que algunos ambientes y compañías favorecen según qué conductas, pero es evidente que el verdadero peligro de las drogas duras, ilegales o estatales, es que coincidan con una época de depresión o apatía profunda. Es entonces cuando lo que en principio era un hábito perjudicial puede transformarse en una adicción destructiva en todos los sentidos.

Y para cerrar este ciclo, el personaje perfecto es Loro de Oro. Loro de Oro era un ciudadano del mundo, de padre argentino y madre brasileña, que había nacido en Miami pero se había hecho hombre en París. Tenía una notable formación clásica porque su padre era director de orquesta, y conocía desde la cuna todo el muestrario de cánones sudamericanos: de la bossa nova y la samba a la rumba y el bolero, pasando por el tango, el merengue, la conga, la salsa… Fue esta multiplicidad la que, a los treinta años, le permitió convertirse en un astro de primera magnitud en Barcelona. Cantaba casi siempre en castellano con un acento que oscilaba entre el caribeño y el platense, y por el estilo y el donaire estaba muy lejos de las habas que por entonces se cocían en Cataluña, Pero sintonizó a la perfección con el público, hambriento de propuestas inteligentes y frescas, y con los músicos, que lo admiraban como a un visionario.

Yo lo traté un poco a raíz de un concierto de fiesta mayor que Uhtòpica organizó en el pabellón de deportes de la ciudad. Durante el espectáculo, nosotros íbamos de culo como novatos. No habíamos planeado bien la entrada y el bailoteo por poco termina en una danza de bastones, porque un puñado de indeseables bloqueó el acceso y llegó a agredir a uno de nuestros colaboradores. La policía municipal, como era fiesta, vino tarde y desganada, y tuvimos que arreglarnos como pudimos. El saldo, a pesar de todo, fue francamente favorable y nos sirvió de lección viva sobre cómo planificar un sarao de aquel calibre, en el que esperábamos a unas ochocientas personas pero vinieron el triple.

Habíamos pactado un resopón en el hotel donde se quedarían a dormir una parte de los artistas, y a las tres y media nos repartimos en tres o cuatro mesas para atacar los parapetos de *pamtomàquet*, con embutidos aborígenes y tortillas de tres clases. El artista en persona, que comía anchoas y espárragos y continuaba tragando escocés etiqueta negra, me miró con una sonrisa de gato satisfecho e insinuó un interrogante con una ceja.

—¿Tú no eres el que se presentó en el despacho de Rafa una noche después de un concierto, decidido a contratar a Secta Sónica como fuera?

—Hossstia —susurré—. Ya hace un par de años. Allí nació la movida Uhtòpica.

—Vaaaya. ¿Y no te acuerdas de que te invité a una birra mientras Rafa te daba precios y condiciones?

—¿Túúú?

—Yo. Era guitarrista de la Secta Sónica.

—Pero es que había cuatro.

Rompimos a reír y nos dimos la mano como si nos hubiésemos hecho amigos de golpe y porrazo. Me sorprendió que dejara la mano tan blanda, al encajar, y se me ocurrió que quizá ya no tenía más fuerza.

Al día siguiente Fermí nos comentó que, antes de empezar el show, le había «regalado» una botella de etiqueta negra tal como nos había pedido el representante. Pero que en la media parte se había quedado de piedra porque el Loro se había acercado personalmente a la barra a pedir otra.

—De etiqueta negra no tengo más —había mentido Fermí para

no darle la nuestra—. Si quieres una del normal…

—Oye, cabrón, mi hígado es fiel a su miel y nunca va de putas.

Lo celebramos como una ocurrencia inaudita.

—¿Eso te dijo? —cloqueó Irene.

—¿Y cómo terminó al final? —preguntó Conxita.

Fermí encogió los hombros, dando por bueno el tesoro perdido.

—Le dije que iría a buscar una y al cabo de cinco minutos le di la nuestra, que apenas habíamos catado.

De esta batallita, dos o tres meses más tarde, el azar deshilachó una de las juergas más chulas vividas en primera persona. Por decirlo de alguna manera, porque yo solo era un invitado casi desconocido para la persona que había montado el tinglado, igual que un genio surgido de una lámpara. La secuencia, como un rebote existencial, empezó una vez más en Zeleste.

Había bajado a la capital, y concretamente a la selva de Santa Catalina, a buscar una tableta de chocolate de un cuarto de kilo para cortarla en pastillas y repartirla en comarcas. Pero la Granaína, la matrona andaluza que me lo vendía, a las cinco me dijo que a las siete y a las siete me dijo que a las nueve. A las nueve, me invitó a la caña y me tendió una pieza guapa de polen, porque hasta el mediodía no llegaría más. Mi plan era salir cagando leches hacia Manlleu porque los clientes que esperan a menudo se pierden, y porque el «el camello listo, cuando tiene el percal, se va corriendo a su corral». Pero el contratiempo me lo ponía en bandeja y decidí borrar la pizarra y dejar que el anochecer, la noche, la vida, fluyeran hacia donde quisiesen. Dejarse llevar por las vibraciones del entorno, lo llamábamos entonces. O sea que avisé a Perla, que me esperaba cenando en el café de la plaza, y le expliqué el caso, antes de pedirle un par de tapas a la hija de la Granaína para matar el gusano.

Después de un carajillo, me fui paseando hacia el Born con una trompeta entre los labios. Para no perder las buenas costumbres, bajé por Argenteria y, frente a Zeleste, quedé embrujado: uno de los músicos que tenía más mitificados (merecidamente en mi opinión) era Jordi Sabatés, que se arriesgaba a tocar composiciones propias postmodernas con formaciones de vanguardia. Aquella noche, sin embargo, además de vanguardia era de gala: lo acompañaban Toti Soler, el rey de la guitarra clásica, y Tete Matutano, la princesa de

la flauta travesera. Y empezaban en un cuarto de hora, de modo que tenía el tiempo justo para terminarme el peta, gestionar otro carajillo en un bar proletario y orientar el timón hacia la taquilla. Cuando ya era el segundo de la cola, una voz inesperada me saludó desde el otro lado del cordón. Era el Loro.

—¿Daniel? ¿De dónde sales, Daniel? —Y mientras venía a rescatarme, añadió—: ¿No me digas que los promotores también pagáis entrada? Ven, ven, iremos ahora mismo al despacho a que te hagan un pase. Y qué ¿cómo van los Uhtòpics? —El portero me sonrió, encogiendo los hombros, y los demás clientes me miraron con envidia—. ¿Cuántos grupos de esta casa habéis contratado en los últimos años, Daniel?

—No lo sé. Diez o doce por lo menos.

El portero, dándome la mano como a un amigo, comentó que ignoraba que Zeleste representara a tantos, y el Loro me empujó hacia el interior del local cogiéndome por el codo, pero no en dirección al despacho sino directamente a la barra.

—Dame mi botella y un bol con hielo —le dijo a la camarera, que ya conocía la contraseña.

La camarera, casi apenada, replicó:

—Tu botella te la terminaste ayer, Lorenzo, y no la pagaste.

—Pues la sumas a mi cuenta y me das otra.

Se sostuvieron la mirada dos segundos, la de ella más maternal que preocupada por la deuda, y la de él más divertida que ofendida. A mí, me hubiese gustado ofrecerme a pagar una, aunque el precio me asustaba, pero la camarera se dio la vuelta hacia los estantes de los licores columpiando la cabeza y un resoplido. Nos sentamos en una mesa apartada con el etiqueta negra, dos vasos anchos y un bol de cubitos. Loro de Oro y Daniel Alfals: no me lo acababa de creer.

Cuando hacíamos el primer brindis, a la salud de la siguiente botella según propuesta suya, pasó Tete en persona, que salía de los servicios, y al cabo de un instante ya estaba sentada en nuestra mesa. Me extrañó, aún creía que los músicos tienen que concentrarse antes de un concierto, pero aparentemente Tete tenía la concentración garantizada en su maravilloso universo interior.

—Tete, quiero presentarte a un amigo —trinó el Loro, provocando que me hinchara como un pez globo. Pondría la mano en el fuego a que, como todos los hombres sensibles, está

secretamente enamorado de ti.

Estoy seguro de que nunca me había ruborizado tanto.

—Hola —susurró ella, ofreciéndome una mano aérea y una mejilla de porcelana—. ¿No nos conocemos, tú y yo?

—Eh…, sí. De Manlleu. Subiste con Sisa poco antes de Navidad.

—Eso. Muy buen rollo, en Manlleu. A ver cuándo repetimos.

—Por mí no quedará.

La flautista se fue al escenario, donde Toti acariciaba las cuerdas con una gamuza y Jordi contemplaba las teclas como si se las quisiera aprender. Por la música y por la compañía (Lorenzo atraía a celebridades y preciosidades como un imán), aquel concierto fue memorable. Pero tengo que confesar que en realidad lo recuerdo como una colección de fotos y además mudas: la memoria es inescrutable y la mía, de aquella noche irrepetible, decidió retener el momento en que saludé a Tete y las filigranas en las que después me enredó el Loro.

—Llámame Lorenzo, si quieres. Es mi nombre.

En la media parte, Lorenzo, que invitaba a todos y se invitaba sin parar, fue a la barra a buscar la segunda botella y otro bol de hielo. Yo aproveché el descanso para salir a tomar el aire y fumarme una flor de polen en paz, pero al cabo de un minuto Lorenzo apareció enojado, más bebido de lo que creía, y me pidió que lo acompañase hasta el paseo del Born a buscar un taxi.

—Tengo el coche en la calle Princesa.

—¿No quieres ver la segunda parte?

Encogí los hombros. No me habría perdido el concierto por muchas personas, pero Lorenzo era una.

—Vamos a cenar. Un churrasco hace maravillas a la hora de las brujas.

Ya pasaba una hora de la medianoche, pero era evidente que el Loro sabía dónde atrapar una parrilla golosa. Me llevó a un local junto a la plaza Letamendi, «escondido» debajo de un taller mecánico. Lo recibieron como si fuera el propietario.

De entrada, pidió una bandeja de anchoas y espárragos y una botella de etiqueta negra, y de segundo, el churrasco anunciado y una montaña de papas bravas. Comía igual que bebía, de prisa y sin prestar atención, como si le interesara mucho más el destino final que el trayecto. Yo volví a cenar a base de anchoas y churrasco, y

no me sumé al whisky hasta el café. Reparé en que Lorenzo de Oro pagaba una vez más con sonrisas: firmó la nota con un garabato y me dio una coz considerable en el tobillo al ver que me metía la mano en el bolsillo.

—¿Qué haces esta noche? ¿Te gusta la coca? ¿La coca guapa?

Encendí el peta que acababa de liar y encogí los hombros dispuesto a lo que fuera.

—¿Dónde tenemos que ir?

Lorenzo estalló en risas.

—¡Dónde tenemos que ir, dónde tenemos que ir! Eso es lo que todo el mundo quiere descubrir, Daniel. Esa es la pregunta del millón de dólares, como dicen en Miami.

Fuimos a la Barceloneta. A una marisquería que cualquiera habría considerado cerrada menos el Loro y cuatro pájaros con muchas plumas como él. Pulsó dos veces un timbre disimulado en la pared, y al cabo de unos momentos apareció una silueta femenina que nos abrió la puerta contigua con una risa bailadora y un dedo quieto en los labios. Tardé un segundo en darme cuenta de que era Ona, la sirena desnuda del alba que había terminado en tragedia, y por poco me echo a llorar solo de mirarla.

—Yo a ti… ¿No nos conocemos tú y yo? —dijo ella, como un motor a punto de arrancar.

—¡Eh! ¡Por lo visto te conocen todas las chicas guapas de Barcelona! —exclamó el Loro divertido, pasando delante para meterse detrás de la barra y servirse, fíjate, una sobredosis de etiqueta negra.

Esa madrugada fue la primera que pasé y dormí con ella. En el chalé que Loro de Oro se había buscado en una urbanización burguesa de Premia de Mar. El resto de la noche, la pasamos con una docena de amigos de Lorenzo precisamente delante del mar de Premia, en una cala resguardada donde nosotros preparábamos rayitas de coca y queimadas de ron, y él, con una guitarra española más vieja que la música, improvisaba un concierto sin principio ni fin, ni otro objetivo que distraer el paso de las horas. Una lugareña rescatada de un pub de cafres lo acompañaba con unos bongos, y una prima de Ona reclutada en la marisquería, una tal Lupina, agitaba una pandereta y hacía los coros.

Dejando a un lado sus temas, que entonces ya gozaban de fama

internacional, el repertorio fue muy variado. Desde el *Concierto de Aranjuez* y una milonga de Heitor Villa-Lobos, que Lorenzo interpretaba como un concertista a pesar del whisky, hasta habaneras, fados y bossa novas, en los que revelaba una sensibilidad incomparable. Y «Qualsevol nit pot sortir el sol», que según el maestro acabaría por convertirse en el himno por excelencia de la hippería catalana.

No sé si surgió allí o un poco más allá, porque en aquel preciso momento Ona y yo éramos una ola de carne humana entre olas de agua marina, pero el caso es que uno de los espectadores, el que había sacado una cajita de cerillas llena de esquirlas de ácido para invitarnos a todos, empezó a pontificar sobre la poca profundidad del rock *laietà* en comparación con el británico o el yanqui.

—Ya sé que no queda nada bien decirlo en público, pero al lado de Pink Floyd y King Crimson, de Velvet Underground y Grateful Dead, los músicos de aquí son un churro sin azúcar.

Si no me hubiera encontrado con los sentidos orientados hacia otra estrella, yo mismo se lo habría discutido con ardor. Todos los grupos que había mencionado me gustaban con locura, pero aquí, en Cataluña, había muchos artistas, desde Fusioon y la Elèctrica Dharma hasta la Mirasol y Pi de la Serra, que se habían ganado a pulso su pedacito de cielo. Nos despejó el golpe seco, agresivo, que Lorenzo le dio a la caja de la guitarra, como si fuera un tambor de guerra. Después me enteré de que, en realidad, la guerra sorda entre Lorenzo y el Micropijo (como habían bautizado al niño rico de los micropuntos) hacía tiempo que se arrastraba.

—Las comparaciones son odiosas, Micropollas, y tú también —le espetó, levantándose tan decidido que casi tropieza.

—Si dices verdades, pierdes amistades —replicó el otro con aire de duelista.

—Para perder amistades, primero tienes que ganártelas, pedazo de imbécil.

—¿Quieres que te rompa el pico, lorito conservado en whisky?

—Si tienes cojones, inténtalo —intervino la chica de los bongos, agarrándolos como una porra.

—Quizá yo sea un loro alcohólico, pero no voy por el mundo predicando la adoración al ácido con el dinero de papá.

Fue entonces cuando el Micropijo se picó de verdad, pero no

parecía dispuesto a resolverlo con los puños.

—Será mejor que me largue —murmuró.

—Exacto. Ya llevas días rondándonos como un dolor de muelas —remachó Lorenzo—. Y no sabes cuánto te agradeceríamos que te largaras con viento fresco a freír espárragos a otro fuego.

El músico parecía absolutamente dispuesto a explicárselo a guitarrazos, si con palabras ofensivas no lo captaba, pero las ganas no implicaban la capacidad, y lo más probable era que se cayera solo antes de cruzar los cuatro o cinco metros que los separaban. Pero entonces Lorenzo planteó una estrategia diferente y más eficaz: recuperó la guitarra como instrumento y se puso a cantar alegremente:

—*La rumba que coneixem no és de la Xina ni és del Japó. La nostra rumba de Barcelona està marejada de voltar el món…*

Y todos estallamos en risotadas como una sola boca. El Micropijo columpió la mirada buscando complicidades, un eco de apoyo. Como no lo encontró en ninguna parte, recogió su bolsa y se largó. Y cuando el sol ya molestaba más que agradaba, para demostrar que no era un problema de músicas sino de piel, Loro concluyó el festival con el «The End» de Jim. Recuerdo que Ona me preguntó por qué lloraba y le respondí sonriendo que ni siquiera me había dado cuenta de que lo estaba haciendo.

Reprise en el hostal: Lecciones a peso de lágrima

But I fear tomorrow I'll be crying

King Crimson, Epitaph

La lección más dolorosa de la época del hostal, de todos modos, nos la trajo Jesús un lunes opaco, dos o tres años más adelante. Cuando llegó, caían cuatro gotas perezosas sobre un crepúsculo perlado, pero después de quince minutos la bóveda era de plomo y el chubasco casi.

Lo primero que pensé, como siempre que se daba el caso, era que mejor que lloviera hoy en lugar del viernes, que tocaba verbena y nos la habría jodido. Los conciertos mal que bien los podíamos trasladar adentro, pero las verbenas, si no se celebran al aire libre bajo un tendido de bombillas y banderolas de colores, no son verbenas. Jesús, en cualquier caso, llevaba dentro un calvario más violento que la creciente tormenta exterior. Yo estaba en el bar limpiando las neveras y le leí relámpagos y truenos entre cejas en el mismo momento en que se plantó delante de la barra.

—¿De dónde sales, ogro de los Pirineos? ¿Quieres una cerveza y una tapita?

—Una absenta doble, quiero yo —contestó cabreado.

—No tenemos. La buena es ilegal desde…

—Déjate de cojonadas y saca la botella, coño.

Jesús debía de tener sus defectos, como cualquier hijo de mujer, pero nunca lo había visto gastar una leche tan rancia. Del fondo de un estante lleno de molestias, cogí la botella de Pernod en la que escondíamos la absenta clandestina de garrafa, y se la puse delante junto con una copa de cóctel y un bol con unos cuantos cubitos.

—Perdona —silbó mientras se servía—. Arrastro una mala sangre que desgarraría a alguien.

—No me cuentes entre los voluntarios.

—Tenemos problemas, Niel. Problemas graves.

Lo pienso un momento. No sé qué deducir. Nunca había visto a Jesús tan alterado y, si me lo hubiesen jurado cinco minutos antes, no me lo habría creído.

—¿Quién los tiene? ¿Tú y yo, Jesús?

Responde que no con la cabeza (menos mal), sonriendo por debajo de la copa, que tiene previsto vaciar en dos tacadas. Después saca un paquete de cigarrillos y me lo ofrece. Cojo uno y encendemos dos.

—Guerau. Guerau y yo los tenemos.

Se para porque, de vuelta del gallinero, entra Renata con media docena de huevos en el delantal de la falda. Lleva los cabellos espolvoreados de lluvia y los muslos desnudos hasta los pies: Renata en verano siempre va descalza. Observo que Vaya se ablanda un poco mientras se dan un beso enamorado aunque discreto, y ella se disculpa mascullando que, si no va a dejar los huevos, terminará por hacer una tortilla en medio del bar. De la cocina, después de un silencio turbio, sale con Ona y Lupina, que probablemente jugaban al parchís esperando la cena.

Saludan al recién llegado con los besos de rigor y Ona se percata de la botella prohibida, pero reprime el impulso de preguntarme si me falta un tornillo. Renata se lleva a Jesús por la cintura con aire bíblico y él se lleva la botella con gesto etílico. Nosotros los seguimos hacia la cocina contentos y expectantes, porque Renata está preñada pero el culpable aún no lo sabe.

Interludio Jesús: Guerau el loco

Qui tingués un misto per tal del món cremar

ORIOL TRAMVIA, Bèstia

A pesar de que la mierda ya hace meses que se arrastra, como un zurullito enganchado a la suela que no puedes quitarte ni tirando los zapatos, el punto álgido de los problemas graves de Jesús y Guerau tuvo lugar el viernes pasado alrededor de las siete de la tarde. Guerau se presentó en el despacho del constructor como si estuviera loco y le escupió que necesitaba veinte gramos de faria.

—El lunes te los pago —se atrevió a afirmar, como si alguien se lo fuera a creer.

Vaya reaccionó como una avispa mosqueada: ya era hora de plantar las cartas sobre la mesa y cantarle las diez últimas.

—¡¿Veinte gramos?! ¿Veinte gramos, Guerau? ¡Veinte hostias te voy a fiar! Me debes trescientas mil pelas desde hace tres meses y ¿aún tienes los cojones de presentarte aquí a pedirme veinte gramos más?

Guerau aflojó de golpe: tienes razón, le dijo. Lo tengo presente y te voy a pagar hasta el último clavo, le dijo. Pero tenía que hacerle un favor, un favor muy especial, aunque fuera el último, y fiarle veinte gramos. Hasta el lunes, cuando le pagaría esos y la mitad de la deuda. Como si alguien se lo fuera a creer.

Con más paciencia que un santo, Vaya intentó darle a entender la situación: no le fiaría ni una maldita raya hasta haberlo cobrado todo. Y si no liquidaba el saldo pronto, no tendría más remedio que confesar la verdad a los suministradores y subirían a cobrar ellos a las buenas o a las malas. Entonces, como una tortilla que da la vuelta en la sartén, Guerau recuperó su cara más agresiva.

—Explícaselo con pelos y señales. No quisiera que pagaras tú por mis pecados, ¿verdad, Jesús? —Y sonreía por debajo de la nariz como si el drama tuviera un trasfondo cómico—. No me dan ni pizca de miedo tus suministradores de mierda. Llevan muchos años ordeñándonos como vacas y ahora tendrán que aguantarse.

—¡Joder, Guerau! ¿No quieres entenderme o qué? —exclamó su socio exasperado, diciéndose que quizás tendría que darle un par de tortazos para despertarlo. Pero hacía tantos años que eran colegas…

—¡¿O qué?! —respondió el intruso, dispuesto a cualquier cosa.

Jesús no sabía si esa clase de comportamiento neurótico derivaba de un mono de coca o todo lo contrario, de un exceso. Tampoco sabía cómo ayudar a su amigo ni cómo salir del infierno donde, el uno por el otro, se habían metido. Hasta la puta nariz.

Reprise Jesús: De mierda hasta la nariz

Saps que tens la veritat perquè viure així és mentida

Ovidi Montllor, Als companys

—Resumiendo: de mierda hasta la nariz. Esta mañana he ido al banco a pedir un crédito, pero ya estoy bastante entrampado y me han exigido un aval.

Renata, quizás por novata, fue la primera en replicar.

—Pero, no lo entiendo. ¿Para tapar una deuda de Guerau tienes que pedir un crédito… que no sabes cómo vas a pagar?

Jesús, en vez de contestar, se tragó la segunda dosis de absenta y encendió otro cigarrillo.

—O sea que al final se ha enganchado como una sanguijuela —sentenció Ona.

—Como una sanguijuela enviscada. Se ha vuelto loco y me volverá loco a mí también —corroboró Vaya con una postura de lástima que no le pegaba en absoluto. Como si me hubiese oído, se levantó y se acercó al ventanal, donde el chubasco tamborileaba sin piedad—. Normalmente, yo un problema así lo soluciono con el bastón de boj que reservo para los tocapelotas en mayúscula, pero a Guerau, tal como está, lo mataré a golpes sin lograr nada.

—A ver, seamos sensatos —dijo Lupina, que siempre se esforzaba en serlo—. Trescientas lechugas tampoco son el huerto de un millonario. Si tú consigues una parte y yo te dejo otra…

—Puedes contar conmigo —se ofreció Renata en seguida—. Venderé un par de falsos y pronto las habremos recuperado.

—Puede ser una solución —gruñó Ona, acariciándome con la mirada—. Nosotros, cien mil también las podemos reunir, ¿no?

—Supongo que sí. Pero así solo vamos a parar el golpe.

—¿A qué te refieres? —exclamó la pintora, como si sospechara que no quería ayudar a Jesús.

Él respondió por mí.

—A que Guerau continuará descontrolado hasta que se haga daño de verdad. O hasta que se lo haga a otra persona, que aún sería peor.

—¿Tan grave es la cosa? —interviene Ona, incapaz de imaginarse ese retrato de alguien a quien ella un día había descrito como un traficante de oro macizo.

—No os he contado lo peor —reanuda Jesús, agachando la mirada como si pidiera perdón—. Esta mañana he ido al almacén del Pas de la Casa y me lo he encontrado revuelto, registrado y cepillado. Me ha robado cien gramos de goma guapa y quince de perica limpia.

—¿Y cómo lo sabes, que ha sido él? —vuelve a intervenir Ona, quizá porque yo, el primo del culpable, no hago nada para defenderlo.

—Porque cuando vino al despacho me robó un duplicado de las llaves y porque nadie más conoce el escondrijo del Pas de la Casa. Porque un vecino lo vio entrando a la hora de cenar, pero como sabe que trabajamos juntos no hizo caso. —Cuando va a ponerse más absenta, Renata le quita la botella y le da la cerveza que se está bebiendo ella—. Me he pasado la mañana cambiando los cerrojos de todos los locales, pero si se acerca a mi casa, voy a matarlo a mordiscos.

Como si de un conjuro se tratase, estalla un relámpago formidable muy cercano, el primero de la sarta, y se va la luz. En un instante, los cinco nos hemos convertido en sombras, dentro de la cocina, bajo la embestida de los elementos.

Dado que Renata nos ha advertido que aún no sabe si quiere ser madre y de momento no se lo quiere contar al padre, cenaremos sin ganas ni mucha conversación, con cuatro velas por iluminación y un diluvio de truenos como fondo musical. Ignorante de ese detalle entrañable, Jesús se quedará a dormir con ella para lamerse un poco las heridas emocionales, que deben de ser profundas porque, además, se siente culpable.

—Algo bueno sí que sacaré de esto —dirá, mientras masticamos la tortilla con ajos tiernos y queso blando que han preparado Lupina y su chaval, un bobo que cada día se esfuerza más en parecerse a mí —. Cuando se acabe, fijo que me retiro.

Todos entendemos a qué se refiere y me temo que Xesco, con

doce añazos francamente despiertos, también lo sospecha.

—¿Ya no trabajarás nunca más? —le insinúa, a un decimal del sarcasmo.

Lupina se lo lleva al bar, cerrado ya hace rato, y lo enchufa a la máquina de *pinball* que compramos averiada como decoración y Guerau nos reparó por diversión. La luz ha vuelto pero en la cocina nos mantenemos fieles a las velas y al concierto que se precipita contra el ventanal y el tejado. ¡Oh, metáfora precisa de nuestros sentimientos!

—¿Y tú no lo has visto desde el viernes? —le preguntaré a Jesús después de levantar el porrón.

—Que yo sepa, no lo ha visto nadie desde la noche del viernes. Me imagino que fue directo al almacén del Pas de la Casa, arrambló con lo que pudo y se las piró hacia Llívia, donde tiene un par de clientes fieles. —Empuja el plato medio lleno con un dedo cansado y me acepta el porrón antes de continuar—. Esta mañana, con una excusa, le he pedido a mi secretaria que lo buscara, y no lo ha visto nadie ni en su casa ni el trabajo ni en ninguna parte. Eso han dicho, por lo menos.

—¿Has hablado con Catalina?

Por el gesto, entiendo que no y decido tomar la iniciativa. Pillo el móvil de Ona y tecleo el número de mi prima política, que siempre ha sido un prado de sensatez. Responde al tercer tono pero la noto alterada desde la primera sílaba: no, ella no tiene ni idea de dónde coño se puede haber metido Guerau; no sabe nada de él desde la mañana del sábado, cuando llamó desde Andorra para decirle que pasaría el finde en casa de unos amigos. Le pregunto si es normal, si lo hace a menudo, y soltando el primer sollozo me responde que lo hace a menudo… pero ella no lo ve normal.

—Métete en la cama y procura descansar. Mañana por la mañana lo hablaremos con calma.

Que de acuerdo y buenasnoches entre lágrimas abortadas y resoplidos opacos. Como la tormenta que nos mece, ahora más leve de relámpagos pero más violenta de vientos. Y de lluvia, un diluvio incesante de lluvia rabiosa.

Lupina ha subido a arropar a Xesco y Ona aprovecha el paréntesis para hacer café. Renata ha sacado un valium del botiquín y se lo ha administrado a Jesús sin derecho a réplica.

—Vaya —murmura él, entre divertido y derrotado—. ¿Valium y café después de la absenta?

—Las noches son largas, cuando hay tormenta —apunta Renata, infiriendo tres o cuatro discursos distintos en una sola frase.

Interludio Catalina: La punta del iceberg

Tu carita de niño guapo
se ha ido comiendo el tiempo por tus venas

BEBE, Malo, malo, malo

En cuanto vimos a la primita Catalina en su casa enjardinada de Bagá, Ona y yo nos quedamos helados: seguro que todo lo que Jesús nos había contado solo era la punta de un iceberg monstruoso. Catalina era una excursionista vocacional y parecía una Heidi contemporánea. Gozaba de una salud pirenaica y de un carácter de luciérnaga, y con Guerau formaba una de las parejas más bien avenidas y envidiadas de la comarca. Pero antes incluso de formular preguntas concretas y dolorosas, solo de verla con el pelo corto y sucio y los ojos hinchados e inyectados en sangre, comprendimos que hacía bastante tiempo que no eran una pareja bien avenida en absoluto. No nos invitó a entrar en casa, adonde llegamos sobre las diez y media, y nos sentamos en la terracita, donde el sol pegaba de lo lindo. Entró a buscar café y pastas como una buena anfitriona y aproveché la ocasión para meterme sin pedir permiso. A las malas, le diría que tenía el intestino flojo.

Las malas, impresiones y constataciones, fueron que en la sala de estar no quedaba ni un solo electrodoméstico digno de precio. Habían desaparecido la pantalla de plasma consagrada al Barça, el equipo de alta fidelidad idolatrado por Catalina, y todos los ordenadores. Cuando me recobré del impacto y entré en la cocina, donde Catalina lloraba en sordina, me quedé de piedra ultracongelada. El lavaplatos, el microondas y la nevera también habían desaparecido.

—Se le ha ido la olla —articulé, como si hubiese resuelto el enigma.

—Ha venido esta noche —susurró Catalina, en tono culpable—.

He oído voces y golpes sordos desde arriba, donde dormía en la cama de la niña. Pero he pensado que había venido con alguien más a…

En veinte años largos de fumeta y yoncarra, veinte años de vivir y escuchar anécdotas de las más variadas y exageradas, nunca había visto un caso como el del primo Guerau. La madre que lo parió, y que me perdone la tía Mariona que en paz descanse.

En diez meses, empezando por los vehículos y las herramientas, Guerau se había fundido todo lo que se podía fundir del negocio, dos pólizas de crédito y los ahorros que le había dejado su madre. Parte del misterio lo aclaró Catalina al comentar que Guerau últimamente fumaba más cocaína que tabaco, y que un par de veces le había encontrado una jeringuilla. La cocaína fumada es un monstruo de la adicción, pero inyectada puede provocar episodios de alienación durante los que el enfermo pierde la balanza del juicio y olvida por completo la distinción entre el bien y el mal. Catalina, después de vomitar el primer sorbo de bilis, también nos confesó que la había maltratado físicamente más de una vez: un puñetazo preciso en la boca del estómago o un pellizco cruel en un pezón. El detonante debía de haber sido la muerte de tía Mariona, porque Guerau contaba con heredar al menos la mitad de las propiedades (como si eso fuera a solucionarle el problema), y se había enojado como una víbora herida al enterarse de que el patriarca, ahora propietario de todo, harto de las estridencias y exigencias de su heredero, tenía intención de testar a favor de su nieta y nombrar usufructuaria a la nuera. La tía había muerto el año anterior y Ona y yo habíamos subido al funeral. Guerau era un manojo de nervios en confusión, desde luego, pero lo atribuimos al trastorno del duelo.

El problema al que nos enfrentábamos aquel día en la casa donde Guerau y Catalina habían convivido bastante felices toda una década, era cómo enfrentarnos al problema. La gravedad de la situación aconsejaba dejarse de historias y presentar una denuncia formal, pero, entre parientes y con tantas drogas de por medio, prometía desastres. Intentar razonar con él, convencerlo de que estaba enfermo y necesitaba ayuda médica urgente, según Catalina era el mecanismo que más lo enloquecía, y el único amigo que en otro tiempo había tenido ascendente sobre él, era Jesús

precisamente.

Conseguimos que Catalina comprendiera que no podía quedarse allí con la niña, y la convencimos de que viniera unos cuantos días al hostal, a descansar y tomar un poco de perspectiva. Iríamos a ver al tío para contarle con medias verdades y sin hurgar en la herida aquello que él había vislumbrado antes que nadie: que su heredero tenía un tornillo flojo y la brújula averiada. Después pasaríamos por la escuela a recoger a la chiquilla y nos largaríamos hacía el hostal, donde los compañeros nos esperaban con el corazón encogido.

Pero mientras Catalina preparaba el equipaje en la habitación, en el piso de arriba, y yo me fumaba el pitillo número diez embelesado ante la ventana de la cocina, oí el cerrojo de la puerta principal. Se trataba del fantasma en persona, tan transfigurado que tuve que mirarlo dos veces. Tenía el pelo erizado como púas, los ojos hundidos de un cadáver y dos lunas de fuego por pupilas.

—Mira, si es mi primito —susurró con un sarcasmo corrosivo—. ¿Qué? ¿Has venido a consolar la florecilla de Catalina?

—Guerau… Tenemos que hablar, Guerau.

—No te metas donde no te llaman, yonqui de plástico. He venido a buscar mi moto y las joyas de mi madre.

—No te llevarás ni una cosa ni la otra.

Soltó una risita escasa, como si reírse de mí le diera pereza.

—Y me lo vas a impedir tú, el chuloputas de la familia.

Dio un paso frontal hacia la escalera y yo di uno lateral hacia él. Como un mago experto, se sacó de la manga una barra de aluminio.

—Si te acercas te rompo un hueso. —Fue la frase clave del truco.

Reconozco que me dejó paralizado. Sabía que no podía dejarlo subir porque Catalina no le daría las joyas y pillaría fuerte y flojo. Pero también sabía que, si me acercaba a él un paso más, si intentaba coger la maceta de la mesa y romperle la cabeza, me asestaría un trompazo vicioso con la barra.

—Le diré a Catalina que te entregue las joyas —repliqué, cambiando de opinión en dos segundos—. Llévate las joyas y la moto, a ver si te matas, pero deja esa barra y no subas ni un peldaño de la escalera.

Me temo que en ese momento vociferaba por fuera para no sentirme tan cobarde por dentro, porque me atenazaba el pánico. Entonces vi la sombra callada de Ona saliendo del baño y me moví

un palmo para que Guerau se volviera a medias y quedara de espaldas al pasillo.

—Al fin y al cabo, la moto es tuya y las joyas eran de tu madre, de modo que haz con ello lo que te dé la puta gana —insistí, para ahogar el silencio y ganar tiempo.

Eso bastó. La sombra catapultó un brazo armado con una mancha grande y blanca, y Guerau encajó el golpe en el cogote y cayó sobre el parqué como un trapo. El arma de Ona había sido una botella de jabón líquido de dos litros que había explotado como un volcán, y ahora el jabón se esparcía sobre el cuerpo inanimado de mi primo como lava de leche condensada.

Una de las cuestiones más difíciles de dilucidar respecto a los adictos, ya sea al caballo, al aguardiente o a las máquinas tragaperras, es cuántas veces hay que darles una segunda oportunidad. Ona y yo, por ejemplo, sufrimos varias recaídas terribles antes de superar la fase burra, y sin la ayuda de algunos parientes y amigos seguro que no lo habríamos logrado. Ella había tenido suerte de su padrastro y de la prima Lupina, y yo de mi hermano y su mujer. En consecuencia, nosotros éramos de aquellos que piensan, o quieren creer, que todo el mundo se merece una segunda oportunidad unas cuantas veces. Pero como remarcó el propio Guerau en el hospital, donde le trataban de un traumatismo en la base del cráneo y de una crisis de estrés mucho más profunda, para dar una segunda oportunidad a alguien, es preciso que la quiera.

Guerau no la quería. Ni una ni ninguna. Creo que en aquel momento se avergonzaba tanto de lo que había hecho, del escarabajo maligno en el que se había transformado, que solo contemplaba la posibilidad de huir y volver a empezar, aunque fuera de bajo cero, en otro mundo. Primero lo intentó en Marsella y después en Amsterdam, pero un alba de enero lo encontraron con una bala en la cabeza dentro de un canal suburbial. Si eres drogodependiente, como acostumbra a decir Anastàsia, por más fronteras y países que cruces solo podrás vivir en el mundo de la adicción.

En el fraseo caprichoso de la memoria, el retorno a la rutina del hostal quedó paradójicamente señalado por dos hechos extraordinarios. El primero fue la juerga de buenos presentimientos

que organizamos el día que Renata y Jesús nos comunicaron que habían decidido… ser padres, vaya; y el segundo fue cuando Jesús liquidó sus negocios legales e ilegales en la Cerdanya y se instaló en el hostal como una hormiga más de la familia. Ocho meses y siete días después, si no me fallan las cuentas neuronales, Renata parió a una niña que cuando tenía hambre chillaba: ¡Vaaaayaaa!

Para no perder el halo del nuevo faro, le pusimos Estel.

EL PÁJARO LOCO DE CAL PARDAL (2011)

I'm through with romance, I'm through with love

SIMON AND GARFUNKEL, Bye, bye, love

Aprovecharé este capítulo para trazar un apunte de situación, personal y geográfica, que seguramente debería haber introducido mucho antes. Hace casi tres años que Ona se enamoró de un bacalao noruego diez años menos jodido y barrigudo que yo y, para tragarme aquel sapo sin perder el juicio, resolví que lo menos doloroso sería mover el culo a compás de fuga. La casualidad quiso que mi hermano mayor y mi cuñada estuvieran a punto de emigrar a San Sebastián, donde la aseguradora le había ofrecido el trono provincial, y me refugié a precio de okupa en cal Pardal, la casona rural que se habían arreglado en la periferia de Calldetenes. Y para redondear la paga de minusvalía que cobraba del estado felipista, me planté como diseñador de páginas web y todo tipo de propaganda informática, que entonces parecía el futuro y ahora ya no tanto.

Ha transcurrido un embarazo entero desde que comí con Selosca en su esperpéntico Esguais, y casi medio desde la última visita de Àsia, quien, treinta y cinco años después, ha vuelto a Manresa para cuidar a su madre y trabaja en un programa contra la violencia doméstica. Después de un par de meses currando a destajo (se ve que este jodido trabajo siempre es muy urgente), a principios de junio me zambullí otra vez en la marisma de documentos, tangibles y virtuales, de eso que todavía llamábamos *Caballos reciclados* o *Los años coagulados*.

Corregí y volví a digerir los capítulos del hostal de la Sal, los últimos que había escrito, y pronto llegué a la conclusión de que tenía casi trescientas páginas del tronco de una novela con muchas ramas y ninguna conclusión. Hallé páginas sueltas atractivas y alguna trama de tela buena, pero no encontraba por ningún lado el

hilo que, de una u otra forma, tenía que religar todos los contenidos.

Fue la noche de Sant Joan, mientras la magia de los arcanos se esparcía por el mundo, cuando me visitó un sueño clarividente. En el cámping del Pirineo, alrededor del hogar, se había dado cita una docena de apóstoles venidos de todos los repliegues de mi vida, y discutíamos sobre la decencia y la honradez de utilizar vivencias propias, y especialmente ajenas, como harina para amasar un panecillo de literatura. Estaba Guerau, que todos sabíamos muerto pero se había presentado sin invitación y me quería cortar el cuello en rebanadas por el trato que le daba en la ficción. Estaban Jesús y Renata. Y Ona y Knut, y Anastàsia y Lupina, que aparentemente también eran pareja. Estaba Catalina, que se había convertido en mi compañera y tenía celos de Ona, y Nicolau
d'Es
Torrent, que era el propietario del negocio y me miraba de través porque le debía dos meses de alquiler. El gran ausente era Selosca, que tenía que llegar de un momento a otro en helicóptero, pero para compensarlo había venido Lorenzo Deloro a regalarnos un concierto privado.

Me pasé la mitad de la mañana fumando canutillos bajo la sombra del porche, repescando de la inconsciencia reciente aquellas imágenes, personajes, chispas de un absurdo coherente. Cuando ya tenía los espaguetis en la mesa, fui a vaciar las tres cervezas que me había zampado y, a medio chorro, me sobrevino. No era la primera vez que durante el acto abstracto de la micción se me encendía una lucecita que, a la corta o a la larga, iba a permitirme descifrar algún misterio literario más o menos insondable.

Tendría que invitar a aquellas personas, las que seguían vivas y al alcance, a una reunión de fin de curso en cal Pardal. Tendría que convencerlas para que me permitieran diluir las últimas fronteras entre realidades de la memoria y ficciones de la imaginación, y a partir de ahí acabar de expulsar a la criatura y lamerla. Esbocé una lista y me enchufé al teléfono. Perla, que se había convertido en un milanés casado y con tres hijos, acomodado y de derechas, me dijo que le enviara por email lo que fuera y que lo miraría, pero que de venir a Cataluña a contar chismes sobre fantasmas y fantasmadas ni hablar.

—Aquella fase de mi vida la guardo dentro de una caja fuerte de la memoria como una pesadilla prohibida —canturreó, más alegre de lo que probablemente se sentía—. Recuerda, Niel, que ni mi mujer lo sabe. Y las niñas… se morirían de vergüenza.

Me quedé mudo. Parcialmente mudo. Acordamos que le enviaría el borrador general y le indicaría en qué capítulos se narraban «sus» aventuras. Le comenté que en la ficción era mecánico de motos, un especialista, y que le había endosado un sobrenombre: Perla. Eso le divirtió y resquebrajó el hielo. Pero no teníamos nada más que decirnos y, al cabo de un momento, colgamos.

Acto seguido llamé a Àsia a su despacho de Manresa. A ella, eso del reencuentro ecuestre le pareció una idea estupenda, y de pasada me sugirió un par de nuevas: tendríamos que embastar unos retales sobre los tráficos en *les Illes* y, según dijo, para cortar bien el patrón debíamos enfilar juntos la aguja. También creía que Ona reclamaba más presencia: los tormentos sindrómicos de cal Gallaret habían de mostrarse a la fuerza, y era preciso relatar en cierta medida (como ahora acabo de hacer) nuestra despedida, que pronto contará tres años pero todavía me escuece.

—Oye, ¿por qué no subes un fin de semana y preparamos el sofrito?

—Cuando quieras. Ya sabes el precio.

—¿Qué precio?

—Dormir contigo sin hacer el amor.

—¡Malaputa!

Estallamos en risas, casi felices durante dos segundos, y quedamos en llamarnos el jueves para confirmar horarios. Después le mandé un email a Josep Selosca para explicarle el proyecto y al cabo de un rato me contestó desde Río de Janeiro.

Buenos días, caballero sin montura, ¿qué cuenta Cataluña? ¿Aún no habéis declarado la independencia?

Hoy en Río la mañana es más bien fría, lluviosa y ventosa, muy apropiada para quedarse en casa a leer o escribir. Aunque me da miedo que pongas más ilusión de la que merece, en el fondo me complace comprobar que conservas la fe y que mantienes los cuernos clavados en esa entelequia titulada *Caballos noséqué*.

Respecto al encuentro de espectros y almas en pena, me apuntaré gustosamente: seguro que vamos a reír y a llorar a placer.

Sin embargo, los negocios me retendrán en el hemisferio hibernal hasta la mitad de agosto. Sobre la posibilidad de organizar el sarao en el chalé del Garraf, me sabe mal pero lo he alquilado a unos ricachos mejicanos y tendríamos que esperar al próximo año. De todos modos, si puedo darte mi opinión, teniendo en cuenta que en tu nido no caben más de cuatro pájaros, el lugar idóneo sería el hostal de la Sal, donde entre semana dispondríamos de la calma y la privacidad necesarias. Ya me dirás qué, míster Nobel.

Cuídate la barriga y no abuses del hígado.

Con ternura y añoranza, Josep S.

Aproveché al vuelo el segundo café bautizado con whisky para redactar una lista de escenas, alias capítulos, alias épocas, que por una cosa u otra «fueran» imprescindibles para perfilar el cuerpo final de la presunta novela. Eran las ocho cuando una lucecita interior me iluminó un título que precisamente evocaba eso: una época.

FORMENTERA LADY (1982)

I want to fly like an eagle till I'm free

STEVE MILLER BAND, Fly like an Eagle

Se oye el Preludio de las Gaviotas mientras desovillo el último rizo del sueño en dirección a la consciencia. Soy un ícaro perfecto (por alas llevo una sábana de seda invisible) que, caprichoso como una gaviota, planea diez o doce metros por encima de los rompientes, risueños de jaloque. La playa es una cinta dorada, casi de cobre, que se evapora lentamente al compás de la brisa matutina y de un sol de julio. Me lanzo en picado contra los cristales de la resaca. Pesco una sardina despistada y me la trago al vuelo. En vuelo. Oleando suavemente como una pluma hacia la cinta de arena vaporosa, donde hay una figura tendida bocabajo. Al principio, quizás por la melena rubia hasta media espalda, me imagino una chica esbelta. Pero cuando me acerco un poco más, veo que es un pavo de unos veinte tacos que solo tiene pelo en la cabeza. Y de repente me doy cuenta de que soy yo, yo mismo, durmiendo en una playa desconocida.

Me acuerdo de ese despertar entre tantos otros porque, entre el sueño de la gaviota y el engranaje de la consciencia, viví y sufrí por primera vez lo que años más tarde bauticé como el Síndrome de la Realidad del Síndrome. Resulta difícil explicarlo con palabras porque pertenece al universo de las sensaciones profundas, pero vendría a ser el vértigo de darte cuenta, mientras duermes, de que estás cerca, a medio minuto o pocos segundos, de estrellarte de cabeza contra la propia realidad.

Años después, cuando mejor o peor conseguí analizar el fenómeno, el ataque de pánico previo al despertar me inundaba y ahogaba los días en que, soñando, me sentía tan libre de la telaraña de la heroína que ni tan siquiera me acordaba de ella. Cuando poco a poco recobraba la consciencia, me horrorizaba reincorporarme a

mi persona de yonqui, con todo lo que implica esta palabra terrible.

Aquel día en la playa desconocida aún era un aprendiz, casi se podría decir que la vigilia me había tragado mi primer mono cabreado, y no me podía ni imaginar todos los que me aguardaban. Al principio, cuando abrí los ojos y me di la vuelta en pelota picada como un calamar de cara al cielo y al mundo, no sabía dónde estaba, ni qué hacía ni cómo había llegado allí. Tenía una sed horrorosa y me dolían todas las fibras de todos los músculos de todas las moléculas. Tosí una flema coagulada de vicio doblándome por el estómago como un muñeco de muelles, y recordé que me dolía la barriga. Un dolor vivo y constante como si fuera de muelas. Ese dolor me obligó a emerger a la realidad. Aunque todavía fuera desmenuzada y confusa.

Estaba en Formentera, en una cala bajo la Mola. Había llegado cuatro días antes, si no me fallaban los dedos, invitado por Grace. Grace se llamaba Gràcia Sevilla y vivía en el barrio de Gràcia de la capital barcelonesa, pero se había ganado ese alias porque era una fan obsesiva de Grace Slick; ya fuera en Airplane, en Starship, en The Great Society o en los álbumes en solitario, porque sobre ella lo conocía todo, todo, todo: obra, vida, matrimonios, adicciones, calvarios y resurrecciones.

Había conocido a Grace de Gràcia unos meses antes en las fiestas del barrio, me refiero a su barrio, en un concierto de la Orquesta Platería en la calle Verdi. Coincidimos en una terraza tomando algo de pie, y se percató en seguida de que el pitillo que acababa de pasarme Belmondo no olía ni a costo ni a maría. Empezamos por compartir un cilíndrico encaballado y terminamos bailando juntos al compás de la fiesta. Ella sabía bastante y yo no tenía ni idea, pero eso fue lo más divertido y lo que, tres o cuatro horas más tarde, cuando el alba ya se infiltraba en la madrugada, nos llevó a bailar juntos en su cama, al compás, evidentemente, de media docena de elepés de Grace Slick.

No le gustaba esnifar (aún) pero se fumaba los pitillos de caballito como si fueran de chocolate. De chocolate de pastelería. Ella iba con una amiga a la que no recuerdo y yo, como ya he dicho, con Belmondo y una mariposa que había cazado un par de semanas antes. Ellos dos se pasaron la noche en el sofá de la salita mientras Grace y yo hacíamos el amor sin mucha gracia: ella había

bebido demasiado y yo iba demasiado colocado.

Cuando al día siguiente por la tarde nos dijimos adiós, ya sabíamos que era un hastapronto, porque me había regalado una muestra de hierba filipina excelente, y quedamos en que la llamaría para comprarle cien gramos de prueba. Durante aquella prehistoria, la marihuana de luxe no era especialmente apreciada en comarcas, pero Belmondo conocía a media docena de pavos un poco mayores que yo que, cuando la hubiesen probado, nos la quitarían de las manos.

De ese tráfico en particular y de un par de revolcones no tan ciegos y más aprovechados, lo único que vale la pena comentar es que, después de tres o cuatro cañitas filipinas y tres o cuatro birras catalanas, me hice un lío con la aritmética e insistí en pagarle la mandanga a dos mil pelas el gramo en vez de a quinientas, que era el precio acordado. Grace casi se ahoga de risa: qué traficante más capaz, iba repitiendo entre carcajadas. Ya sé que habría podido perseguirla fácilmente, sabiendo dónde vivía, pero la anécdota me dejó buen regusto de boca, claro. Esta tía es legal, Niel, me repetí no sé cuántas veces mientras subía hacia el Triángulo de las Perdidas (ilusiones, almas o personas), tal como habíamos bautizado a la telaraña suburbana que se deshilacha entre Vic, Manlleu y Torelló.

La filipina tuvo un éxito notable, y la relación y los trapicheos con Grace de Gràcia se doblaron. Cada dos o tres semanas bajaba al barrio, pasaba una noche o un día entero con ella, y me llevaba un paquete o dos de cien gramos. Ella a veces me pedía un cuartito de burro, que en aquella época yo siempre llevaba escondido en algún sitio, e insistía en pagármelo, aunque fuera a precio de coste. Cuando nos veíamos actuábamos como pareja (como una pareja que no se ha visto desde hace días), pero en realidad no lo éramos. De entrada, nunca habíamos hablado de ello. De salida, yo esa primavera salía con la hermanita de Xavi Roure (sin que él lo supiera, desde luego), y si estaba enamorado de una de las dos era de ella.

A finales de mayo más o menos, la chavala de cal Roure me plantó un ultimátum en los morros: si yo no dejaba de hacer el burro con el caballo, ella me dejaría a mí por burro. Le aseguré (inocente e imbécil) que podía quitarme cuando quisiera, y empezó

a reírse muy triste y me contestó que ahora mismo. Reconozco que me quedé petrificado: cuando empecé a planteármelo en serio, el problema se agrandó hasta el punto de que no me cabía dentro. Al final le concedí que tenía razón: necesitaría un poco más de tiempo, pero, por ella, por ella lo lograría.

—Hasta que no lo hagas por ti, Daniel, solo por ti, perderás el tiempo —sentenció la ninfa de cal Roure como una siquiatra especializada—. Pero como te quiero mucho mucho más de lo que mereces, esperaré hasta el día de mi cumpleaños.

La chica cumpliría veintiún años el treinta de octubre y quería que, para entonces, mi regalo fuese un proyecto de abstinencia creíble. Confieso que yo, a diferencia de ella, con un poco de planificación y esfuerzo, lo veía perfectamente posible. Lo que más me jodía y me jode aún es que mientras tanto nuestra relación entró en paréntesis y ya no salimos más.

No lo digo como excusa, más bien al contrario, pero la verdad es que las estancias en el pisito de Grace crecieron en las tres dimensiones. Iba más a menudo, me quedaba más días y, aunque fuera sin hablarlo en absoluto, empezamos a vivir como la sombra de una pareja. Y un día me invitó a pasar un par de semanas de julio «en una barraca más o menos habitable de Formentera», según su descripción, a poca distancia de la Mola.

—Si es verdad que quieres comerte el mono, allí nadie te molestará. —Y después de chupar el cilíndrico trucado de turno, con un inciso preciso de sonrisa, añadió—: Pero no esperes que te haga de niñera, ¿eh? Yo voy de vacaciones y paso más días en Ibiza que en la barraca.

Estoy en una cala discreta de Formentera de la que no sé el nombre, y Grace desapareció anteayer a última hora de la tarde sin decirme adónde iba. Si un día encuentro la paz y el oficio para extraer un relato de la anécdota, lo titularé «Cómo caer del cielo al infierno en cuarenta horas clavadas». Cuando el martes o el miércoles llegué al aeropuerto de Ibiza a media mañana, Grace me esperaba fuera y me recibió tan cálida y distante como siempre. Un par de morreos cortos esperando al autobús y un par de tiras rápidas en el lavabo de un bareto del puerto, mientras hacíamos tiempo hasta que llegase *sa barca*.

Comimos tarde en un hostal casero

d'Es
Pujols donde todo el mundo conocía a Grace de toda la vida, y subimos a un autobús del siglo XIX para llegar al faro de la Mola. Andamos un par de kilómetros más bien largos (yo llevaba quince kilos en la mochila y no estaba acostumbrado), y finalmente llegamos al nido, más que de pájaros de ratones. La sala principal, con una chimenea aborigen en el rincón, era una barraca de pastor relativamente amplia. Aprovechando una pared derrumbada, alguien había añadido una recámara de losas y ladrillos con techo de ramas y glebas, donde se hallaba un gran agujero con forma de lágrima. No había ningún tipo de ventana y por persiana usaban una manta gruesa color diarrea. Pero cuando llegamos, lo reconozco, me pareció un santuario lleno de magia.

Después de unas tiritas necesarias y merecidas (ella también empezaba a encontrarle la gracia), nos hicimos el amor un buen rato en el único lecho de la guarida, y luego bajamos a la playa a bañarnos de atardecer. El cielo debía empezar allí, con un par de cervezas frías y un par de cañas de maría, tailandesa según precisó Grace. Y continuó toda esa noche, gracias a una sabia provisión de fruta, vino blanco y sardinas sazonadas. Y el casete estéreo que ella administraba en dosis prudentes para no agotar las pilas antes de medianoche.

Tal como había profetizado, con la resurrección del dios sol llegamos al zénit de aquella burbuja preciosa, casi diría perfecta si no fuera porque (por mucho que yo no quisiera verlo) tenía las horas contadas. Sin deseo carnal explícito, creo que volvimos a copular, como quien se acurruca dentro de su propio cuerpo, cuando el alba rompía aguas. Y poco después del parto, nos sumergimos un rato en el seno fresco del mar y enfilamos el camino empinado que subía a la barraca.

Fue uno de los días más felices de mi existencia estrambótica. Errática. Laberíntica. Y sin duda, uno de los más hippies en el sentido conceptual del término. Desnudos como babosas, nos lavamos en un comedero de ganado, procurando no ensuciar el agua con jabón para no contaminar a los animales. Cocinamos en el fueguecillo de la chimenea abierta, para tostar pan o asar cebollas y pececillos, y no pusimos música hasta que la puesta de sol nos llamó otra vez a la playa. Esa noche, sin embargo, tuvimos visita y

ampliamos horizontes. Cuando los naranjas ya eran granates y los verdes se desmenuzaban en lilas, aparecieron tres sombras risueñas en una barca en pena.

—Yo me llamo Mickey, como Mickey Mouse —exclamó la sombra que reía más fuerte, columpiando un acento cajún y una bolsa grande de lona llena de hielo y provisiones—. Ellas son Àsia y Mònica.

Me lo dijo a mí, claro, porque personalmente o de saludo, en Formentera todos conocían a Grace.

—Yo me llamo Daniel y solo hace dos días que llegué al paraíso.

No debí decirlo. Es preferible no tentar al destino, azar, fortuna que gira, porque Murphy (o Caos, que todavía es más poderoso) tienen un oído muy fino y se encienden como la yesca. Se ofenden a la primera de cambio y, cuando alguien se atreve a declarar en voz alta y clara que es feliz o casi, empiezan a agitar el calidoscopio de las circunstancias hasta que el espejismo se rompe en añicos. Juraría que el signo de Grace cambió de horóscopo en ese preciso instante.

O acaso después de cenar una docena de carabineros a la brasa de un fuego de ramitas. Si la memoria no me engaña como hace a menudo, las dos desconocidas y yo salimos a dos por barba, y el tal Mickey y Grace, a tres. Es un detalle, lo sé, pero apunta a hechos posteriores. Que resumidos en prosa escueta son que, después de compartir un termo de café bautizado y dos puritos de mi borrico, Mike y Gràcia desaparecieron nadando sobre el esperma reluciente de la luna menguante.

Àsia: cara B (1982)

One pill makes you larger and one pill makes you small

JEFFERSON AIRPLANE, White Rabbit

En el casete, que Grace no había apagado, sonaba «White Rabbit», y el pobre Daniel, aquella sombra simpática pero confundida, también sufría por un conejo de raza blanca. No es mi pareja, replicó a la defensiva cuando le dije que los dos fugitivos no volverían hasta el mediodía en el mejor de los casos.

—La mía tampoco —precisé por si acaso—. Yo soy lesbiana por activa y por pasiva. Mickey es un machista asqueroso y si lo soporto cinco minutos, es porque estoy colgada de Mònica, que…

—¿Que qué?

En ese momento, Mònica, unos metros más allá, pasó de un llanto seco y mudo a unas convulsiones de urgencias. Me acerqué a ella chasqueando la lengua asustada.

—¿Estás bien? (*silencio de vómito*) ¿Qué te pasa, Mònica? (*silencio de tos y salivas*) ¿La cena te ha sentado mal? (*silencio afirmativo y sorbo de la botella de agua que yo le ofrecía*).

Lentamente, le mojo la frente, el cogote, las sienes, las órbitas, el cuello, y se relaja un ápice. Pero en seguida me doy cuenta de que alucina como una mariposa, y comprendo que lo que le ha sentado mal es el volcán rosa que Mickey nos ha repartido antes de venir. Al cabo de un minuto es evidente que Mònica lo está pasando fatal y tiene miedo de cosas y seres que afortunadamente solo ve ella, pero al cabo de dos intuyo que, si no encontramos una manera de tranquilizarla, nos arrastrará indefectiblemente hacia una espiral de paranoia muy peligrosa. Y resulta que empieza justamente ahora, cuando el tal Daniel, el recién llegado, se acerca circunspecto y con una linterna diminuta le examina la cara y especialmente las pupilas.

—¡No me toques, Hijoputa! ¡No quiero follar contigo! —le dispara Mònica junto a una patada, por suerte con el pie descalzo.

Le ha dado de lleno en los labios y el intruso se seca un hilo de zumo de rubí cuando un bufido de brisa marina levanta el último latido de los rescoldos moribundos.

Daniel, el recién llegado, se portó muy bien anteayer con Mònica y conmigo. No sé qué podría haber pasado ni cómo habríamos terminado, si él no hubiese asumido la situación por los cuernos. Primero nos invitó/recetó un par de cigarritos con una punta de jaco que llevaba preparados y, cuando el opiáceo nos calmó un poco el calambre lisérgico, nos llevó por el sendero hacia la barraca, donde nos invitó/aconsejó una tira estirada y un rato de reposo.

Mònica se durmió en seguida en el banco de la chimenea y nosotros contemplamos la luna menguante un par de horas sentados en el poyo de la entrada. Con el casete suave reproduciendo

cualquier cinta en la que no cantara Grace Slick. Le dije que le compensaría el caballito con que nos había untado el mal viaje, y me contestó que gracias, porque le quedaba poco y alucinaba con la sombra de un

king-kong

por todas partes. Entre risitas contenidas, porque la idea me hizo gracia, le expliqué que los monos forman parte del paisaje yonqui y es preciso asumirlos sin alarmarse, aprender a convivir con ellos hasta extraerles provecho. Me pareció que no entendía nada, quizá por falta de experiencia.

—¿Tú no eres de aquí, verdad? —apuntó al cabo de un momento con medio interrogante—. No tienes ni el acento ni las expresiones baleáricas características.

Aunque no soy propensa a las confidencias familiares, le comenté que era una *benplantada* manresana y que había aterrizado en Ibiza cinco o seis años antes, cuando mis padres se habían divorciado. En parte, puntualicé, se habían divorciado porque una compañía de seguros le había hecho una espléndida oferta profesional a mi padre, y tenía la intención de trasladarse aquí con toda la familia, pero mi madre le había espetado que ya estaba harta: de él, de su trabajo y de todo el rollo. La consecuencia había sido el rompimiento efectivo de la familia. Felisa, la mayor, estaba terminando derecho en la Central y no se inclinó por ningún bando sino justo lo contrario. El chaval, en cambio, que aspiraba a ser más famoso que Björn Borg, aceptó acompañar a nuestro padre si le pagaba la matrícula de una escuela de tenis de lujo. Y yo terminé el COU como una buena chica, pero después vine a Ibiza a pasar el verano y me quedé.

Niel correspondió contándome que era de Manlleu, hijo de un contratista politizado y de un alma bendita que trabajaba de ama de casa y hacía horas de modista.

—Mi hermano, el único que tengo, también vende seguros —masculló como si aquello señalara el fin de los secretitos.

Después nos tumbamos en el lecho, el uno al lado de la otra, y cuando ya me dormía noté que se levantaba. No sé si fue a vaciar el depósito o a aliviarse la erección, pero al volver cogió el saco de dormir y se tumbó en el rincón, sobre las esteras de cáñamo raídas que cubrían el suelo de tierra compactada.

Dormimos como marmotas hasta mediodía. Desayunamos fruta fresca y una taza de café recién hecho con leche, y le dimos las gracias tres veces cada una mientras nos bañábamos en el comedero. El recién llegado se quedó sentado en el poyo como un lagarto y nosotras nos dirigimos como tortugas hacia la carretera. Hicimos autostop hasta el casal de Es Poblet des Torrent, donde yo pasaba unos días a expensas de Nicolau. Allí nos duchamos como personas civilizadas y nos tumbamos en la cama, no mucho más ancha que la márfega de la barraca. Cinco minutos después, Mònica ya «roncaba» y quien tuvo que levantarse a mear y aliviarse fui yo. Cuando por fin me dormía, de espaldas a Mònica para no excitarme de nuevo, se me ocurrió que habíamos dibujado un triángulo frustrado casi perfecto, porque si Mònica hubiese compartido el lecho con él, seguro que se habrían enrollado antes de darse cuenta.

Daniel se portó muy bien anteanoche con Mònica y conmigo, y por eso le he pedido el Llengot a Nicolau y he ido a verlo. He aparcado el trasto (el Llengot es un doscaballos descapotable color verde manzana) a cincuenta metros de la barraca, pero estaba vacía y he bajado a la cala. Me lo encuentro allí, desnudo como una babosa, medio dormido y bastante enmonado.

—Hola —bosteza con voz pastosa y ojos llorones, disimulando una erección matinal con la toalla—. ¿De dónde sales, sirena?

—Hola, Daniel. He venido a verte porque quiero hacerte una propuesta deshonesta. Pero nada de sexo ¿eh?

—¿Sexo? ¿A quién se le ocurriría?

—¿Qué te parece si empezamos por un baño?

—Que me ahogaré. Estoy más chafado que un grano de uva exprimido.

Le cojo una mano y tiro de él hacia arriba. Mientras avanzamos hacia el agua a saltitos, me quito la camisa de algodón crudo que me tapa las desvergüenzas y nos zambullimos como arenques dentro de las olas salobres. Después de nadar y hacer el ganso cinco minutos, reconoce que acerca de esta primera propuesta yo tenía razón: el chapuzón le ha espabilado un poco.

Salimos y enfilamos el sendero. En la barraca, para que no sufra, lo invito a una raya gruesa de turco de segunda clase. Me lo agradece como si fuera morfina cristalina y lo celebramos con las dos últimas cervezas de la nevera (en la barraca no hay corriente,

claro, pero alguien ha enchufado un cable para conectar el casete y un cacho de nevera, sin los que ningún hippie puede sobrevivir como es debido).

—Tenemos que hablar de negocios. Pero antes iremos a comer a casa de un amigo mío, que pareces un lázaro.

—¿Lázaro?

—Sí, hombre. El que resucita el tercer día.

Daniel ha recogido cuatro prendas y tres molestias para meterlas en su mochila y cruza el umbral detrás de mí.

—¿No cierras?

—Cuando llegamos estaba abierto —contesta distraído—. ¿No era Fénix el que siempre resucita?

Pienso. En la puerta invisible que separa al ave Fénix egipcia y al Lázaro evangélico.

—No me líes. Si te portas bien, después de comer te presentaré a una amiga mía superchula.

—Eso pinta bien.

—No te hagas ilusiones, pervertido. Es una yegua.

—¿Una yegua?

Lo miro como si fuera un asno.

—Sí, hombre. Un caballo hembra.

Se para, en medio del camino, como si no supiera de qué le hablo.

—¿Y tiene un cuerno en la frente? ¿Dos alas en los flancos?

Me lo pienso.

—Para mí, sí. Es un mito.

Suelta media risa rígida y la rompe como un mimo.

—¿Y cómo se llama esa yegua fabulosa?

—Formentera lady.

TRÁFICOS BALEÁRICOS (82/83)

Looks like I'm leaving, leaving again
same old ticket, babe, same old train

KEVIN AYERS, Valium and Champagne

DANIEL: *la yegua y el plan*

El cubil comunal de Nicolau en Es Poblet des Torrent era un caserón con dos plantas y media docena de anexos que antes había sido muchas otras cosas: atalaya, convento, cuartel, prisión, y finalmente masía. Nicolau era un hombretón adusto que también llevaba un pliegue de pretéritos escritos en la mirada: amistosa, expectante, cuatridimensional. Y la yegua, naturalmente, tenía su propia historia: un amo la había maltratado cuando era una criatura y ahora tenía una vena loca. Solo se dejaba montar por Nicolau y por Àsia, que la habían rescatado y criado, y con ellos corría como el viento que no pregunta. Pero no podían llevarla a las carreras porque no soportaba las multitudes, ni de humanos ni de equinos.

Llamé a la yegua cantando la canción de King Crimson. Más contento que un payaso feliz porque Àsia, después de comer, me había invitado a otra sulfatada de turco. La yegua se acercó siguiendo el compás, y me aceptó la zanahoria de la mano derecha y una caricia tranquila en el cuello con la izquierda. Después me enseñó los dientes mirándome fijamente y sonrió. O por lo menos esa fue la conclusión a la que llegó Àsia, quien, evidentemente, me hacía la prueba del nueve. O, mejor dicho, la prueba de la yegua. Debí de pasarla con buena nota porque en ese mismo momento, sentados al pie del redil abierto y con la yegua como testigo, me explicó su plan.

Resumido a la esencia, su plan era transportar a Ibiza cincuenta o sesenta gramos de aquella heroína rocosa presuntamente tailandesa que yo le había comprado a Àngel Ruix. Àngel trabajaba

de interventor de una entidad bancaria de Sabadell y vivía en Esparreguera, donde era tesorero del club de natación, vicepresidente de la cofradía de cazadores y factótum de la asociación filatélica. También era el traficante, de heroína y cualquier otra cosa que dejara un buen margen, con el mejor material y la avaricia más podrida de todos los que había conocido. Robados o afanados, compraba joyas, sellos, monedas, escopetas y aparatos de sonido y de imagen.

La única condición, eso sí, era que fueran de gama alta. Solo abría la tienda los lunes, miércoles y viernes de cinco a ocho de la tarde, como un médico que pasa consulta, y si te presentabas otro día o a otra hora, te cerraba la puerta en los morros y ya no te la abría nunca más. No servía pedidos de menos de cinco gramos y, si te faltaban mil miserables pelas, te quitaba el triple como quien te hace un favor. La compensación, como ya he dicho, era que siempre tenía mandanga de primera y una balanza aceptable.

Si iba a verlo con la pasta en la boca, Àngel haría todo lo posible para atar pronto la venta: cincuenta gramos de una tacada no se facturan cada día.

ANASTÀSIA: *la pasta y el socio*

De la pasta, naturalmente, tendríamos que encargarnos Germán y yo. Germán exporta la mitad de lo que mueve a Mallorca, donde tiene unos cuantos clientes refinados que «le comprarían más si fuera de mejor calidad», y coloca la otra mitad en Ibiza entre dos o tres mayoristas de barrio. Yo me encargo en Ibiza de los esnifotas adinerados y de los hippies que, por vicio o por esnobismo, se suben al jamelgo de vez en cuando. Pero también tengo un par de clientes ocasionales en Formentera que a menudo se quejan de la calidad.

Daniel dijo que no creía poder conseguirlo por menos de diecisiete mil el gramo, contando con una comisión honrada, y Germán y yo aceptamos a la primera porque habíamos acordado previamente que, por aquel material, podíamos llegar hasta dieciocho quinientas. Un pedido de cincuenta gramos a diecisiete mil piastras la unidad, sumaba

850 000

pesetas, a las que deberíamos añadir

más para viajes y dietas. El primer obstáculo, por tanto, sería sacar la pasta a escondidas. Pero Daniel dijo que no había problema: desató un gorila de plástico que llevaba colgado de su mochila y nos enseñó que, debajo, había una tapa de un par de centímetros de diámetro.

—Solo hay que sacar este relleno de arena sintética —dijo, vaciándola sobre la mesa—, meter el rollo de billetes en una bolsita y adherirla al cráneo del gorila con una gota de cola fuerte. Después metemos el relleno de nuevo y ajustamos la tapa.

—Muy ingenioso —opinó Germán.

—Lo tienen tan a la vista que no lo ven.

—Pero no pensarás traer el jaco del mismo modo, ¿verdad? —intervine, con un escalofrío.

—No, no. Tenemos que pensar en algo un poco más sofisticado. Pero he tenido una idea.

DANIEL: *la idea y el azar*

La primera remesa la introdujimos en el mango de una raqueta de tenis. La idea les divirtió: el azar quiso que el hermano mayor de Àsia fuera un campeón de la isla propietario de una tienda especializada.

El miércoles a primera hora volamos a Barcelona en el mismo avión pero por separado. Alquilamos un coche y nos instalamos en un hotel de dos estrellas y media del centro, porque no quería ni acercarme al Triángulo de las Perdidas. Antes de comer visitamos un par de paraísos del tenis, donde Àsia escogió dos raquetas de primera clase y unas cuantas muñequeras de marca. La excusa, en caso necesario, sería un regalo para sus sobrinas. Por la tarde fui a Esparreguera a ver al Àngel del demonio, y después de jugar un rato a las subastas acordamos un precio y una fecha: al día siguiente, jueves, a las cuatro y media. Aparentemente el montante de la compra permitía ajustar el horario comercial. Y a cambio de mostrarle el rollo de machacantes, que llevaba en un descosido del forro de la chaqueta, me vendió un gramo solo, pesado y sin penalizaciones.

Desde el bar al que entré para zamparme una línea

reconstituyente, llamé a Ramiro, un vecino de Manlleu diez años más yayo que había heredado una casa y una carpintería en las afueras de un pueblo llamado, oh Cataluña, Viladecavalls. Quedamos allí una hora más tarde y, una vez dentro del garaje con una cerveza en las manos y un porro en marcha, le describí la artesanía que esperaba de él. Se calzó unos guantes de látex para no ensuciar las bolsas protectoras con huellas delatoras y estudió las raquetas del derecho y del revés, sopesándolas como un profesional. Pesó una y dijo que, si las comparaban, cincuenta gramos se podían notar.

—Creo que tendremos que añadir un poco de lastre.

—Mañana por la tarde vendré con todo el alijo. Tú mientras prepara el mango. Y recuerda que tenemos que volver a envolverlo tal como está.

Me miró como si lo hubiese insultado. Y cuando le pregunté qué me cobraría por el servicio, me sorprendió proponiéndome medio gramo de aquello.

—El trato me parece justo, pero ¿desde cuándo te endiñas burro, tú?

Contestó que solo una punta los sábados. Sacando el sobre para delinear dos paralelas simpáticas, le aseguré que aquella canción ya la había oído mil veces. Diría que, cuando empezamos a engancharnos, todos cantamos nuestra versión.

ANASTÀSIA: *ecos de un Daniel pretérito*

Niel era un yonqui legal y le ofrecimos empleo en el Islands, un bar musical céntrico y excéntrico que tres meses antes habíamos arrendado yo, Germán y su hermano Andrés, donde ellos iban de amos y yo literalmente de culo. Eso decidió a Niel a establecerse temporalmente en Ibiza capital, y por eso se ingenió la segunda trampa con la idea de traer su coche. Hay que reconocer que, de imaginación, Niel iba bien servido.

Como signo de confianza, fuimos juntos a casa de sus padres, situada en una urbanización de clase media de Manlleu, y me presentó a su madre, «que se llama Mariona, igual que la tía de Bagá», remarcó como si eso lo aclarase todo. La señora parecía contenta de saber que era verdad que «Daniel tenía un buen empleo

y una buena amiga en Ibiza», y triste por que nos marcháramos tan de prisa.

—Quedaos a comer… Tu padre no volverá hasta la noche pero…

Le di un golpecito de complicidad al chico de la casa y aceptamos. Mientras él recogía una maleta de ropa de invierno y su madre preparaba un arroz con pollo, yo contemplaba la calle donde Niel debía de jugar de pequeño. Me sentía culpable, no sé exactamente de qué, porque aquella mujer de buena fe nos consideraba personas de buena fe. Se acercó al balcón donde me bebía una cerveza deliciosa y me preguntó al oído:

—¿Fuma muchos porros?

La pregunta me sobresaltó y tuve que recuperarme para responder. Mintiendo, desde luego.

—En el trabajo no. Lo tenemos… prohibido. Cuando cerramos sí, a veces…

—¿Vivís juntos?

—Sí. De momento se ha instalado en mi piso.

Suspiré, ciñéndome a una verdad engañosa, porque ella entendería que éramos pareja, pero no quería explicarle que era lesbiana de sopetón. Empezaba a arrepentirme de haber ido.

A las tres y media nos terminamos un café con gotas y subimos a un errecinco color paja que parecía en letargia profunda por no decir en coma. Paramos para llenar el depósito en una gasolinera impersonal, y nos lo curramos media hora con la manguera para quitar el polvo incluso del motor. Niel revisó los niveles y las bombillas, y finalmente pillamos una carretera, más retorcida que la cola del demonio, en dirección a Manresa, donde teníamos que devolver el coche de alquiler, que conducía yo.

Una vez en Esparreguera, me aparcó en un bar y se fue con el errecinco. Pero no tardó más de quince minutos en plantarse delante de mí con una cerveza recién servida y una sonrisa desconcertada.

—Me ha sorprendido. Dice que podemos atarlo hoy mismo. A las ocho.

—¿No querrá montarnos una pirula, ese aguilucho?

—Lo dudo mucho. Lo que querría son una veintena de clientes como nosotros.

—¿Y de dónde saca tanta mandanga y tan buena?

Niel encogió el cuello como un guiñol y arqueó las cejas como un pierrot. Con los ojos me indicaba el paquete de tabaco que había dejado encima de la mesa.

—Si quieres probarlo, dentro hay una papela.

—¿No es del mismo?

—Él asegura que un poco mejor. Pero no sé cómo lo puede saber, porque me juego un huevo a que nunca lo ha probado.

Cogí el paquete y encendí un cigarrillo como excusa para meterlo en mi bolso. Con el bolso en la mano y una sonrisa juguetona en las pupilas, me fui al servicio de señoras. Ya antes de salir estaba convencida de que el misterioso traficante de Esparraguera tenía razón: este material de aspecto marmóreo todavía era un pelín más duro, más limpio, más guapo.

DANIEL: *segunda parte y todavía más guapa*

Cuando Àsia volvió ya empezaba a hacerme efecto la tirita que Àngel, como demostración de máxima confianza, me había dejado esnifar en su despacho, y pensé que acaso fuera verdad que era un poco más contundente que el anterior.

Nos terminamos la bebida y, para no llamar la atención, dimos unas cuantas vueltas en coche hasta otro bar, en la ciudad vecina. A la hora acordada, volví a la consulta y me llevé cincuenta gramos pesados de aquella heroína con un descuento especial de quinientas pelas por gramo. Se lo comenté a Àsia lleno de orgullo y me respondió que me lo podía quedar.

—Si no me lo hubieses dicho, nunca me habría enterado —aclaró.

—Nos las gastaremos en dietas. La primera entrada por la aduana la hiciste tú con las raquetas, yo no corrí ningún riesgo, y debería haberte ofrecido la mitad de mi comisión.

Àsia rompió a reír y yo la imité.

—Bueno, el descuento que te ha hecho ahora suma veinticinco mil pelas —murmuró.

—Esta noche nos gastaremos una parte en una cena de ricos. Conozco un restaurante en Castelldefels que…

—¿Qué Coño se nos ha perdido en Castelldefels?

—Hoy es lunes y no vamos a embarcar hasta el jueves a

medianoche. Le dejaremos el paquete a Ramiro y haremos turismo un par de días. Si te parece bien.

Ella arrugó una ceja dubitativa.

—¿No te da mal rollo dejarle cincuenta gramos de tentación?

—¿A Ramiro? Estarán más resguardados en su taller que en mis manos, no lo dudes. —Y después añadí—: Tú y yo somos un par de esnifetas considerables, Àsia, y a pesar de las precauciones seguro que en algunos momentos damos el cante. Es inevitable: un ligero picor en las cejas o en las mejillas; un punto de relajación alrededor de los ojos y los labios… Si tenemos la mala suerte de que nos pillen con un gramito de batalla encima, nos libraremos con una tanda de diarrea, pero si nos pillaran con todo el caballo… Es preferible dejarlo quieto en Viladecavalls y hacer cincuenta kilómetros más el jueves.

El detalle del descuento le gustó. Que tuviera tanta confianza en Ramiro la admiró. Y que le presentara al personaje en cuestión la llenó de tranquilidad. Ramiro, puesto sobre aviso, nos esperaba con la puerta del garaje abierta para que pudiésemos entrar el auto directamente. Después de las presentaciones pertinentes, con una cerveza en la mano y un enrollado en marcha, le ofrecí el sobre pequeño por si lo quería catar.

—Si tenemos que hacer artesanías, prefiero esperar —replicó, siempre profesional—. ¿Qué te has inventado esta vez?

Le expliqué que hasta el jueves no iríamos a buscarlo y que pensaba copiar una idea que nos había contado aquel guaperas de Manresa. ¿Cómo se llamaba el manitas que les había arreglado el coche aquella noche en…?

—¿Fermín? ¿El colega de Alex Oscà?

—Ese. ¿Te acuerdas de cómo dijo que había escondido el burro, una vez que volvían de Amsterdam?

Ramiro insinúa una sonrisa. Después una risita.

—Pues si no vamos a hacer nada hasta el jueves, sí que me clavaría una punta en la nariz.

Abrí la papelina y, sobre un pedazo de formica, empecé a preparar tres cuñas sensatas. Àsia, de repente, se rebeló.

—Seguro que es una idea genial, pero si no me la contáis me va a dar un ataque —declaró, divertida como una criatura ante un acertijo.

ANASTÀSIA: *apunte de cama*

La escapada turística fue igual que unas vacaciones de pareja. Siempre cogíamos una sola habitación, fuera con cama grande o con dos de pequeñas, y, en todo menos en el sexo, actuábamos como una pareja enamorada. Creo que fue al día siguiente cuando, en el momento de pillar el sueño, me abrazó por la espalda y me murmuró al oído:

—Estoy jodido, Àsia. Jodido y loco. Me he enamorado de ti como un asno.

Estallé en risas y le estampé un besazo en los labios, pero sin separarlos.

—No te preocupes por eso. Yo también me he enamorado de un hombre por primera vez.

—Platónicamente, claro.

—Claro. ¿No has tenido nunca un amigo con quien convivirías gustosamente durante años y por el que sientes un afecto muy especial?

—Un par de veces —admitió después de un segundo de reflexión —. Pero puedo jurarte que no sentía por ellos lo que siento ahora por ti.

Rompí a reír de nuevo y encendí la luz de la mesita de noche para pillar un par de pitillos. Esa conversación íntima, cíclicamente inevitable, nos llevaría un buen rato y a una cierta controversia.

DANIEL: *el ingenio de Fermín*

Pasamos dos días estupendos en Sitges paseando y espiando locales musicales última moda. Lástima que ella. Pero ya se sabe que *You cant always get what you want* y que nadie es perfecto.

El jueves al mediodía partimos hacia Viladecavalls y lo aprovechamos para comer con Ramiro. El propuso un restaurante del pueblo y yo preferí cocinar lo que fuera en su casa, para que nadie nos viera. Nos tomamos el café en el taller, mientras el artista concluía la artesanía, por otro lado bastante más sencilla que la anterior. Primero se puso unos guantes de látex y después cogió la lata de aceite de mi coche y la vació dentro de una botella. Sacó los

cincuenta gramos, envueltos a la perfección, del cajón de sastre donde guardaba los tornillos perdidos, y los metió en una doble cubierta de plástico grueso, cortada a medida y sellada con fuego. A continuación, metió el cilindro en un par de condones que me había pedido (se ve que le daba vergüenza comprarlos en el pueblo), y finalmente cogió un frasco de plástico rígido con tapa de rosca que debía de haber buscado para la ocasión, y depositó en el interior el paquete con mucho esmero. Pilló un bote de cola extra y pintó una línea gruesa y espesa en un lateral del frasco. Después, poniendo la lata de aceite con el lado del tapón hacia arriba, metió el frasco encolado con unas pinzas torcidas y lo dejó caer sobre el otro lateral.

—Solo hay que esperar cinco minutos para que se endurezca. Y recordad que, para sacarlo, tenéis que cortar la lata —repitió por décima vez—. Así podréis vaciar el frasco sin problemas.

Àsia se giró a medias como una doncella tímida para sacar la bolsita de batalla del rincón del sujetador donde solía esconderla y preparó tres mechas más bien gruesas.

—Tú y yo —dijo, refiriéndose a mí—, hasta que mañana desembarquemos, tendremos que portarnos bien por cojones. O sea que este resto se lo regalaremos a Ramiro de todos modos.

—Yo ya he cobrado —protestó el carpintero, en referencia al medio gramo acordado—. Y muy bien, por el rato que he tardado.

—Nosotros no podemos llevárnoslo —sentenció Àsia, poniéndoselo en la mano—. Sería de imbéciles tomar todas estas precauciones y llevar el colocón pintado en la cara. —Y como si me leyera el pensamiento, añadió—: Si tienes miedo de monos extemporáneos, podemos preparar un par de cigarrillos discretos para que la travesía no se nos haga tan larga.

Mientras Ramiro llenaba la lata de aceite y la ponía en su sitio, bajo el capó del coche, la Formentera lady humana estiró un par de rayitas delgadas y las aspiró hacia el tronco de los cigarrillos, de donde antes había sacado un centímetro de tabaco. Casi siempre llevábamos un paquete de camel corto para no tener que hacer cosas raras con los filtros.

CONSTELACIONES EN EL TIEMPOESPACIO (1983)

Jupiter and Saturn, Oberon, Miranda and Titania, Neptune, Titan…
Stars can frighten

PINK FLOYD, Astronomy Domine

Cuando me di cuenta, habían pasado siete meses. Grace era un recuerdo difuminado, presuntamente en Gràcia, y Mònica me enviaba desde Madrid cartas reconfortantes, ergo llenas de mentiras. Yo había conocido al tal Daniel Alfals en una cala bajo el faro de Formentera un atardecer de julio. Juntos habíamos aliñado el primer tráfico una semana después para cubrir el verano, y habíamos engrasado el segundo a principios de octubre para no tener que repetir hasta el año siguiente. Después de Reyes cerramos el Islands hasta Carnaval para pintarle la piel y maquillarle la cara, y nos fugamos unos cuantos días a la casa/comuna de Es Poblet des Torrent. Confieso que, más que ninguna otra cosa, me moría de ganas de montar a lady a pelo y galopar por la playa. Qué orgasmo.

Ese fin de semana se celebraban las cuarenta velas del inefable Nicolau y el fiestorro se preveía superlativo. Empezó el viernes con una comida para una docena de apóstoles, cuyo postre fueron unos secantes con un *yin-yang* por emblema, que cada cual se cortaba a su medida. Yo no había probado ni una brizna de ácido desde el mal viaje con Mònica, aquel atardecer de julio en que Niel nos salvó del malrollo, y él probablemente tampoco, porque en el bar con cuatro petas y una punta de caballo trotábamos sin esfuerzo. En exceso.

Total, que ese viernes, con el café y los licores, nos partimos un LSD que al principio parecía tranquilo, pero cuando la casa y el patio y los alrededores empezaron a llenarse de músicos, magos, malabares y hippies en general, nos encogimos como caracoles y decidimos emburbujarnos (neologismo rimbombante que según Niel significa meterse en una burbuja de tiempoespacio).

—Vayamos a saludar el alba a la calita de la barraca —le propuse como un oráculo.

—A pie, no —replicó Niel, como si fuera posible.

—Le pediré el Llengot a Nicolau.

—No sé si nos encontramos en condiciones de conducir, *mon amour*. ¿Has visto la centaura que acaba de escupir la hoguera?

Estábamos en el balcón de la habitación que, una vez más, compartíamos castamente. La hoguera en el centro del patio, en torno a la que bailaban elfos, brujas y arcángeles en perfecta harmonía, había esparcido una docena de soles efímeros que, definitivamente, ceñían la silueta de una centaura.

El secante nos había subido de lo lindo y empezaba a hacer de las suyas. Pero ahora ya sabía cómo amansarlo. Dibujé un par de ondulantes generosas mientras él llenaba un cigarrillo cargadito. Después de esfumar ambas cosas, le pedimos el Llengot a Nicolau, que gozaba de su fiesta a placer y solo señaló la pared donde dejaban las llaves, y nos piramos hacia la Mola con una botella de vino y una bolsa de fruta.

Suerte que Nicolau siempre tenía una buena manta en el portaequipaje para los imponderables. En la cala de la barraca, esa noche de finales de enero, soplaba un levante arisco por no decir gélido. Niel, un poco quijotesco, quería encender fuego con aire y arena, pero lo convencí para que se acurrucara conmigo bajo la manta a contemplar todas las constelaciones que se creaban y recreaban continuamente en una bóveda sin rastro de lunas ni nubes, digna de astrónomos/as.

El ácido volvía a coger impulso y nos pasamos dos o tres horas (la dimensión del tiempo se distorsiona de mala manera) sin despegar los labios como aquel que dice. Mientras nos comíamos medio melón, nos bebíamos media botella y nos fumábamos un par de trompetas, de maría para variar. Cada vez que se precipitaba una estrella fugaz, nos quedábamos embelesados con un deseo entre cejas. Y no era de salud, prosperidad y amor: lo único que deseábamos era comprender la enormidad, complejidad, multiplicidad, del universo. Pero sin palabras, claro.

Ahora creo que esa noche lo conseguimos. El ácido es más variable que el viento y depende en gran medida del ánimo de cada cual y del guiaje que cada cual le imprime, ya sea en una discoteca

con miles de personas o emburbujado en una cáscara de nuez. Aquellos secantes eran incisivos pero de buen llevar, y yo, con más de cincuenta dosis lisérgicas entre cuerpo y alma, pocas veces he gozado tanto de un viaje astral en todas las dimensiones. Entre otras imágenes no identificables, dibujadas con estrellas en un firmamento poliédrico, vi las cinco pirámides de Egipto, un perfil giratorio de Stonehenge, y una metrópolis precolombina rodeada de símbolos, solo comprensibles a vista de pájaro, sobre los que podía aterrizar cuando quisiera. El ácido, algunos ácidos afortunados, te dan eso: no revelan nada que se pueda traducir en frases y discursos, pero te inundan de la sensación de ser todo. A pesar de o gracias a la comprensión íntima, microbiológica, de que solamente eres, somos, soy, una partícula ínfima. Y fugaz, sin duda alguna.

Tengo la impresión de que, si Niel me hubiese tirado los trastos esa noche, me habría arriesgado. Por primera vez en la vida, me habría arriesgado a explorar la sexualidad de un jodido macho. Quizás. Nunca lo sabremos, porque él también alucinaba con los tres ojos y debía de estar más que harto de calabazas. Al romper el alba, nos bastó un cigarrillo empolvado para pillar el sueño y dormitar hasta el mediodía.

Ah, sí. Fue esa noche estrellada cuando a Niel se le ocurrió decorar las paredes laterales del Islands con una reproducción de las Pitiusas. Dibujaríamos la silueta de Ibiza y Formentera con medio centenar de bombillas minúsculas, graduables e intensas, tal como había visto de pequeño en *Els Pastarets* de Berga, en un ciclorama repleto de constelaciones.

IDAS Y VENIDAS, DESVÍOS Y CAÍDAS

When you pass through fire licking at your lips
you cannot remain the same

LOU REED, The Summation

A principios de febrero, cuando ya se nos terminaban las provisiones y planificábamos la tercera escapada a la droguería diabólica de Àngel Ruix, un domingo que nos habíamos metido en la cama a las siete, me despertó el interfono a las once y media. Yo dormía a pierna suelta en la cama de Àsia, masoquismo al que a menudo me sometía de buen grado, y ella se había levantado a mear.

—Es Grace —graznó desde el recibidor, mientras apretaba el interruptor y yo las maldecía a ambas en silencio.

—Cierra la puerta, plis.

—Quiere hablar contigo.

—Que vuelva a la hora del té.

—Yo me voy a la ducha. Ya te espabilarás —lo liquidó Àsia, que trataba muy bien a las pocas personas que le gustaban pero eludía al resto como a la peste.

No me levanté, claro está, de modo que Grace subió y se encontró la puerta del rellano abierta y a Daniel en bolas. Cuando la entreví, me tapé el ombligo con una sábana y le pedí que volviera al anochecer. Sorbió mocos tan fuerte que debieron de oírla desde la calle. Incluso en aquel estado preconsciente comprendí que Gràcia de Gràcia arrastraba un mono de caballo en los dos sentidos del término. Y si para ganarse una papela se le había ocurrido venir a aquella hora a tocarme los cojones, en los dos sentidos de la expresión, la mataría aunque fuese de sobredosis.

—¿Qué quieres, a estas horas? —creo que le escupí, con más saliva que letras.

—Salvarte la vida.

—Ya. Seguro que no has venido a matar el gorila que te roe para salvar la tuya.

—Dime dónde tienes la cafetera y métete en la ducha. Tenemos que hablar de temas serios.

Mientras sorbíamos café y compartíamos un cruasán, Grace nos contó que desde Navidades tenía un rollo con un pavo que curraba de burócrata en comisaría. Después Àsia estiró unas tiritas para saludar debidamente la jornada y a la visita y Grace remató los preámbulos.

—Os tienen en el primer lugar de la lista. Sobre todo id con cuidado en la aduana, porque os esperan impacientes.

Al final, el precio del aviso fue que le fiáramos medio gramo, porque el martes volvía a Barna y no le quedaban ni polvitos ni dineritos. Pero prometió que el miércoles nos ingresaría el importe en la cuenta y, como Àsia había predicho, cumplió puntualmente.

Las consecuencias inmediatas eran que debía convencer a Àngel para buscar otro sistema para efectuar la compra. Y como tendría que ir en persona para discutirlo, podría aprovechar para hacer la tercera compra. El traslado no, porque esa vez seguramente me mirarían hasta el forro de los calzoncillos. Y de alguna tela más íntima también. Pensé que lo más sensato sería ofrecer el transporte a Ramiro, que además sabría ingeniarse algún sistema con garantías, pero cuando lo llamé al día siguiente para sondearlo me disparó una bomba.

—¿Tienes buena línea? ¿Me oyes bien? —me preguntó desde el hostal de Viladecavalls donde comía los días laborables, para asegurarse de que mi teléfono no estuviera intervenido.

—Puedes hablar sin miedo. Estoy en un bar del puerto, tomando el vermú. ¿Qué pasa?

—Tu ángel ha caído. De la corona del Cielo hasta el culo del Infierno. Me han dicho que lo encontraron ayer por la mañana en su casa, frito de una sobredosis.

—¡Imposible!

—Y golpeado como un saco de boxeo. Dicen que lo revolvieron todo, se lo desmontaron todo, y no dejaron nada.

—¿Y su mujer?

—Se ve que estaba fuera. Había ido a Galicia a visitar a un pariente enfermo. Lo tenían todo calculado, los malos.

—Quizá lo organizó ella para quedarse viuda de una vez.

—Quizá sí. Pero de todos modos nos hemos quedado sin ángel.

—Hostia.

No sabía qué decir, qué pensar, qué sentir. Àngel Ruix me caía peor que una patada en la entrepierna, y más de una vez se me había ocurrido que se merecía que lo pillaran con una montaña de heroína encima, frente a toda la ciudad, para que se muriera de vergüenza y se pudriera en el talego. Pero que se hubiese dejado matar precisamente ahora, nos puteaba a fondo.

—¿Te has quedado mudo?

—Sí. No sé qué decir.

Ramiro soltó un chasquido de palillo mientras encendía un pito. Yo también encendí uno, chupando fuerte, y un aliento de brisa salobre me provocó un escalofrío por dentro y por fuera: todavía estás vivo, me dijo mi piel.

—Quien ahora tiene buen veneno es Ramona.

—¿Qué Ramona?

—Ona. ¿No te acuerdas, cacho cabrón, de Ona, la sirena de la Barceloneta?

—Ona solo mueve caca. El demonio le da miedo.

—Los tiempos cambian. Y las personas…

—¿Tienes su teléfono?

—Claro, pero tendrías que venir y hablarlo con ella cara a cara, Niel. Ona no vive en el primer piso, sino en el tercero o el cuarto.

—Claro.

Eso significaba que Ona lo sacaba de alguien más, que lo tenía más limpio y al por mayor, y que podría afrontar con garantías una venta de cincuenta o sesenta gramos.

—De acuerdo. Te llamo mañana a esta hora y atamos cabos, ¿ok?

—Hasta mañana, bicho. Cuídate la alcachofa.

Pero esa noche saltaron más chispas, más sorpresas, y el fardo se resolvió en una sarta de cambios impensables. El factor de peso había sido una llamada desesperada a Àsia de una amiga suya muy amiga que se llamaba Anna Susanna. Anna Susanna se había quedado preñada de un chuloputas justo antes de que lo trincaran con una docena de tarjetas robadas y lo encerraran en el hotel, pero ella había decidido tener a la criatura. Ahora el macarrón había

conseguido la condicional y quería quitarle al niño porque «una puta yonqui como tú no puede criar nada bueno». La noche anterior, a la hora de cenar, se había colado en el edificio sin llamar al interfono y se había presentado en el pisito de Annasu como un tigre con voz de cordero. Annasu no había caído en la trampa y se había hecho la sorda, pero el tigre había sacado una garra en forma de ganzúa y había abierto la puerta como si tuviera la llave. Ella se había refugiado en el dormitorio porque tenía pestillo, y había salido al balcón a pedir auxilio. Afortunadamente, el vecino de arriba tomaba café en el suyo y, con un garrote, había bajado de un piso al otro para coger al niño (paralizado de miedo) y pasárselo a su compañero en el piso superior. De modo que, cuando el tigre logró astillar la madera del pestillo, en vez de una mujer indefensa y un bebé aterrorizado, se había encontrado con un hombre de metro noventa y un garrote no mucho más corto. Àsia me contó que Annasu le había redactado la escena con diálogos incluidos.

—¡Manda huevos! ¡Un maricón y una furcia quieren robarme a mi hijo!

—¡Lo que hará el maricón, si no huyes como un conejo, es romperte la crisma como a un perro rabioso!

El intruso había intentado un arabesco con una navaja automática aparecida en su mano izquierda como por arte de magia, pero el vecino le había soltado un porrazo en la muñeca que, además de desarmarlo, le había provocado lágrimas de dolor.

—¡Me has roto el brazo! ¡De esta te vas a acordar, comeculos! —se ve que iba repitiendo el tigre con la cola entre los huevos mientras retrocedía hasta el rellano y bajaba las escaleras hacia la calle.

—Si te lo he roto, de momento te acordarás tú, imbécil. ¡Y te juro que, si vuelves, te rompo el esqueleto!

En consecuencia, Annasu cogería un avión a la mañana siguiente para quedarse con Àsia una temporada.

—Lástima que venga tan pronto, tu amiga. En unos días podría haberse ocupado del correo.

Àsia me miró como si hubiese proferido una blasfemia, como si la hubiese insultado.

—Y si la pillan, ¿qué?, ¿qué hacemos con el bebé?

—Solo lo decía porque un bebé da mucho margen para esconder

un paquete de…

—¡Qué cojones tienes! —estalló ella, cortando el aire como un látigo de siete lenguas.

—No te cabrees, Àsia. Se me ha ocurrido que le iría bien ganarse…

—No te preocupes por eso. Yo la mantendré con mucho gusto, a Annasu.

Abrí la boca para preguntarle si el gusto incluía la satisfacción sexual, para saber dónde nos encontrábamos más que nada, pero algo me dijo a tiempo que me iba a meter en otro zarzal.

—Pues, si te parece bien, se lo propondré a Ona.

—¿No es ella la pava que te la va a vender?

—El primer rellano. No creo que mueva tanto. —Y aprovechando la calma para arriar trapo, añadí—: ¿Qué te parecen unos espaguetis con gambas? Este mediodía he comprado una docena de gambas frescas.

—Coge el vermú y siéntate, Niel. Tenemos que hablar.

Cagada, amigo mío. Obedecí en silencio en el piso en penumbra, porque a pesar del frescor de febrero Àsia estaba en el balcón, escuchando el último estertor de un crepúsculo incoloro. Alcancé la botella y dos vasos, retrocedí dos pasos y pulsé el *play* de la platina, donde había una cinta de Tomeu Penya que nos había regalado en persona. Después, cogiendo la cajita de carey del cajón, me senté a estirar un par de delicadas. Normalmente nos las tomábamos con el café, pero me pareció que de un modo u otro era preciso amansar a la fiera.

El primer capítulo del discurso anunciaba que para ella «aquella noche» era la última. Ya hacía tiempo que su hermano, el tenista, la machacaba con que fuera a ver a un siquiatra amigo suyo y se pusiera en tratamiento, y finalmente se había decidido. Annasu, mientras diera el pecho al niño, tendría que dejar el vicio por ovarios, y ella la ayudaría en todo lo posible por cojones. Estaba harta de portarse como una burra y había resuelto que, en vez de liarse cada día un poco más, se aplicaría con los seis sentidos a salir del ovillo. Eso me extrañó un poco, porque si bien era cierto que ese sermón Àsia ya lo había masticado otras veces, también lo era que todos lo hacíamos un día u otro sin plantearnos seriamente qué significaba y el esfuerzo que implicaba dejar la heroína después de

tres o cuatro años de tomarla cada día o casi.

—Recuerdo que una vez, cuando nos conocimos, me dijiste que comerse un mono era un paisaje al que los caballistas teníamos que acostumbrarnos a las buenas o a las malas.

—Quizá sí. Pero yo, si puedo, me comeré este y basta. —Hizo una pausa para acercarse a la fosa izquierda el tubito de plata que le había regalado en Navidades y aspiró la rayita—. Mañana, cuando llegue Annasu, nos iremos a la casita que mi padre tiene en Sant Antoni y allí nos quedaremos tres o cuatro semanas. O meses, según como vayan las cosas.

—¿Y el Islands? —repliqué, completamente desconcertado.

—Lo he hablado con Germán. Dice que puedes encargarte tú, que te busques una ayudante. Cobrarás un poco más y tendrás un poco más de curro, pero a ti ya te va la marcha.

Aproveché la pausa del espejito para intentar digerir las palabras.

—¿O sea que tú…?

—Desaparezco del mapa. Del bar, de los bisnes y de este piso. Donde puedes quedarte si quieres.

Se notaba que el pinchazo le dolía muchísimo, como cuando el dentista te inyecta la anestesia en la encía, pero también que había clavado el cuerno en esa idea y no pararía hasta pasar o reventar. Entonces, como si fuéramos a celebrar algo importante, volvió a llenar los vasos y me invitó a una cena de ricos en la marisquería que más me apeteciera.

Salimos a cenar, considerablemente acicalados por dentro si no por fuera, y reímos y gozamos del instante que huye como si fuera el primero o el último que compartíamos. Àsia tenía un cuerpo de sílfide y una cara exótica, hechicera como un cuento persa, y cuando estaba contenta era capaz de enamorar a un bloque de granito. Paseamos un rato digiriendo las tellinas y el bogavante, y al final entramos en el Islands como ladrones para regalarnos una botella de cava guapo, una música lasciva y un par de rayas macizas. Pero escogí un disco de Van Morrison, y él y el cava obraron el milagro de abrir el corazón y los lacrimales de Àsia, a quien solo había visto llorar de risa. Yo estaba detrás de la barra, haciendo los honores, y ella se había sentado al otro lado, dibujando líneas como si fuera a acabarse el mundo. Puse mi mano

cóncava sobre su mano de pianista y me contestó con una mirada a rebosar de brumas.

—Me has decepcionado mucho, Niel. Me has hecho mucho daño. ¿Por qué me lo escondías?

Al principio, me quedé petrificado. Al cabo de un segundo, cuando ya me imaginaba el acertijo, ella misma terminó el discurso: esa tarde, cuando salía de la ducha, había visto una araña detrás del soporte del lavamanos. Era la única criatura viviente a la que odiaba a muerte y la había asediado sin compasión con el cepillo de la taza. La araña había caído al suelo y ella la había pisado. El problema era que, además de la araña, del alma vacía del pie del lavamanos también había caído un paquetito muy bien envuelto sujeto con una goma elástica. Y resultó que, mira por dónde, contenía hasta tres jeringuillas. Dos vírgenes y otra limpia pero usada.

Intenté argumentar que solo lo había probado tres o cuatro veces, y me contestó que ya la habían avisado de que me chutaba, pero no se lo quería creer. Intenté hacerle entender que, entre inhalar medio gramo al día o inyectarse la mitad, no había tanta diferencia en cuanto a la adicción, y me contestó que pincharse siempre implicaba bajar otro peldaño, o subirlo, que es lo mismo, y asumirse todavía más yonqui en toda la extensión de la palabra. Y antes de que yo fuera capaz de encontrar nueva munición, siguió:

—Que te toques la vena me duele mucho porque juraría que te harás daño, pero lo que más me jode es que me hayas engañado —recitó, acompasando la frase en murmullos, como si llevara toda una vida esperando el momento de pronunciarla—. Por una vez que confiaba plenamente en un tío, va y me pone los cuernos con las putas chutas.

Acababa de esnifarse una anchoa de las cuatro que había rebanado sobre el mármol azul marino de la barra y me pasó el tubito de plata, como si fuera el testigo de una carrera de relevos. Mientras se calzaba la chaqueta de aviador que la había convertido en un icono sexual en todo el archipiélago, terminó de rematarme, como el toro remata al torero cuando lo ensarta por la entrepierna.

—Te dejo esto —dijo, señalando las tres paralelas con un gesto de nariz despreciativo—, porque he tirado las chutas y no quiero que tengas que salir corriendo a buscar una.

Salté la barra como un atleta y la pillé a medio camino de la puerta.

—No te vayas, por favor. No me dejes así, Anastàsia —balbucí, secándome con el pelo una lágrima que no era capaz de tragarme.

Àsia encendió dos pitillos del paquete que metía en su bolso y me dio uno.

—Hay gente para la que el caballo y las drogas en general son una fase que hay que superar, como la viruela; o una puerta batiente que vale la pena entreabrir pero aún más cerrar a tiempo. También hay gente para la que las drogas son el objetivo final de su existencia, el camino y la meta en una misma cosa. —Comprendí que ahora se iría de verdad y me dejaría, no ya con la palabra en la boca, seca y vacía, sino con el espíritu destripado—. Yo quiero ser del primer grupo. Me gusta lo que he vivido y me alegro de haberte conocido, pero no me basta de ningún modo.

Cuando ya se encontraba en la puerta y giraba la llave, aún le pregunté si creía que yo era del segundo grupo, del de los yonquis que se conforman. Sonrió rascándose una ceja, muy triste, muy colocada, y me respondió que eso, de momento, solo lo sabía el destino.

TERCERA PARTE

Feliz aniversario I: Gotagota se llena la bota

Tenir a l'abast un barret per l'abril
i un passat que de tan passat passa

Pi de la Serra, La vida senzilla

El último viernes de septiembre, por fin, logramos conciliar un triángulo de agendas, y Anastàsia y Selosca subieron a cal Pardal, la casa de las afueras de Calldetenes donde me refugié hace tres años, cuando Ona cambió de pareja y yo, de domicilio. Los hostaleros de la Sal, dicho sea de paso, aún estaban en temporada alta y habían dicho y redicho que hasta noviembre imposible. No era esa la idea original, porque Àsia y Josep solo se quedarían hasta la tarde del domingo y, para provocar la catarsis que el texto reclamaba, nos faltaría tiempo y cuórum. Pero me consolaba pensando que, chico o grande, sería un paso adelante, quizá el penúltimo, y que es preferible avanzar al compás de un gorrión que terminar disecado como una liebre.

Fuera como fuera, los dos asistentes al cónclave llegaron a media tarde con una hoja de ruta de diseño. Uno: descargar equipajes, víveres y bebibles; dos: subir al Coll de la Cova a contemplar el crepúsculo, que se prometía espectacular; y tres, trabajar en la secuencia de los «Tráficos baleáricos» hasta la hora de la cena, la cual ya traían prácticamente lista para «no perder tiempo». Y después de cenar, desde luego, volver a los ordenadores, las libretas y las hojas impresas y grapadas, si no para escribir para reflexionar. El señor Selosca insistió en que por encima de todo teníamos que concentrarnos en eso que los editores llaman «el índice», o sea la lista ordenada de capítulos, subcapítulos, interludios y reprises.

Remarqué que la escapada para contemplar la puesta nos haría perder una hora hábil, pero Àsia replicó que con media nos bastaría para absorber la inspiración necesaria. Fuimos en coche con un par

de porrillos de la hierba brasileña que Josep me había traído. A mí, la maría no me gusta mucho, pero una pequeña provisión de la buena ayuda a combatir la rutina. Y he de reconocer que la escapada fue un verdadero espectáculo de brisas y coloraciones aparentemente acariciables, casi explicativas.

Después volvimos a casa e hincamos los codos. Mientras Àsia y yo nos esforzábamos para ajustar los apuntes episódicos de los «Tráficos baleáricos», que habíamos ido tallando por separado y embastando a base de emails, Josep se concentró en el análisis del mapa general para ver dónde nos faltaba un puente, dónde necesitábamos un túnel y dónde nos había quedado una carretera cortada. Nos sentamos a cenar con la cabeza llena de letras, ideas y dudas, y Josep terminó de aliñar nuestra angustia con un buen chorro de interrogantes sobre diversos saltos y lagunas que «era preciso resolver».

—Desde los embrollos ibicencos hasta los líos del cámping hay diez o doce años en blanco —anunció—. De los personajes principales, tenemos los años de iniciación, con profusión de ácidos y esnifadas, y las secuencias posteriores a la adicción en sí, cuando ya hace unos cuantos años que lo tienen superado o casi. La época yonqui en sí, las jeringuillas, las pirulas y el descenso al infierno de los adictos, prácticamente no se ven. Se habla de ellos, hay algunas referencias, pero en pasado, como un recuerdo vivido en una pesadilla.

—Porque esa parte afortunadamente es solo eso: una pesadilla de recuerdos medio borrados —repliqué—. La memoria es lista y borra las imágenes más crudas, los actos más dolorosos.

—Pero literariamente…

—Por otro lado, a mí, escribir a voluntad un pasaje determinado me resulta muy difícil y no me gusta mucho. Más que las conclusiones del motor racional, me cautivan las sensaciones que surgen del alma profunda, las que van y vienen hacia donde quieren cuando quieren. Como las golondrinas.

—Muy poético —resopló Josep, sardónico.

—Pero es verdad, Josep —terció Àsia—. Hay cosas que, por más que quieras, no las puedes sacar de tu interior ni con un sacacorchos de lágrimas.

—¡Y ahora ella! —exclamó Selosca—. Si queréis cambiar de

género… literario, podemos hacer una antología de frases azucaradas.

—Escribir es escoger, sabelotodo —reanudé yo, con ganas de filosofar—. Y especialmente, escoger aquello que quieres revivir.

Josep hizo una mueca escéptica y tomó un sorbo de vino con fruición (del priorato reserva que yo compraba en Vic).

—Lo entiendo. Acaso sea lo más difícil, sí. Pero, desde mi punto de vista, es imprescindible. En un texto que pretende ilustrar un microcosmos concreto, lo contrario sería hacer trampas a la audiencia. Y una peineta a la coherencia.

Mientras yo asentía cabeceando como un péndulo, Àsia me miraba de reojo diciéndome «el director de la edición por una vez tiene razón».

—Tendremos que intentarlo —afirmé, con una nebulosa incipiente entre las sienes—. Pero no vamos a terminar nunca, joder.

—¿Y qué prisa tienes? —insistió él, más corrosivo aún—. Mientras te distraes con este juguete, no tienes que preocuparte de encontrar otro.

Entonces Àsia nos sorprendió. Tenía un borrador consistente de otra narración externa (o sea independiente de los protagonistas), que en un sentido tapaba un par de agujeros. Hacía un inciso sobre los centros de rehabilitación postfranquistas, que vayatela más dura, y una reflexión sobre el destino con el sida como *deus ex machina*. Solo se alargaba una veintena de páginas y, si queríamos, podíamos leerlo en ese mismo instante, aunque en el ordenador, porque lo había maquillado la noche anterior y aún no lo quería imprimir.

—Os advierto que tiene un aura distinta al resto. Con alguna pincelada al estilo D.

H. Lawrence

y un desenlace *alla* Edgar Allan Poe, salvando las distancias.

—Si se acerca un poco, ya será mucho —opinó Josep.

—No adivinaréis nunca quién me contó la historia —siguió ella con expresión traviesa.

—Yo apostaría por Mònica, la desaparecida, claro, pero es demasiado evidente —aventuré, provocando una sonrisa de confirmación por parte de Àsia.

—Haremos una cosa —resolvió el director de la edición, eficaz y

mandón como el que más—. Primero leemos el relato, que es lo importante, y después ya jugaremos a los acertijos.

—Me lo contó Gràcia, que trabaja de recepcionista en el bufete de mi hermana.

—¿Grace? —exclamó Josep.

—¿Gràcia de Gràcia? —me sumé yo al unísono.

Àsia respondió con un gesto: ¿cuál si no? Nos trasladamos al comedor con el café y los licores (whisky de malta para ella y para mí, y coñac añejo para Josep), y nos sentamos en forma de abanico frente al portátil de Àsia. Cuando abrió el documento vi que el título era «Seis septiembres» y confieso que me atrajo. Pero quizá solo fuera porque yo nací a las dos del mediodía de un veintiséis de septiembre, y porque justamente el siguiente lunes cumpliría cincuenta años.

SEIS SEPTIEMBRES

These days, she says, I feel my life
just like a river running through

AL STEWART, The Year of the Cat

Hacía ya unos cuantos años consecutivos que, a Jonàs, en el mes de septiembre le sucedían cosas trascendentes. Imprevistas y trascendentes. Seis años atrás se había casado con Jèssica, por lo civil y con banquete y todo. Él tenía entonces cuarenta tacos y mucha vida en las entrañas, pero era la primera vez que se casaba. Jèssica en cambio tenía veintiséis y apenas había salido del huevo, pero había tenido que divorciarse de su primer marido para salvar el pellejo. El que le quedaba, como solía decir ella.

El septiembre siguiente, la imprenta donde trabajaba Jonàs bajó las persianas para siempre jamás y se quedó con doce meses de paro y una frustración imparable. Jèssica no lo ayudó mucho, la verdad: parecía que, por activa o pasiva, lo culpara del cierre de la empresa. Al cabo de unos meses, a escondidas, Jèssica se embarcó en una aventura con un colega de la panadería donde trabajaba de dependienta. El tejemaneje duró hasta el siguiente septiembre, cuando la dependienta y el oficial panadero decidieron cambiar de aires y abrir otro negocio por su cuenta, y Jonàs se enteró de lo que ya sabía todo el pueblo. Huelga decir que lo pasó peor que mal, sin mujer ni trabajo ni perspectivas de futuro. Tuvo que solicitar los servicios de un sicólogo para no recurrir a terapias mucho peores que la depresión, y después de un año de gimotear como un perro malherido también decidió abandonar el pueblo.

Nuevo septiembre y vida nueva. Poco a poco, las cosas se pusieron en su lugar: encontró un currelo de comercial de vinos y cavas que no le entusiasmaba pero le permitía vivir, y empezó a desbrozar un círculo de amigos. Pero lentamente, porque a los cuarenta y cuatro no se traban amistades con la misma

espontaneidad que a los veintidós, y femeninas todavía menos. De eso hacía ya un año, durante el cual Jonàs había recuperado una parte de su espíritu y aprendido a dejarse mecer por los vaivenes del trayecto, aunque a menudo le parecieran gratuitos, por no decir absurdos.

Así recibió un nuevo septiembre y, el mismo día uno, una carta notarial que lo apercibía de una herencia inmobiliaria en el país que algunos, en Cataluña, llaman «la quinta provincia». Se había muerto su última tía, viuda y sin descendencia viva, y le había dejado un chaletito antiguo pero lindo y una casa de comidas de pueblo pero rentable. De modo que un lunes por la mañana, aprovechando las dos semanas de vacaciones que le quedaban, llenó una bolsa de equipaje y los depósitos del auto y enfiló la autopista del sur.

Cuatro horas más tarde, cuando solo le faltaban treinta kilómetros de comarcal, el indicador de la reserva le guiñó el ojo. El conductor maldijo en voz baja. Sabía casi seguro que podía recorrer treinta kilómetros más, pero también que no iba a arriesgarse. Como si le hubiese oído, el piloto parpadeó dos veces más, la segunda ligeramente más larga. Diez kilómetros después, el punto rojo quedó fijo y Jonàs se inquietó un poco. Quizá no iba a encontrar ninguna estación de servicio y no tendría más remedio que intentar llegar al pueblo. Pero al cabo de poco, vio el rótulo de turno y suspiró aliviado. Decidió que después de llenar el depósito, para celebrarlo, se compraría una cervecita.

La estación de servicio se hallaba en un paisaje atípico de esa zona: una recta desértica sin ningún tipo de adorno, exceptuando una llovizna incipiente y un levante muy molesto. Puso treinta sardinas de combustible y entró en la tienda para coger la birra y pagar. No había dado tres pasos en dirección a los frigoríficos cuando la muchacha del mostrador exclamó en tono alegre:

—Hola, Nàs.

Él entendió algo parecido a «¿Dónde vas?» y separó los labios para explicarse. No llegó a hacerlo, sin embargo, porque al mirar a la chica a la cara reconoció a Estefania y se le cortó la respiración.

—¿Nia? ¡Nia! ¿Qué coño haces tú aquí? —articuló por fin con un hilo de voz.

—Trabajar —respondió ella sonriendo, con un leve rubor en las mejillas—. ¿Y tú, qué coño haces aquí?

Jonàs no contestó: se encontraban a cinco o seis metros de distancia y ella atendía a otro cliente. Desorientado, abrió la puerta del frigorífico y se quedó embelesado contemplando las bebidas. Al final cogió una lata de cerveza y se acercó al mostrador inclinando la cabeza como un cachorro atónito. Con la mirada y las cuatro manos enlazaron el abrazo que el mostrador y el encargado les impedían. Estefania le explicó que pronto haría dos años que se había instalado en el pueblo vecino, a diez kilómetros de donde iba él, y uno y medio que curraba allí.

—Bueno, hay casualidades que rompen moldes —apuntó él entre risas, antes de resumir el imprevisto de la herencia en cuatro frases.

Pero había clientes que esperaban y un repartidor estresado, y Nia garabateó las nueve cifras de un móvil en un pedazo de papel.

—Llámame mañana y quedamos —le prometió mientras cobraba.

Jonàs se fue hacia el coche con la lata en una mano y la incredulidad en el alma. Cierto que hay casualidades que rompen moldes, pero aquella le había sorprendido doblemente porque, ese septiembre, el imprevisto de turno ya se había producido. ¿O no? Quizá la herencia solo era un recurso del destino para que reencontrara a Nia. Justo antes de meterse en el coche, la saludó con cinco dedos alegres y una sonrisa en los labios, y le complació comprobar que ella lo saludaba igualmente.

Se habían conocido una década atrás en una granja de desintoxicación. Una cuadra para domar yonquis, como solía decir ella. Jonàs había ido tres veces en cinco años, pero, aleluya, aquella fue la buena. Estefania se estrenaba y aún estaba un poco verde. Acaso porque era seis o siete años más joven, solo arrastraba un par de adicción diaria, y todavía no se había quemado de raíz. Jonàs había intentado ayudarla, convencerla de que podía haber un renacimiento después de todas las muertes de la heroína, pero ella se reía y le contestaba que bastante tenía él con la biga que llevaba en la vena como para preocuparse de pajitas en narices ajenas. Aunque estaba rigurosamente prohibido, después de cien días de tira y afloja, de estudio y examen recíproco, una noche se habían hecho el amor a escondidas bajo una higuera florida. Alguien los había delatado, sin embargo, y los domadores responsables habían

exigido la expulsión de uno de los amantes. Jonàs los había mandado a la mierda con todas las letras y un par de admirativos, y se había ido solo, con la quimera conceptual del amor arrapada al cogote y el peso de la vida que huye latiendo entre piernas. Nia se había quedado quince días más, más jodida que nunca, y después había huido sin destino de ningún tipo, exceptuando el de las yonquis mal curadas: recaer.

No volvieron a encontrarse hasta un par de años después, cuando ella se presentó una noche en casa de Jonàs con un pavo importado del Líbano colgado del brazo y cuatro gramos de *brown sugar* en el fondo de un portatampones. El libanés quería organizar una red de suministro de calidad, y Estefania había pensado que quizá a Jonàs le interesaría. A Jonàs no le interesaba ni verlos, porque tener la tentación tan cerca era un dolor de muelas, pero cedió a la excusa de la hospitalidad y los invitó a cenar y dormir. Aceptaron al vuelo. Jonàs, evidentemente, sucumbió y se esnifó su primera excepción desde que se había largado de la cuadra de yonquis, pero se mantuvo firme en la decisión de no comprar ni un céntimo.

A la mañana siguiente, Nia y el libanés habían desaparecido como una tormenta de verano, y Jonàs se había quedado solo de nuevo, de nuevo con una metáfora de invierno en el tuétano. Triste porque la chica le atraía bastante y quizá no la vería más, y aún más triste porque volvía a esnifarse un cuarto diario y ese tipo de excesos siempre acaban pasando factura. Normalmente muchas y gordas.

Durante los meses siguientes, Jonàs cedió dos o tres veces más a la tentación de una visita relámpago. Se decía que, más que por la droga, iba para verla a ella, para saber cómo se encontraba y cómo evolucionaba la historia del narco del Líbano. Ella no quería reconocerlo, pero era evidente que tanto la tolerancia al hábito como la relación conyugal la estaban llevando directamente al precipicio. Cada día tomaba más, casi medio gramo cuando podía, y el pavo ya le había dicho diez veces que, si no se ponía a trabajar (de prostituta, claro), tendría que espabilarse por su cuenta. De repente, un buen día, o mejor dicho una noche de relámpagos, Nia llamó por teléfono a Nàs para pedirle que fuera a por ella. Lloriqueaba y se le notaba que estaba bastante asustada, de modo

que Jonàs, qué remedio, se subió al coche y se zampó doscientos veinte kilómetros en poco más de cien minutos.

Fue a recogerla a un club de ruta donde el pavo la había aparcado para que aprendiera la carrera. Eran casi las dos de la madrugada cuando, después de una bronca considerable con el macarra que vigilaba el rebaño (el libanés afortunadamente no estaba), Estefania y Jonàs consiguieron huir del prostíbulo. Acerca de cuántos días y con cuántos clientes había estado, ella no dijo jamás ni una palabra, y él, por otro lado, prefería no saberlo, borrarlo cuanto antes. Hasta donde le fuera posible, claro.

Esa noche habían dormido juntos en la cama de Jonàs, pero Estefania no había querido hacer el amor ni nada parecido: cuatro abrazos asustadizos en camiseta y braguitas. Lo justificó diciendo que el mono ya empezaba a devorarla por dentro, y él le recetó tres o cuatro comprimidos para mitigar por lo menos los espasmos musculares. Al día siguiente, Estefania le había pedido que la acompañara a casa, o sea a casa de su madre, y Jonàs había aprovechado el sábado para tragarse casi seiscientos kilómetros entre ida y vuelta.

Cuando llegó a su casa, casi a las once de la noche, estaba exhausto en todas las variables de la palabra: física, emocional y mentalmente. Debajo de una montaña de pesadas decepciones, mantenía una chispa volátil de esperanza porque Estefania le había prometido que volvería a ingresar en la cuadra de yonquis, a ver si lograban domarla de una vez. Pero la metáfora hibernal estaba más presente que nunca, en primer lugar porque aquello sucedía a mediados de enero; en segundo, porque ella continuaba creyendo que el problema de la adicción se lo tenían que resolver los médicos; y en tercero, porque él no había hecho el amor con nadie más desde aquella noche, casi tres años antes, bajo la higuera en flor de la cuadra de yonquis. Y tres años pesan, joder.

En la segunda etapa de desintoxicación controlada, Estefania se pasó ocho meses en la granja y un año entero en un piso de reinserción. Y Jonàs, mientras tanto, encontró una novia sana y guapa y un currelo agradable en una imprenta. Nia y Nàs se vieron de nuevo el día de la boda: ella parecía más o menos curada de las furias que la habían perseguido desde la adolescencia, y Jonàs exudaba una felicidad que a la postre se había demostrado, si no

ilusoria, poco duradera. La vida es un juego de espejitos, ahora cóncavos y después convexos, que alteran lo que debería ser la realidad estricta, la cual imaginamos tridimensional cuando en el fondo siempre fluctúa sujeta a tensiones y deformaciones de toda clase. De todas las frases que Estefania acostumbraba a escribir en sus libretas existenciales, como las había bautizado al descubrir a Camus a los diecisiete años, esta era una de las más célebres y provechosas. Jonàs le había dicho que esa frase, esculpida en bruto, tenía oculta un alma poética, y Estefania le había remarcado que su padrino, escritor de profesión, siempre afirmaba que el contenido no tiene ninguna importancia.

Después del banquete nupcial, se habían perdido la pista. Quizás los dos habían asumido que el momento de una relación más íntima se les había escurrido entre los dedos como una viruta de niebla, y que hasta la próxima vida ya no dispondrían de otra ocasión con asas. Por eso se habían quedado los dos boquiabiertos al rencontrarse en la estación de servicio, por la más genuina casualidad, al cabo de cinco años.

Por eso Jonàs esa tarde, mientras resolvía todo el papeleo con el notario y tomaba posesión del patrimonio, tuvo que contener tres veces el impulso de llamarla inmediatamente: ¿por qué esperar a mañana? También se maldecía porque, a causa de la confusión del momento y de los otros personajes de la escena, no había sido capaz de preguntarle si vivía en pareja o no, y la duda lo reconcomía como una ratita hambrienta.

Normal (se decía Jonàs en tono autocompasivo), desde el naufragio adúltero de Jèssica te has pasado dos años sin sacar el velero del puerto y dos años también pesan, cojones. Y no solo en los cojones, sino en el alma y en el intelecto: en las tres capas de piel que todos, cínicos, escépticos y románticos, escondemos debajo de la corteza de la máscara.

Esa noche Jonàs soñó con Estefania, soñó que llevaban juntos el restaurante, que se instalaban juntos en el chalé de la tía, y que las perdices les llovían del cielo a la cazuela desplumadas y guisadas. Cuando el campanario de la iglesia repitió las cuatro, aunque le fastidiaba, Jonàs se levantó a tomarse un hipnótico. Y a la mañana siguiente tuvo que esforzarse mucho para no llamarla a las ocho y cuarto, después de abrir los ojos, y esperar a desayunar y dar una

vuelta por el pueblo.

Mientras tanto, muy a su pesar, se le iban ocurriendo posibilidades tan infantiles, estúpidas y finalmente dolorosas como el sueño mismo: no podía evitar pensar que sí, que ese último encuentro con Nia tenía un significado definitivamente especial, y que terminarían por acunarse juntos en la barca de la vida, aunque solo fuera una temporada. La llamó a las diez y media y quedaron en que ella lo recogería en el hotel a las ocho e irían a cenar. Entonces Jonàs aprovechó la ocasión para preguntarle si serían dos o tres, y Estefania le contestó riendo que solo dos: su último compañero, un químico divorciado, se había asustado ante el primer resumen de sus memorias politoxicómanas y se había perdido en la marea de las circunstancias. Ya hacía un año.

Cenar, lo que se dice cenar, cenaron poco. Pero en cambio bebieron bastante, primero cerveza y después cava y licores, y hablaron por los codos, por los ojos, por todos los poros de la piel. Era tan intensa la necesidad de comunicarse a fondo, de revolver aquellos terrones del pasado que rara vez podían visitar con nadie, que incluso el que escuchaba, con la expectación y la prisa por participar, expresaba todo lo que aún no le tocaba expresar. Físicamente, sin embargo, quizá porque estaban en el único restaurante sin diminutivos del pueblo y la discreción se imponía sola, se mantuvieron distantes: dos besitos y un abrazo de bienvenida, y algún contacto ocasional de manos durante la cena, cuando el énfasis de la frase lo permitía.

Mientras tanto, con la discreción pertinente, hablaron de todo y a fondo. Los años rojos (o sea los de adicción pura y dura); las locuras inconfesables que habían perpetrado contra parientes, amigos y conocidos, y especialmente contra su propia persona; y las franjas naranjas, cuando la erupción empieza a enfriarse pero parece imposible vencer la gravedad vertical e inventarse un espacio social, un tiempoespacio global donde ubicar el impulso incesable de la existencia.

Jonàs comentó que en aquel momento vivía y trabajaba en el mismo pueblo donde había nacido y se había pillado, y tenía que reconocer que, a excepción de cuatro cabezas cuadradas, los vecinos habían aceptado que se había curado e incluso lo valoraban como una empresa de mérito. Acto seguido precisó que, a pesar de todo,

la idea de largarse por enésima vez le atraía, ya que en realidad allí no tenía a nadie. Era hijo único, su madre había muerto a los cincuenta y cinco de los disgustos que él le había regalado sistemáticamente de los dieciocho a los veintiocho, y su padre había muerto seis meses después porque sin ella no sabía cómo sobrevivir.

Estefania apuntó que todavía añoraba a su padre (un transportista que había muerto aplastado bajo la caja de un camión cuando ella tenía quince años). La pena, naturalmente, le había servido de excusa para destruirse sin compasión durante un montoncito de años a rebosar de engaños. Pero al final se había dado cuenta de que era una insensatez demencial, masoquismo de la peor especie, porque para tomar o no tomar cualquier tipo de drogas, no es preciso inventar excusas. Después, en tono opaco, añadió que con su madre no congeniaba en absoluto, a pesar de que le había pagado tratamientos y segundas oportunidades siempre que se lo había pedido. Claro está que eso aún la hacía sentir más culpable. Por lo menos antes, porque tres o cuatro años atrás había decidido absolverse de todas las culpas todas, reales o imaginarias. Jonàs comentó que él no había logrado superar el trauma hasta entender que, antes de nada, tenía que perdonarse por dentro y por fuera de una vez y para siempre.

Entonces procedieron con las confesiones de las respectivas excepciones, que Jonàs tenía bastante lejanas, de la época en que le compraba a ella material del libanés, y Estefania reconoció más recientes, de cuando el verano anterior había resuelto contarle vida y milagros al químico divorciado y él se había transformado en un cohete volador. Jonàs, como en los viejos tiempos, la riñó: uno de los principios básicos del renacimiento, proclamó, es no ceder a la tentación cuando hay motivos vitales para hacerlo.

—Yo —remarcó—, si un día me apetece porque me apetece, quizá me decida, pero si me siento impulsado por las frustraciones rutinarias de esta marranada llamada mundo, me cierro en banda y aguanto el temporal como puedo.

De ahí pasaron a la salud del cuerpo: ella tenía la hepatitis arquetípica y no podía pasarse con la priva, pero en el fondo se encontraba mejor que nunca. Él era portador del sida desde hacía quince años, pero solo llevaba un par encadenado a los retrovirales. Después de una retahíla de discusiones médico/paciente y cuando

solo le quedaban treinta y tres
T-4,
precisó, porque todavía estaba convencido de que los tratamientos iniciales resultaban casi tan devastadores como el virus. De todos modos, eso ya no era nada más que pasado, murmuró Estefania sirviendo las últimas copas, y ahora ambos se merecían un poco de felicidad fehaciente. Jonàs sonrió:

—Deberías dedicarte a las letras en serio —murmuró—. Bajo la inevitable máscara de la corteza, trenzas frases con alma poética.

Salieron del restaurante entre sonrisas cómplices y subieron al coche de ella para acercarse a una playa secreta, a unos diez kilómetros de distancia, donde había un bar perfecto. El bar perfecto era un chiringuito, cerrado a esa hora de septiembre, del que Estefania tenía la llave. Entraron como aprendices de ladrón y salieron riendo como criaturas, con una botella de whisky y dos cervezas frías.

—No te rías tan fuerte —susurró ella, mientras caminaban enlazados hacia el ribete de la arena—. Que vas a despertar a las olas.

Siguiendo el esquema de los peces, empezaron por el cebo de los labios: se besaron poseídos de una calma transparente, saciados de una paz y un conflicto que acontecían en todas las dimensiones del tiempo al mismo tiempo. No se atrevieron a decirlo en voz alta, pero los dos tenían la sensación de haber reencontrado una porción de su propia persona que solo era concebible a través de la otra. Se desnudaron sobre la arena nocturna siguiendo el ritmo hipnótico de los besos líquidos y se masturbaron, casi sin tocarse, con un juego de manos y labios encantador. Huelga aclarar que ni él ni ella necesitaron mucho estímulo para alcanzar uno de los orgasmos más placenteros de su vida: independientemente de la edad y el resto de rémoras y circunstancias, la química a veces obra milagros. Por lo menos una temporada, hasta que los elementos en fusión se van equilibrando en el crisol particular del cuerpo y los intelectos. Esa también es una frase de las que Estefania escribía en sus libretas existenciales; la recitó mientras se vestían y la saborearon de camino a la casa suburbial donde se había instalado con Vanessa, la gata que había heredado del químico acojonado.

—Si solo somos lo que hacemos, ¿qué coño somos cuando

escogemos no hacer nada?

—Quizá esencia pura, que ni pregunta ni responde —aventuró Jonàs.

—¿Y por qué no? —insistió ella.

—Quizá es independiente del razonamiento y no lo necesita.

—Creo que me he perdido —gruñó ella, frenando ante un stop.

Jonàs soltó una risita salobre: si se había perdido yendo a su casa, lo tenían claro. Llegaron cinco minutos después, saboreando a placer el silencio perfecto que se colaba por las ventanillas. Qué tierno es septiembre.

Mientras Estefania iba a pillar un par de birras, él escogió una música: *The Joshua Tree*, que escuchaban continuamente en la granja donde se habían conocido y simbolizaba la higuera en flor del prado de detrás. Después se lavaron de arriba abajo, enjabonándose mutuamente como adolescentes, antes de proceder a hacerse el amor sobre el sofá japonés de la salita (con condón, claro). Vanessa, la gata, los miraba desde la butaca de enfrente con una rendija de ojos, acaso porque primero la habían despertado sin piedad y después la habían echado de su lecho preferido sin pedir permiso ni disculpas.

La noche siguiente, en el mismo sitio pero un par de horas antes porque habían cenado en casa, Jonàs le anunció a Estefania que estaba prácticamente decidido a trasladarse: reformaría el chalé lo indispensable y se instalaría, por fin, en una vivienda guapa sin pagar alquiler. Y probablemente aceptaría la oferta que el notario le había hecho por el negocio y abriría una librería que se mereciera el nombre: era un proyecto que siempre le había hecho tilín y había descubierto que solo había un par en treinta kilómetros a la redonda. Si Estefania intuyó que era una mentira de amor, prefabricada para engatusarla, lo disimuló muy bien:

—¡Una librería! —exclamó con un chillido—. Es el sueño de mi vida.

Jonàs precisó que le gustaría disponer de un espacio adjunto donde montar exposiciones y/o presentaciones y, tal vez, tal vez, incluso una insinuación de bar, para que los libros no fueran el único reclamo. Pero en el contexto y los horarios de una tienda, porque de drogatas aficionados, borrachos profesionales y depresivos de todo tipo, ya estaba más que harto. Se encontraban

frente al ventanal abierto y Estefania reflexionó un momento, inspirando la sabiduría voluptuosa de la noche:

—Me parece una idea espléndida, Nàs, pero me gustaría dejar claro que yo no puedo formar parte de tus planes. Por lo menos de momento. Nos veremos, si quieres, y seremos amigos o amantes, si sabemos, pero creo que nada más. —Y antes de que él notara que se trataba de una negativa llena de dudas, se explicó—: En primer lugar, podría pasar que el uno por el otro volviéramos a hacer locuras…

Jonàs objetó con una frase veloz que eso no podía suceder de ningún modo, ni aunque Caos, Dios y Murphy se pusieran de acuerdo. Pero Estefania insistió en que ella, conyugalmente, siempre había funcionado a sacudidas y nunca había acertado con una relación satisfactoria. Y no se refería al sexo, evidentemente, sino a esa sensibilidad que todas y todos, cínicos, escépticos o románticos, tenemos bajo la corteza de la máscara.

La frase, otra vez aquella frase, los llevó a sonreír por complicidad pura: la verdad era que se entendían de fábula. Pero Estefania no dejaba de tener un margen de razón hipotética situándose a la defensiva: hacía años que no se veían y, a pesar de la atracción recíproca, quizá al cabo de dos semanas ya se habrían aburrido: el uno del otro, y de todas las anécdotas que, directa o indirectamente, compartían ahora entre risas y nostalgias.

Jonàs remarcó que no pretendía presionarla en ningún sentido: más solo de lo que se sentía en el pueblo, no se sentiría en ningún otro pueblo. Serían amigos y amantes, si no lo usaban como excusa para caer en la tentación. Y si el fluido que traza el lecho de cada existencia los situaba finalmente de lado y en paralelo, también podían llegar a ser algo más. Y si no, nada, tranquilos, que de frustraciones sentimentales ambos llevaban en su mochila más de las que merecían. Estefania, mientras le pellizcaba un pezón con dedos traviesos, le susurró al oído:

—Por eso tengo miedo: yo ya no quiero más.

Aunque la verdad, en las profundidades del inconsciente, era la contraria o casi: ambos se sentían emocionalmente estafados, porque la puta heroína (o mejor dicho la adicción a la heroína) no les había permitido gozar cinco minutos seguidos de ningún afecto genuino. Ni de la familia ni de ninguna pareja. Apenas de un poco

de amistad, que también se había visto truncada y pervertida durante los años de sangre, y lejana como una entelequia irrecuperable mientras se les curaban las cicatrices. Probablemente fue por eso por lo que Estefania y Jonàs terminaron conviviendo mucho antes de lo que imaginaban.

Primero, mientras arreglaban la vivienda heredada, en casa de ella y de la gata, que continuaba mirando al intruso con ojos de rendija. Y al cabo de un mes escaso en la finca reformada, adonde se mudaron muy ilusionados, casi convencidos de que, si solo dependía de ellos, sabrían hacerse felices. Por lo menos una temporada. La gata los primeros días se escapaba a la otra casa, pero al final se habituó a la nueva realidad, donde en realidad disponía de mucho más cosmos para degustar.

A pesar del ateísmo anticlerical de Estefania y del pasotismo anticonsumista de Jonas, celebraron las Navidades como una familia satisfecha. Incluso Vanessa parecía haberse acostumbrado a la presencia y las caricias ocasionales de Jonàs, al que consideraba una molestia soportable. No, no se podía quejar: había vendido el restaurante por el doble de lo que el notario le había ofrecido inicialmente, y había pagado un traspaso honesto de un café apolillado, que los albañiles ya reciclaban en una librería multiusos. Y compartía con Estefania una pasión tan tierna y sabia que aún no se lo acababa de creer.

Un día, mientras cenaban, Jonàs comentó que era una lástima que no se hubiesen conocido y emparejado quince años antes, y Estefania objetó que quince años atrás solo se habrían destruido mutuamente a través de la adicción, y que el momento, en cualquier caso, tenía que ser ese y ningún otro.

—Eso me suena a Heráclito —había gruñido él.

—¿Quién es ese?

—Un filósofo, creo. El que dijo que nadie puede bañarse dos veces en el mismo río.

Nia estalló en risas. Diez minutos después, a pesar del frío, se escaparon a liar un canutillo y un polvete a su playa privada, para comprobar si era la misma o no. Pero alguna cosa había cambiado, por lo menos en el chiringuito: habían encontrado el candado reventado y buena parte del contenido desaparecido. Encontraron vasos rotos, botellas volcadas y un tampón menstrual; encontraron

restos de canutos por todas partes y, la guinda del pastel, un espejo roto y dos jeringuillas sucias.

—Heráclito tenía razón —sentenció Estefania, retrocediendo como si hubiese visto la puerta del infierno—. Esta playa ya no es la misma.

Después de poner un poco de orden en el garito, sin embargo, terminaron lavándose los pies en las olas heladas y masturbándose oralmente sin prisa alguna… mientras repensaban quiénes eran, a través de lo que hacían, y en quiénes se habían convertido desde septiembre, a través de todo lo que habían hecho y no habían hecho. Ni una excepción heroínica o cocaínica; solo tres o cuatro de vodka y aun así con una dosis de sensatez, porque a partir de los treinta la resaca del licor cada año que pasa es exponencialmente más dolorosa. Solo abusaban del cava y de la hierba, especialmente para hacer el amor. Hacer el amor, cosas de la química, les llenaba como ninguna droga pretérita, a pesar de que copulaban ocasionalmente y siempre con preservativo. Un día, Estefania le pidió tres veces que la penetrara sin y él, más bien a regañadientes, aceptó. Pero el cerebro sicosomático fue más fuerte y una erección de primera magnitud se convirtió en una enana arrepentida en cuestión de segundos.

—Creo que te quiero demasiado —dijo él, burlándose de los contrasentidos.

Después de un momento de meditación para digerir hechos y palabras en la justa medida, Estefania lo abrazó con una pasión inaudita.

—Un hombre al que se le deshincha el pene para no arriesgarse a perjudicarme, seguro que me merece entera —tartamudeó a flor de lágrima.

—Es el elogio más bonito que me han hecho nunca —replicó el macho, percibiendo el retorno de la erección—. Tienes que escribirlo.

—¡Si supiera!

—Lo importante no es escribirlo artísticamente, sino vivirlo plenamente —remarcó él, buscando un tono divertido.

Estefania, remedando una risa, curvó el culo hacia abajo y con dedos diligentes metió el pene semisólido en su vulva líquida.

—En eso llevas razón —masculló con labio ardiente.

Esa versión del cuento de la Cenicienta, en la que ambos eran el Príncipe y la Cenicienta al mismo tiempo, les duró desde el día de Todos los Santos hasta Santa Ana. Esa versión del cuento de la Cenicienta, que Jonàs había bautizado *La xicoteta de la benzinera*, parecía demasiado bonita para ser real, demasiado deliciosa para durar mucho.

Mientras tanto, llegó el día de la inauguración de la librería/café/sala de exposiciones, que tuvo una acogida excelente entre los hombres ilustres del pueblo y la comarca; porque un negocio como ese montado con tanta sensibilidad por personas tan agradables como Estefania y Jonàs, forzosamente debía suponer un capital humano importante, una inversión social de futuro. Esas fueron las frases que les regaló el regidor del ramo y con las que ellos se relamieron durante semanas: si conociera su pasado, en plural espeluznante, quizá no lo vería tan presente el regidor.

El futuro, en cualquier caso, probablemente fue una confabulación malvada de tres conceptos abstractos ya mencionados: Caos, Dios y Murphy. A pesar de que Jonàs, a raíz de experiencias pretéritas voluntariamente obliteradas, se había ceñido a no copular sin condón, a menudo soñaba que ella se contagiaba de aquella peste por la gracia de una felación desgraciada o por un simple beso en la oreja, ya que en el universo onírico todo es posible. Y que ella moría en cuestión de horas en el mismo sueño desesperado, y todos los habitantes del pueblo lo culpaban por no haberla avisado ni protegido, incapaces de creerse lo contrario.

Jonàs fue muy concienzudo a la hora de proteger a Estefania pero, entre el traslado geográfico y la euforia sentimental, se relajó en algo igualmente importante: protegerse a sí mismo. Había pasado días y más días sin tomar absolutamente ningún medicamento, y cuando recobró el tratamiento y estableció una relación médico/paciente en el nuevo microcosmos, el problema, de sintomatología diversa pero diagnóstico relativamente fácil, se había impuesto rápidamente. Primero perdió el hambre y la energía, también sexualmente, y después se mareaba a la primera cerveza, por no hablar de la maría, y sufría desequilibrios de borracho sin haber bebido. Tres semanas después, se dormía en cualquier sitio mínimamente propicio: en la librería, en el baño, comiendo en la mesa, y a veces hablando o haciendo el amor.

Afortunadamente, ya había ido al despacho del notario a redactar el traspaso de bienes a favor de Estefania como pareja de hecho, dado que no se podía casar con ella porque, por desidia, no se había divorciado formalmente de Jèssica.

Para que Estefania sufriera lo menos posible, le escondió esta gestión. Le ocultó que había truncado el tratamiento y le ocultó también un detalle, un detalle antiguo que incluso él olvidaba a menudo. Se llamaba toxoplasma y era un virus horroroso que los individuos con pocas defensas podían contraer de cualquier gato solamente con mirarlo.

El deterioro de Jonàs, finalmente, fue tan veloz o más que la concreción del cuento: un lunes de septiembre se despertó con el cuello torcido hacia la derecha y el pie izquierdo inmóvil. En el hospital local no lo vieron nada claro (o quizás demasiado) y lo mandaron directamente al comarcal, los sabios del cual, después de un examen preliminar, lo rebotaron a un centro especializado de la capital catalana. Y allí, cuando ya no movía ni el muslo, por lo menos concretaron un diagnóstico: cáncer cerebral avanzado por infección de toxoplasma. La gravedad del caso podía alargarse una semana, quizá dos, pero no había milagros al alcance.

Jonàs lo supo antes de que se lo dijeran porque había conocido un caso de cerca, y Estefania, porque se lo leyó en seguida en las pupilas. Dos días después, con la conformidad del paciente y de su pareja, de hecho pero oficial, lo desconectaron de todos los aparatos a excepción del suero que le llenaba la vena de calmantes (opiáceos, para más gloria). Murió esa misma noche, treinta de septiembre, a las doce menos diez.

Esa noche, en un hotel y gracias a los hipnóticos, Estefania consiguió dormir tres horitas. Soñó que se encontraba a Vanessa decapitada en los lavabos de la librería, donde no la había visto nunca, y que la doctora que había atendido a Jonàs los últimos días acababa descubriendo que lo había hecho ella. Si no la Estefania que era ahora, una que ya había sido o sería en el futuro. Al día siguiente, asistida por su padrino, el escritor, ya que a su madre ni tan siquiera la llamó, Estefania superó los trámites de la incineración sin desmayarse y el transporte de la urna sin vomitar. Para proceder a los funerales en el pueblo adoptivo al día siguiente, como estaba previsto.

Aunque una vecina había ido cada día a darle de comer, no le sorprendió mucho no encontrar a Vanessa en el chalé de la difunta tía de Jonàs, ahora suya a todos los efectos. Pero sí le sorprendió, y mucho, no volverla a ver jamás en ningún sitio.

FELIZ ANIVERSARIO 2: ANDEN O SE DESMANDEN, SORPRESAS GRANDES

With your silhouette when the sunlight dims
into your eyes where de moonlight swims

BOB DYLAN, Sad Eyed Lady of the Lowlands

Al atardecer del día siguiente llegó la primera gran sorpresa. Habíamos subido al puerto a pie para saborear la caminata además del espectáculo, y cuando volvimos a casa vi un furgón grande muy familiar aparcado junto al garaje, antiguamente para los machos y ahora para los coches. En el poyo de piedra adosado a la casa, distinguí dos sombras femeninas en las que, con una aceleración del ritmo cardíaco muy agradable, reconocí a Ona y Lupina.

—Aquí hay gato encerrado —maullé—. Vosotros dos ya lo sabíais.

Josep sonreía por debajo del bigote, al estilo Freddie Mercury, y Àsia lo hacía con los hoyuelos de las mejillas, como Maria del Mar Bonet cuando tenía veinte años. Lupina me saludó con un beso en los labios, mientras que Ona, atorada igual que yo, se conformó con un abrazo y dos besitos amistosos. Lo cual, mira por dónde, destapó un frasco de risitas maliciosas por parte de Àsia y Josep. Para superar la fase adolescente pregunté por Xesco, que ya tiene veinte años y es más alto que yo, y curra y vive con su novia en un refugio pirenaico. Y después, modulando el tono, también pregunté por Knut, el ictiólogo noruego por el que Ona me había dejado soltero tres años antes. Ona, como si no supiera qué hacer con los ojos, los dejó caer al suelo antes de responder.

—Se fue de expedición a la Tierra del Fuego. Quizá porque el nuestro ya se había apagado.

Aprovechamos el juego de palabras para entrar en casa bromeando. Mientras las recién llegadas se duchaban y cambiaban de ropa (en cal Pardal ahora se intuía el fresco del crepúsculo pero

el día había sido canicular), nosotros preparamos un vermú vespertino con la idea de reanudar la lata narrativa y cenar tarde. Según Josep Selosca, juicio ordenador del plano de la presunta novela, yo tenía que concentrarme en los puentes y las lagunas pendientes. Y mientras tanto, Ona secuestró a Àsia hacia su portátil (ahora ya disponíamos de cuatro) para repasar un secreto que, de momento, no querían mostrarme. Josep, por su lado, cuando tuvo las tareas distribuidas, invitó a Lupina a un paseo hasta el pueblo y una ronda de terraza. Lupina accedió con un vistazo al reloj, porque le tocaba encargarse de la cena. Acordamos que medianoche sería una hora adecuada y, después de que ellos se fueran y las dos conspiradoras se confabularan en la mesa de la cocina, yo salí al porche con la libreta grande, un par de bolis y el índice general, a liar un par de trompetas.

Quince minutos después, angustiado porque no acertaba a concentrarme, entré a coger el relato titulado «Ultimas voluntades», que aún no había leído nadie y quería corregir antes. Iba más o menos por la mitad, pongamos media hora más tarde, cuando Ona salió y me ofreció una cerveza. Esperaba una de mis latas, pero me sirvió una irlandesa a la que nos habíamos habituado en el hostal de la Sal.

—¿Ya habéis terminado? —le pregunté después de darle las gracias y ofrecerle la caña.

Inclinando suavemente la cabeza hacia un lado y el otro, lo miró como una persona adulta que contempla un juguete de cuando era pequeña que todavía le emociona a pesar de haberlo dejado atrás.

—Qué va. Me ha echado. Dice que soy una indecisa y que prefiere leerlo sola.

—¿Qué tramáis exactamente?

Por fin sonrió, sin abusar pero alegre.

—Es un secreto. Hasta después de cenar. Pero no quiero entretenerte.

—Siéntate, mujer. Hace una eternidad que no nos vemos.

Se sentó en la barandilla del porche. Se le escapó una sandalia al suelo y la falda se le arremangó hasta la mitad del muslo. Desde donde yo estaba, a un par de metros de distancia, habría jurado percibir claramente el olor de su cuerpo, de la piel, y al cabo de un segundo me di cuenta de que, entre piernas o cejas, se me insinuaba

un conato de erección. Increíble.

—Solo te quería aclarar que Knut y yo lo dejamos hace más de un año. Debes de ser el único que lo ignoraba.

La verdad era que lo sabía, porque un día a Jesús se le había escapado un comentario, pero gracias a las sombras pude disimularlo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué rompimos o por qué eres el último en saberlo?

—Las dos cosas, ya puestos.

—Pues la verdad, por dolorosa que sea, es que me arrinconó como un mueble viejo cuando me puse enferma.

—¿Enferma? —exclamé, porque eso sí que lo ignoraba.

—Sí. Empezaron a salirme llagas en la lengua y en las encías y erupciones alérgicas por todas partes. Tenía el hígado bastante inflamado y el médico me recetó un tratamiento que, si no te mata durante el proceso, dicen que al final te cura.

Digerí las buenas y las malas noticias con un sorbo de Murphy y la última calada del canuto.

—¿Y cómo lo llevas?

—Pues aún no me ha matado pero solo me ha curado a medias. Las pupas, que eran una tortura infernal, de momento han desaparecido, pero la alergia acostumbra a venir de visita una vez al mes.

Se arremangó la otra parte de la falda y se levantó para poner la pierna izquierda desnuda bajo la luz. A tres dedos del ribete lila de las bragas, tenía una roncha de escamas y pequeñas costras de unos diez centímetros de diámetro.

—Hostia —exclamé, frunciendo la nariz—. Debe de picar…

—Y que lo digas. Tengo una bolsa llena de pomadas y calmantes, pero cuando esas purulencias se enfurecen veo las estrellas.

En ese preciso instante, como si la hubiese oído, cayó una desde el cielo. Parábola de luz en fusión, como un haz de láser que rasga la piel de la noche durante tres segundos antes de apagarse para siempre.

—¿La has visto?

—Sí, hombre, sí. La vista todavía chuta.

Mientras celebrábamos la polisemia con unas risitas cohibidas,

le ofrecí la botella, pero replicó con una mueca que de momento cero alcohol. La veía tan frágil, tan indefensa, dentro de aquel paréntesis, que necesité una carretada de contención para no ir corriendo a abrazarla. Ahora solo éramos amigos, o amigos antiguos como solía decir Selosca, pero estaba seguro de que si la abrazaba me olvidaría en el acto.

—¿Has formulado el deseo? —susurré para disimular el silencio.

—Media docena. —Y cambiando de repente de inflexión y aire, se sentó en la silla de enfrente—. ¿Recuerdas el día en que Quique nos explicó que la mayoría de estrellas fugaces que se ven en la actualidad son chatarra artificial?

Rebusqué un recuerdo con textura de sueño, pero solo me llegaba al inconsciente.

—¿Qué Quique?

—El amigo de Selosca, capullo. La noche que dimos la vuelta a Formentera con el velero.

—Ah, claro: ¡Quique! En paz descanse.

Digerimos una pausa en su memoria. Nosotros con Quique solamente habíamos coincidido tres o cuatro veces, pero cuando Josep nos escribió explicando que el sida se lo había llevado como el otoño una hoja, se nos rasgó una raíz como si fuéramos amigos de toda la vida. Debía de hacer un cuarto de siglo de la muerte de Quique, pero la espina aún estaba clavada en algún sitio.

—Qué mierda de mundo —murmuró ella.

—Sí, a ratos por completo. Pero otros no tanto.

Compartimos una risa, porque aquel rato tenía que ser de los buenos, y luego, pidiendo permiso con la mirada, Ona cogió las hojas corregidas, se puso las gafas que llevaba colgadas y empezó a leer. Yo me quedé un minuto contemplándola a través de la noche, pero finalmente, con el resoplido de un león de mar, continué con la corrección. Me pregunté cuántas ausencias habría habido en el entierro de Quique, además de las nuestras, pues no supimos nada de nada hasta tiempo después. Josep estaba profundamente enamorado de él, y todavía se sentía culpable de su muerte. Por qué motivo era un misterio, dado que Josep no era portador del síndrome y lo había cuidado hasta el final y más allá. Pero supongo que cuando la estrella de alguien querido se apaga para siempre, mantener el equilibrio racional resulta imposible.

—Y tú, ¿cómo vas de salud? —murmuró Ona, abanicándose con las hojas.

—Mejor, la verdad. He recuperado la costumbre de salir a caminar una horita cada día y de ir a nadar un par de veces por semana…

—¿Me tomas el pelo?

—No, no. Bueno, quizá voy a andar dos veces por semana y a nadar tres al mes, pero que voy es cierto.

—Qué envidia.

Le pregunté por qué, de qué, con gesto elocuente.

—¿Tan esclavizada te tienen en el hostal?

Ona desenroscó una sonrisa de ida y vuelta, de ola y resaca, antes de responder.

—¡Soy yo, la que los tiene esclavizados!

Entonces me contó la rutina del tratamiento, que llevaba nueve meses torturándola y aún le faltaban tres. Se inyectaba el medicamento los lunes por la noche (fuera lo que fuera aquella porquería), porque la dejaba un par de días sin fuerzas ni para levantarse, por no hablar de comer. Para no pillar complejo de parásito, el resto de la semana se activaba lo indispensable a base de antitérmicos y voluntad, pero angustiada ante la perspectiva de la siguiente dosis, el siguiente lunes. Más triste que divertido, me permití una gota de humor grisáceo.

—¡Qué bestia es el mundo! —exclamé—. Precisamente a ti las jeringuillas te repugnaban tanto que no te chutabas ni en el pico de la adicción. Y ahora, por una maldita inflamación…

Detrás de mí, una voz inesperada me atravesó la frase para terminarla de otra manera.

—Te equivocas, Daniel. La gente no sigue un tratamiento así por la inflamación en sí, sino para encontrarse bien después.

—*Touché* —susurré admirado.

—¡Tú sí que sabes, Àsia! —exclamó Ona, estampándole un beso precioso en los labios.

—Y tú también —replicó Àsia, ruborizada como una Heidi de cincuenta años—. Ven, Daniel, quiero que mires una cosa.

Esa frase bastó para que la turbación se trasladase a las mejillas de Ona, que parecía una virgen a punto de desnudarse frente a un sátiro. Recogimos los trastos y nos fuimos a la cocina, donde Àsia y

yo nos sentamos de lado ante el portátil de Ona, y ella al otro lado para evaluar su estreno literario a través de nuestras reacciones. Delicioso.

UN MUNDO LLAMADO ONA (1983/84)

And these visions of Johanna are now all that remains

BOB DYLAN, Visions of Johanna

Bisnes en cal Ramiro: marzo 83

Niel aterrizó en el Prat de Llobregat un sábado de marzo a mediodía. Yo no tenía coche y Ramiro había venido a buscarme un par de horas antes. Habíamos quedado en un bar porque me daba vergüenza que viera la madriguera donde Xacó, el marido descarriado de Lupina, me había cedido una habitación a cambio de vigilar y cobrar el alquiler a la docena de inmigrantes ilegales que estibaba allí dentro como bacalaos.

A los más listos y menos viciosos, los captábamos para hacer de punto en el escalafón más bajo del narcotráfico: los turistas y los despistados que rondaban por Plaça Reial y un manojo de callejuelas por encima de Pla de Palau. Otros, al cabo de pocos días, desaparecían del piso (ahora lo llaman «pastera» pero nosotros nos referíamos al «hospicio») normalmente para hacer de manteros, lavaplatos o prostitutas en la costa.

A mí, aquel zoológico de especímenes humanos me daba pena, rabia y asco, porque me veía a mí misma como una especie de animal obligando a otros seres humanos a comportarse como esclavos. Pero sobre todo, más allá de lo racional, me revolvía por los olores. Ya sé que es lógico y común que personas de culturas y países diversos emanen, exuden y transpiren universos distintos. Cada cual cocina, se perfuma y se lava a su manera, y en contra de lo que afirman muchos ignorantes sobrados de paquete, aquellas almas extraviadas en los avatares del planeta eran muy aseadas, tanto en la cocina como en la ducha. Especialmente en comparación con los machos de nuestro país, que se creen quién sabe qué, pero aún no saben limpiarse el culete.

Me temo que buena parte de los huéspedes de la madriguera no habían disfrutado regularmente del privilegio de disponer de una cocina y una ducha con gas ciudad y agua corriente, aunque solo fuese tibia. Por eso les dedicaban mucho rato y respetaban esos espacios como si tuvieran un trasfondo ceremonial. En los dormitorios, por el contrario, el orden más que complejo era imposible: había un cajón de cuatro y dos cajoneras de tres por tres, y no me refiero a metros cuadrados sino a literas. Yo, que tenía la habitación al otro extremo del piso, me sentía vagamente culpable porque disponía de un espacio para mí sola y siempre estaba más cabreada que ellos. Pero lo vamos a dejar ahí, porque todo aquello daría para otra novela y yo no sé cómo se fabrican. (Cuando Àsia me pidió que hiciera una excursión narrativa por los repliegues de Ibiza con Niel, creí que me tomaba el pelo. Al final decidí probarlo siguiendo mi vena, pero ya pondrán ellos los lacitos).

¿Dónde estábamos, Ona? Ah, sí: Niel llegó un sábado por la mañana y Ramiro vino a recogerme para ir al aeropuerto. Bajo el pecho izquierdo, para que los compradores la pudieran catar, llevaba un gramo descantillado de aquella harina divina que Xacó, de espaldas al tío Rubio, conseguía del Iaio, que sin duda se la vendía precisamente para putear a su enemigo jurado. Mientras avanzábamos a paso de caracol con el cuatro latas de Ramiro hacia la casa donde tenía su concha y su taller, remarqué que la solución ideal sería negociar directamente con el Iaio, que a un cliente así lo trataría bonito, pero después me costó hacerles entender que eso era absolutamente imposible. Nos paramos no sé dónde a tomarnos un vermú y una rayita para no salivar como los perros de Pavlov, y Daniel nos sorprendió al preguntar si teníamos algún pincho virgen.

—¿Ya te chutas, Daniel? —replicó Ramiro tapándose una fosa y levantando la nariz para que la esnifada subiera.

—No, no. Bueno, de vez en cuando. Pero para probar un material a conciencia, no hay nada como una punta en la vena.

—Ya —masculló Ramiro.

Yo no dije nada. También me había inyectado un par de veces, o más bien debería decir que me habían inyectado, porque a mí las agujas me provocaban tanta aprensión, repulsión, pánico, que cuando me las clavaban volvía la cabeza, me tapaba la nariz y cerraba los ojos. El efecto, desde luego, era instantáneo, brutal,

visceral, hasta el punto de que no tenía nada que ver ni con esnifado ni con fumarlo. Yo no tengo suficientes palabras para racionalizarlo, pero me parece que esnifado, mientras esperas a que te suba y te percatas de cómo lo hace, te deja un margen de perspectiva racional; mientras que fumado es una burbuja de escapada guapa pero efímera, como el paréntesis de un microsueño o los limbos endorfínicos derivados de un coito que se merezca ese nombre. La vía directa (según una traducción propia del término yanqui *main line*) afecta en pocos segundos al núcleo de la racionalidad, y la sensación de la droga se manifiesta y expande inmediatamente en el tuétano, las entrañas, los nervios y todas las capas de piel del animal. Y todos (o sea todos los que lo hemos hablado) estamos convencidos de que la peor parte del síndrome de los adictos intravenosos proviene precisamente del deseo de parar el péndulo de la razón y refugiarse un rato en el alma de un simple animal.

Cuando me propuso esta colaboración literaria impensable, Àsia me aconsejó que procurara no ramificar mucho: mantener el flujo de los acontecimientos como motor de la nave y no perderme en la disertación de las olas. Pero yo le contesté:

—¿Si no puedo reflexionar sobre lo que sentí entonces y cómo lo siento ahora, por qué coño voy a escribirlo, amor mío?

Volvamos. La harina de Xacó, aunque lo daba por sentado, los convenció a ambos en la primera cata. Eso no impidió que al pico de la tres, cuando llegamos a Viladecavalls, en vez de pensar en la comida propusieran un segundo vermú y una segunda cata. En la cocina de Ramiro, donde aparentemente lo hacía todo menos dormir y currar, discutimos los detalles de las dos partes, la que compra y la que vende.

—A mí, me lo dejan fiado a diecisiete, pero cincuenta gramos a tocateja, tendríamos que sacarlos a quince. Sin contar con mi comisión que…

Niel, cogiéndome de la mano como si fuésemos escolares, me dijo que no me preocupara: si todo va bien, dijo, tendrás tu comisión, una propina jugosa e incluso un currelo chulo en Ibiza. Y, sinceridad por sinceridad, admitió que hasta entonces lo habían pagado a diecisiete y quizá no tan refinado.

—Pues creo que algún listillo se ganaba una pasta gansa —

afirmé.

—Un hijoputa —me corrigió Niel.

—En paz descanse. En paz descanse en el infierno, pobre Àngel —sentenció Ramiro, que pinchaba una sardana de butifarras para ponerla en una sartén chamuscada.

Interludio en cal Gallaret I (1985)

—¡Esta plancha está quemada! —exclama Niel cabreado—. ¿No podemos hacer la carne a la brasa?

—¡Si tuviéramos leña para encender el fuego, podríamos hacerla a la brasa!

—Me he pasado toda la mañana cortando leña y tengo la furgoneta llena —replica, como quien propone una tregua—. Apaga el gas, tira esa plancha asquerosa y abre una lata de mejillones. Dentro de un cuarto de hora tendremos leña y fuego y brasa en una sola trinidad.

Desaparece igual que ha aparecido. Se va a buscar una brazada de cortezas y ramas delgadas para tener brasa pronto, pero, mientras me sirvo el tercer vermú y abro un bote de aceitunas para llevarle la contraria, me pregunto cómo es que ha tardado casi tres horas largas en llenar una furgo de leña con la sierra mecánica. Sé la respuesta, desde luego, y también que es precisamente eso lo que nos distancia, confronta, revienta.

Pronto hará un año que roemos micos, monos y gorilas en esta jodida casona congelada llamada cal Gallaret, y los problemas se nos acumulan como rayos en una tormenta. El que actualmente me parece más grave, por no decir insuperable, es que cuando uno aprieta la otra afloja y viceversa. Cuando él se siente fuerte y se blinda por dentro contra la mera posibilidad de reincidir, a mí me pilla un bajón emocional insostenible y acabo convenciéndolo para hacer «una excepción»… o me escapo al pueblo y a una recaída inevitable. Un par de veces, lo confieso, he recorrido diez kilómetros de caminos y carreteras paso a paso, minuto a minuto hasta sumar tres horas, porque él, Daniel, me había escondido las llaves del errecinco (que tiene más vidas que los gatos y probablemente continuará funcionando cuando nosotros estemos muertos y enterrados). Pero hoy ha sido él quien, con la excusa de

cargar leña, se ha escabullido y rendido al fruto prohibido. Prohibido, que quede claro de una vez por todas, por decisión propia. Aunque todavía no sea muy firme, por más buena voluntad que pongamos.

Reprise en cal Ramiro (1983)

Lupina, que por un lado estaba casada con Xacó, el sobrino más loco del Rubio, por el otro era cuñada de Perico, lugarteniente y apoderado del Iaio. Si Xacó o el Rubio descubrían que Lupina o yo comprábamos chuletas de caballo de cincuenta gramos a Perico, probablemente nos desollarían, pero yo necesitaba la comisión y sabía que ni borracha podía fiarme de Xacó.

Lupina también había hecho cálculos y también había resuelto arriesgarse a pesar de todo. Tal como habíamos quedado, se presentó a las once pasadas. Ese sábado salía de la pizzería a las nueve y, para cuando se hubiese duchado, cambiado y venido, serían las mil. La esperábamos con un pan de payés y una bandeja de embutidos del país, pero ella se preparó una ensalada verde multicolor y solo le añadió dos transparencias de queso de oveja y una docena de nueces.

Interludio en cal Gallaret 2 (1986)

A lo largo de los años de esfuerzos hercúleos y capazos de fracasos que sufrimos y compartimos en cal Gallaret, Niel y Ona visitamos a tres o cuatro especialistas.

No todos eran iguales ni lo enfocaban de la misma manera. El primero, carísimo e intransigente, duró dos sesiones porque quería reeducarnos a base de castigos morales y manzanas prohibidas. Pero la última, una sicóloga de la seguridad social sin tiempo para perder tiempo, nos dio algunas pistas guapas sobre el funcionamiento retorcido pero también elemental del cerebro de los humanos (por lo menos de los humanos adictos, que según ella en realidad son todos).

—Además de las drogas, blandas o duras, ¿qué otra cosa os hace babear?

—El chocolate a la taza —bisbiseó Daniel, como si apuntara

directamente a la fase anal.

—Las anchoas —silabeé yo, intuyendo el cebo que nos proponía —. Y mejor si son de la Escala.

—Pues aprovechad esas glotonerías para compensar la frustración de la abstinencia. Concedeos premios, recompensas y homenajes. Haced cualquier cosa, cualquier cosa más o menos sensata, a cambio de portaros bien y no tocar el caballo.

Niel ponía cara de escéptico, como si le pareciese un truco muy infantil, pero yo creí entender que era una pista sobre cómo las personas podemos *engañar* deliberadamente la orientación de nuestro pensamiento. Y aún hoy, tras un montón de años sin excepciones (por lo menos, yo), juraría que más adelante utilizamos aquella estrategia muchas veces, de muchas maneras. Por lo menos yo.

Volviendo al primer esbozo de cal Gallaret, a la mañana que Daniel se escapó al pueblo a comprar demonio con la excusa de la leña, debo aclarar que, para compensarme la herida y echarle sal en un solo gesto, me había subido un bote de anchoas extra de la Escala y un cuartillo casi entero de un colacao maravillao. Como nos habíamos conjurado definitivamente contra las jeringuillas y esnifado tarda un poco más en subir, mientras nos comíamos las aceitunas y unas cuantas anchoas deliciosas, nos fumamos dos cigarrillos emburrados que, después de tres o cuatro semanas de abstinencia, nos maravillaron en cuestión de segundos.

Por lo menos en aquel momento, porque esa madrugada, después de repartirnos los despojos de la papelina, nos inundó una tristeza dual y absoluta y nos pasamos un par de horas delante del fuego lloriqueando como criaturas. Un día, no sé si el mismo u otro más o menos idéntico, Niel dijo que, cuando recaíamos, la culpa y la sensación de fracaso nos abrumaban hasta la parálisis. Eramos moscas víctimas de nuestra propia telaraña de voluntades y contravoluntades.

Reprise en cal Ramiro 3 (1983)

Lupina dijo que cincuenta gramos a quince mil el gramo era un trato de buen atar, pero que ambas partes tendrían que aportar quinientas pesetas de propina para la intermediaria, que era yo. Niel aceptó a la primera con una sonrisa discreta que probablemente significaba que esa comisión contaba con pagármela entera. Yo también sonreía, disimulando, porque me embolsaría cincuenta mil piastras, y el gramito de muestra, por la molestia de hacer un par de llamadas y pasarme dos días holgazaneando en cal Ramiro.

—Solo tienes que decirnos cuándo. Mañana es domingo, pero…

—Ah, no te preocupes. Lo llevo encima. Solo tengo que ir al lavabo un minuto. —La sorpresa general que provocó debía de resultar obvia porque, cuando ya se iba hacia el pasillo, añadió—: Tranquilos, ¿eh? Va bien envuelto y no tengo la regla.

Interludio en cal Gallaret 3 (1987)

—Me ha venido la regla y no tengo compresas, Niel. Tendremos que bajar al pueblo.

Son las doce de un día que parece abortado. Una niebla casi sólida de tan espesa cubre la masía y el mundo exterior. La mortaja que nos cubre el interior, todavía más arisca y aterrorizada, es que después de la recaída número seis (que pesan como seis mil), ayer terminamos diez días de tranquilizantes y porquerías mórficas autoprescritas, y esta es la primera «mañana» que tenemos que levantarnos sin ningún tipo de ayuda química. Más allá de un café fuerte con un buen bautizo y un porrito de hachís que, a mí, en estos estadios entre cielo e infierno, no siempre me sienta bien.

Estamos a finales de febrero del invierno más crudo de mi vida, relativamente corta pero bastante dura. Las hemos pasado más putas que Caín, que Caín y Abel en una sola personificación de lo

que significa pasarlas putas, pero aunque ahora las mantas y el manto de niebla nos apabullen como si fueran de plomo, tengo que reconocer que el balance es positivo. A pesar de.

Me pongo una toallita limpia encima de las bragas y los pantalones del chándal, y nos levantamos entre lágrimas y bostezos que no expresan ni pena ni sueño sino una cola de monito. Él enciende la estufa de la cocina, que con la puerta cerrada tiene que calentar menos tiempoespacio, mientras yo cargo la cafetera.

—No hay galletas. ¿Quieres medio *bikini* de payés?

—Como mucho la mitad de la mitad.

Huelga comentar que todos los ritmos fisiológicos de ambos se sumergieron tiempo atrás en el túnel que Niel bautizó como la rutina del caos. Nunca tenemos hambre, pasamos del estreñimiento a la diarrea continuamente y solo follamos (generalmente a medias) dos o tres veces al mes. Pero ambos hemos asumido que descabalgar del vicio implica aparcar todo lo demás. Para acercarnos a la posibilidad de conseguirlo, la abstinencia tiene que ser la única prioridad, la verdad absoluta, y el resto debe planificarse en función de. (Este truco de recortar frases en vez de terminarlas, que aprendí de Àsia, cuando me sale espontáneo me emociona).

No lo habíamos hablado más pero en cuanto nos sentamos, llenándonos la pituitaria de vapor de café y pan tostado, Niel va y dice:

—Si hoy, precisamente hoy, vamos al pueblo a comprar, tenemos todos los números para terminar pillando. Otra vez.

—Me ha bajado la regla —repito, impertérrita—. No puedo ir todo el día con una toa…

—Tengo una idea.

La idea, que utilizamos más de una vez, era aplicar la estrategia del sucedáneo a la máxima expresión. En lugar de ir al pueblo, donde la farmacia estaba al lado del bar y encontraríamos tentaciones insuperables, fuimos directos a un barrio de las afueras de Manlleu donde Niel conocía una farmacia que.

Entré yo a comprar tampones, compresas, gel de baño y, al final, como quien habla del tiempo, una cajita de deprancol. La señora, de unos sesenta años, con cara de santa y maneras de monja, me dijo que necesitaba una receta, pero yo insistí en que sufría unos dolores menstruales muy fuertes y que lo único que me aliviaba era el

deprancol. Con una sonrisa que casi me hizo sentir culpable, la farmacéutica fue a la trastienda y salió con una caja de diez cápsulas. Nos fuimos al primer bar como si hubiésemos conseguido un gramo de heroína pura y nos zampamos tres pastillas y un par de birras por barba. Él se peleaba con el crucigrama y yo, pendiente de las transformaciones en el seno de mi organismo, contemplaba la primera hora de una tarde fría pero soleada. De vez en cuando sonreíamos, como criaturas traviesas que se han inventado un juguete para pasar el día, y a la mitad de la segunda ronda nos partimos el pecho de risa: los dos empezábamos a rascarnos suavemente una ceja, el lóbulo de una oreja, las aletas de la nariz o la comisura de los labios.

El gusto de los adictos/as por los medicamentos paliativos es mucho más subjetivo de lo que parece. El deprancol, por ejemplo, nos colocaba a ambos (conozco a otros a los que no les hacía ni cosquillas), pero a Niel los derivados de la codeína le sentaban bastante bien mientras que a mí me dejaban el vientre como una roca y la cabeza como una boya. Cuando más adelante probamos la metadona, yo me tomaba un par de vermús detrás y casi tenía la sensación de haberme esnifado una tirita, pero a él la meta lo frustraba soberanamente, lo desorientaba soberanamente y le quitaba el mono de aquella manera. Lo más curioso, para acabar de embrollarlo todo, es que el deprancol es precisamente «un narcótico analgésico estructuralmente relacionado con la metadona».

Yo, tal como dicen que dijo Sócrates, solo sé que no sé nada.

ONA EN LAS ISLAS (1983)

Vivo por ti vida mía
Tus besos me yaman de noche y de día

CAMARÓN, Esclavo de tus besos

La idea de cómo transportar el jaco nos la ofreció por tanto la misma Lupina. Bueno, Lupina y la casualidad: a mí me había venido el periodo esa misma tarde, y el lunes o el martes, cuando voláramos, aún me duraría.

Al final, Niel cogió un avión para Ibiza el lunes a las nueve de la mañana, y yo cogí otro para Mallorca a las once. A él, lo retuvieron una hora y lo registraron a conciencia, y a mí me esperaba el tal Germán con un bmw cabrio frente al aeropuerto. Habíamos reservado habitación en un hotel discreto de Palma, porque según Niel una reserva de hotel puede ayudar a convencer a los aduaneros, pero Germán dijo que «si me encontraba bien» sería más práctico pillar la siguiente barca a Ibiza, al cabo de un par de horas. Nos refugiamos en una cafetería llena de turistas y aproveché el rato para cambiarme la compresa y esnifarme una punta inocente de la papela que llevaba Germán, porque el paquete era mejor no moverlo, claro.

El bmw, que en realidad era de su hermano, se quedó aparcado en el puerto de Mallorca, pero en el de Ibiza ya nos esperaba Daniel con otro cabrio, aunque fuera un escarabajo prestado porque tenía el errecinco en el hospital. Si cierro los ojos, aún siento viva en presente la morreada fenomenal con que celebramos el rencuentro, después de seis o siete horas de ausencia. Estábamos a principios de marzo y la tarde declinaba, de modo que el aire era más cortante que complaciente, pero a nadie se le ocurrió cerrar la capota.

Ahora tengo la impresión de que el motivo fue que daba un poco más de cine al trávelin, y que eso, aunque no lo supiéramos, para nosotros era fundamental. Con más altos que bajos, con más

músicas que lágrimas, la película de las Islas duró hasta principios de julio, cuando ya pensábamos en la siguiente excursión a Barcelona para recargar el depósito. Pero eso me llevaría a entallar el desenlace y antes quisiera intentar una descripción de las secuencias que viví, percibí o soñé mientras tanto.

El factor principal, evidentemente, fue que Niel y yo ya la primera noche en la casa de Ramiro dormimos juntos como antiguos amantes. A la segunda mirada, a la tercera sonrisa, comprendimos que a ambos nos atraía algo que surgía de la química sexual pero la ultrapasaba sobradamente. Y después, conviviendo en el piso de Àsia y trabajando juntos en el Islands, además nos enamoramos. Él tenía veintitrés años y yo veintiuno, los dos habíamos perdido la virginidad a los dieciséis y habíamos tenido dos o tres relaciones puntualmente importantes, pero todavía hoy estamos convencidos de que la *nuestra*, la relación sentimental, sexual y existencial que compartimos, representó un punto de inflexión hacia la vida adulta. Y debe de ser verdad porque han transcurrido treinta años y, a pesar de un par de paréntesis y una sarta de sufrimientos, la relación perdura, aunque no como pareja.

El guion que juntos interpretamos en las Islas, lo tengo grabado en la memoria en tres rollos. El primero, dado que el Islands estaba recién pintado y embellecido pero no abriría puertas hasta el primero de abril, fue la fase de tortolitos en Ibiza y las escapadas al cubil de Nicolau en Formentera. De no ser porque teníamos compromisos (y porque *empezábamos* a estar enganchados como cola), yo, en la masía comunal que Nicolau gestionaba en Es Poblet des Torrent, me habría quedado a vivir. Quizá una temporada larga, como una de las ocho o diez luciérnagas nómadas que se instalaban allí un mes o dos hasta que el viento se las llevaba a otros territorios; o quizá incluso como una de las tres o cuatro hormigas que lo habían convertido, más que en estilo de vida, en la razón tácita de su existencia, y compartían con Nicolau los días de calma y las noches de juerga. Nosotros fuimos a buscar la calma, pero de juergas saboreamos un par de las más sonadas, lo prometo. Recuerdo especialmente la noche flamenca porque, en más de un sentido, fue única, rotundamente irrepetible.

En el extremo del patio trasero, con una docena de cajas de cerveza y unas cuantas planchas de tablero grueso, habían montado

una tarima de cuatro por dos donde las bailaoras y los bailaores podían repicar como martillos. Y bajo el porche de poniente, habían instalado una mesa de caballetes llena de bandejas «para picar»: aceitunas, mejillones, boquerones, berberechos y almejas en el apartado de fríos; y chipirones, gambas, pinchos y choricillos que por turnos íbamos poniendo y sacando de la parrilla. En una punta había un barrilete de vino turbio, hecho en la bodega de la masía aunque pareciese gallego, y en la otra había otro de amontillado, que Nicolau nos había pedido expresamente. Aquella misma tarde, por ese barril, Nicolau y Niel habían representado una escena de gitanos generosos.

—Ya me dirás qué te debemos —empezó Nicolau.

—¿Qué me debéis de qué? —replicó Niel.

—Del barrilete, hombre. Veinticinco litros de…

—Ah, sí. Te cobraré lo mismo que me has cobrado todas las veces que he venido a pasar unos días.

—No, no. Siempre que venís traéis más comida de la que coméis y más bebida de la que tragáis. Y Àsia aquí tiene cama y plato por derecho, ya lo sabe.

—Pero yo no soy Àsia —apunté, simpática aunque tímida.

—Ni yo tampoco, Nicolau —insistió Niel—. Quizá dentro de una semana vengamos sin blanca y tengas que mantenernos por la cara.

Nicolau dudaba, como si le fallara un engranaje, y finalmente declaró su juego.

—Es que quería pedirte otro favor y dos ya serán demasiado. —Niel abrió las manos como un capellán, arqueando las cejas como un arlequín—. ¿Has traído algo de demonio?

—Una llamarada, sí. Pero ya sabes que aquí ni vendo ni lo comento.

—Sí, sí. Y se agradece. Pero el caso es que…

—Suéltalo, tío. Parece que tengas miedo —exclamó Niel de repente, aparentemente desconcertado.

—El caso es que querría un poco.

—¿Tú?

—Sí. Bueno, Angelica. Mañana cumple cuarenta tacos y esta noche quiere tomarse un ácido entero.

—Pero yo no tengo ácidos, Lau. Si me lo…

—No, hombre, no. ¡No entiendes nada, joder!

—Es verdad. Pero es porque tú te explicas de pena, amigo mío.

—Los ácidos ya hace días que los tenemos probados y guardados. Unos *pinkfloyds* que flipas, como cuando éramos jóvenes. Me refiero a mí, claro. Lo que Angelica quiere es…

—Una pista de aterrizaje —aventuré, con intención de sacar a Nicolau del trance.

Me miró admirativamente, como si me viera por primera vez.

—Exacto. Una pista de aterrizaje.

Daniel dijo que ningún problema y le preguntó si quería un cuarto de pista o media pista entera. Nicolau, sonriendo como si se hubiese tirado un pedo pestilente, aseguró que un cuartillo bastaría. Entonces la conversación trazó un arabesco y volvió al principio.

—Pero el vicio te lo pago sí o sí.

—¡Y dale! Acabo de decirte que aquí, en este paraíso que os habéis inventado, no he vendido nunca y solo excepcionalmente invito a alguien. Si lo queréis, será un regalo, Nicolau.

—Me rindo. Pero te debo dos.

—Que sí. Que lo tendré en cuenta, joder.

Nicolau, irreductible, nos regaló un *nice pair* de *pinkfloyds*. Por poca recompensa que sea, resopló, será algo. Pero yo me cerré en banda porque les tenía pánico y Daniel se los guardó.

Sin orden ni concierto aparentes, la fiesta se animó al compás del crepúsculo. El caserón se encontraba en la cima de una loma de cien metros, a trescientos de la playa, y la puesta de sol fue un espectáculo visual de primera magnitud. Recuerdo que Angelica se alejó hasta la cresta del cerro y se quedó allí una hora larga, contemplando la rotación de la tierra en el firmamento.

—Ha ido a saludar a lady —me bisbiseó Niel tan cerca que me hacía cosquillas en la oreja—. La gente la aturulla y cuando hay sarao se va a las ruinas del molino.

—¿Te refieres a la yegua semisalvaje de Àsia?

—Si alguien le dijera a Àsia que lady es una propiedad, se enfadaría. Y la yegua todavía más.

—¿Es verdad que siempre tiene el portalón abierto y va y viene cuando quiere?

—Si la encierran, deja de comer y se vuelve rabiosa.

—Dios, por entropía o por pura chamba, procrea toda clase de criaturas, ¿no crees?

—Ya sé por qué no quieres tomar ácido: caíste en el caldero como Obélix y ahora alucinas por simpatía.

Para demostrarnos la mutua simpatía global, también orgánica, terminamos la conversación con un morreo juguetón. Mientras, entre el porche y el escenario se compactó una herradura humana donde se juntaban, hormigueaban y transmutaban una docena de guitarristas, media de instrumentos diversos, ocho o diez percusionistas y cincuenta o sesenta espectadores. De pie, sentados o tumbados sobre la hierba, que crecía con la pasión de la adolescencia, en la primera fila se hallaban los músicos, pero de las filas posteriores surgían continuamente espectadores que ocupaban un sitio, una guitarra o un rincón del escenario, para obsequiar a la concurrencia con un solo, un baile musicado o una saeta bien acompañada. Recuerdo a un virtuoso, si no como músico como ingeniero de sonido, que plantó un soporte de un metro y medio de largo entre dos taburetes para poner encima hasta veinticuatro copas de cristal. Las golpeaba con dos martillos pequeños de madera que le procuraban dos octavas completas de afinación y la posibilidad de un efecto extra *ad libitum*, por el simple procedimiento de romper una de vez en cuando. Así lo explicó, susurrando, un caló andaluz con cara de mártir que se mantenía entre sombras. Por lo menos hasta que una muchacha, una belleza de piel morena y cabellos rubios, fue a buscarlo y le dijo:

—Si me cantas una, te la bailo, pececito.

Con una sonrisa afligida, él respondió que una sí, y en seguida se abrió el círculo y un pulpo de brazos lo acompañó hasta el escenario casi sin tocar el suelo. A su lado se sentó un tío que parecía Jesucristo con una guitarra flamenca en las manos, y acto seguido empezó el milagro. Bueno, milagro no, porque lo ejecutaban dos personas, ángeles humanos como máximo, pero todos los y las presentes intuimos, comprendimos y percibimos que, en algún sentido, nos habían regalado un milagro de alma flamenca.

Suspendidos sobre un silencio que nunca antes había oído, desovillaron un tema (o dos o tres, porque iban y venían y revolvían) que duró quince minutos como poco. Y cuando terminaron, en vez de aplaudir, todo el mundo se levantó y se puso a batir los dedos con ritmo. Sobre esa base, un cajista y dos palmeros tramaron un colchón, el guitarra acompañante encontró

una tríada de acordes para tirar de un hilo, y la sirena que había arrancado al pececito se descalzó y subió a la tarima. Primero se marcó un dueto con la caja, y después otro con la guitarra. Al tercer baile, el cantaor empezó a sumar un suspiro, dos vocales en espiral, cuatro sílabas con duende, y terminaron en una triple improvisación en la que el guitarrista proponía una frase, la bailaora la contestaba y ampliaba, y el cantaor la convertía en una filigrana que estremecía incluso a la hierba.

Entonces, como si se tratara de un ceremonial sagrado, la bailaora se arremangó la falda hasta la cadera y, como si pasara por un puente precioso entre el estriptis y el baile flamenco, se quitó lentamente las bragas y se las ofreció al cantaor. Nadie aplaudió ni hizo algaradas machistas: solo el guitarrista remarcó la semiótica del gesto con un arpegio lascivo doble. El cantaor y la bailaora se fundieron en un abrazo nada teatral, y se perdieron como ruiseñores en la oscuridad que llevaba al mar. Yo me quedé embrujada como si hubiese visto un concierto a tres bandas entre una hechicera y dos duendes, y Angelica, aparecida de la nada, me preguntó iluminada:

—¿No sabes quiénes son?

Respondí con un gesto corto que quería abarcar el momento por completo:

—Lo que más me preocupa, Angelica, es descubrir quién soy yo.

—Buena respuesta —musitó ella, levantando una sonrisa y un vasito de turbio para brindar—. Yo a tu edad todavía no estaba segura de si existía realmente o era un sueño de mi padre.

No sé qué entendí, qué retal de verdad capté de entrada, porque Angelica se me llevó en volandas hacia el escenario y me subió sin pedir permiso. Íbamos descalzas porque hacía buen tiempo y yo, por otro lado, bailar flamenco, con más pasión que arte, lo había hecho en la calle y en la playa desde que tenía tres años y hasta que a los quince renegué de mi tribu. Empezamos, pues, a bailar, ella con un aire más bien exuberante y yo con un deje más bien tímido. Por lo menos hasta que otra bailaora subió al escenario a darnos chispa y, primero a Angelica y después a mí, nos arremangó la falda de algodón (la suya blanca, la mía violeta) y nos quitó las braguitas con gesto consentido. Me hizo gracia ese ceremonial erótico, porque evidentemente no bailábamos cancán y nuestra desnudez no era

una imagen vista sino una sensación en expansión. También me hizo gracia que ella misma se las llevara a Nicolau y Daniel respectivamente como si fueran tesoros, promesas, sintagmas rituales de un discurso que venía e iba mucho más allá de las palabras. Provenientes de un tiempo y de una cultura en que el discurso erótico y la danza del cortejo, más que en palabras, se expresaban en ritmos y músicas, danzas y cantes escanciados alrededor de una hoguera.

Debió de ser a causa de las diez o doce caladas que había aceptado de yerbas y resinas de toda clase, pero el caso es que durante unos minutos de esos que ultrapasan los relojes, me sentí en medio de un viaje astral dulce e intenso. Sobre todo cuando la brujita bailarina que había animado la fiesta de aquella manera vino a buscarme con dos vasitos de amontillado y me dijo:

—¿Tú eres gitana, no?

—Dicen que una cuarta parte.

Y acto seguido, acercándose a mi oreja como si quisiera lamérmela, añadió:

—Pero… ¿t'has corrío o no?

Tuve que interrumpir el sorbo y tragar saliva antes de encontrar un hilo de voz.

—Un poquito sí.

—Un poquito musho —exclamó ella, rompiendo a reír y estampando sus labios abiertos sobre mis labios sedientos—. Vass mojaá hasta las rodiyasss.

Pero quizás la última chispa ya forme parte de los sueños seudorgásmicos que desovillé aquella madrugada, ya de día, cuando por fin Niel y aquella Ona nos acurrucamos en la cama, abrazados como criaturas que acaban de romper la cáscara.

Nos despertamos (por decirlo de algún modo) a la hora del té, y bajamos a desayunar (por decirlo de algún modo) a la hora de la merienda. Llovía sin ganas ni tregua hacía rato y, fuera o no por eso, del centenar de fiesteros de la noche solo quedaba una docena, disgregada entre el banco de la chimenea y el porche encarado al sur. Después de un cortado avaro con la leche y una rebanada de queso aborigen, Niel me puso un impermeable y me convenció para salir a pasear hacia poniente, hacia el mar, a pesar de una llovizna que pronosticaba tormenta.

Bajamos a la playa con la finalidad expresa de dibujar dos hileras de huellas de pies desnudos sobre la arena empapada. Un poema como otro cualquiera, dijo él, más serio que risueño. También me había prometido un canutillo seco y un vasito de ron a pie de playa, pero la insinuación de cueva donde teníamos que refugiarnos la ocupaban dos sombras harmónicas, y bastante acústicas, en pleno trato carnal.

—No te asustes, mujer —me dijo Niel con aire juguetón—. Son Lau y Lica haciendo un pulpo.

—Pasad, pasad —murmuró Nicolau entre dos carraspeos guturales.

—Bienvenidos —añadió Angelica, sentándose y recuperando el vestido.

—Sí, claro, faltaría más —replicó Niel de espaldas a la entrada —. Daremos una vuelta y volveremos dentro de medio hora.

Empezamos a alejarnos, pero la lluvia se animó hasta un chubasco y Angelica salió a rescatarnos entre chillidos y risotadas. Retrocedimos y entramos en la cueva, donde cabían cuatro especímenes sin molestarse si se quedaban sentados y quietos, y Nicolau nos invitó (efectivamente) a catar el caldo envejecido de un barril de ron que «alguien» había «escondido» en *sa coveta* el día de mariacastaña. Debía de ser la primavera (que la castaña altera), porque me notaba inesperadamente excitada y en un relámpago imaginé que, cuando Angelica y Nicolau se fueran, Niel y yo podríamos reanudar la secuencia que habían dejado a medias por nuestra culpa. No debía de ser la única que percibía la influencia del momento, o de la marea de la luna invisible, porque mientras Angelica liaba una trompeta de hierba sola y Niel delineaba cuatro rayitas delicadas, la conversación giró alrededor de la «orgía latente» de la noche anterior. Esa definición de Angelica me pareció muy apropiada, porque yo en algún momento había intuido, presentido, acaso incluso deseado a pesar de los temores, que la juerga musical colectiva derivara, convidara o facilitara otro tipo de juerga, también colectiva y musical, con media docena de intérpretes como máximo. Pero me lo callé, claro.

—Ah, la orgía buena es precisamente la artística, la que ayer compartimos. El sexo en grupo devalúa el acto y a las personas —sentenció Nicolau, como un experto—. Ya sé que suena carca, y os

juro que por mí todo el mundo puede joder y joderse tanto como le dé la gana, pero hace veinte años viví cinco o seis en diversos templos comunales de Ginebra y Amsterdam. Edificios ocupados en el mejor sentido de la anarquía, donde cada cual se espabilaba como quería y se enrollaba con quien podía. —Hizo una pausa para pillar el canuto de los dedos de Angelica y se fumó un tercio de una calada titánica—. La convivencia solía ser formidable y las sinergias creativas y sociopolíticas aún las añoro, pero en lo referente al amor libre, si queréis mi opinión, fue un fracaso.

A él, por ejemplo, le corroía saber que su amante de esa noche o esa semana, la noche o la semana anterior se había enrollado con otras personas. Y le angustiaba profundamente no tener ninguna certeza sobre cuándo volvería a quedarse sin pareja ni por qué. Era evidente, además, que el machismo subyacente en todos y todas situaba a los gallos que más picoteaban entre los más apreciados, mientras que para las cluecas era justo lo contrario, y más de una, cuando se consideraba desplumada y no se veía deseada sexualmente, buscaba otro gallinero.

Daniel confesó, avergonzado, que no tenía ninguna experiencia más allá de las duales y yo, todavía más ruborizada, me callé que, una noche borracha, había participado en una especie de triángulo con la prima Lupina y un maniquí sin corazón ni cerebro. Entonces Angelica cogió la batuta y nos trazó un esbozo de currículum vital.

Había nacido en Montreal en 1943 y, poco después de cumplir los veintiuno, se había fugado a Nueva York con un músico que prometía tierra y cielo. Se instalaron unos cuantos días en un almacén de café abandonado, cerca de los muelles del Village, del que la media centena de vagabundos del Dharma que lo habitaban había conseguido eliminar puertas y paredes, pero no la peste. En el recinto había media docena de puntos de agua corriente, fría si no te la calentabas, y unas mamparas de aire japonés fabricadas con materiales reciclados que fingían una gota de intimidad si la necesitabas. El amor libre quizá todavía no era una filosofía de vida pero empezaba a convertirse en un hecho habitual. El problema más común, según Angelica, era cuando una chica no quería abrir su terruño, ya fuera porque no le gustaba el arado o simplemente porque no le apetecía, y pronto la tildaban de frígida, reprimida burguesa y patata seca. El otro problema, en muchos casos más

grave, eran los enamoramientos; puesto que los encuentros eran variados y espontáneos, la probabilidad de que dos personas se enamorasen de verdad era alta, y cuando saltaba la chispa todo eran descargas de alto voltaje por todos lados.

—Después de que el cantante me abandonara definitivamente por una princesa de la danza libre que triunfaba en el Village, rodé una temporada entre el almacén comunitario y un par de pisos de la misma especie. Ahora comprendo que no me sentía especialmente bien, pero me daba igual. Hasta que el azar, esta vez afortunado, quiso que me enamorara de alguien que, oh milagro, también se enamoró de mí. —Angelica hizo una pausa doble para esnifarse la línea y digerirla con un sorbo de ron—. Pero era una chica, y de repente nos dimos cuenta de que, a pesar de todas las proclamas, en la piel más tierna de la polla, nuestros amigos y presuntos amantes no lo entendían. Si no accedíamos a compartirlo con ellos, nuestro amor no era libre.

—Aún no tengo mucha experiencia, pero creo que el enamoramiento provoca un sesgo posesivo casi genético a un tanto por ciento muy elevado de personas —aventuré para despegar los labios y situarme en la conversación. Nadie metió baza y, rechazando el porrillo con una sonrisa, intenté explicarme—. En el plano estrictamente físico, a mí pueden atraerme muchos hombres… y ocasionalmente algunas mujeres, pero con la inmensa mayoría ni tan siquiera me plantearía hacer el amor. Cuando además hay sentimientos… —Sorbí un moco líquido con una mueca risueña y, señalando a Niel con el pulgar, proseguí—. Yo ahora me he enamorado de ese pajarito y no podría enrollarme con nadie más aunque quisiera.

Se produjo un silencio satisfecho, mientras Nicolau volvía a llenar la medida de ron. Daniel encendió dos pitis sin mezcla y me dio uno, como teníamos por costumbre.

—Pues yo, para aportar un grano de mi trigo sin mentir, debo admitir que posiblemente… posiblemente me enrollaría con otra tía, dado el caso —reconoció Daniel—. Pero seguro que luego me arrepentiría y que no me hace ni puta falta. —Y entonces, como si se arrancara un esputo profundo, añadió—: Confieso, amigos míos, que por primera vez me he enamorado como un burro.

—No tienes ni veinticinco años, Niel. Yo casi te los doblo y me

he enamorado tres veces —se burló Nicolau.

—No deberías decir como un «burro»: queda feo. Deberías decir como un «hombre» —lo riñó Angelica.

Daniel me estampó un besazo dulce en los labios antes de eyacular un chorrito de risotadas.

—No sé si por viejos o por demonios, ¡pero esos dos se las saben todas! —exclamó.

Y como si quisieran demostrarlo, los dueños de la casa y ocupantes de la cueva reanudaron sus discursos. El de Angelica, para concluir el tema, apuntaba que la peor derivada del mal llamado amor libre eran evidentemente los embarazos, que también surgían libremente y sin pedir permiso. Comentó que en la costa oeste, en el extrarradio de Frisco, donde había convivido con la amante de Nueva York tres o cuatro años, algunos núcleos hippies habían logrado incluir en la práctica comunal esa cuestión también, pero que a la corta o a la larga surgían sospechas, malentendidos y, fíjate, celos encubiertos. Al final, dijo, las criaturas eran de la madre y punto, porque padres normalmente había tantos que no tenían ninguno.

—Y recuerdo un caso, triste como ninguno, en que un gallito forrado de plumas se emparejó con una clueca mal empollada a condición de que dejara a «la niña» en la comuna. Entonces se demostró que la comuna en ese sentido no funcionaba, porque alimentarla, vestirla y lavarla no era suficiente: la niña tenía siete años y necesitaba a alguien que la quisiera específicamente a ella.

—No te atormentes, Ange —bisbiseó Nicolau, arrimándose a ella para besarle la sien.

Pero Angelica ya no estaba: nos había abandonado a favor de un mundo pretérito no transferible y salió de la cueva como si el único calmante posible fuese el aguacero, cada vez más intenso. Nicolau, después de disculparse con dos cejas circunflejas, le robó el impermeable a Daniel y se fue detrás de ella. Angelica no quería impermeables, sin embargo, y tras quitarse de nuevo el vestido liso de un revuelo, ya corría desnuda y poseída hacia el mar, hacia la promesa del mar, hacia el olvido eterno o efímero de las olas heladas de marzo.

A principios de abril, como bolas de billar que rebotan en la banda, volvimos a Ibiza y al Islands: ¡tan cerca y tan lejos de las

hadas y los duendes de Formentera! Antes de arrancar motores para la traca de Semana Santa, dispusimos de quince días de rodaje. Abríamos los jueves a media tarde y cerrábamos la madrugada del lunes. Cuando currábamos estábamos contentos y el resto del tiempo éramos felices. Debo reconocer que, durante ese rollo de película, por minúsculo que fuera, teníamos el mundo en la yema de los dedos. No nos preocupábamos por las drogas, porque nos habíamos guardado un tarro pequeño de heroína sin corte y las demás venían solas. Ibamos bastante bien de pasta, entre las comisiones ahorradas del bisnes y el sueldo y las propinas del bar, y finalmente pero en primer lugar estábamos enamorados. Enamorados de verdad. Y mira que en Ibiza City y trabajando en un acelerador de partículas como el Islands cada día nos caían media docena de propuestas interesantes. Por separado o incluso juntos, porque entonces sí que el sexo libre y compartido se había convertido en una especie de filosofía de vida, y muchas personas, emparejadas o no, venían expresamente a las Pitiusas para «vivir una experiencia diferente». A pesar de las tentaciones, nos mantuvimos fieles. Iba a añadir que yo sepa, pero en realidad estoy convencida porque Niel tiene un montón de defectos y unos cuantos desperfectos, pero el de mentir no. A las personas a las que quiere no, por lo menos.

En Semana Santa trabajamos cada jornada como si fuera doble a pesar de los refuerzos. Las dos secuencias personalizadas de aquellos días, a rebosar de borracheras y orgías ajenas, están relacionadas con la maldita heroína, y ambas nos dejaron muy mal sabor de boca.

La primera fue una chica tan atractiva de cara como extenuada de cuerpo, que afortunadamente apareció en la hora valle de la cena porque, con el local lleno de gente, Niel quizá la mata. Yo servía una ronda de vermús y tapas en la terraza y al entrar me encontré a esa pava en la barra lloriqueando, casi gritando, a punto de estallar en un ataque de rabia, y a Niel acojonado al otro lado con dos o tres interrogantes tallados en la cara.

—¿Tú eres Daniel, no? —resoplaba la intrusa—. ¡Te repito que Àsia me ha dicho que viniera a buscar un gramito de burro! Que ya lo arreglaréis con ella, me ha dicho.

—¡Y yo te digo que estás loca! ¡Àsia sabe de sobras que aquí no

vende caballo ni dios!

—Pues no pienso marcharme hasta que…

—Si Àsia quiere algo, que venga ella, joder —la interrumpió Niel, porque entraban clientes y se le acababa la paciencia—. Y ahora, si no quieres tomar nada…

—Pues sí —replicó la neurótica sindrómica—. Ponme un asesino con dos dedos de tónica y un cubito.

Daniel inclinó la cabeza como un cachorro que no acaba de comprender qué pasa, pero dispuesto a ponerle lo que quisiera si dejaba de exigirle caballo chillando como una gorila.

—¿No sabes lo que es? —prosiguió ella, invitándose a un piti de nuestro paquete de camel corto—. Un chupito de ginebra, otro de ron y otro de vodka. Por este orden y sin removerlo. Luego le añades un cubito compacto y dos dedos de tónica fría. Un asesino.

Confiando en que aquella fantasma peligrosa se suicidase sola con uno o dos asesinos cargados con bala, fui a atender a los recién llegados, que afortunadamente querían jugarse la ronda a los dardos. Cuando la chica volvía a embalarse dispuesta a lo que fuera, quizá porque entre sorbo y sorbo picaba pastillas de su bolso como si fueran cacahuetes, por suerte apareció Àsia. Yo la conocía bastante de oír hablar de ella, ya que Niel los primeros días no se la quitaba de la boca, pero solo la había visto una vez que habíamos quedado para comer en el bar/restaurante de debajo del piso, donde comíamos dos días de cada tres.

Lo primero que hizo Àsia fue tirar la bebida de su amiga al fregadero. Y para frenar en seco el revuelo de protestas, le soltó una bofetada lo bastante fuerte como para llamar la atención de los tíos de los dardos. Después pilló dos birras y se llevó el problema al almacén, donde Niel, en la grieta de una biga, guardaba un octavo para emergencias. Mientras yo tostaba dos rebanadas de pan y decoraba una bandeja de ensalada con patés y quesos, él también se escapó al almacén. Cuando salieron, lloraban como una escala musical: en el costado derecho, la intrusa lloraba no solo por los ojos sino por todos sus poros; en medio, Àsia lloraba con la pupila más cercana a la chica a pesar de sonreír muy triste cuando miraba a Niel; y el niño Niel, a la izquierda, también tenía un ojo húmedo aunque sus labios se esforzaran en bromear. Era evidente que la crisis se había atenuado o esfumado, pero también que había dejado

heridas difíciles de curar. Por eso cedí al impulso de ofrecerles la bandeja, para que se llenaran un poco la barriga mientras yo preparaba más, y me gané tres miradas agradecidas. Esa noche, mientras compartíamos la última trompeta tumbados en la cama, Niel me contó por qué demonios le habían tocado el nervio los desastres de la intrusa.

—Para que veas el poder de la adicción mental —balbució—. Después de seis o siete meses de abstinencia, cuando físicamente tiene que estar limpia por cojones, un mal día le da por tomarse dos rohipnoles con un par de cubatas… ¡y se olvida de golpe y porrazo de su hijo y de todo el sacrificio de Anastàsia!

—Tú a esa tía no la conoces de nada. Lo que te jode, Niel, lo que de verdad te jode es que de rebote también se haya hundido Àsia.

—No, amor mío, no. Àsia lo dejará seguro, esta vez o la próxima. Lo que me jode, en el fondo y en las formas, es que tú y yo un día… más pronto que tarde si es posible… también tendremos que encontrar la manera.

Lloraba sin trabas en un silencio seco, como si hubiese visto la sombra del Diablo, y yo lo abracé como si la piel de los amantes fuera una panacea que puede cubrirlo todo, curarlo todo.

—No veo por qué —susurré, lamiéndole la cuenca de la oreja—. Por ahora no nos falta nada.

Pero aunque en ese momento fuese una certeza irrefutable («por ahora no nos falta nada»), respecto al futuro cercano se demostró un disparate sin fundamento. Rectifico: nuestro sentimiento era un fundamento sobre el que muchas parejas podrían haber levantado familia y perspectivas. Pero nosotros dos, como Niel había intuido a raíz del espectáculo de Anna Susanna, antes teníamos que resolver una molestia llamada heroína.

La teoría de Daniel, que me expuso justo entonces, era que un día, más pronto que tarde, la adicción nos destrozaría la relación. Tendríamos que escoger por cojones y como pareja teníamos todas las de perder. Me pareció entender (o quise entender) que la adicción empezaba a darle miedo de verdad, pero que la posibilidad de perderme simplemente le aterrorizaba. Yo cuando me siento feliz soy un poco tonta y, en lugar de escuchar el contenido, me enternecí con la forma y le regalé un beso… muy especial. (Me han asegurado que puedo contar todas las marranadas que quiera, pero

sé que luego me daría vergüenza verlas escritas).

—Yonquis o vegetarianos, Niel, tú y yo seremos una misma carne durante muchas vidas.

La frase le gustó tanto, quizá por los aditivos posteriores, que un par de años después le pidió a Ramiro que se la grabara con fuego sobre un disco de roble para regalármela. Pero será mejor que no dé más saltos adelante sin afinar los compases del presente continuo.

Después de Semana Santa, el presente continuó más o menos igual, entre atareado y goloso, exceptuando el retorno de Anna Susanna a Barcelona con el chavalín y el retorno de Anastàsia al Islands. Me dije que me quedaría sin trabajo, pero los socios decidieron abrir *eight days a week* y que nos turnáramos para los descansos semanales.

Niel y yo, con este arreglo, perdimos horas libres juntos, pero lo bueno era que de pasada podríamos afrontar la vorágine de los fines de semana sin recurrir a extras. Trabajar con Àsia, por otro lado, era coser y cantar: siempre estaba de buen humor y a punto para lo que fuese, aunque fuera ella quien tenía una parte del negocio. Daniel le dijo, qué remedio, que si quería instalarse en el piso nos buscaríamos otro nido. Pero Àsia respondió que tenía intención de continuar viviendo en Sant Antoni, y que si alguna noche acababa muy tarde se quedaría en casa de su hermano, que la quería reciclar sí o sí.

—Me comporté durante treinta y tres días, hasta que Annasu se hundió, y la última semana me he metido tres o cuatro rayitas. Pero no voy a tirar a la cloaca el esfuerzo que me ha costado; no voy a rendirme tan fácilmente.

Me hubiese jugado un dedo a que, currando en el Islands, aunque nadie cabalgara en público, acabaría cayendo al pozo más pronto que tarde. Pero Niel, que ciertamente la conocía mejor, aseguraba que era muy tozuda y muy especial. Lo indudable era que resultaba exótica y muy atractiva, y confieso que por primera vez en la vida sentí celos de una lesbiana. Celos malsanos, además, porque me constaba que ella y Niel habían dormido juntos muchas veces pero nunca se habían enrollado. Y era precisamente esa certeza lo que me causaba un picor de esos que no sabes cómo rascarte: Daniel y Anastàsia compartían un universo privado, sin sexo físico pero de una intimidad exquisita. Una noche, la jefa se

quedó a dormir en su piso y entró en el baño mientras yo me duchaba.

—Uy, perdona.

—No te preocupes, mujer. No tengo costumbre de pasar el pestillo.

Intercambiamos una sonrisa tímida. Yo me aclaraba el jabón y ella, bajándose pantalones y bragas, se sentó en la taza.

—Si no fueras la pareja de Niel te tiraría los tejos —silabeó bajando la mirada y ruborizándose ligeramente, fuese por el piropo o por la micción—. Estás guapísima.

—Gracias. Lo mismo te digo.

—¿De lo de ser guapa o lo de Daniel?

Nos pilló la risa tonta. Cerré el agua y me puse el albornoz. Cuando me lo ataba, llamaron a la puerta.

—¿Eh? ¿Se puede pasar? —gorjeó el gallito de la casa con trino de gorrión.

Di dos pasos descalzos, cogí una toalla para envolverme el pelo y abrí.

—Pasa. Yo ya he terminado.

—Y yo también —añadió Àsia, levantándose y revistiéndose y tirando de la cadena con un solo gesto.

Salimos entre risas picantes al ver la cara de desconcierto de Niel, que nos preguntó a qué venía tanto jolgorio.

—Àsia dice que si no fuera tu pareja me tiraría los tejos —triné yo.

—A ti no te gustan las tórtolas.

—¿Qué sabrás tú? Àsia tiene un magnetismo erótico que…

Daniel, divertido, hizo restallar una risotada y entornó la puerta. Pero sacó la cabeza inmediatamente para añadir:

—Si os decidís, avisadme. Me gustaría verlo, por lo menos.

No descarto que, a la corta o a la larga, un día hubiésemos terminado poniéndole los cuernos a Daniel o arriesgándonos a un triángulo. Más que el desfloramiento lésbico, magia que por desgracia aún no he probado, lo que de verdad me hubiese horrorizado habría sido verlos haciendo el amor (celos verdes como moco de sapo). Pero el destino, o lo que sea que va tejiendo la telaraña de las circunstancias, a finales de mayo decidió rasgar aquella realidad aceptablemente feliz como si fuera papel de arroz.

El instrumento, en aquel caso, fue la brigada de estupefacientes de la Guardia Civil y, concretamente, el subteniente Santiago Garners.

Se presentó en el Islands un sábado *around midnight*, para metérnosla hasta el fondo, con tres jeeps llenos de marionetas con metralletas y un par de sabuesos que tenían sueño. No encontraron nada detrás de la barra ni en la cocina, porque no había ni una mala china, y tampoco nos encontraron nada encima porque el guisante de polen que Niel llevaba en su bolsillito se lo zampó como un caramelo. Cuando entraron en el almacén sufrimos un poco, porque en la grieta de la biga estaba nuestro cuartillo de jaco, y eran muy capaces de declarar que lo guardábamos allí para venderlo. Pero al cabo de cinco minutos salieron más bien tristes y se aplicaron a registrar la zona pública del local, que incluía a la mayoría de clientes masculinos. Levantaron una tira de secantes con media docena de dosis y tres o cuatro pastillas de chocolate para uso personal. Los ácidos los encontraron en el suelo en un envoltorio de cacahuetes arrugado, y también se lo llevaron «para sacar las huellas». A dos pardillos que no habían sabido sacarse la mierda de encima (diez gramos de hierba y un inhalador de popper, una porquería que con dos segundos de aspiración te pone el corazón a ciento cincuenta y el cerebro en las nubes) se los llevaron en jeep a comisaría como si fueran narcos, sin duda para interrogarlos sobre nosotros. Àsia no se quejó ni una sola vez, no contestó a ninguna pregunta comprometida y llamó inmediatamente al abogado, que quince minutos después se tomaba un cortado en el rincón de la barra con una sonrisa escondida debajo del bigote.

Liquidado el registro, el subteniente Carners se emperró en precintar el local, pero el abogado nos dijo que no nos preocupáramos, que el lunes hablaría con el juez y el martes podríamos abrir de nuevo. Al final, acaso porque Anastàsia era de familia rica y su abogado uno de los mejor apoderados, el subteniente renunció a retenernos en el calabozo y nos envió a casa con un aviso que infería sentencia.

—A partir de hoy vendremos cada día. De uniforme o de paisano, para hacer un registro o tomarnos un destornillador.

Era hijo de *sa illa* pero, para remarcar la oficialidad del caso, gastaba un castellano cargado de acento y localismos que lo

convertía en una parodia de sí mismo. Los tres nos fuimos paseando y primero entramos a un bar a tomar un chupito de whisky y un bocado para quitarnos el susto, y después seguimos hasta casa para celebrarlo con una rasca terapéutica.

—Me extraña que no hayan venido a registrar el piso en lugar del local —apuntó Àsia reflexiva—. Todo el mundo sabe que en el bar nunca guardamos nada.

Tenía razón. En el piso, entre el sobre de la cajita de carey, que podía encontrar un niño, y la bolsita escondida en el fondo del jabón de la ropa, que podía encontrar cualquier policía, habría unos cinco gramos, y entonces sí que habrían tenido algo para acusarnos de traficantes. Y por si acaso, nos apresuramos a enterrar la bolsita en una maceta del piso de abajo, del que teníamos las llaves para regar las plantas.

Al día siguiente, cuando a las cuatro nos sentábamos ante una paella doméstica, llegó lo que Àsia describió como la segunda llamada del cartero (resaltando que era un eufemismo de *destino*). Sonó el teléfono y era Andrés, socio mayoritario del Islands y hermano de Germán. Andrés invitó a Àsia a «tomar un café, para vernos y hablar de negocios», y quedaron a las seis en la cafetería del centro donde el patriarca había fundado la hucha familiar.

—¿Y no ha dicho nada sobre el show de anoche? —preguntó Daniel extrañado.

—Sin duda lo hará después.

Cuando nos duchábamos de una siesta sin sueño ni risas, Àsia volvió de la reunión con muchas noticias frescas, aunque decepcionantes.

—Malas, lo que se dice malas, no —gruñó Niel como si hubiese perdido su peonza y no supiera dónde buscarla—. Pero buenas, en absoluto, la verdad.

—Si llegan a registrar el piso, nos abren en canal —remarcó Àsia.

—Hay que bailar la música que tocan, y suerte tienes si no te dejan sorda —canturreé.

Las noticias decepcionantes eran que el socio mayoritario, Andrés, había convencido a su hermano, Germán, de cambiar el negocio de raíz: enterrarían el Islands como a un microbio maligno y montarían una franquicia de prestigio para hartar al personal de

hamburguesas y sándwiches. Y treinta surtidores de cerveza importada, desde luego. Las buenas noticias eran que le habían comprado su parte a Àsia a un precio decente y que nos ofrecían un mes de sueldo y una gratificación extra si sacábamos «todas nuestras cosas del local» y le devolvíamos las llaves al día siguiente.

—Mientras esté precintado… —musitó Niel.

—Se ve que ya no lo está —replicó Àsia.

Era raro pero decidimos aprovechar la ocasión para celebrar allí, esa misma noche, nuestra última fiesta privada. Encargamos una mariscada para las once en el restaurante de enfrente y nos la llevamos al bar discretamente. La regamos con discos que eran sangre de nuestra carne y que nos llevaríamos al terminar el baile, y un par de botellas de cava que contractualmente ya debían de ser propiedad de Andrés. Niel fue al almacén a rescatar la papelina escondida, que alcanzaría para una ronda, mientras nos regalábamos unos cafés al gusto y una botella Johnnie etiqueta negra. De repente, Àsia se revolvió en su silla y declaró que no quería esnifar «nada más nunca más» a pesar de morirse de ganas.

—No seas rígida —bisbiseó Niel, buscándole físicamente las cosquillas—. Nos meteremos una fruspa y nos iremos a la cama.

Àsia cedió a pesar de prometer que al día siguiente se enclaustraría otra vez en la casa de Sant Antoni y que no saldría hasta haber superado «esa obsesión estúpida por meterse dentro todo tipo de sustancias venenosas». La redacción de la frase nos llevó a reír porque era el momento preciso, pero nadie la ha grabado nunca con fuego sobre una placa de roble. También aquella noche tuve la sensación de que estábamos a punto de arriesgarnos a un triángulo erótico esotérico, que podría resultar iluminador o acabar de confundirnos. Adivino, sin embargo, que Àsia no quería implicarse sentimentalmente (aún más) con una pareja de adictos inconscientes, y que yo todavía entraba en ebullición cuando los imaginaba follando.

Àsia siguió el plan y a la mañana siguiente se fue a Sant Antoni, mientras que nosotros tiramos de barca hacia Es Poblet des Torrent con la intención de despedirnos de la isla, de Nicolau y de Angelica. Que volveríamos a Barcelona, o por lo menos a eso que llaman la provincia de Barcelona, ya lo teníamos asumido. No porque nos hiciera mucha ilusión, ya que no teníamos nido ni tan siquiera

sabíamos dónde buscarlo, sino porque la reserva de combustible se reducía cada día, y comprar a precio de abuso demonio que no se parecía al nuestro ni aunque lo hubiese sido, nos provocaba asco solo de pensarlo.

En can Nicolau nos esperaba una sorpresa. Al día siguiente, Lau y Lica tenían programada una excursión alrededor de la isla en el velero de un amigo. Saldrían a medianoche, cenarían un corte menguante de luna, escucharían música hippie sicodélica que «ya no estaba de moda», y volverían a casa poco después del alba. Nos invitaron y nos apuntamos, por supuesto.

Habían proyectado la travesía en forma de lágrima: primero en dirección norte, después nordeste y este, y finalmente sur para volver a poniente, y fue una de las noches más deliciosas que ha parido este mundo ensordecedor. Navegamos una horita en silencio mientras poníamos la cena a punto: fideos con bogavante regados con ribeiro. Con el café y las copitas, nos repartimos cuatro pirámides violeta entre seis personas. Yo con un tercio tenía de sobra, porque con el ácido, por poco bueno que sea, veo las estrellas, y Niel también dijo que media y muchas gracias. Nicolau y Josep Selosca, el dueño del velero, se tomaron una por barba para no faltar a un ritual que aparentemente cumplían cada año, y Angelica y Quique, el compañero de Josep, se repartieron la otra.

Nicolau nos informó de que el equipo de sonido del velero no tenía nada que envidiar al del Islands, y que el propósito de la excursión era precisamente pescar estrellas, pero ni del mar ni del cielo: de la entraña del alma. Quique, que ese año había dibujado el paisaje musical a base de Pink Floyd, empezó la secuencia con el *Wish You Were Here* (que a Niel siempre le recuerda a Layla y le exprime una lágrima) y la siguió en cronología inversa con el *Meedle*, el *More* y el *Sarceful of Secrets*. Después de la tercera galaxia nos regaló un silencio para recordar quiénes éramos en este mundo y tomar algo caliente, mientras yo sentía el tema «Set the Controls of the Heart of the Sun» dentro de mi corazón solar. Como si llevara unos auriculares perfectos que me permitían escuchar la música en mi interior, y las voces, el mar y la noche fuera.

Por fin, después de treinta o cuarenta medias dosis de elesedé, había intuido, iniciado, olfateado, la potencia reveladora de un viaje astral. Cierto que en aquel momento eterno, mientras me

bebía un caféconleche y me fumaba un piti, estaba convencida de que la visión era intraducible y ya se había desvanecido, como gas, de entre las neuronas de la cabeza y del cuerpo. Pero Josep, en tanto que patrón de la nave, anunció que habíamos llegado más o menos a la mitad de la odisea, y que solo necesitábamos compartir un narguilé de kif para poner rumbo al sur, donde sin duda nos esperaba un alba inolvidable.

Mientras virábamos y fumábamos, Quique entró «One of These Days» del *Meedle* para recuperar la atmosfera, y después, enlazados como una sola frase, idea, universo, vinieron los temas más siderales del *Ummagumma* y del *The Piper at the Gates of Dawn*. Aunque la profundidad de la visión era sensacional y por lo tanto inefable, la sensación es que capté un par de impresiones tan vívidas que casi son traducibles. Una, la máxima, era que yo, Ramona Pubill Amaya, en el conjunto del Universo con mayúscula no era ni una salpicadura; a la sumo una molécula de agua en medio de los océanos terráqueos. Más o menos como el planeta entero en el océano descomunal de los astros. En realidad, ajustando un poco la escala, solamente el sistema solar completo con toda su área de influencia se podía considerar un átomo congruente, en relación con el cosmos. La otra impresión, más vaga pero más viva, era que esta presunción respecto al Universo con mayúscula no tenía nada de gratuita y que, a través de puentes de tiempoespacio ahora no comprensibles, probablemente no vividos, un día me iluminaría una estrella, fugaz o fija, gigante o diminuta, dentro del microcosmos personal.

Pararon la música para escuchar la salida del rey Sol. El anfitrión, que me resultaba un poco demasiado amable, trajo chocolate caliente y un bizcocho «recién hecho». Las olas murmuraban versos incompletos contra el lomo de la barca y nosotros hablábamos con gestos y sonrisas, temerosos de romper la música absoluta que tanto cuesta llegar a sentir, sentir, sentir.

Después de desayunar, cuando el sol ya no era una promesa trascendente sino una molestia que cegaba la vista y confundía el cerebro, viramos hacia poniente. Con «Formentera lady» de los Crimson como telón de fondo, brindamos a la salud de la yegua d'Es
Torrent, que por fin había aceptado convertirse en madre, e

insinuamos una conversación que en realidad todavía dura. Que en realidad va a durar siempre, incluso cuando los átomos que ahora nos dan cuerpo hayan recuperado la condición de átomos independientes.

—Ah, ahora que me acuerdo, ¿no eres tú el Daniel del Islands que quiere ser escritor? —intervino de improviso el capitán del velero.

Niel incluso enrojeció.

—Hombre, si el deseo bastara.

—Yo soy muy amigo de Anastàsia, y ya debes de saber que el año pasado ganó un concurso de relatos.

—¿Josep Selosca, no? El editor del libro.

—Bueno, yo de momento solo soy un hippie aristocrático; el editor es mi padre. Pero Anastàsia me dejó leer un par de cuentos tuyos.

—Pues ya los has leído todos. En toda mi vida solamente he escrito dos narraciones, una de nueve páginas y otra de seis.

—Es normal. Ahora estás demasiado ocupado viviendo, absorbiendo experiencias de toda especie para llenar el almacén emocional y esperar a que fermente. —Josep encendió un cigarrillo inglés con tres círculos dorados sobre el filtro, que esparció un aroma dulce y penetrante—. Pero esas dos narraciones, aunque solo sumen quince páginas, son interesantes. Genuinas.

—Gracias.

—Si un día te lo tomas en serio…

—Mientras no supere el vicio del caballito…

La intromisión de Angelica nos sorprendió a todos como una descarga eléctrica y quedó suspendida sobre nosotros dos como un moco invisible pero viscoso. Ella misma lo deshilachó, con un deje de repugnancia y mucha sinceridad. Aunque nunca se había inyectado, había sido yonqui nasal, durante seis o siete años, en el Village de Nueva York y en la comuna de Prisco. Y había comprobado, en su propia carne y en muchas vidas ajenas, que la heroína es un desguace existencial gigantesco que se traga todos los elementos que conglomeran a un ser humano. Sentimientos, emociones, proyectos, ilusiones, ideas, vocaciones artísticas o profesionales, y relaciones de toda clase. Buena parte de las puertas de la percepción que «la generación de las flores» había

entreabierto, buena parte de las conquistas sociales que había logrado, habían terminado rotas, abortadas o prostituidas a medida que la cloaca del caballo se las tragaba para siempre jamás. Niel, molesto o chulapo, se arriesgó a meter baza.

—Marx, Karl Marx, afirmaba que ninguna herramienta, ni siquiera una pistola, se puede considerar negativa en sí misma. Que todo depende del uso que se le dé. Seguro que la idea se puede aplicar a las drogas.

—Karl Marx desconocía las maravillas de la tecnología postmoderna, como la bomba atómica —masculló Nicolau con tono sarcástico—. Solo tiene una utilidad, como amenaza o como arma, y en ambos casos es un desastre.

—Y sin embargo estamos de acuerdo en que la heroína no es perniciosa en sí misma. Estamos de acuerdo en que depende del uso que se le da —reanudó Angelica para no perder el hilo del moco—. Pero el caso es que yo hablo precisamente de los millones y millones de personas que la han usado y la siguen usando de modo perverso y destructivo. —Me pasó una flauta de maría para dirigirnos la pregunta mirándonos a los ojos—. ¿A cuántas personas conocéis que tomen caballo tres o cuatro veces al año como máximo? Como aquellos que por fin de año y la fiesta mayor se ponen guapos de champán, pero el resto del año beben y viven sin excesos suicidas.

—Creo que a ninguna —respondí reflexivamente, bastante tocada porque nosotros tomábamos dos o tres veces… cada día del Señor. Y cuando no había…

—Ahora debéis de estaros metiendo un cuartillo por barba siete días a la semana y, si os dejáis llevar por la inercia, dentro de un añito vais a necesitar medio. Es eso tan viejo de la tolerancia. —Angelica hizo una pausa, como si se arrepintiera de algo—. Ya sé que suena fatal remarcar que lo digo por vuestro bien, pero es la pura realidad. Lo digo porque os aprecio y porque sois un par de pajaritos simpáticos y despiertos que probablemente se cortarán las alas solos.

Quique aprovechó la metáfora para hacer restallar una risotada de distensión.

—No seas tan cabeza cuadrada, Angelica —apuntó mientras descuartizaba un melón para trocearlo en barcas—. Cada cual tiene

su ritmo, su momento.

—Cuéntaselo a todos los que se han dejado la piel —replicó Angelica con los ojos húmedos—. Hasta entonces tampoco habían encontrado el momento de dejar la heroína.

En aquella mañana marinada recién nacida, fue como si esa frase, esa idea, abriera la puerta de un cementerio de almas. Todos callamos como muertos (valga la paradoja), mientras, cada cual a los suyos, recordamos a los que directamente o colateralmente se habían dejado la piel. Parecía que habíamos llegado a la cima de aquel calvario colectivo, porque nadie quería empezar a recordar a sus espectros queridos en voz alta. Pero Angelica nos forzó a subir otro peldaño más.

—Cuando vivía en la comuna de Frisco, mi pareja, que se llamaba Katherine y era la madre de Jèssica, se lio con un buñuelo de viento cargado de dólares y humos y se largó con él. Kath me prometió que, si no lograba convencerlo para convivir con la niña, a la que el imbécil no quería ni ver, lo mandaría al cuerno y volvería. Los quince o veinte adultos que vivíamos en la casa nos comprometimos a cuidarla, pero Jèssica casi era tan hija mía como de Kath, de modo que yo…

—No te castigues, Angelica —murmuró Nicolau antes de besarla en la sien como aquel día en la cueva.

Ella sonrió y le devolvió la caricia.

—No es un castigo. Ya sabes que cada vez que lo cuento me siento una décima menos culpable.

—Ah, pues cuéntalo todo el rato hasta llegar a cero —exclamó Josep, resolutivo—. La culpa es el peor enemigo de quien la arrastra.

—Quizá no me habría herido tanto, no me sentiría tan culpable todavía, si el demonio de la heroína no se hubiese metido en medio —retomó Angelica, dispuesta a cumplir su penitencia hasta la última estación—. Vivíamos en las afueras de la ciudad, en un caserón parecido al *cau* de Nicolau pero en versión californiana. La tarde del horror tenían que traerme una provisión de *sugar*, pero al atardecer uno de los repartidores se presentó con una mala noticia: habían detenido a su socio y, hasta nueva orden, tendríamos que buscarnos la vida. Yo llevaba horas criando mono y convencí al mensajero de que me acompañara a comprar algo para no morir esa

misma noche. —Angelica tragó un sorbo de té como si fuera cicuta y encendió un cigarrillo inglés como si fuera un concentrado de nicotina—. Cuando subía a la moto de aquel pavo, Jèssica vino corriendo de la playa de la laguna y me preguntó, como siempre, adónde iba y cuándo volvería. Voy a comprar medicinas pero no tardaré ni media hora, le contesté con el piloto automático. No te vayas, Angelica, creo que añadió. Pero no lo sé seguro porque la moto ya volaba por la carretera resquebrajada de sol y salitre… para ir a comprar medicinas. Tendríamos que haber comprendido, en ese mismo momento, que para nosotros las drogas se habían convertido en medicinas indispensables de verdad, de modo que estábamos enfermos y necesitábamos ayuda.

El final, trágico como pocos o como tantos, fue que cuando volvieron, colocados como zombis, vieron dos coches de policía, con su discoteca de luces multicolores, aparcados delante de la casa. El traficante creyó que se trataba de una redada y dejó a Angelica plantada a medio kilómetro del peligro. Ella, al acercarse lentamente, identificó también un camión de bomberos y una ambulancia. El corazón le dio un vuelco: Jèssica, le dijo un terrible presagio. Demasiado tarde, por desgracia.

Jèssica, efectivamente, había ido hasta la parte posterior de la casa y, aprovechando el crepúsculo y un momento de soledad, se había tirado al pozo. El pozo tenía un cerco de piedra, al estilo mejicano, y encima otro de madera para garantizar precisamente que no se cayera dentro ninguna criatura. Pero la madera no estaba fija, claro, y la niña no había dudado en descorrer los pestillos, quitar las tablas y tirarse dentro de aquel agujero sin retorno.

—Una víctima inocente —recapituló Angelica, con una mueca tierna que quizá reflejaba la décima de culpa liberada—. No se había fumado nunca un porro, ni tomado un ácido, ni…

—Venga, ya basta, Angelica —insistió Nicolau, con un beso y un tono más firmes—. Si no paras, al final nos tiraremos todos al pozo.

El disco de los Crimson también había fallecido hacía rato y Quique nos propuso una melodía curativa. Le concedimos el derecho a intentarlo con una sonrisa y nos eligió el *Ricochet* de Tangerine Dream. Niel había liado y encendido una flauta de kif, pero a la segunda chupada dijo que le hacía subir el ácido y se lo pasó a Angelica. Angelica miraba el peta como si fuera un acertijo,

sin mover ni un músculo. Y Josep se lo cogió de los dedos mientras se giraba de cara a popa, de cara a la enormidad del sol.

Entonces Niel aprovechó la ocasión para susurrarle un secreto al oído a Nicolau. Angelica parecía perdida en la laguna de la comuna californiana, y yo me hubiese jugado el cuello a que sabía perfectamente qué le decía. Le decía, efectivamente, que para corresponder a todas las convidadas de aquella travesía de fábula, nosotros teníamos la intención de corresponder con unas tiritas o cigarrillos de burrito, para suavizar el bajón del ácido.

—Pero si alguien se va a ofender y nos vais a tirar por la borda, no he dicho ni pío, ¿vale?

—¿Qué te parece, Ange? Niel dice que, si no vas a comértelo vivo, nos invita a una cata de demonio.

Ahora que me he arrancado a eso de tejer palabras (tanto temor que me inspiraba cuando Àsia me convenció), podría seguir y seguir, como el latido de las olas. Espero, sin embargo, que estas acuarelas basten para dar una impresión de mis/nuestras experiencias en aquel tiempoespacio: Ibiza/Formentera en la primavera del 83. Me habría gustado encontrar la oportunidad para regarlas con la magia de las casitas típicas, los matices de color, la textura de las playas, y el olor de los eucaliptus, las magnolias y los cipreses, pero solo los maestros saben aglutinar en un mismo discurso el trasfondo de los personajes y el del paisaje. Los aprendices casi siempre tenemos que conformarnos con seguir el vaivén errático de las frases, que a veces van más o menos donde quieres y a veces no van a ninguna parte.

TRES TRIÁNGULOS Y UNA NOVENA DE ÁNGULOS (84/85)

Words are flowing out like endless rain
into a paper cup

THE BEATLES, Across the Universe
ANASTÀSIA: *The Joshua Tree* (U2)

En el único relato que Daniel escribió en diez meses de estancia en las Pitiusas (once páginas), el protagonista de turno, en plena resaca, decía: «El secreto de la vida es como el arte de tirar una cerveza. Sin gas, ni es vida ni es cerveza, pero si te pasas con el tirador la mitad de la magia se te va en espuma».

En la única carta que me mandó desde Viladecavalls dos o tres meses más tarde, francamente optimista y contradictoria, me adjuntaba el apunte inacabado de otra narración en que la heroína, obsesionada precisamente con liberarse de las cadenas de la heroína, trazaba una metáfora todavía más jugosa y fermentada. «Debemos entender la propia vida (decía la protagonista, sospechosamente parecida a mí) como un árbol al que tenemos que procurar buena tierra y agua limpia. Tenemos que encararla al sol cuando necesita calor y buscarle una sombra cuando se le agostan los brotes. Tenemos que sujetar sus ramas débiles o desviadas, y podarlas sin remordimientos cuando salen podridas».

Solo me dije que acaso al final entendería que, si no aparcaba el caballo en el matadero, terminaría él en el cementerio o en el talego. A mitad del verano, poco antes de marcharme a Madrid para intentar rescatar a Mònica de una mala vida crónica, quedé un día con Josep Selosca y le enseñé el escrito.

—Si se lo tomara en serio, el capullo de Daniel lo haría bien.

—¿El qué?

—Escribir, cabecita vacía.

Saboreé una pausa como si estuviera grabada en mármol.

—¿No le falta una montaña de oficio?

—Eso se aprende. Leyendo las piedras de toque y picando mucha letra viva.

Estábamos en mi piso, adonde había venido a cenar cargado de delicadezas, y me levanté para retirar los platitos de los profiteroles y traer la cafetera.

—Primero tendrá que aprender a vivir —resoplé más bien dolida —. Y eso no se enseña en ninguna parte.

Josep celebró el comentario con una risa feliz, como el actor que espera diez años el momento preciso para recitar una réplica. Mientras yo servía media taza de café por barba, dijo:

—En eso te equivocas, sirena. Leer pescados* escogidos y aventurarse a escribir como quien cuida un huerto son la escuela por excelencia para aprender a vivir.

Me quedé inmóvil a medio gesto, con una idea en la punta de la lengua.

—O sea que para aprender a vivir debería aprender a escribir, pero para aprender a escribir antes debería aprender a vivir.

—Hace mucho tiempo, por no decir milenios, que todos los pececitos humanos nos mordemos la cola.

ONA: *The River* (Bruce Springsteen)

Desembarcamos en Barcelona como extranjeros en una metrópolis desconocida y, como no sabíamos dónde refugiarnos, Niel llamó a Ramiro. Ramiro nos ofreció un techo gratis y trabajo pagado.

—Mi ayudante se va a la mili el mes que viene y a ti te irá bien levantarte a las ocho y mover tablones hasta la hora de la merienda. Ona se encargará de la casa, que es un curro como otro. Y, además, la alquilaremos media jornada en la oficina para podar un bosque de papeleo que me tiene ahogado o casi.

Según el adjetivo de Daniel, aquel era un golpe de suerte acojonante, porque veníamos cargados de buenos propósitos: nada de tráficos; esforzarnos en reducir el consumo y estudiar la manera de dejarlo completamente cuanto antes. Una versión a nuestra medida de «Me estoy quitando», que Tabletom y Extremoduro convirtieron en un éxito musical diez o doce años más tarde. Los

buenos propósitos, tal como pronosticó Ramiro, nos duraron quince días. Por otro lado, él mismo colaboró en tejer una red de ámbito comarcal para mover entre diez y quince gramos a la semana. Nosotros se los comprábamos a Lupina, que los conseguía limpios y pesados de un primo enamorado, y Ramiro se los servía a tres o cuatro aborígenes con un treinta por ciento de corte y un veinte por ciento de mengua. Nunca íbamos a ganar dinero con aquello, pero mal que bien sacábamos los cuatro o cinco gramos que nos pulíamos semanalmente entre los tres.

Pasaron ocho o diez meses resbalando sobre la vida como si fuera un río. No necesitábamos hacernos preguntas ni buscar ninguna respuesta, no necesitábamos nadar ni a favor ni en contra de la corriente; solo teníamos que dejarnos llevar por el curso del agua y contemplar la propia existencia deslizándose hacia atrás. La vigilia de Reyes, sin embargo, una desgracia ajena nos arrancó la venda de los ojos y, en veinticuatro horas, descubrimos que ese río desembocaba en un pozo. En una fosa séptica, concretamente.

Ramiro le vendía casi la mitad del producto a un señor de Segovia, castizo y simpático como el que más, que regentaba tres o cuatro clubs de alterne entre Berga y Manresa. Cabe aclarar que, dentro de los márgenes de esta profesión ancestral pero perversa, trataba a las chicas bastante bien: no tomaba nunca drogas ilegales a pesar de consentirlas, y era un enemigo declarado de las jeringuillas. Quizá tenía un nombre propio como todo el mundo, pero todo el mundo lo conocía como Don Quijote, porque si bien se asemejaba a Sancho Panza en carácter, era larguirucho como un junco y lucía una herradura de bigote y una barba de chivo color ceniza.

Para acomodar a sus sirenas (él a sus chicas siempre las llamaba «las sirenas»), había alquilado unos cuantos pisos situados estratégicamente: no muy lejos de los clubs pero tampoco demasiado cerca. Fue en una de estas madrigueras donde, a las diez de la mañana del día de Reyes de 1983, una residente que había pasado la noche con un cliente encoñado encontró a dos compañeras muertas. Primero creyeron que de sobredosis, porque era evidente que ambas se habían chutado poco antes de expirar, pero los forenses dictaminaron que, morir lo que se dice morir, habían muerto de congelación. El balcón de la salita estaba abierto

de par en par, quizá porque esa tarde había caído un palmo de nieve y la vista sobre el río, en otra época industrial y ahora lleno de escombros y basura, debía de ser enternecedora. La posibilidad A era efectivamente una sobredosis involuntaria, que las hubiese dormido como a la doncella del cuento a pesar del frío. La B era que hubiesen abierto el balcón para pedir socorro al ver que se habían excedido en la dosis. Pero las calles estaban desiertas, en el piso había teléfono y en el rellano inferior unos vecinos, de modo que esa explicación no cuadraba en absoluto. La posibilidad C, más rebuscada, era una entelequia de Ramiro, amigo y camellito de una de las dos sirenas. Él, por desgracia, le había proporcionado la dosis asesina. Y evidentemente se sentía más culpable que Judas Iscariote.

—Fui al club a tomar una copa a medianoche —nos contó, perturbado hasta las lágrimas aunque las vertiera por dentro—. Echamos un polvito y me pidió que le vendiera un gramo. Le contesté que ni un gramo ni nada, porque no llevaba nada encima, y le pregunté para qué quería un gramo entero, cuando ella pasaba el día con un octavo.

Graziela, que no se llamaba así ni de broma, le había explicado una historia que probablemente era un cuento: quería coger a su hermana (la otra sirena congelada, con dieciséis años recién cumplidos) y llevársela lejos de aquellos esclavistas sexuales. Tenía una oferta para trabajar de camarera en una disco sevillana y quería un gramo de jaco guapo para situarse y trabar amistades. Ramiro se había acordado entonces de que en el coche, debajo de la tapicería del asiento del copiloto, tenía medio para el arquitecto, el cual (oh, destino) no se había presentado a su cita semanal. Y se lo vendió a la sirena a precio de amigo.

—Le repetí cien veces que no llevaba corte, que si no quería caerse dormida como una marmota se esnifara solamente la mitad de lo que acostumbraba —nos repitió Ramiro cincuenta veces—. Pero dicen que se lo metieron todo en la vena y eso no me cuadra… porque Graziela no se enchufaba nunca.

La posibilidad C, que Ramiro deducía de estos hechos, era que lo tenía o tenían todo previsto para suicidarse. Habían comprado un paquete de chutas adrede y querían un gramo entero para asegurar el tiro. Y por el mismo motivo debieron de abrir el balcón, dormirse

y morir de congelación.

La última inercia de ese río terminado en pozo negro fue la intempestiva decisión de Ramiro de vender la finca a un empresario que quería convertirla en un restaurante de canelones y carne a la brasa. Llenos de rasguños y desconcertados, recogimos todo lo que se podía recoger y lo cargamos en el errecinco, que empezaba a apestar a ultratumba pero siempre resistía un viaje más. Yo sugerí una pensión en las entrañas de Barcelona pero Daniel prefirió arriesgarse a llamar a su cuñada, que trabajaba en una inmobiliaria de Torelló y «nos encontrará un cubil aunque esté a punto de hundirse».

DANIEL: *Cada loco con su tema* (Joan Manel Serrat)

Aunque me costara un sermón especialmente incisivo de mi hermano modélico, mi cuñada nos alquiló un piso a rebosar de luz en Santa Eugènia de Berga que nos iba bien por precio y por mapa, porque estaba cerca pero en el exterior del Triángulo de las Perdidas, donde Daniel Alfals ya tenía una fama mala, mala.

Confieso que no hice méritos para mejorarla, pues en tres meses dejé una bicoca de administrativo en la agencia de mi hermano y un currelo de manobre, y volvía a traficar para sostener el vicio. Entonces, en pocas semanas, nos cayeron tres o cuatro rayos de los que no matan pero fulminan. El primero, un domingo en que excepcionalmente, ante la insistencia de mi hermano, fuimos los cuatro a comer a casa de mis padres.

Yo, en el cubil patriarcal, me había fumado montañas de porros, pero solo había esnifado una docena de veces y nunca me había chutado nada. No porque lo considerara una especie de santuario, sino porque cuando empecé a tirar de napia diariamente ya vivía por mi cuenta, y cuando empecé a tocarme la vena ya me había instalado en Ibiza. Por qué motivo fatal justamente ese día decidí enchufarme en vez de esnifar, a pesar de haberle dado mil vueltas, no lo sé. Supongo que el primer factor fue la adicción en sí: nos quedaba poca pintura y yo, para ponerme contento esnifando, necesitaba un bote lleno. Pero el segundo fue precisamente la perversidad inconsciente de profanar el santuario. Por otro lado, oh supremo imbécil, creía que, si me ceñía a una dosis matamonos y

me daba prisa, no corría riesgo alguno.

Preparé el pico con precisión japonesa y me acerté la vena a la primera. Encendí un cigarrillo para saborear la subida, como teníamos por costumbre casi todos, y cuando me bombeaba la sangre por tercera vez, vicio que también compartíamos casi todos, el émbolo de esa jodida máquina desmontable (fuera por un coágulo o porque lo había dejado flojo) se separó de la aguja y provocó una explosión de sangre, pequeña en cantidad pero devastadora en calamidad. Me salpicó la cara, las manos, el jersey y los pantalones, pero también las baldosas de detrás y la cortina de la ducha. Reaccioné tan rápidamente como pude: limpiarme la piel y la ropa, fregar la cortina y secar la pared. Los tejanos de vestir eran negros y pasarían la prueba; el jersey color pergamino me lo quité a favor de la camiseta, que no había pillado tanto y por suerte también era oscura. La cortina de plástico no representó ningún problema, pero en la pared algunas gotas habían acertado en las junturas y la única manera de quitar los rastros era rascarlos con paciencia. Me apliqué con unas pinzas de cejas dobladas hasta que mi madre llamó a la puerta para preguntar si me encontraba bien.

—Sí, sí, salgo en seguida —gruñí abriendo el grifo—. Es que tengo la barriga un poco loca…

Desmontada dentro del envoltorio, me metí la chuta en el bolsillo izquierdo del pantalón y las pinzas sentenciadas junto a la costura del otro. Todavía fregué dos o tres puntitos granates del soporte del papel higiénico y volví a lavarme la cara. Después, con una sonrisa desequilibrada y el jersey colgado del revés sobre los hombros, abrí la puerta. Mi madre me miraba disimulando un poso de angustia, e hizo un barrido visual del baño como si tuviera miedo de encontrar un monstruo.

Volvimos al comedor y nos sentamos con los demás, que ya olían el segundo café, mientras mi padre explicaba una anécdota de Carrillo (él lo llamaba Don Santiago) que habíamos oído un centenar de veces. Solo Ona se rio a gusto porque se estrenaba. Mi madre me sirvió café caliente, y mi cuñada y yo encendimos un pitillo. Mi padre, contratista de profesión y trotskista de vocación, siempre había sido hombre de farias, preferentemente de La Coruña, pero desde que el mes anterior había ganado un escaño en el Parlament de Cataluña con el PSUC, había subido de rango y

ahora se gastaba una pasta en Montecristos. Mi hermano, aprendiz inexperto, también chupaba uno, atento a que no se le apagara y a no tragarse el humo, mientras charlaba con mi cuñada del concierto de *el noi del Poble Sec* que habían visto la noche anterior. Ona apuntó que lo encontraba demasiado azucarado pero que paradójicamente la emocionaba, y mi madre, inocencia pura, preguntó qué significaba *paradójicamente*. Mi cuñada remarcó que su último disco se titulaba *Cada loco con su tema*, como si eso fuera garantía de genialidad, y mi padre, abstraído, se levantó con el puro entre dos dedos y se fue al baño después de recoger el diario (uno de los cinco que le enviaban cada día). Los parientes conocíamos perfectamente su ritual y no nos sorprendió que, desde la puerta, de buen humor, soltara:

—Después de un buen comer…

En atención a las señoritas, no terminó la frase como solía: «… no hay nada como un buen cagar». Mi padre, además de comunista de la antigua escuela, era un meapilas como una catedral y no soportaba chistes ni bromas de cariz religioso ni sexual; un poco de escatología, en cambio, lo hacía reír como a un niño. Yo debía de rascarme demasiado o entrecerrar los ojos en exceso, porque Ona por debajo de la mesa me dio una patada de estrellitas en el tobillo. Con una mueca de reproche en los labios, me dijo perdona mientras se levantaba para ayudar a mi madre a retirar molestias de la mesa. Pero todos nos quedamos inmóviles, paralizados como estatuas de sal, cuando mi padre reapareció con gesto huracanado y cara de espectro, y tiró encima de la mesa una toalla color manzana donde se distinguía un sendero de moscas coaguladas.

—¿Alguien puede decirme qué es esto? —tronó iracundo, disparándome las pupilas contra las pupilas como si fueran balas.

—Ah… sangre —mascullé, forzando una sonrisa imposible—. Tengo una costra en la nariz y me ha sangrado.

—Claro —exclamó él como un espray de ácido sulfúrico mientras alargaba una mano para plantar un objeto pequeño, de pie, al lado de la toalla—. ¿Y esto? ¿También te ha caído de la nariz?

Era el tapón de la jeringuilla, con la aguja mojada y sucia. Me palpé el bolsillo izquierdo abriendo los ojos de par en par, igual que todos los demás, que al principio no entendían qué pasaba. En el

bolsillo, tenía el envoltorio y el émbolo… pero nada más.

El desenlace puntual de la escena, entre el histrionismo folklórico y el melodrama posmoderno, no me atrevo o no quiero precintarlo en palabras por los siglos de los siglos, sin duda porque la vergüenza impone unos límites a la expiación pública de los propios pecados. Me ceñiré a anotar, de cara a la evolución de los personajes, que mi padre me desterró de su república «hasta que te cures de esa peste burguesa» y que mi madre, decepcionada hasta la aversión, simplemente no me dijo nada: ni adiós cuando salí por la puerta. Pero lo peor fue que incluso mi hermano y mi cuñada me pusieron en la lista negra una buena temporada. Con toda la razón, lo reconozco.

ONA: *Offramp* (Pat Metheny)

El segundo bache me dio a mí de lleno y se llamaba hepatitis. El médico, que entre la fascinación y la repugnancia me observaba como a una encarnación del más allá, me recetó un camión de medicamentos y un mes de alimentación sana y reposo absoluto.

—Y nada de drogas, si quieres curarte —añadió cuando ya estábamos en la puerta como si hablara de un milagro—. Ni cerveza ni tabaco.

Abrí la boca para replicar, quizá para contarle que estaba habituada a tomar sustancias un poco más jodidas y que el propósito de no tocarlas, aunque fuera un mes, no bastaba para lograrlo ni de lejos. La volví a cerrar porque aquel barrilete gelatinoso de mirada viscosa no se merecía ningún tipo de confidencia, pero también comprendí que, si tenía que portarme bien de verdad, debía inventarme un carril de salida por cojones.

Por otro lado, al primo de Lupina que nos suministraba el vicio lo habían trincado como a un pardillo con veinte gramos de perica y diez de perico en un control de carretera y se pasaría una buena temporada fuera de circulación. Eso, en nuestro día a día, representaba ir a comprar más a menudo, más caro y menos bueno, e incluso quedarnos a dos velas algunas veces.

Y para terminar, Niel, convencido de que la clave de bóveda era recuperar la rutina de ganarse un jornal aunque fuera doblando el espinazo, había vuelto al bosque, ahora al Lluçanés, y se iba de casa

a las seis de la mañana y no volvía hasta las siete o las ocho de la tarde. Pero bastaba con reflexionar sinceramente cinco minutos para asumir que, viviendo con él en Santa Eugènia, eso de comer bien, descansar mucho y no tomar toxinas por el momento sería un trinomio imposible. Por más que me revolviera las entrañas, no tenía más remedio que pedir auxilio a mi madre, que me menospreciaba porque me negaba a ser igual que ella, y a mi padrastro, que me daba rabia y/o miedo de tan comprensivo y buena persona. Reconozco, no obstante, que en realidad fue allí donde empecé a vislumbrar nebulosamente el carril de salida que un día habría de permitirme huir de la prisión síquica y sicótica donde me había metido. Lo que más me angustiaba, curiosamente, era cómo me lo montaría para no perder (¿cómo lo diré para que no suene cursi?) la barca y el puerto de Daniel Alfals.

DANIEL: *As Falls Wichita So Falls Wichita Falls* (Lyle Mays)

Si algo recuerdo distintamente de aquella época, porque para nosotros implicaba toda una revolución, es que acabábamos de descubrir la magia de una música progresiva relativamente nueva. Ya éramos fans de Weather Report y Jeff Beck (por ejemplo), a los que yo por cierto había visto con los Uhtòpics en la Monumental cuatro o cinco años antes, pero el *Offramp* y el *As Falls Wichita So Falls Wichita Falls*, musicalmente primero y existencialmente después, representaron una puerta de percepción hacia un universo distinto. Contemporáneo, si se me permite la redundancia.

Ona, que ya en el instituto iba muy bien en inglés, me explicó que *off-ramp* en yanquilandia era un carril de salida; y que el juego de palabras del otro título venía a decir: «Igual que Wichita cae, cae la catarata de Wichita». Yo en seguida le encontré una transposición personal en la que la ciudad de Wichita era el paisaje interior de la existencia, y la catarata simbolizaba el flujo vertiginoso del tiempo, que contemplado gota a gota no tiene fin ni principio pero en cascada se precipita como los precipicios.

Seguro que nadie lo entiende. Tenía, y a veces todavía tengo, la sensación horrorosa de que el mundo del entorno se desgajaba con la misma celeridad, gratuidad e inevitabilidad con que nosotros nos desgajábamos por dentro. No fui capaz de acuñarlo en ninguna

frase comprensible, en cualquier caso, hasta que al cabo de tres semanas muy largas me arriesgué a visitar a Ona en casa de su madre matriarcal y redundante.

Aparentemente, la madre de Ona había nacido en la balconada plebea del Carmelo (el territorio del Pijoaparte), y ya de pequeña tenía la obsesión de ser la propietaria, si no de toda Barcelona, de una porción con pedigrí. Por eso, cuando la muerte accidental de su primer marido (el padre al que Ona no recordaba), entre otras propiedades, le había dejado una finca con joyería incluida en la calle más rica de la Barceloneta, se había jurado que nunca más viviría en otro sitio. Por otro lado, la chica del Carmelo consideró un presagio que su nombre fuese Perla, y decidió convertirse en la joyera más envidiada del barrio.

A mí, cuando me presenté con una rosa roja y un libro de prestigio recién recolectados, esa finca del chaflán, con la ostentosa joyería a pie de calle y la vivienda de cuatrocientos metros cuadrados repartidos en dos plantas y una buhardilla, me dio miedo. No por la propiedad (¡quién pudiera!), sino por lo que representaba. Al conocer a la matricarca (y el error es voluntario), la sensación fue exactamente la misma: me asustaba, si no por lo que era, por cómo era, por lo que representaba o quería representar. Aunque Ona me había asegurado por teléfono que podía ir cuando quisiera, faltaría más, no sé por qué me veía con un moco como saludo y la puerta en las narices. Complejo de Pijoaparte desprendido de comarcas, supongo, pero en plan pesimista.

No quiero especular sobre la entidad nuclear de la madre de Ona: sonreía demasiado e inclinaba la cabeza como una marioneta: ahora a derecha, ahora a izquierda. Se le notaba la displicencia en cada sílaba, por todos los poros y neuronas, probablemente porque me consideraba un cazabraguitas como debía de haber sido ella a mi edad. Tuvo la delicadeza, eso es verdad, de dejarnos media hora a solas en la habitación de la niña.

—Nunca me habías dicho que fueses una *pubilla* de familia rica.

—Yo paso de esas chorradas y de los asnos que les dan importancia. —Y cuando iba a disculparme, lo hizo ella cambiando el tono—: Hui de todo esto cuando tenía dieciséis años y solo llamo por teléfono en Navidad.

Más allá de la culpa de llevarle un cuartillo para que se lo

administrara con continencia jesuítica, y más allá de la gracia de un arrebato de sexo manual más bien patoso, lo que recuerdo de aquella visita a Ona es su ausencia. No solo físicamente parecía una hermana de sí misma más saludable y esbelta, sino que la notaba más relajada y optimista. Aun así, me sorprendió que, mientras me agradecía la papela y la guardaba, me dijera que no quería que le trajera más.

—Las dos o tres semanas de reclusión que me quedan, las pasaré sin. Un día, de un modo u otro, tendré que aprender a vivir sin, y quiero aprovechar la ocasión.

Me preocupó que lo hubiese dicho en singular, como si yo no formara parte del proyecto, pero me lo tragué. Quería jurarle que, con tal de no perderla, dejaría las drogas y si era preciso la comida, pero también me lo guardé porque yo aún no sabía cómo vivir *sin*. Entonces la matricarca llamó a la puerta y dijo que era la hora de comer de la niña, y yo me deslicé hacia fuera con un beso azorado por prenda. Fuera, en la sala de estar, me esperaba otra sorpresa llamada padrastro.

—Hola, Daniel —me dijo, ofreciéndome una encajada sincera y una sonrisa de cine—. Tenía ganas de conocerte.

—Ah. Yo también —mentí, dado que ni me lo había planteado.

El padrastro ensanchó su sonrisa.

—¿Tienes diez minutos? Me gustaría hablar contigo.

Gastaba un catalán con acento de tango y recordé que Ona me había avisado de que era de origen platense y tan amable que daba miedo.

—Claro. Con mucho gusto —respondí, un poco asustado pero más sincero que antes.

Bajamos las escaleras hablando del tiempo y, cogiéndome del brazo como si fuéramos pareja, me llevó a la cafetería/restaurante de luxe de la otra esquina, donde escogió la mesa del rincón. Yo pedí una cerveza local de doble cuerpo, como si fuera un carburador, y él un Campari con dos gotas de ginebra y un dedo de tónica. De luxe. No sé si el platito de aceitunas y berberechos iba incluido en la rutina o era un obsequio de la casa.

—Supongo que eres consciente de que tenéis un problema —dijo el padrastro Julio, mientras yo alcanzaba un pitillo y le ofrecía el paquete. Lo rechazó con la comisura de los labios antes de enfilar la

siguiente puntada—. O mejor dicho, un problema doble que se multiplica por dos y puede llevar al bucle.

—Si se refiere a…

—Trátame de tú, por favor.

—Si te refieres a las drogas…

—En primer lugar.

—Los dos somos plenamente conscientes de ello. Tenemos que dejarlo. Pero no es tan fácil como parece.

—Eso me anima —dijo, mientras el camarero nos servía—. Por lo menos no me has asegurado que ya lo tenéis superado.

—Ni de lejos. Solo sabemos que tenemos que hacerlo, pero no cómo.

—Ni cuándo. Supongo.

No supe qué decir y el silencio estalló como un chillido, pero era yo quien lo eyaculaba dentro de mis vísceras: *dime cuándo, cuándo, cuándo*. Julio, como si me presentara sus credenciales, me contó que antes de dedicarse a ganar montones de dinero escribiendo libros de autoayuda para adolescentes, se había quemado las cejas durante quince años trabajando de sicólogo penitenciario. Eso acabó de ponerme a la defensiva: seguro que creía tener la llave del candado en la punta de la lengua. Pero declaró lo contrario inmediatamente.

—Nadie sabe qué ni cuándo abre la puerta de cada cual. Cada cual tiene un ritmo y un proceso particulares, unos estímulos y unos obstáculos intransferibles.

—Si quiere decirme que…

—Háblame de tú, por favor.

—Si lo que quieres decirme es que por separado tenemos más posibilidades…

—No corras. No te precipites —me interrumpió en tono tranquilo—. Es cierto que normalmente las parejas adictas comparten un problema doble, porque a veces cuando uno aprieta el otro afloja. Pero también lo es que, si os queréis de verdad, esa pasión debería ser una motivación óptima y la mejor recompensa. —Me tragué un sorbo de aceitunas y un hueso de cerveza, intuyendo que callar era la réplica precisa—. ¿Me has entendido?

—Creo que no. Creo que solo a medias.

Aprovechó la palabra al vuelo para perfilar las dos vainas de la

idea. La mitad óptima era que, si conseguíamos dejarlo juntos, probablemente nos convertiríamos en una garantía mutua para no recaer. La otra mitad era que, para dejarlo, quizá, quizá, tuviéramos que separarnos una temporada… pero que eso de ningún modo no significaba que no pudiésemos reencontrarnos después. De entrada, el discurso se me atragantó como si el último sorbo hubiera ido por mal camino, pero comprendí que tenía buena intención y le prometí que, si Ona conseguía el milagro de mantenerse abstinente antes que yo, me apartaría de ella y no haría de espíritu maligno ni una sola vez.

—Gracias. Eso es lo que quería oír.

Con un nudo de pausa en la lengua, balbucí:

—A Ona, yo la quiero mucho.

—Se os nota.

—Y somos felices, a pesar de… Si no fuera por…

—¿Puedo ser indiscreto? —Ahora quien sonrió fui yo. No lo dije con palabras pero me entendió de sobra—. Estás pensando que ya llevo rato siéndolo y no vendrá de un poco más. Tienes razón, pero ahora quería decir a la inversa.

Comprendí que se refería a una confidencia mientras con dos dedos me rascaba la hélice de la oreja. Jodido picor.

—Adelante, estoy convencido de que me hablas de corazón.

—Sí, sí: de corazón es la expresión justa. Conocí a Ona cuando tenía siete u ocho años, y convivimos como una familia hasta que a los dieciséis se escapó. Una vez, dos veces, tres veces. Convencí a su madre para que no la persiguiera más, pero ya entonces me sentía culpable por no haberlo previsto y evitado. También me preguntaba si la guerra de sentimientos que ambas sostenían cuando vivíamos juntos no provendría paradójicamente del forastero que se había incrustado en su casa, en medio de su familia y su vida. —Ahora quien parecía atragantarse era él, y después de apurar su bebida encendió el pitillo que había rechazado antes—. Me pilló una especie de depresión y empecé a mezclar ansiolíticos y barbitúricos con whiskies y cócteles hasta que una noche, en este mismo local, caí al suelo como un trapo. Delante de Perla y de una docena de amigos ricos y convencionales que sin duda se quedaron espeluznados.

Hizo otra pausa para decapitar el cigarrillo, que no le había

gustado mucho, mientras yo me tragaba dos berberechos y un sorbito.

—Terminé en el hospital con un lavado de estómago francamente desagradable, aunque estoy convencido de que doce horas de cama también me habrían salvado. Pero quizá no me habrían obligado a agarrar el problema por los cuernos.

Por fin empezaba a ver hacia dónde apuntaba. Me terminé la birra sin atreverme a pedir otra.

—¿Y qué… hiciste?

—Consultar a un sicólogo.

—¿Los sicólogos también vais al sicólogo?

—Claro. En realidad, somos los que menos prejuicios tenemos cuando toca aceptarlo.

—Claro.

—Por otro lado, cuando un arquitecto tiene una duda en un proyecto, cuando un médico no ve claro un diagnóstico, lo primero que hace es consultar a un colega. —Chasqueó la lengua como si el tema le divirtiera—. Y si el paciente eres tú, obviamente no puedes hacer de médico al mismo tiempo.

—Claro, claro —repetí otra vez, sin entender qué quería contarme.

—El sicólogo, un conocido de confianza, en cuatro sesiones me hizo ver que mi trauma respondía a un esquema elemental de Edipo y Electra: yo me había enamorado subliminalmente de Ona igual que ella de mí, porque era su referente masculino más cercano y además sin consanguinidad. Perla recibía esas emociones mudas en el inconsciente y las somatizaba peleándose con su hija, y esa reacción retroalimentaba el ciclo, naturalmente.

—No es posible que sea así de fácil —protesté, aunque no tenía previsto expresarlo en voz alta.

—A veces no y a veces sí. A mí, esas cuatro frases peladas me sirvieron para recobrar el juicio con el licor y desterrar los fármacos. Para aplicarme a amar a Perla y demostrárselo como merece. Lo que aún hoy me revienta, siete u ocho años después, es no saber cómo ayudar a Ona.

—¿Le has contado todo esto alguna vez, tal como me lo cuentas ahora?

—No —se quedó rígido un segundo, como si le hubiese pinchado

—. Me moriría de vergüenza.

Quizá no era la reacción más lógica pero rompí a reír. No había duda de que, platónicamente o no, poco o mucho, el sicólogo se había enamorado de su hijastra. Después, riendo aún más y provocando que él me acompañara, me dije que entre todos los hombres de este mundo de perros yo era el menos indicado para reprochárselo: yo también me había enamorado de Ona y, según creía, para toda la vida.

ÀSIA: *Ruleta rusa* (Joaquín Sabina) o *Entre dos aguas* (Paco de Lucía)

Los catorce o quince meses que resistí en Madrid los titularía *Ruleta rusa* sin dudar, porque Sabina lo había publicado hacía poco y Mònica ni sabía ni quería vivir de ningún otro modo. No practicaba ese juego siniestro con balas y pistolas, claro, pero sí con la heroína y la prostitución, a cual más peligrosa. Se había incrustado en un submundo donde ambos purgatorios, con oropeles por fuera bastante violentos por dentro, convivían con total normalidad. Si follar para cobrar, si chutarse dos veces al día, si que te roben y te suelten un tortazo de vez en cuando, se pueden considerar conductas naturales en algún sentido. Huelga añadir que todos los esfuerzos, declarados o maquiavélicos, para salvarla de aquella pasión autodestructiva desembocaron en una acumulación de frustraciones emocionales que me laminaba incluso la salud estrictamente física.

Me había acomodado en una pensión demasiado oscura, demasiado fría, y ya estaba medio decidida a hacer el equipaje de nuevo cuando un día, paseando al azar, en un hotel de tres estrellas vi un cartel de «se busca recepcionista nocturno para los fines de semana». Entré a preguntar si la masculinidad era un requisito y me informaron de los otros: experiencia en el ramo; inglés, alemán y francés a nivel oral, y español educado y sin faltas. El inglés (por lo menos el de bar) lo había aprendido en Ibiza a la fuerza, y el alemán (por lo menos el de cama) lo había aprendido con mucho gusto con Erika, a la que podríamos considerar mi primera relación conyugal. En lo que se refiere al francés era virgen en todos los sentidos: no sabía ni pizca, ni hablado ni practicado. Pero lo podía

compensar con un catalán notable, que entonces todavía lucía, y un volumen elemental de italiano, que entendía bastante y destrozaba sin vergüenza porque en la adolescencia, poco después de anclar en Ibiza, me había hecho amiga íntima de unas vecinas de madre sarda. Me ofrecieron un sueldo escaso por un horario exagerado, pero acepté porque me serviría de amarre temporal. Y ya que tendría los laborables libres, me podría administrar una tanda de presentaciones literarias, museos, conciertos e incluso algún cursillo. Solo me faltaba, eso sí, encontrar una madriguera menos deprimente.

—Si esperas hasta fin de mes —me dijo la portera con expresión de conspiradora—, te puedo alquilar un rinconcito con baño, una cocinita y dos palmos de balcón.

—¿A qué precio? ¿En qué barrio? —repliqué desconfiada.

El precio era bastante mayor que el «rinconcito», que por lo menos estaba cerca y daba a una placita apartada del mundanal ruido. Esa paz y el baño privado compensaban que fuera un sexto sin ascensor de treinta y dos metros cuadrados contando el balcón. Una semana después me había matriculado en un cursillo de escritura cinematográfica, y al cabo de tres estrené una etapa existencial que ya entonces bauticé *Entre dos aguas*. Era una recepcionista formal de viernes a domingo, una intelectualoide la mayor parte del tiempo, y una *gachí movida* un par de noches por semana.

Pero unos meses más tarde me di cuenta de que volvía a esnifarme una rayita casi cada día, y que cuando no la tenía me resarcía con fármacos y mojitos. Ese mismo lunes, al salir del hotel, fui al médico a mendigar una cajita de analgésicos y otra de ansiolíticos y, con comida para pasar ocho días y bebida para pasar quince, me encerré en mi nido a roer mono. Me lo tomé en serio y el único día que me acobardé fue el viernes, cuando el trabajo me exigió volver al otro mundo. Pero superé la prueba con una tapa de perduretas fuera de programa, que a base de estreñimiento tenían la virtud de conservarme la figura.

La abstinencia estricta, sin embargo, solo duró un par de meses, porque un buen día se presentó Mònica destrozada per dentro y batida por fuera, y tuve que acogerla en el pisito y en mi cama aunque fuera sin hacer el amor. Me acordaba a menudo de Daniel,

con quien había compartido tantas noches castas en Ibiza, y lo compadecía sinceramente porque me resultaba muy difícil no abrazarla y llenarla de besos. El amor, la pasión amorosa, es así de rara, porque puedo prometer que en aquella época Mònica físicamente casi daba lástima. Por lo menos desnuda.

Mantenerme abstinente con ella en casa era pura utopía, y me conformé con el pacto diabólico de tomar lo mínimo para que ella también aprendiera a hacerlo así. El experimento debió de durar un mes, que podría haber sido el más feliz de mi vida porque aún la adoraba como una bacante platónica, y terminó cuando un pavo al que llamaban el Suave vino adrede a ofrecerle trabajo, según ella, de estríper y, según mis sospechas, de puta.

Esa noche hice novillos en el curro para quedarme en el piso con Mònica, y una papela que le había regalado el Suave, discutiendo sobre el sexo de las ángeles. Le argumenté diez veces que encontrar la felicidad entre la prostitución y la drogadicción era más improbable que acertar con la aguja del pajar, y me refutó pegándome un corte: por increíble y repugnante que me pudiera parecer, ella había escogido esa vida y por el momento no quería otra.

Mònica se fue a un piso y un barrio más lujosos, y yo me retraje como una tortuga asustada dentro del metrónomo del hotel, el cursillo de guionista y los conciertos de clásica. Aprendí a vivir como un islote en medio de la multitud, como un alma muda en un zoológico metropolitano, hasta el punto de que, más que coprotagonista de una película incesante, me sentía una espectadora diletante que colaboraba para pagar la entrada. A raíz de esta perspectiva *entre dos aguas* también aprendí a refugiarme en la rutina de la escritura. Me encerraba en el piso a media tarde con una botella de clarete y un poco de yerbabuena, y me plantaba frente al bloc en blanco con una estilográfica de plástico, dispuesta a esperar la inspiración hasta el alba.

La inspiración me llegaba a menudo en forma de poemas que no me atrevía ni a romper ni a mostrar, y alguna noche en el flujo de unos relatos que quería concisos y cinematográficos pero me salían ramificados… y en catalán. Le enseñé un par a uno de los profesores, aborigen de Cervera, y me dijo que tenía más pasta de narradora que de guionista. Por lo menos, de momento, remarcó.

DANIEL: *The Wall* (Pink Floyd)

No me atrevo a hablar en plural general, pero la adicción a las drogas duras, especialmente heroína, cocaína y alcohol, en muchos casos consta de tres fases. La primera, que puede ser corta o muy larga, es el cortejo, durante el cual el individuo (o futura víctima) descubre una vida nueva, una forma diferente de entender el mundo y gozarlo, gracias a la droga y mediante ella. La segunda, que puede ser larga o muy corta, es la luna de miel, en que el individuo y la droga se compenetran en una sola carne y una sola alma, y se prometen fidelidad eterna. La tercera, que acostumbra a ser muy larga y muy dura, llega cuando el individuo reconoce que la dependencia lo ha transformado en una víctima de su propia libertad, y en nombre de una libertad renovada decide romper el vínculo y abandonar la droga. Algunos privilegiados, pocos, lo superan a la primera, pero la inmensa mayoría descubre de sopetón el significado metafórico del Muro.

ONA: *The Wall*

Un Muro que en realidad es un laberinto de Muros. Una sucesión de bloques impenetrables, uniformes como fichas de dómino, contra los que vas estrellándote, normalmente de cabeza, sin ninguna posibilidad de cruzarlos ni de rodearlos. No poder cortar con el hábito, cuando te das cuenta de que te va la vida en todos los sentidos, se convierte en una frustración devastadora que te pudre la ilusión de levantarte cuando te despiertas, porque te sitúa, un día sí y otro también, al nivel de los gusanos. Entendidos, pobres anélidos, como símbolo de una esencia miserable por concepto. Este complejo de inferioridad enraíza y florece a base de fracasos, normalmente abundantes, y al cabo del tiempo también se convierte en un Muro infranqueable, aterrador. Te ves tan débil, tan asquerosa e inútil, que no puedes superar ni los muros que tú misma has cimentado en tu interior.

Aunque no son menos importantes los exteriores, porque después de un par de fracasos, por más esfuerzo que te haya costado, empiezan a surgir opiniones iracundas o cínicas, como fue

el caso del padre de Niel y mi matricarca. Él era diputado del PSUC y ella regidora de Alianza Popular, pero estaban de acuerdo en que «nos estáis tomando el pelo», «nos la estáis pegando para vivir del cuento» y «ya es hora de que os saquéis solos las castañas del fuego». Un Muro insuperable, casi omnipresente, que nos aturullaba en dos direcciones. Suerte tuvimos del hermano de Niel y de mi padrastro, que quizá sí que, en el sentido más adorable, estaba tiernamente enamorado de mí.

ANASTÀSIA: *The Wall*

Cuando aterricé en Barcelona, porque en Madrid solo vegetaba y me habían llegado noticias espantosas sobre Anna Susanna, pronto choqué con las dos caras de un mismo Muro de incomprensión. La A, la dolorosa, era la cara demacrada de Anna Susanna, que ni tan siquiera por amor a su hijo conseguía divorciarse de las jeringuillas. Me recibió como si yo fuera el Salvador en persona, pero cuando le reproché que, con una criatura de un año en la falda, continuara consumiendo y distribuyendo heroína, se encerró dentro un caparazón con forma de muro y me dijo que, si había ido a insultarla, ya podía largarme.

—Mi hijo es cosa mía —me escupió, a flor de lágrima pero muy enfadada, cuando ya estábamos en la puerta—. Ni tú ni nadie me dirá cómo tengo que criarlo.

Sorda como una pared, como una pared gigantesca que no quiere sentir ni escuchar. Era ella la que necesitaba ayuda, ayuda profesional, para crecer y aprender a vivir. Su hijo, a pesar de los pesares, estaba mejor alimentado y era más feliz que ella.

La cara B, la ayuda profesional que ella y tantas otras necesitaban urgentemente, se demostró igualmente sorda, inepta, blindada. O, como mucho, incipiente, desconfiada y mal enfocada. La mayoría de médicos todavía creían que los adictos eran delincuentes, y los sicólogos que los sabían enfermos, los querían curar por el simple procedimiento de borrar su personalidad, como quien borra un garabato de tiza de una pizarra vieja. Abrigaban un punto de integrismo que ahuyentaba a los pacientes, y la primera burrada solía ser «exigirles» que cortasen también con «todas» las demás sustancias, incluso las amables como el hachís o la cerveza.

A Anna Susanna, una siquiatra llegó a decirle que para curarse de la heroína tenía que dejar al niño «con otra persona» un año o dos. Obviando que Anna Susanna no tenía ni marido ni parientes a los que recurrir y que el niño era su motivo principal para afrontar la desintoxicación, de modo que, si intentarlo implicaba no verlo, lo más lógico, lo más fácil, era seguir como hasta ahora. Y Niel y Ona me contaron que, a ellos, acostumbraban a «aconsejarles» que se olvidaran de su relación y que entonces ya no volvían a la consulta.

Con demasiada frecuencia, por decirlo con una imagen, médicos y pacientes erigían a ambos lados de la mesa un muro de desconfianza, de condescendencia o de indiferencia que convertía una terapia muy compleja en poco menos que un milagro. De las granjas de esa época, que domaban a los adictos como quien doma un animal salvaje, Anna Susanna no quería ni oír hablar, y continuamos rodando por los centros asistenciales y las consultas especializadas de la ciudad condal. Hasta que al final, en el Hospital del Mar, conocimos a un hombre, en el sentido más divinal del término, que nos iba a cambiar la vida a las dos: a Anna Susanna porque a base de paciencia la ayudó a librarse de la adicción, y a mí porque me ofreció trabajo de secretaria en su consulta privada y me convenció para que estudiara sicología y me hiciera asistente social. Se llamaba Clemente Mira y nosotras lo bautizamos doctor Milagro, porque no era taumaturgo pero sí *A Crack In The Wall*.

Feliz aniversario 4: Horas extraviadas

T'han condemnat a fer-te gran,
dues llàgrimes no fan un fracassat

Gossos, Condemnats

Pasamos cinco horas extraviados en la búsqueda, cada cual en su teclado y los tres en todas partes como una trinidad creativa, y eran las cuatro cuando me levanté a vaciar el depósito. Comer, que era lo más aconsejable a esa hora, nos habría truncado la magia de golpe, así que mientras Àsia se debatía entre las aguas turbulentas de su estancia en Madrid, Ona y yo improvisamos un picoteo variado, y repartimos otra ronda de cervezas.

Para no distraer a Àsia, Ona y yo procurábamos hablar bajo, y por la ventana le indiqué con una mirada los nubarrones plúmbicos que se acercaban desde la sierra. Al oído, me preguntó por Lupina y Josep. Àsia se levantó arqueando la espalda como una gata entumecida y remarcó que, si no se habían refugiado en el coche, seguro que estaban acurrucados en el fondo de la cueva.

—Pues sí que estabas concentrada —dijo Ona nada sorprendida.

—Es que me hundo en una marisma de dudas.

—Dudas, luego piensas —apunté irónico.

—Piensas, luego existes —añadió Ona, más bromista todavía.

—Iros a pasear media horita, por favor. Quizá así lo termine.

—Ahora no, gracias. Se prepara un aguacero guapo y no quiero encogerme —repliqué.

—Hagamos una pausa nutritiva —propuso Ona—. ¿En el porche nos vamos a mojar?

—Mientras no llueva, no —respondí con seguridad—. Después dependerá del viento.

—¡Ah, sí: la respuesta! —exclamó Àsia, pillando un cigarrillo mientras releía las últimas frases en la pantalla.

Ona nos miró un pelín mosqueada porque no captaba el doble

sentido, pero entonces, cuando nos sentábamos a la mesa con la comida a punto y la ventana abierta, los tres estallamos en risas. Aquella respuesta inmutable, la que según la canción legendaria estaba en el viento, solo nos aclararía de qué lado vendría la lluvia. Quizá sí que, en el fondo, la metáfora era así de sencilla: la respuesta representaba el destino inmediato de cada cual y el viento eran las circunstancias que un día encadenan tempestades y otro, anticiclones. Precisamente cuando dentro de casa se terminaba el cedé del maestro de Lucía, en el cielo exterior empezó a roncar una sinfonía cuadrafónica de truenos en progresión.

—Josep, de todas formas, no quedará satisfecho —croó Àsia, como una reverberación intestinal—. Con todas estas páginas nuevas, solo cubrimos dos o tres años. Y nos faltan…

—No se puede contar todo, año tras año, minuto a minuto —protesté—. Esto no es el *Ulises* de Joyce.

—No, desdeluego —exclamó Àsia risueña—. Pero amenaza con ser igual de largo.

Ona, con un calambre, chasqueó los dedos y se levantó como un remolino para huir escaleras arriba como una exhalación. Àsia, levantando la barbilla, me preguntó qué le había dado y yo contesté que no tenía ni idea encogiéndome de hombros. Ona volvió al cabo de un minuto con la misma prisa emocionada y un libro en la mano. Lo abrió mientras nos aclaraba que se lo había regalado Renata recientemente y que era de un escritor italiano. Después, como si fuera una cita sagrada, leyó:

—«El escritor tiene que ser más pequeño que la materia que explica. Debe ser aparente que la historia se le escapa por todos lados y que él solo recoge migajas. Quien lee goza del placer de la abundancia que rebosa por encima del escritor».

Era de un autor contemporáneo llamado Erri de Luca, y pusimos un punto en la página para esgrimir la idea como escudo frente al bisturí del editor Selosca. Mientras tanto, degustamos el primer sorbete de gotas, maduras, frondosas, otoñales. Un relámpago mudo de ramificaciones horizontales nos cegó un instante, si no la vista, el pensamiento. Y en ese preciso instante se me encendió una lucecita difusa sobre cómo podíamos salvar las lagunas más grandes y construir los puentes indispensables.

—Niel, ¿este es autobiográfico? —me preguntó Ona cogiendo el

borrador impreso de «Últimas voluntades», que por descuido había dormido en el porche, debajo de la libreta.

Respondí que sí pero que no, que en el fondo era autobiográfico y novelado en una sola forma.

—O sea como todos los demás —declaró Àsia, embelesada ante la tormenta creciente.

El punto de inflexión llegó con un rayo de los que dan miedo: el agua caía a cántaros y el viento nos la arrojaba encima furiosamente. Cerramos la ventana entre risas y salpicaduras. Cinco minutos después, cuando nos hartamos de contemplar la embestida del chaparrón contra los cristales, Àsia volvió a su portátil para hacer un último esfuerzo y Ona empezó a leer en voz alta el relato mencionado. Yo, aunque no es mi especialidad, cogí una cazuela de barro dispuesto a parir un arroz caldoso *alla* ignorante.

Últimas voluntades

There's a killer on the road,
his heart is squirming like a toad

Jim Morrison and The Doors, Riders on the Storm

Era un mediodía de octubre especialmente caluroso. Daniel acababa de abrir la primera cerveza y el tercer circuito neuronal: un impulso nuclear lo empujaba a clicar el documento de los caballitos y tentar una inmersión, pero aquel aliento canicular invitaba a salir a mirar las musarañas, a contemplar el haz delicioso de la vida, más que al esfuerzo superfluo de intentar narrarla. Cuando se encaminaba hacia el porche, con la cerveza y el periódico en las manos, el teléfono lo reclamó como una alarma prehistórica. Era Eugènia y, mira por dónde, llamaba desde el hospital. Le pidió que le llevara un paquete de cigarrillos y Daniel dijo de acuerdo obviando todo tipo de objeciones médicas. Hacía un mes que Eugènia se acercaba a la puerta final un centímetro cada día y los médicos lo sabían mejor que nadie.

Media hora más tarde, Daniel llegaba a la habitación 312 de un hospital igual que todos o casi, con una rosa tímida en la mano y dos paquetes de cigarrillos en el bolsillo. Eugènia, de un buen humor sospechoso, estaba repantingada en la butaca, pero se emperró en levantarse para saludarlo con un beso discreto. Después le pidió a Elsa, su hermana mayor, que le pusiera la silla en el balconcito y que los dejara solos. Elsa, más encarnada que la flor, separó los labios para protestar, pero a la postre obedeció en silencio. Discutir con Eugènia era perder la paciencia en vano y, a Elsa, Daniel le ponía la piel de gallina solo de verlo.

—¿Por qué me mira siempre como un escorpión a punto de picar? —le preguntó Daniel a Eugènia al oído cuando Elsa cerró la puerta.

—Me jugaría un día entero de vida a que todavía está

enamorada de ti.

—¡Déjate de chorradas!

Elsa y Daniel habían sido pareja durante un año a los veinte, pero ya hacía dieciocho que ella se había casado con el heredero de un planchista de éxito, y ahora tenían tres talleres y dos hijos. Daniel dejó a Elsa en el pretérito difuminado y ayudó a Eugènia a sentarse fuera, con el soporte del suero a un lado, antes de apoyar su trasero en la barandilla. No sabía cómo preguntarle qué tal se encontraba, pero ella le hizo un resumen a modo de prefacio.

—Se acerca el fin, afortunadamente —trinó emocionada—. El lunes me hicieron una inspección en profundidad y ya me afecta el hígado. Cuestión de semanas, probablemente pocas, porque el hígado… —Se recetó una pausa para contemplar el cielo, el sol, las dos nubes perladas que flotaban al sur, con la intensidad de quien sabe que el espectáculo se le acaba. Mató el trance con una risa líquida que a Daniel le costó una lágrima sólida—. No te pongas triste, Niel: dentro de pocos días voy a descubrir el enigma definitivo. Todavía tengo esperanzas de que, después de la muerte, haya algún tipo de consciencia.

—¿Me lo harás saber, cuando estés ahí? —aventuró él, para oírse la voz.

—Creo que no. ¿No te asustarías si viniera a contártelo?

—¡Desde luego! Me ensuciaría los calzoncillos.

Dejaron hablar al entorno durante un minuto. Mientras ella abría un paquete y encendía un cigarrillo con la misma voluptuosidad con que había absorbido el sol, el cielo, las nubes perladas del sur y las copas impresionistas de los árboles.

—No sé por qué. Sabes que yo nunca te haría ningún daño.

—Lo sé. Lo que me daría miedo sería volverme loco.

—¿Loco? —exclamó Eugènia, que parecía haber olvidado sus males por lo menos un segundo—. ¡Pero si te has transformado en una estatua de sensatez!

—No me he explicado bien. Si vinieras del más allá y yo supiera a ciencia cierta que eres tú de verdad, quizá solo me asustaría un poco la primera vez. Lo que me llenaría de pánico es llegar a la conclusión de que veo fantasmas falsos. Ya los vi una temporada, después de la muerte de Layla, y…

—¿Cómo sabes que su fantasma era falso?

—Ah, creer o no creer, he ahí la cuestión. No hay forma humana de saberlo con certeza.

A Eugènia le sobrevino un ataque de tos y Daniel se sintió vagamente culpable. Entró a buscarle un vaso de agua mientras ella, con cara de traviesa, disparaba medio pitillo encendido contra un gorrión que los espiaba desde una rama cercana. El proyectil describió una parábola y, por la fuerza de la gravedad o por su propio peso, cayó sobre la capota de una ambulancia y esparció un estallido de chispas. El gorrión inclinó la cabeza, como si juzgara la conducta incívica de Eugènia, y ella escupió un esputo en un pañuelo. Cuando Daniel le dio el vaso, lamió el agua como una gata y lo dejó en el suelo.

—Daniel, *nino*, si te lo pidiera bien, ¿no me traerías medio gramito de caballo? —susurró de pronto como si le pidiera una caja de bombones.

—¿Para colocarte o para suicidarte?

La muchacha, una mujer de cuarenta y cinco años, inclinó la cabeza imitando el gesto del gorrión, que aún los observaba.

—Quizá ambas cosas. Primero una cata de vicio y después la dulce despedida.

—No sabría ni dónde encontrarlo. —Y para evitar protestas ulteriores, sentenció—: Y no, no te lo traería, Eugènia. Soy demasiado cobarde.

—¿Y si me vieras sufriendo?

—Déjate de hostias. Si se lo pides al médico, te aumentará la dosis.

—Sus dosis no colocan, solo dan sueño.

Daniel sonrió a pesar de todo y Eugènia sonrió al verlo. El gorrión salió disparado como una flecha descendiente y fue a posarse en la barandilla, a un metro de la enferma y a dos del visitante. Los miró alternativamente girando la cabeza dos veces y desapareció, primero hacia abajo y después hacia arriba, para fundirse en la selva de las copas de los árboles.

—Adiós —murmuró Eugènia.

Daniel aflojó una segunda lágrima interna, preocupado porque no sabía cómo contendría las siguientes.

—Basta —exclamó Eugènia de repente—. Te he llamado porque te quiero pedir otra cosa. Nada de drogas, no te preocupes; un

simple favor personal.

Daniel, todavía congestionado, se notaba un sapo de angustia en la boca de las vísceras. Eugènia había sido una chica preciosa por dentro y por fuera, pero veinte años de adicciones y recaídas a casi todas las drogas imaginables, incluidas las legales, le habían costado un precio emocional y mental además de físico. No dejaba de ser una paradoja, pero la vida es así, que la muerte finalmente le llegara disfrazada de un cáncer que (en principio) no tenía ninguna relación con la mala vida.

—Pues dime cuál —resopló Daniel.

Eugènia cogió el vaso y dio un sorbo, un sorbo de pajarito, como si se le hubiera secado la facultad de la palabra.

—¿Verdad que de vez en cuando todavía vas a ver a Belmondo?

Daniel tuvo que reconstruir un par de puentes de memoria para conectar ese apodo de la antigüedad con Joanot Belmonte, al que nadie llamaba así desde hacía siglos.

—¿Joanot? —remarcó—. Sí, una vez al mes me pongo el disfraz de buen samaritano y voy a pasar una tarde con él. Viviendo en cal Pardal lo tengo tan cerca que casi es una obligación.

—¿Cómo se encuentra?

Extrañado por el giro de la conversación, Daniel respondió sin matizar.

—Harto de vivir como un vegetal. Harto de pensar y sentir como una persona y vivir como un vegetal.

—¿Cuánto hace que…?

Daniel frunció el entrecejo, más que para recordar la cifra, porque la conversación le inquietaba.

—Pronto hará treinta años. Una eternidad, clavado en una silla de ruedas.

—Una eternidad, llevas razón. ¿No ha mejorado ni empeorado ni pizca, en todo ese tiempo?

—Un poco sí. A base de tratamientos y ejercicios ha logrado cierta movilidad en el brazo derecho. Ahora es más o menos capaz de beber y comer solo, pero a veces se lo tira encima y se pica como una abeja.

—Menos mal que su familia tiene pasta y puede pagarse lo que necesite —profundizó Eugènia en tono sincero, como si de repente le angustiara mucho el bienestar de Joanot Belmonte.

—La desgracia puede estallar en cualquier casa, pero con unos buenos muelles acostumbra a ser un poco más blanda.

Silencio otra vez, pero ahora relleno de interrogantes suspensivos. Eugènia ojeó la bolsa del suero como si fuera un reloj de gotas, y encendió el segundo pitillo. Daniel esperaba indicaciones y, a poder ser, explicaciones.

—Quiero que vayas a verlo. Hoy o mañana, si es posible. —Expulso dos vías de humo como si esas palabras, *hoy* y *mañana*, para ella tuvieran un matiz muy diferente—. Quiero que le digas que yo ya les he perdonado y que ahora le toca a él.

Daniel achicó las pupilas un momento, preguntándose si las tumoraciones le habrían afectado el cerebro también. O por lo menos la memoria. La expresión de la chica cuando tiró el cigarrillo casi entero dentro del vaso de agua lo convenció de lo contrario.

Daniel llegó a su casa a la una y cuarto con la intención de currar un par de horas en una web atrasada. Pero en el fondo de la olla, le hervía la petición enigmática de Eugènia y le costaba concentrarse.

—Tú vas y le dices lo que te he dicho —había repetido cuando Daniel finalmente le había preguntado de qué coño iba ese pronto —. Cuando vuelvas, te daré las explicaciones que mereces.

—¿Y si no sabe de qué le hablo?

—Lo sabrá. Quizás tardará un momento, pero ya verás como en seguida le cambia la cara.

Daniel había entreabierto los labios para protestar, para reclamar algún dato más antes de aceptar el encargo, pero precisamente entonces entraban una enfermera con la comida y Elsa con una cara que le llegaba a los pies. El visitante, incómodo, como si hubiese hecho algo feo de verdad, retiró el vaso sucio y la silla del balconcito y dijo hastamañana como si fuera de visita cada día.

Mientras se comía una ensalada de pasta con salsa rosa doméstica, revisitó los recuerdos del accidente de Belmonte. Daniel entonces trabajaba de chupatintas en el taller del Mamón Cabrón, y se había enterado del desastre tomando el vermú con Ramiro, que se las ganaba en la carpintería de la calle de abajo. Decían que habían encontrado a Tonito frito y a Joanot medio asado en el garaje de los padres del primero, a causa de una sobredosis. Decían

que los había encontrado la madre de Tonito al bajar al huerto a buscar perejil. Decían que los pasmas, entonces de la Guardia Civil, iban locos interrogando a dios y a su madre. Y justo cuando la camarera, Ramiro y otro cliente terminaban de secretearle todo aquello, entraron en el bar dos fantoches (dos secretas de estupefacientes a los que todo el pueblo conocía) y se acercaron disparados hacia Daniel, mientras el alboroto se fundía en un zumbido.

Se lo llevaron al cuartelillo en un 1500 negro, sin detenerlo oficialmente pero sin aclararle nada. Y lo dejaron media hora alargada en una sala oscura y fría, para ponerlo nervioso, antes de acribillarlo a preguntas puntiagudas.

Pasma 1: Tú eres muy amigo de Belmonte, ¿no?
Pasma 2: Anoche estuvisteis juntos en el pub de la plaza, ¿no?
Pasma 3: ¿También te metes jaco, tú?
Pasma 2: ¿A qué hora os fuisteis del pub?
Pasma 3: ¿Tú también te lo chutas, desgraciado?
Pasma 2: ¿Os fuisteis juntos o por separado?
Pasma 1: ¿Y Pirri? ¿Dónde está tu amiguito?
Pasma 3: ¿Dónde vive ahora? ¿En Vic o en Manlleu?
Pasma 2: Y Tonito… también eres muy amigo de Tonito, ¿no?
Pasma 3: ¿Tenían caballo anoche o estaban de mono?
Pasma 1: ¿A qué hora has llegado a casa, esta madrugada?

Daniel, francamente asustado pero esforzándose para esconderlo, fue separando el grano de la paja: ahora un sí, después un no, a menudo un no lo sé. Por suerte, tenía coartada: aquella noche, después de que Xavi Roure cerrara el pub, se habían quedado jugando al póquer con Fontals y un par de cafres más.

Los tricornios lo dejaron irse a las tres y cuarto y Daniel tuvo el tiempo justo de pillar un bocadillo en el bar de enfrente y volver al despacho del taller, donde el Cabrón evidentemente ya sabía que se lo había llevado la bofia y le soltó un discurso de los que te salvan la vida además de perdonártela.

Mientras tanto, los rumores se habían multiplicado y Ramiro a media tarde aprovechó una salida para hacerle una visita y ponerlo al día: Tonito definitivamente había muerto de sobredosis, y a

Belmondo se lo habían llevado al Clínic de Barcelona más rígido que una higa. A la madre de Tonito, según contaban, también la habían ingresado de urgencias en Vic, víctima de una crisis de ansiedad.

Al cabo de unos días los interrogatorios de los moscardones habían remitido. Acaso porque la declaración de Joanot, que había superado el coma puntual pero no la parálisis general, los había convencido de que no había más crimen que una sobredosis pura y dura. Y, más importante aún, de que ni siquiera él sabía de quién provenía la heroína asesina: la había comprado Tonito, que se pagaba una parte del vicio gracias a las comisiones y no revelaba nunca las fuentes si podía evitarlo.

Aunque fuese una de las primeras en la comarca, al final todos aceptaron como verdad cruda y desnuda que había sido una sobredosis por exceso de confianza. La verdad indudable, en cualquier caso, era que Joanot se había quedado tetrapléjico y, como él acostumbraba a decir, enterrado en vida. Un caso atípico, según los médicos, en el que la parada cardíaca no había sido definitiva, pero sí suficiente para provocarle una embolia cerebral que le había desconectado el aparato motriz.

Mientras limpiaba el plato, Daniel se repitió que quizá, quizá, el misterio de Eugènia no tenía ninguna relación con aquel desastre. Y al final, naturalmente, cedió a la tentación de llamar a cal Garrotes, la propiedad solariega de los Belmonte desde hacía cien años, y preguntar a Joanot si tenía la tarde libre y le apetecía una partida. Joanot croó una sonrisa, espera que miro la agenda, se burló.

Cal Garrotes era una masía antigua reconvertida en una vivienda moderna a diez kilómetros de cal Pardal. Daniel llegó con una botella de whisky en la mano y un resquemor en la campanilla de la boca. Se le había ocurrido que Eugènia, de una forma u otra, quería pasar cuentas de algún saldo pendiente, y que eso podía hacer zozobrar la frágil balsa en la que Joanot sobrevivía a aquel naufragio sin fin. No sabía cómo enfocar el tema y, en el fondo, ni siquiera sabía si, después de todo, lo enfocaría de algún modo.

Aunque Joanot disponía de cierta autonomía gracias a las facilidades que procura el dinero, nunca lo dejaban solo mucho rato y por las tardes normalmente se quedaba con él su hermana, Marialba de nombre, pero si aterrizaba alguien de confianza,

aprovechaba el rato para ir a la escuela a buscar a los gemelos. Marialba había preparado café de verdad, porque sabía que a Daniel le gustaba, y balanceó la cabeza al ver la botella.

—Todavía queda la mitad de la última que trajiste —le dijo, entre el cumplido y el reproche.

—El whisky viejo es de buen guardar —intervino Joanot, que hablaba un poco pastoso pero entendible.

Marialba dijo que volvería un par de horas más tarde, si te va bien, y Daniel respondió que nadie lo esperaba en ninguna parte. Joanot, más autónomo que nunca gracias a la silla eléctrica nueva, se dirigió hacia la rampa del jardín posterior como siempre que el tiempo invitaba. Encima de la mesa, siguiendo igualmente la costumbre, estaba la bandeja con las tazas y los vasos y el tablero con las piezas plantadas. Mientras se sentaba y servía café y licor, Daniel recordó una anécdota de los primeros tiempos de la recuperación de Joanot. Una de sus actividades favoritas para ejercitar el brazo y las conexiones cerebrales era poner las piezas del ajedrez en su sitio sobre el tablero y, cuando ya las tenía todas centradas y encaradas, barrerlas a un lado con un gesto mesurado pero definido y volver a empezar invirtiendo los colores.

Daniel, con las negras, esa tarde planteó una siciliana que, hasta el movimiento diez o doce, habían jugado igual o casi más de cien veces. Hablaban del tiempo, de política, y por encima de todo hablaban de ajedrez.

—En esa misma posición, un día sacrificaste el caballo en d5, pero he encontrado una refutación que te hará papilla —exclamó Daniel.

Joanot sonreía. El día, el rato más feliz de sus días, probablemente era cuando Niel iba a visitarlo. De niños y de adolescentes, ambos habían jugado en el club, Joanot porque su tío era un campeón local y Daniel porque había aprendido en la escuela. Entonces Niel era un figura y Joanot un paquete, pero actualmente las tornas se habían igualado sino intercambiado, porque Daniel solo jugaba contra Joanot, mientras que Joanot, contra el ordenador y por internet, se pasaba más horas que un profesional.

La primera batalla solo duró media hora porque Joanot intentó un sacrificio de torre espectacular pero sin fundamento. Daniel dijo

vamos a por otra después de una insinuación de análisis y Joanot barrió las piezas con su antiguo gesto para plantarlas de nuevo. Mientras Daniel encendía dos pitillos y le daba uno a Joanot (Joanot en realidad lo había dejado pero le gustaba el ritual), saltó la frase mágica, extemporánea y ubicua.

—Y de Eugènia, ¿sabes algo? ¿Es verdad que se le termina la candela a marchas forzadas? —exclamó Joanot con el tono grave de quien lo lamenta de corazón.

—¿Eugènia? ¿Te refieres a Eugènia Gravalloses?

—¿Es que conoces a alguna otra Eugènia?

Ahora la mirada de Joanot era dolorosa e intensa, y el silencio de Daniel no respondía a la segunda pregunta sino a cómo orientar la primera. Finalmente se decidió por la verdad sencilla y educada para no meterse en arenas movedizas ajenas.

—La verdad es que no sabía si decírtelo o no, pero esta mañana he ido a verla y me ha hablado de ti.

—¿Ah, sí? —tartamudeó el otro, enrojeciendo como un tomate.

—Sí. Me ha pedido que viniera a verte y te trajera un mensaje. ¿Qué raro, no crees?

A Joanot, le cayó la dama en la cabeza de los peones. Tres o cuatro piezas fueron a parar al suelo y Joanot fijó allí su mirada como si estuvieran en otra dimensión. Mientras las recogía con ademán distraído, Daniel se preguntó de nuevo si de todo aquello podría salir algo bueno.

—¿Y tú te lo has creído? —exclamó Joanot con una irritación absolutamente inesperada.

Daniel se quedó con una mano en el aire, mirándolo como si se tratara de un retrato cubista.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué se supone que no debía creerme? —replicó, entre molesto e inquieto porque era consciente de que a él también lo hacían bailar como a una pieza.

Joanot tenía la boca abierta para el siguiente exabrupto, que no eran habituales (por lo menos no con Daniel), pero volvió a cerrarla y se humedeció los labios para reorganizar la pregunta.

—¿Qué te ha dicho Eugènia exactamente?

—Me ha dicho: «Dile a Joanot que yo ya les he perdonado y que ahora le toca a él». Palabra por palabra, si no me falla la memoria.

A Joanot, granate de rabia como los cuadros oscuros del tablero,

la sangre se le escapó de la cara tan de prisa que Daniel se asustó. En pocos segundos, se quedó más pálido que los cuadros blancos y de la misma textura que el mármol.

—Oye… ¿Te encuentras bien? —balbució el visitante al final, poniéndole una mano blanda en el hombro como si quisiera despertar a un sonámbulo.

Pero Joanot no le oyó. Quizá ni tan siquiera lo veía. Entre dientes, casi incapaz de articular los fonemas, escupió:

—De modo que… ¡De modo que… fue Elsa! Mala p… ¡¡Malaputa!!

Daniel se dijo que se había confundido. Sí se esperaba alguna podredumbre extraña, pero ni había adivinado cuál, ni la profundidad de la infección. Cuando por fin dejó la dama en el cuadro correspondiente, Joanot, con el brazo móvil, barrió violentamente el tablero, una tacita e incluso la cafetera. La cafetera volcó y rodó, las piezas volaron medio metro y la taza se rompió contra las baldosas. Daniel pescó la cafetera al vuelo, salpicándose los pantalones, y se quedó indeciso unos momentos. Como si dudara entre darle en la cabeza para enseñarle buenas maneras o levantarse y darse el piro sin decir adiós. Al final dejó la cafetera en el asiento de la silla contigua, tan mojado de café que goteaba y decorado con una torre y dos peones que se columpiaban, y se secó las manos con la servilleta que Marialba había puesto en la bandeja. Empezaba a estar hasta la coronilla de aquellos enigmas a tientas.

—¿Qué coño os traéis entre manos tú y Eugènia, si puede saberse? —exclamó, contenido pero cabreado.

Joanot tenía el cuerpo desmadejado, la boca torcida y rastros de baba en los labios. Casi parecía que hubiese sufrido otra embolia. Finalmente, se secó con la manga y balbució:

—¿Qué te ha contado ella?

—¡Ni una mierda! ¡Eso me ha contado ella!

Se quedaron con las miradas entrecruzadas de ira, como si en vez de ajedrecistas fueran sicarios de un combate a vida o muerte. Desencajado, con un hilo de saliva más que de voz, Joanot solo pronunció dos frases lapidarias.

—Pues ve a preguntarle lo que te dé la gana, porque resulta que el caballo que mató a Tonito y me enterró en vida… ¡era tuyo, Daniel! Y ahora, sal de mi casa.

Cuando ya estaba fuera, delante de cal Garrotes, Daniel resoplaba como un caballo herido. Llamó a Marialba para decirle que el enfermo no se encontraba bien y que a él le había surgido una emergencia. Mientras la esperaba, hizo otra llamada, más reflexiva y atormentada, a la hermana mayor de Eugènia, que vivía en una urbanización vecina.

—Soy Daniel, Elsa. Tenemos que hablar.

—Te esperaba. ¿Quedamos mañana por la mañana?

—Quedamos dentro de diez minutos.

—¿Quieres venir a casa?

—¿Con los niños, tu suegra y tu marido? Te espero en el chaflán de la calle. Dentro de diez minutos.

—Hasta ahora.

Daniel registró su coche buscando un cigarrillo porque se había olvidado el paquete dentro. Afortunadamente, Marialba llegó en seguida y le ofreció el suyo mientras le preguntaba qué había sucedido.

—Me sabe mal, Alba, pero nos hemos peleado. Quizá para siempre, no lo sé.

—Hostia —exclamó ella, que no acostumbraba—. ¿Y por qué?

Daniel remedó una sonrisa mientras se tragaba una bola de humo.

—Pues también me sabe mal porque no te lo mereces, pero lo poco que sé… no te lo puedo decir.

—Bueno, bueno. Mala suerte.

—Tengo que irme.

—Ve, ve, ya nos veremos.

Daniel subió al coche y se fue por el camino de grava que llevaba a la carretera vecinal. Por el retrovisor contempló un segundo la silueta borrosa de Marialba, que recogía a los niños del auto para entrar a ver a su tío. ¡Qué cuadros compone la vida! Y mientras conducía hacia el chalé del planchista, iba colocando fragmentos del puzle que le acalambraba. Para comprender el significado de la composición le faltaban un par de piezas y seguro que se llamaban Elsa.

Elsa llegó casi puntual y muy tranquila. Daniel, en cambio, que había ido resucitando jirones de la noche fatal, en el pub y después de cerrar, escupía fuego por las pupilas.

—Fuiste tú —le espetó a modo de hola, incluso antes de que cerrara la portezuela—. Yo me había liado en una timba y tú te ofreciste a acercarte al garaje de Tonito y llevarles el jaco de los cojones. Pero debiste de darle una muestra mucho más pura, porque estoy seguro de que el mío no los hubiese matado. Y eso significa que ya lo tenías guardado y que…

—Arranca y demos una vuelta, porfa. Bartolo llegará de un momento a otro y no quiero que te vea así. —Daniel, a punto de estallar, cerró la boca y la caja de Pandora y puso el coche en marcha. Elsa lo aprovechó para recitar su pedacito de verdad—: Fui yo: llevaba semanas esperando la ocasión. Y, tal como suelen afirmar los asesinos impenitentes, lo volvería a hacer si fuera necesario.

Parecía una magdalena que acabase de quitarse el pecado del mundo del tuétano del alma. En realidad, parecía que fuese ella quien había librado de pecado al resto de la humanidad. Daniel, incapaz de conducir y digerir aquella pesadilla simultáneamente, torció por el camino del cementerio y se arrimó a la cuneta en el cruce de la antigua fábrica de hilo. La tarde se apagaba tan mansa, tan tibia, que parecía imposible que fuese estrictamente real.

—¿Qué le habían hecho? ¿La habían violado? —tartamudeó Daniel, que empezaba a desear otro cigarrillo.

Elsa, evidentemente, comprendió que hablaba de Joanot y Tonito por un lado y de Eugènia por el otro.

—Sí, la habían violado. Y cosas peores, que no quiero detallar —balbució bajando la ventanilla, como si le costara respirar. Daniel asumió que mientras tanto separaba el grano de la paja, lo que quería recordar y explicar de lo que no quería ni explicar ni recordar—. Lo peor de todo es que lo hacían por sistema. Atraían a una adolescente a cal Garrotes… normalmente con el cebo de unas fotos artísticas y un *book* publicitario. ¿Recuerdas que Joanot tenía un estudio de fotografía cojonudo en el sótano? Las violaban y las fotografiaban mientras abusaban de ellas… y luego las obligaban a volver con las fotos como amenaza. —Hizo otra pausa, con aura de definitiva, de cara a la tarde perezosa—. Cuando me enteré por Eugènia, que incluso intentó suicidarse, ya tenían en el harén a cuatro esclavas entre trece y dieciséis años.

El azar (que lo puede todo más pronto o más tarde) había

querido que al cabo de poco Elsa empezara a salir con Daniel, entonces un proveedor de Tonito. A pesar de que ella casi nunca tomaba, en aquella época y en aquellos círculos no le había resultado muy difícil conseguir medio gramo de heroína de primera, pura en un setenta por ciento según la propaganda. Había ido al garaje y le había dado a Tonito la bolsita de la venganza, muy contenta porque Joanot tenía el coche en la esquina y, con una pizca de suerte, reventaría a los dos cerdos con una sola seta venenosa. Y Tonito no había desconfiado en absoluto: Elsa siempre lo trataba con simpatía y él habría puesto la mano en el fuego a que no tenía ni la más leve sospecha acerca de su secreto abominable. Se podría decir, en realidad, que en vez de las manos puso la vena… y se quemó en carne viva.

Mientras escuchaba la explicación final, si a eso se le puede llamar final aunque sea malo, Daniel se moría de ganas de vomitar. Puesto que físicamente no podía, dio la vuelta para dejar a Elsa justo enfrente de donde la había recogido.

—¿Qué le digo a Eugènia? —murmuró ella a modo de despedida, cuando ya estaba de pie en la acera.

Daniel cedió primero al impulso de acelerar y huir, pero frenó para responder.

—Dile que descanse en paz. Feliz ella, si ha aprendido la gracia del perdón de todo corazón.

FELIZ ANIVERSARIO 5: VELAS Y EPITAFIOS

Eu quero que o meu caixâo tenha una forma bizarra
A forma de um coraçâo, a forma de uma guitarra

MADREDEUS, Guitarra (fado popular)

La mañana del lunes, aunque tenía intención de arriesgarme a una presunción de final que me roía no sé qué, Ona me convenció no sé cómo de que nos escapáramos a cal Gallaret. Estaba a menos de treinta kilómetros en coche, pero retorcidos todos con un millar de curvas, no solo por la ruta sino también por los sentimientos. A mí de entrada no me hacía mucha ilusión, pero cuando Ona dijo que «quería verlo una última vez», levanté una ceja de arlequín y asentí con mirada de pierrot. No habíamos llegado ni a la mitad del camino, sin prisa ni música porque lloviznaba y nos gustaba el mantra de las gotas, cuando encontré un giro oportuno para formular la pregunta que me quemaba el tercer ojo.

—¿Qué coño significa eso de «por última vez»?

—Hace años que quiero ir, pero… —Entendí (o quise entender) que ir sin que yo la acompañara no la convencía—. No me estoy muriendo, no, si es lo que piensas.

—Temo acabar paranoico. Cuando me huelo noticias frescas, siempre las espero malas.

—¿Y tú, cómo estás, ya que hablamos de ello?

—¿Yo?

—Sí, sí, tú —insiste Ona entre la broma y la impaciencia—. Cuando te perdí la pista hace tres años, eras un mártir de granitos pequeños, granos medianos y abscesos obesos. ¿Ya no te acuerdas?

Sonrío otra vez, ahora más sincero, antes de responder.

—Cuando me dijiste que te habías enamorado de Knut, la peor comezón fue perderte a ti. —Y por fin me decido y añado—: No te lo he querido confesar nunca, pero la verdad es que me lo tomé fatal.

Ella desvía la mirada hacia el cielo lloroso como si ya lo supiera, cosa probable porque todos nuestros amigos íntimos creen tener el derecho a convertirse en chivatos a fin de bien.

—Yo no te hablaba de la salud emocional de hace tres años —replica con el punto justo de ironía—, sino de cómo te encuentras ahora.

—¿Me enciendes un pitillo, porfa?

Necesito tiempo para decidir si debo responder con todo el río de la verdad, o buscar un carril de salida y resguardar el secreto entre dos aguas. Lo cierto es que, si tengo que contárselo a alguien, es sin duda a Ona. Pero también lo es que ahora no es mi pareja y que, si lo sabe ella, dentro de unos días lo sabrá toda la peña. A fin de bien. Cuando me da el pitillo encendido, sonriendo como una bruja traviesa, doy una chupada sabrosa y se lo sirvo a chorro.

—La tortura de los granos terminó con una dependencia de los antihistamínicos que por poco me mata de cansancio. La mayoría de los que los toman dicen que les dan sueño, pero a mí me dejaban muerto. —Gasto una pausa para abrir dos dedos la ventanilla, porque Ona ha tosido y tengo mala conciencia de que sea por el humo—. Tuve que pagar a una chica para que viniera a casa un par de horas cada día porque no era capaz ni de hacer una tortilla. Y dormía en el piso de abajo, en un camastro pequeño arrimado a la puerta del baño, para no tener que subir y bajar la escalera. Quince jodidos peldaños.

Ona chasquea la lengua con aire comprensivo.

—Yo, cuando me chuto la mierda milagrosa del tratamiento, me encuentro igual. Como un saco vacío. Hay días que me canso como un burro solo con ir a mear.

Asiento con complicidad.

—Me encontraba tan jodido que no tenía fuerzas ni para comer. Y eso no me ayudaba en absoluto a recuperarlas, claro.

—Además, cuando el tono muscular se hunde así, pronto se resiente el sistema nervioso y aparecen el mal humor y la depresión…

—Has dado en el clavo.

—Como una cruz clavada.

La casualidad, u otra casuística todavía no revelada por la ciencia, quiere que en este preciso momento lleguemos al paso de la

Creu, donde aproximadamente veinticinco años atrás, volviendo a casa después de salir a buscar setas hasta el atardecer, nos quedamos sin gasolina. En realidad gasóleo ya que, cuando el errecinco falleció de una embolia por falta de aceite, el suegro nos «dejó» cien mil cucas para comprar una dkv de museo, la Tortuga, que cargaba mil kilos de leña como si nada, pero no pasaba de ochenta ni en bajada. Lo más lógico habría sido andar un par de kilómetros hasta la masía más cercana y pedirles, pagando lo que fuera, una regadera de combustible o una escapada en coche hasta el pueblo, que sobre ruedas estaba a diez minutos. Y a las malas, si no podían o no querían ayudarnos, pedirles permiso para llamar a un mecánico. Después del desconcierto inicial, repasamos el inventario. Teníamos tabaco y hachís para pasar dos días, un paquete entero de cervezas y media bota de vino. Teníamos un par de butifarras que nos habían sobrado de la comida y un poco de ensalada y lo necesario para aliñarla. En el fondo, teníamos muchas ganas de inventarnos una aventura, por más adolescente que fuese. Sacamos la Tortuga de la pista de tierra y escogimos un roble adulto para plantar el vivac debajo. Mientras yo recogía cuatro ramas y encendía una ilusión de fuego (don divino que todavía no habían prohibido), ella alisó un par de mantas sobre la hierba y, buscando los gusanos en la penumbra, limpió una buena ración de robellones. Cuando ya compartíamos una cerveza fresca y un puro feliz ante la llama creciente, pasaron unos buscadores de setas todavía más cafres y nos preguntaron si necesitábamos ayuda. Ona y yo nos miramos de reojo, disimulando un hartón de risas bajo una sonrisa traviesa, y respondimos muchas gracias, pero ahora mismo no nos falta nada. Los robellones eran incomparables y el vino parecía sangre de Bacus. Luego hicimos el amor como si fuera la primera vez y, finalmente, mientras ella alimentaba el fuego, yo lie y encendí el de después. Si en algo congeniábamos, aunque a los dos nos gustaba hablar, era en el arte implícito de compartir silencios. Pero cuando la luna se metió en cama y nosotros, encajados boca arriba, todavía mirando al cielo como una sola forma, ya contábamos estrellas como quien cuenta ovejitas, Ona inesperadamente empezó a llorar. Tardé dos segundos en comprender que era de alegría y una docena en comprender por qué.

—¡Estamos curados, Niel! —resumió entre dos sollozos—. Si hemos aprendido a inventarnos estímulos como este… ¡seguro que por fin hemos superado los de la heroína!

Tenía razón en la premisa esencial, ya que por fin habíamos logrado salir del laberinto de la adicción y eso era un primer paso fundamental. Lo que entonces no sospechábamos era que nos faltaba otro milagro igual de complejo: participar de nuevo plenamente del otro mundo, el que habíamos dejado atrás al dispararnos como balas hacia la película global donde los yonquis se interpretan a sí mismos.

Esa noche, de todos modos, con otro bailoteo erótico y dos sacos llenos de estrellas, celebramos que por fin habíamos recuperado los estímulos propios y volvíamos a ser capaces de imaginar un mundo vivible. Digno del esfuerzo de levantarse un día más.

Después de cruzar el paso de ganado que da al valle de cal Gallaret, nos llevamos, hostia santa, una sorpresa como una coz en el cajón de abajo. Freno de golpe y me arrimo a una curva con vistas. Nos quedamos tan mudos, hipnotizados por el choque de esta imagen inesperada, que el «O paraiso» de Madredeus que sonaba en el casete también decide desgranar el último compás y callar. La casa está quemada hasta las raíces. En realidad, ya no hay casa alguna sino un castillo caótico, ennegrecido y consumido, de higas, armadura, escombros y tejas, que recuerda vagamente su forma. Cal Gallaret.

—Hostia santa —murmuro.

—Y el fuego eterno del infierno.

Ona me coge la mano como si tuviera miedo de verdad, mientras me esfuerzo en mover las mandíbulas y tiro del freno de mano.

—¿No te jode? Ahora podrás decir de verdad que la has visto por última vez —gruño, sinceramente dolido sin saber muy bien por qué.

Pero Ona capta matices y, con una sonrisa maliciosa, replica:

—Ya sabes qué dice Lou Reed. Cuando pasas a través del fuego relamiéndote los labios…

—Dudo que *l'hereu* se los relama mucho. Más bien debe de arrancarse los cabellos.

—No te creas —insiste Ona como si supiera algo que no quiere

revelarme—. Las casas también pueden renacer de las cenizas. Para estrenar y con los materiales y el confort de hoy en día.

—Como una especie de reencarnación inmobiliaria.

—Eso.

Puesto que cal Gallaret ya no da más de sí, Ona me propone acercarnos al pueblo vecino, un limbo de mil almas escasas donde habíamos pasado ratos muy buenos, cuando celebrábamos nuestros éxitos existenciales, y ratos muy malos, cuando a pesar de todos los esfuerzos recaíamos en la tentación. Parece increíble que la infección de la heroína llegara hasta un microcosmos como ese, pero en aquella época había allí una decena de personas que tomaban a diario y dos o tres que trapicheaban con ella. De mala calidad y a peso de ladrón, sí, pero caballo al fin y al cabo.

Aparcamos detrás de la iglesia y cruzamos la placita hacia el café, que víctima de la modernidad más chabacana se ha travestido de fránkfurt. La segunda sorpresa es que el camarero y propietario aún es Pedrín, que debe de rondar los ochenta años y los ciento veinte kilos pero se mueve como un bailarín. Nos trae una botella de vermú de garrafa y un bol con hielo como entonces, y nos invita a una tapa de aceitunas por los viejos tiempos. Se sienta con nosotros en la terraza (tres mesas y diez sillas), porque «igualmente no tengo más clientes», y nos cuenta que a él la peste de las drogas le ha respetado una mitad de la vida después de robarle la otra. Su hijo mayor (que fue de los primeros en catar las jeringuillas, y al que nosotros no llegamos a conocer porque se encontraba de vacaciones en el hotel Entença) al final se curó y ahora es «un cocinero famoso y bien pagado de esos que salen en la tele». El pequeño, en cambio, que era diez años más joven y nunca probó la heroína «porque siempre decía que era una ruina», a base de anfetaminas, cocaína y mierdas de diseño se destrozó el cerebro, los nervios y el alma toda en menos de diez años.

—¿Murió? —se atreve a preguntarle Ona, que solía venir al café a hacer de extra durante la fiesta mayor y algunas fechas señaladas.

—No… Vino un día, hace seis o siete años, me birló todo lo que pudo del bar y de casa… y no lo he vuelto a ver. Quién sabe dónde para, ese pobre malnacido.

Abro la boca con varias consideraciones en la recámara, pero el instinto de las moscas me impulsa a fingir un bostezo y cerrarla de

nuevo. Para compensar las confidencias de Pedrín y quitarle el mal sabor del entrecejo, Ona le hace unas cuantas sobre nosotros. La primera, que me deja boquiabierto como un besugo, es que en realidad hemos venido adrede a liquidar deudas antiguas.

—Cuando nos fuimos —murmura, mirando a Pedrín a los ojos—, dejamos una lista sin pagar… y me gustaría arreglarlo.

Pedrín dispara la cabeza hacia atrás y las cejas hacia el cielo.

—¿Cuatro vermús y dos menús? Ya está arreglado desde hace años.

—No, no. Os debíamos ocho mil pesetas de la época que…

Pedrín estalla a reír y le da un golpecito en los dedos, increíblemente leve viniendo de una mano tan grande y envejecida como la suya.

—¡Déjate de tonterías, Ona! Los delitos pequeños prescriben deprisa.

Ella entonces vuelve a bajar los ojos y coge la manaza terrosa de Pedrín entre sus manos marinas, como si quisiera hacer las paces con una caricia.

—Hubo otro, no tan pequeño, que todavía me duele, Pedrín. —El tono casi sugiere un asesinato y nos atrae la mirada como un imán—. Más de una vez… más de dos y tres, metí la mano en la caja, Pedrín… Un día quinientas, al siguiente quizá mil… Lo tengo todo anotado aquí no sé por qué —precisa, sacando un sobre y una libreta diminuta encuadernada en cuero rojo—. Mira, os birlé un total de trece mil quinientas pesetas —puntualiza, mientras le muestra una anotación microscópica que sin lupa solo puede leer ella—. Sumadas a las ocho mil que os debíamos…

—¡Increíble! ¡Prodigioso! —exclama Pedrín atónito—. ¿No te parece que le falla un tornillo, pobrecilla? —añade, dirigiéndose a mí en tono burlón.

Encojo los hombros, no porque crea que Ona esté chiflada, sino porque aún no me he recuperado de la sorpresa. ¡Qué nido de secretos, la chavala! Como si me oyera el pensamiento en tiempo real, le pone el sobre en la mano.

—Te agradecería mucho que aceptaras esto, Pedrín. Si no por ti, para que yo pueda borrar una parte de la culpa que me corroe desde entonces —reanuda Ona con pupilas húmedas y voz temblorosa.

Pedrín mira el interior del sobre y saca una hoja que, a dos palmos de distancia, lee sin gafas. Después deja el sobre de nuevo en la mano de Ona.

—Te acepto la nota muy agradecido, pero el dinero no.

Como Ona, cosa rara, no insiste, y veo venir que no tienen intención de aclararme el enigma de la nota, aprovecho el lapsus para visitar los servicios, no sé si a mear de verdad o solo para no molestar. Cuando salgo, efectivamente, Ona le cuenta que nosotros al final también nos curamos y estuvimos muchos años viviendo juntos, en muchos sitios, pero que hoy hemos venido juntos por casualidad, porque ella quería ver cal Gallaret.

—*L'hereu* la incendió —sentencia Pedrín, liquidando su segundo vasito de vino rancio—. Hace años que quiere convertirla en un hotelito rural, pero les prometió a sus hermanas que no la tocaría mientras viviera su madre, que era la *pubilla* de la casa y no lo habría entendido de ninguna forma.

Después nos tienta a una segunda ronda y a un arroz con conejo y Hanegas (se ve que él los fránkfurts ni los prueba), pero resistimos la emboscada porque tenemos que ir a comer a cal Pardal forzosamente. De camino, mientras Ona conduce y yo me regalo una cerveza viajera, especulamos entre risas sobre la profundidad de sus secretos y si todo el fardo puede ser trasladado a una pieza narrativa. Me temo que las palabras nos han poseído y pronto vamos a estar más pendientes de relatar retales de vida que de vivirla.

ONA: *Vermú de reencuentros*

Niel evidentemente ya sabía que en cal Pardal nos habrían preparado la comida oficial para celebrar su quincuagésimo aniversario. Y seguramente también había adivinado que mi fijación por la excursión, más allá de los motivos reales que me escocían en la memoria, era una estrategia para sacarlo de su nido. Lo que jamás habría imaginado era el reparto de personajes que habíamos logrado convocar al ceremonial.

Estaba claro que Renata y Jesús vendrían, obviamente, y Catalina, la ex de Guerau, más que sorprenderlo, lo ha desorientado. No creo que Catalina y Daniel se hayan besado nunca

con un atisbo de pasión, y ahora probablemente tendrán que esperar a otra vida porque ella se ha emparejado con Xandri, un maestro pastelero ocho o diez años más joven, y se les ve entre nata y crema. A Xandri no lo habíamos invitado, pero encontramos a los otros tres en la mesa de fuera, jugando a *scrabble* con un rubita teñida de nuestra edad y un pavo veinte años más joven con el pelo color carboncillo. Cuando vio que ella era Grace de Gràcia y él, Xesco, el hijo de Lupina, Daniel se quedó boquiabierto y petrificado.

Gràcia (que ha renunciado al apodo porque ya hace años que solo escucha clásica) se levanta y agarra al anfitrión por los codos. Se quedan ambos como un cuadro, contemplando el retrato del otro, mientras regurgitan a la velocidad del pensamiento el sabor de las migajas de vida que compartieron. Después se abrazan, con más énfasis del que esperaba, y Niel le agradece sinceramente que haya venido, y ella le contesta que se lo agradezca a Àsia, que la convenció. De la parte posterior, con esa presencia de Buda que gasta, aparece la sonrisa encarnada de Nicolau. Niel, que todavía no se ha repuesto del desconcierto anterior, articula un fonema que le escaña la garganta.

—¡Nic… lau!

Se abrazan y se dan palmadas con si quisieran encajarse en una sola alma, como si quisieran verterse el uno en el interior del otro. Hacía décadas, por lo menos dos, que no se veían ni por carta.

—¡Joder! ¿Qué hace entre sierras y montañas un espíritu marinado como tú?

—Joder, lo que se dice joder, de momento no jode nada —murmura Nicolau, entre la euforia y la vergüenza—. Ha venido a comprobar si es verdad que el animal loco que eras en *les Illes* se ha reciclado en un duende de bosque sensato.

De entre el corazón de risas, nos llega una voz por la ventana abierta de la cocina. Es Josep.

—¿No os parece que ha llegado el momento de abrir un par de botellas y declarar la fiesta inaugurada?

Ahora el coro es de voces y todas proclaman que sí, desde luego. Del interior de la casa salen, en este orden, Àsia, que lleva una bandeja de quesos y embutidos, Lupina, que trae otra de cucarachas marinas, y Josep, que carga una docena de copas de cava. Las botellas, sin abrir, las acerca otro tío de unos cincuenta tacos que

Daniel tarda un segundo en reconocer. Y dos en reaccionar. No acaba de creérselo, no.

—¡Pepito! ¡Hostia santa, Pepito! —exclama por fin, apretándose el pectoral izquierdo con la palma de la mano como si tuviera miedo de un infarto.

Pepito (conocido como Perla en las páginas de este relato) me traspasa las botellas con una sonrisa tímida, y se encara con Daniel como si compitieran a ver quién se emociona más. Daniel tiene ventaja porque le han caído tres o cuatro sorpresas seguidas y ya ha entreabierto las compuertas, pero la verdad es que Pep Peral también tiene los ojos a punto de desbordarse.

Siguiendo un ritual adolescente, como si quisieran hacer un pulso sin mesa, encajan la mano derecha a la altura del cuello. Entonces, con la izquierda, juegan a marcar golpes clavando un dedo en el costado descubierto del oponente, justo debajo de las costillas. Cuando uno ataca, el otro se cubre girando o tirando la mano derecha hacia atrás para desplazar al oponente. Y ríen como si tuvieran quince años. Al final, como era de esperar, Niel resbala o tropieza con una raíz invisible. Afortunadamente, Pepito lo sostiene porque iba a caer como un saco contra una piedra de tosca decorativa. Se libra con un rasguño en un gemelo, pero ya tenemos las copas llenas para el brindis iniciático y eso, evidentemente, le cura todos los males.

—¡A tu salud, hijoputa! —entonamos las once voces con un toque de euforia, siguiendo la propuesta de Selosca.

—A la vuestra, criaturas: muchas gracias —replica Niel antes de tragar saliva y secarse una lágrima en flor.

Como la mesa del jardín es amplia, han dejado las bandejas a los lados para no estropear la partida, pero de repente Xesco acapara la atención juntando todas las letras del tablero.

—¿Qué ves aquí, Dani? —Daniel no soporta que lo llamen «Dani», pero Xesco tiene bula porque de pequeño no sabía pronunciar la ele.

—Un derrumbe de letras. ¿Qué más ves tú?

Xesco, con la habilidad de un pianista, arranca a pillar y ordenar cuadraditos. Diez segundos después, en medio del tablero, todos podemos leer: FELIZ CUMPLEAÑOS DANIEL.

—Lástima que no haya cifras ni signos de admiración —se

lamenta el chaval, mientras celebramos su ocurrencia con risas y aplausos.

La fiesta ha empezado de verdad, las copas bailan aladas y Selosca, siempre alerta, corre adentro a buscar más brujas. Quería decir *burbujas*. Vaya lía un porrillo de un polen de luxe y Xesco, una caña de una maría que planta y cultiva personalmente a poca distancia del refugio. Gràcia y Catalina emprenden una conversación de presentación y Nicolau contempla la escena como si fuera la última cena, o en este caso vermú. Yo, que sé qué me juego, me esfuerzo en portarme bien con bebibles y fumables, confiando en que, ya que somos doce, el ausente sea Judas. Cristo, coronado con cincuenta espinas, evidentemente es Daniel, que más que contento, más que feliz, se encuentra desbordado, con demasiados juguetes añorados durante demasiados años para saborearlos ahora todos a la vez. Tal como decía Josep en la carta donde nos comunicaba la muerte de Quique, la vida es así: un día todo y la mayoría miseria.

Enlazamos un brindis por los que no están pero todavía son, y unos cuantos por los que fueron pero ya solo son recuerdos. No pronunciamos ningún nombre en voz alta, cada cual los desgrana interiormente poco a poco, porque todos juntos sumarían un rosario demasiado largo. Àsia, finalmente, encuentra la manera de superar el momento de aflicción recordándonos que la «novela que estamos a punto de parir entre todos» es el arma más eficaz contra el olvido. Intencionadamente o no, este comentario altera de inmediato la reunión.

Gràcia, Catalina, Nicolau, Renata e incluso Vaya quieren leer los capítulos donde aparecen, aunque sea como espectros literarios, mientras que Xesco se muestra decepcionado cuando le cuento que su intervención se reduce a dos o tres pinceladas colaterales. Puesto que Àsia y Selosca se han llevado la tropa dentro para repartir el rancho entre portátiles y escenas impresas, yo me llevo a Lupina y Xesco a la cocina para terminar de preparar la comida, que hemos previsto dentro de una horita. Cuando ya giramos hacia la entrada posterior, Xesco se da la vuelta.

—Oye, Dani, ¿no queréis una birra sólida del país en vez de ese zumo de uva afrancesado?

—Buen'idea, nano. Gracias.

—Yo también me apunto —canturrea Pep Peral, alias el Perla.

NIEL: *Frutos secos amargos*

Como acostumbra a pasar en las fiestas que provocan mucha expectación y nos chutan una sobredosis de exaltación, la experiencia ha resultado sublime, a pesar de no perder la sencillez que debe impregnar la celebración de un cumpleaños resignadamente feliz. Sin difuntos recientes. Sin enfermedades graves. Preocupaciones, como solía decir mi madre, todo bicho vivo las tiene siempre, pero las defunciones recientes y las enfermedades graves son lo más difícil de sobrellevar en una fiesta.

Antes de comer, me he puesto un poco al día con Perla, que está angustiado porque su mujer es una mandamás de la Liga Norte y le da miedo que le hagan chantaje por culpa de su pasado de yonqui y traficante. «¿Traficante?», le he preguntado extrañado, porque lo ignoraba. Por su expresión, con una sonrisa más triste que la de Jesucristo en el Calvario, he captado la mitad muda del relato. La que más o menos se puede contar en quince minutos de conversación es que hace veinte años, los primeros de vivir en Milán, aprovechó que daba la vuelta al mundo cinco veces al año como mecánico de una escudería de
F-2.
Transportaba heroína o cocaína de Àsia y Suramérica hacia Europa o Norteamérica para tener una hucha si venían vacas flacas. Lo peor, ha resaltado al final, fue que los organizadores del tráfico, por el motivo que fuera, un día liquidaron a un colega suyo que también se la jugaba como mula ocasional.

—Cuando fui consciente de dónde me había metido y les dije que no quería saber nada más de sus martingalas, me dieron la vuelta al argumento como a un calcetín y, con mucha mala leche, me dejaron absolutamente claro que yo solo era un soldado y debía lealtad y obediencia a la familia, ya que si estaba donde estaba, era gracias a ellos. —Y después de una pausa para reorientar la brújula, lo ha remachado con una parábola—. Estaba a punto de casarme con la hija de un propietario de la escudería y habría hecho lo que fuera… lo que fuera… para que ella no descubriera ni un pistón de aquel engranaje corrompido. Enfrentarme a los designios de los

mafiosos, por otro lado, representaba poco menos que un suicidio. Le di mil vueltas y, al final, presa del pánico, me confesé a mi suegro, que se lo tomó con mucha filosofía y me dijo que no me preocupara más, que ese tumor me lo extirparía él sin hacer ruido. Esa vez. Una y basta, remarcó, porque hay errores que solo se pueden cometer una vez.

—¿Y cómo terminó la película? —le he preguntado, porque parecía tan distraído que temía perderme la traca final.

—El lugarteniente mafioso de Milán resolvió que podía «comprar mi libertad»… ¡por una cantidad que rayaba lo que yo había ganado en dos años de jugarme la piel! ¡Manda huevos! —Ha marcado todavía otra pausa, para terminarse la cerveza y encender otro canuto (se ve que ahora no fuma ni tabaco y casi no bebe alcohol, y por eso hoy aprovecha esta excepción sin remordimientos)—. Pero mi suegro le contestó sin ambages que yo no era el esclavo de nadie y no les pagaría ninguna emancipación. Y que, si se atrevían a tomar represalias y alguien salía perjudicado, él también tenía un río de dinero y un pozo de poder.

Yo quería saber más cosas y pincelar detalles para dibujarme una viñeta literaria sostenible que pudiera utilizar mañana o reinventar al cabo de una temporada. Pero después de un par de preguntas concretas, he visto que Pep se recluía lentamente dentro de otra concha de ostra, y he comprendido que de esta otra dimensión ya no dejaría salir ni un vahído. Como suele pasar cuando alguien hace confidencias oscuras, el silencio subsiguiente ha resultado incómodo. Sacar de las profundidades de la entidad cucarachas tan amargas, disecadas con el veneno en las entrañas, a menudo provoca al narrador/a la sensación de haber bajado la guardia; de haber explicado secretos relevantes sobre la coraza que lo protege del mundo, del pasado contaminado y de los falsos amigos y los bocazas. Ona, por suerte, ha salido a buscarlo y Pep lo ha aprovechado al vuelo para rememorar el día que la conocimos, mil años atrás. «Aquella muchacha desnuda», ha dicho como si aún la viera saliendo del mar y del alba. Huelga añadir que el cuerpo de Ona ha cambiado considerablemente a lo largo de treinta años, pero es verdad que todavía conserva una harmonía gestual muy erótica.

—*Something in the way she moves* —ha susurrado después, mirándome la aguja de las pupilas como un chaval de quince años

—. ¿Te acuerdas?

Me he quedado en blanco: no acertaba a encajar la célebre canción de los Beatles en el contexto. Pero entonces he recordado que sí, que después del accidente y de los funerales de los presentes y los ausentes, yo escuchaba esta balada enamorada diez veces al día a la salud de la Ona humana de la Barceloneta. Ella, que conoce la anécdota porque cuando nos escogimos amantes yo me arriesgaba a menudo a cantarle un fragmento de la canción, lo ha celebrado con un compás largo de risitas en tono menor. Antes de pedirle a Pep que la acompañe dentro, porque Àsia quiere consultarle la pincelada napolitana de la novela.

—¿A mí no me necesitáis para nada?

—¿Para qué? —ha replicado ella entre risas—. Tú solo eres el autor. Un pedazo. Y no tienes permiso para entrar hasta que te llamemos.

Me había levantado para no quedarme fuera solo, pero me he sentado de nuevo como un niño obediente. Por suerte (o porque alguien afinaba el guion), cuando ellos se iban ha llegado Xesco con una porra de hierba en los labios, dos birras vírgenes en la mano derecha y un maletín de cartón negro en la otra. Ha dejado las botellas mientras se sentaba y, con gesto de mago, se ha sacado una trompeta de encima de la oreja, de dentro de la mata de rastas que ahora gasta, y me la ha ofrecido.

—Como sé que la hierba te pone histérico, le he pedido una bolita de polen a Jesús.

—Qué detalle, chaval. ¡Lástima que solo pase una vez en la vida, esto de cumplir cincuenta tacos!

Hemos brindado sin palabras, con una sonrisa extática y un substrato de nervios. Raro, porque conozco a Xesco desde que nació y en el hostal de la Sal fuimos colegas diez años y un día. En seguida he adivinado que la inquietud provenía de él y, concretamente, del maletín de cartón negro que acababa de poner plano sobre la mesa.

—En realidad, te he traído otro regalo, más personal y más jodido —ha recitado, arrastrando las letras como si fueran sillares.

—¿Qué clase de conejo tienes, dentro de ese maletín?

Ha abierto el corchete del estuche como si fuera la caja de Pandora. Y me ha sobrevenido una idea como un rayo, pero me he

dicho inmediatamente que era imposible. De dentro, ha sacado un volumen grueso, con espiral negra y cubierta de plástico transparente. Mientras me lo plantaba directamente bajo los ojos, como una amenaza a punto de dispararse, he leído el título. En negrita, con *courier new* de tamaño 24. *Hijos de la heroína*. Tenía la cerveza en la mano para tomar un sorbo, pero he cambiado el gesto para estirar el índice de la otra hacia Xesco, que mantenía los ojos clavados en el libro como si fuera un enemigo.

—No me digas q… —he tartamudeado al final—. No me digas que lo has escrito tú.

—Me han ayudado tres o cuatro almas generosas. Especialmente Àsia, q…

—¿Àsia? —he exclamado, desconcertado.

—Sí, sí. Se lo pedí a Ona y…

—¿Ona?

—¿Quieres apagar el eco, por favor? —me ha espetado divertido —. Alguien tenía que pulirlo de arriba abajo, y le pregunté a Ona si podía pedírselo a Selosca. Pero después de leer diez páginas, Ona resolvió que antes de molestar a Josep teníamos que pasarlo por dos filtros: Àsia y Dani.

Xesco mientras tanto movía la cabeza afirmativamente, lentamente, ensanchando una sonrisa, que primero ha estallado en risas pausadas y después en una risotada formidable. Yo debía de poner cara de payaso. Mientras me bebía el sorbo interrumpido y encendía la caña regalada, he recordado que Lupina y yo mismo, en tanto que referente masculino, habíamos librado mil batallas contra Xesco porque pasaba de la escuela en general y de gramáticas y literaturas en particular: «un mar de mierda inútil», según una de sus definiciones preferidas. Sostenía el chaval que leer, especialmente novelas, poesía y cojonadas por el estilo, además de perder el tiempo era perderse en un tiempo irreal, sin ninguna relación verdadera con el mundo donde vivimos. Y ahora me salía con esta sorpresa. *Hijos de la heroína*. Joder con el título, como diría Selosca, que tiene una enciclopedia mental sobre la moral, la estética y el márquetin de todos los títulos habidos y por haber.

—Más que un regalo, es una putada —ha remarcado entonces el autor en potencia, recuperando el buen humor—. Si quieres hacerlo, hay mucho trabajo.

—Pero… ¿cómo? Si nunca has leído ni una docena de libros, ¿cómo puedes haber escrito una novela, Xesco?

Me ha comentado que, en el primer refugio donde se había instalado, el guarda titular era un fanático de la literatura y tenía una biblioteca formidable. Ediciones baratas y viejas, aceptablemente conservadas y muy bien escogidas. Quizá quinientas, entre la estantería y un par de arcones. A continuación, delectándose en la narración, me ha explicado que se lo pasaban de fábula, porque él en el aspecto literario casi era virgen, y su colega le iba descubriendo las joyas más exquisitas de la literatura mundial. Habían empezado por el siglo XXI y, en tres años, habían llegado hasta Cervantes, pero justo antes de desflorar el Quijote, el guarda en cuestión había desaparecido en la cara norte del K2 sin dejar rastro. Una manera muy estúpida de decirlo porque, en la humanidad floreciente de Xesco, había dejado un surco profundo y fructífero.

—Él, el guarda literato, también era hijo de yonquis y habíamos hablado del tema del derecho y del revés.

—¿Huérfano de padre y madre? —he asumido no sé por qué.

—No, no. Los dos vivos, enganchados y enfermos. Un melodrama postmoderno en toda regla.

Un bufido de tramontana que podría indicar lluvia ha estirado una pausa discursiva. En pocos segundos he empezado a imaginar un calidoscopio de posibilidades.

—Y el libro, ¿habla de su vida y de la tuya?

—Y de unas cuantas más. Su hermana mayor, que tiene una granja de vacas en la Franja y es su ángel de la guarda, y su hermana menor, que pasó dos años en un centro para menores y ahora es… mi ángel y mi compañera. Además de unos cuantos fantasmas que conozco desde que era un niño.

—Me has dejado estupefacto, Xesco. Pero pinta bien, la idea, muy bien, y evidentemente… —Ya tenía un dedo encima de la cubierta, para dar un vistazo al índice, cuando él ha puesto una mano sobre la mía.

—No, por favor. Me moriría de vergüenza, si lo miras delante de mí.

—Como quieras.

—Lo guardaré aquí para que no nos estorbe. —Mientras

devolvía el tocho al maletín, ha levantado una ceja maliciosa—. De todos modos, ahora tendrás lectura de primera para una buena temporada.

El tono conspirador era evidente, pero no he tenido tiempo de sondearlo porque Ona ha salido otra vez de la cocina. Ya podíamos entrar: Xesco y ella por detrás y yo, en un minuto, por la puerta principal. Algún tipo de misterio me esperaba, claro, pero la verdad es que han logrado intrigarme. Embobado frente a la puerta, como un gorrión desahuciado de su nido, he oído ruido de persianas y a alguien (creo que Àsia) que gritaba: ¡Ya podemos pegarles fuego! Confío que no a las persianas, me he dicho sonriendo. Pero no he tenido tiempo de concretar la imagen de un pastel rebozado de velitas, porque los goznes han girado hacía dentro suavemente y me he encontrado ante el espectáculo. En el recibidor, que en realidad es diminuto, solo había una en cada lado, pero en la sala de estar, en la escalera e incluso en la cocina, respiraban medio centenar de velas de un palmo: blancas, verdes, naranjas, rojas, lilas y azules. Mientras se me eriza el vello, saboreando el escalofrío, Ona me abraza como si me abrazara yo mismo y dice:

—Muchas felicidades, Daniel.

Acto seguido se aparta y me da, salido de la nada, un libro sin envolver que me resulta familiar por el aspecto.

—*Vidas paralelas* —leo en voz baja a la luz de las llamitas—. Muy, pero que muy apropiado, amor mío. —Me acerco lo justo para estamparle un besazo en los labios, que se gana un coro de silbidos y una salva de aplausos.

Aún no me he recuperado de esta conmoción cuando me abraza Àsia y me da *Andria: el verdugo de sí mismo*, de Terencio, que no conozco en absoluto pero me atrae igual o más. A continuación viene Selosca, que me regala, naturalmente, *El banquete*, de Platón. Y así hasta once: Homero, Jenofonte, Aristóteles, Ovidio, Cicerón, Séneca… Pero entonces, cuando dejo los últimos encima de la mesa del rincón, me doy cuenta de que hay libros esparcidos por toda la casa, quizá más que velas encendidas. Todos son de la misma colección (no diré el nombre para no excederme en la publicidad), y cuando llego al pie de la escalera y descubro un volumen plantado en cada peldaño, como centinelas protegiendo un camino de culto, se me ilumina por fin la bombilla.

Subo lentamente entre risas, recogiendo cada libro con el gesto de un niño extasiado, murmurando el nombre de cada autor como si se tratara de una oración. El rastro me guía hacia la habitación de invitados, donde han apartado la cama y las mesitas para que quepan cuatro cajas grandes de madera… ¡llenas de libros de la misma colección!

—¡Estáis locos! —exclamo, tan emocionado que se me rompe la voz a la segunda sílaba.

—Eso es verdad —replica Selosca detrás de mí—. Debe de ser contagioso.

—Vaya —se suma Renata, que también se ha contagiado.

—La idea fue de Ona —confiesa Àsia tan tocada como yo—. Siempre dice que, cuando os tragabais las de Caín en cal Gallaret, tu sueño era encontrar un curro amable y comprarte esta colección, poco a poco, para no aburrirte nunca más.

—Yo, si fuera escritor, me lo tomaría como un insulto, Daniel —interviene Xesco—. Cualquiera diría que te han regalado todas estas obras inmortales para que dejes de escribir.

—Ah, muy amables —contesto, como un autómata con los circuitos bloqueados.

—¿A qué coño viene eso? —le espeta Lupina con una colleja de madre friqui—. ¿No has contribuido como el resto y no me dijiste que lo aprovecharías para leerlos todos?

—¿Me los dejarás, Dani? —insiste él, clavándome un codo en las costillas.

—Coge los que quieras, chaval. Seguro que ni los echo de menos. ¿Cuántos volúmenes son, en total?

—Uy, en total, muchos —contesta Jesús desde el corredor.

—Más de trescientos —precisa Selosca, estampándome una mano como una maza sobre el hombro dolorido—. Quizá Xesco tenga razón y…

—¡Eh! —clama la voz de Ona desde abajo—. ¿Y si venís a comer ahora? No solo de letras vive el espíritu.

ÀSIA: *Apóstoles que se impacientan*

Como es habitual en este tipo de fiestas exageradas, después de una comida que ha empezado sobre las tres y media y se ha

terminado cuatro horas después, algunos apóstoles tenían prisa y se han despedido con la tarde.

Los primeros en repicar la campanilla del adiós (como yo misma decía en un poema abortado hace veinte años) han sido Pep Perla y Xesco. Pep Perla, que ha aprovechado el fin de semana para saludar a sus padres, hoy mismo tiene que coger un avión para volver a Milán. Y Xesco había dejado a Xesca sola en el refugio y quería llegar antes que la noche. Me he dado cuenta de que se llevaba a Niel a la cocina para decirle noséqué. Cuando han salido, Niel tenía los ojos entelados y Xesco decía adiós con una mano igual que los niños, sonriendo como uno. Secretitos entre parientes. Bueno, de sangre no, porque Xesco es hijo de la prima de Ona, pero respecto a Niel solo es una especie de sobrino adoptivo.

La siguiente ha sido Catalina, y después me ha sobrevenido el presentimiento de que esperaba que fuéramos los que entonces éramos. También creo que le sobraba Nicolau, pobre, pero el buda lo ha leído al vuelo y ha salido a fumarse una pipa de cara a poniente. Debe de ser el único posthippie que, en lugar de cannabis, se dedica a plantar una especie de tabaco legal, pestilente y espeso, que denomina tana pitiusa. Catalina, siempre tan reservada, nos ha pillado por sorpresa y nos ha dejado estupefactos con la primera andanada.

—Hoy, Niel, como regalo de cumpleaños, te quiero hacer una confidencia —ha dicho entre avergonzada y exultante, cogiéndolo por un codo y estampándole un besazo en los labios. Después se ha vuelto a medias para abarcar a los demás sin soltar el brazo de Niel —. A todos, os la quiero hacer, pero a este perla en primera persona. —Por un momento, me ha parecido que el silencio la vencería y se echaría a llorar, pero se ha repuesto con una risa que le surgía de las profundidades—. A mí, me salvaste la vida, Niel. La segunda parte, por lo menos. Después de los desastres y de la muerte de Guerau, todos lo sabéis, me encerré en una ostra de angustia y remordimientos que ningún siquiatra podía perforar. Ya sé que desde fuera es muy sencillo argumentar que, si alguien tenía alguna culpa, era sobre todo él, pobre desgraciado. Pero, desde dentro, desde la ostra, yo me decía y repetía que si se había enganchado de aquella manera, si había perdido el control y las proporciones de la vida, buena parte de la culpa tenía que ser mía a

la fuerza, porque yo… yo tenía que haberlo notado, evitado…

—Pero, Catalina, cariño… —ha iniciado Niel, intentando una caricia que ella interrumpe igual que la frase.

—No, no, déjame hablar. El primero en abrirme los ojos mentales, aunque fuera una grieta, fue Jesús.

—El principal culpable de las desgracias de Guerau —ha sentenciado el aludido.

—¿Queréis callaros, por favor? —ha gruñido ella dulcemente, antes de vaciar un culo de crema de whisky—. Jesús me explicó los tráficos que hacían juntos, cómo se habían ido complicando a lo largo de los años, y que Guerau un buen día se había descontrolado. Él, él, que en ese aspecto lo conocía cien veces mejor que yo, no había sabido verlo. Ni evitarlo, vaya.

—Vaya —corrobora Jesús.

—La culpa es un concepto ultracatólico que, a la hora de evaluar la conducta humana, no sirve para nada.

Lo ha soltado de una sola tirada, como si lo hubiese memorizado expresamente. Daniel, claro.

—¡Exacto! —exclama Catalina muy contenta—. Eso mismo me dijiste cuando empezaba a enamorarme de Xandri. Y suerte tuve, porque estaba decidida a dejarlo pasar por miedo a fracasar otra vez… como mujer. Como pareja. Si aquel día no hubiese hablado contigo y no me hubieras hecho prometer que por lo menos lo intentaría, seguramente ahora no viviría con mi bizcocho más feliz que un pastel de cumpleaños.

—¿Más feliz de lo que te mereces, burra? —le ha espetado Ona, abrazándola—. Tú, túúúú, ¡te lo mereces todo!

Entonces, mientras Selosca salía a buscar a Nicolau con un brillo en las pupilas que no he comprendido, Catalina se ha despedido de todos con un abrazo sentido y se ha ido. Jesús y Niel la han acompañado hasta el coche, pero juraría que, en lo que concierne a las palabras, ya estaba todo dicho.

JOSEP SELOSCA: *Un juego catártico*

—Os quiero proponer un juego, un juego metaliterario que bautizaremos… Rueda de catarsis —he dicho, levantando la voz para captar la atención.

—Si lo entiendo, que me cuelguen —le ha espetado Nicolau, expresando el criterio general.

—Catalina me ha dado la idea. Seguro que todos… o casi todos, tenemos una espina podrida en los repliegues de la memoria. —He tosido dos veces, en parte para arrancar un esputo real y en parte para ganar tiempo con el pañuelo—. Catalina debía de llevar diez o doce años con la suya clavada. Os propongo ser valientes y hacer una ronda de recuerdos hirientes. —He oído dos risitas vacilantes en el rincón de Ona y otra, resquebrajada, por parte de Jesús, pero los demás, si no estaban de acuerdo, por lo menos se lo pensaban—. ¿Tienes algún inconveniente? —he reanudado, dirigiéndome ahora al anfitrión y homenajeado.

—Aaah… no, no —ha bostezado, no muy convencido—. Siempre que sea absolutamente voluntario, claro.

—Por descontado. ¿Cómo íbamos a obligar a nadie?

—Pero entonces, querido Josep, los que no quieran participar se sentirán incómodos y los demás quizá también —ha intervenido Àsia, que se las sabe todas.

—Exacto —se ha sumado Ona—. Seguro que hoy no…

—Un momento, porfa —la ha interrumpido Niel, con sonrisa de Corderito—. Siempre he creído que eso funciona lindo cuando sale espontáneo, como a Catalina, pero, si un artificio así se puede llevar a cabo intencionadamente, es cierto que pocas ocasiones serán más propicias.

Alguien, quizá Renata, ha murmurado que tenía razón, y alguien más, quizá Gràcia, lo ha corroborado con una interjección. De repente, se me ha ocurrido cómo acabar de preparar el anzuelo:

—Lo plantearemos diferente, para no crear tensiones. Quien tenga algo que contar y quiera hacerlo, que lo aproveche.

—Muy bien, ya puedes empezar —me ha sentenciado Ona, pero ya me lo esperaba.

—De acuerdo. Es lógico —he tosido de nuevo, pero ahora para desatascar una amargura de tristeza vieja y pura que me repite más de prisa que un ajo crudo—. Mi espina, como ya debéis imaginar, proviene de Quique en paz descanse, y no es muy diferente de los remordimientos que nos ha confesado Catalina. Cuando Quique murió, cuando se disgregó, según sus palabras, yo ya me sentía culpable, absolutamente culpable, desde hacía tiempo. —Después

de chasquear la lengua para matizar el tono, añado—: No en lo que se refiere al contagio, ya sabéis que yo he tenido mucha suerte y no soy portador, sino porque, igual que Catalina, no lo supe evitar. En este caso, que se contagiara.

—Pero si no eres portador, ¿cómo vas a ser culpable? —interviene Renata.

—Si lo entiendo, que me cuelguen —repite Nicolau.

Interludio Montecarlo

Fue un atardecer a finales de octubre, a mediados de los ochenta, en una terraza de Montecarlo donde todas las mesas lucían siempre el cartel de «reservada» para que el jefe de protocolo pudiera escoger a los clientes como si fueran guisantes. No era la clase de sitio que Selosca frecuentaba, pero había quedado con un viejo amigo, actor agostado y jugador de *bridge* profesional, con quien tenía unas memorias apalabradas, y Quique lo había acompañado porque se moría de ganas de conocer a la celebridad.

El actor, tigre taimado y ambicioso, se había presentado con un abogado que vestía como un gigoló y se movía como un maniquí, y con otra celebridad, aunque más joven y efímera. Quique dejó al actor y al abogado para Selosca y se concentró en el tercer hombre, Martín de nombre, al que pocos años antes había visto en la tele jugando el Godó. Una lesión crónica lo había apartado muy joven de las pistas, pero conservaba la estampa de un atleta helénico y transpiraba el *savoir-faire* de un encantador de serpientes de cinco estrellas. Y como si quisiera demostrárselo a todo el mundo, había aparcado un porsche esmeralda último modelo justo enfrente de la terraza, en una zona prohibida incluso para los multimillonarios. Eso le sirvió de excusa para tragarse un chupito de vodka sin sentarse y convidar a Quique a dar una vuelta «mientras los potentados juegan a los negocios». El tono neoaristocrático con que lo dijo, como si eso de los negocios fuera algo plebeo e indigno, atrajo y repelió a Quique por igual, puesto que se había ganado la carrera de periodismo a pulso pero jugaba a la primitiva cada semana.

—Si te hace tilín y no vas a rayarlo, puedes conducir tú.

Entonces el cebo ya era demasiado rico, demasiado jugoso, y

Quique se lo tragó con una risa de éxtasis mal disimulada. Selosca le dijo con un cabezazo que a la ocasión la pintan calva, y con cuatro palabras que ellos igualmente se irían a un reservado porque una decencia elemental prohibía discutir contratos de seis cifras en público. Dos horas más tarde, sin embargo, cuando prácticamente ya habían atado cabos y trapos y solo faltaba acordar quién escribiría el texto original, Quique y el atleta del porsche aún no habían vuelto. El actor dijo que era normal y llamó a un taxi porque tenía la *ville* en la corona de la capital monegasca, y el abogado se sumó porque vivía a medio camino. Josep Selosca, en cambio, prefirió pasear un kilómetro aproximadamente hasta el hotel donde se alojaban. Cenó solo en el restaurante del hotel por si Quique llegaba, y lo esperó despierto, releyendo la vieja novela de Alexandre Oscà, hasta las dos en punto. Quique llegó a las cinco pasadas y, como tenían habitaciones separadas aunque normalmente durmieran juntos, decidió incubar solo la cuba de *cuvée*.

A la mañana siguiente (pongamos al mediodía, porque el cafre bajó a desayunar a las doce menos cuarto), la tormenta estalló espontáneamente y de prisa. Pero no es de extrañar, porque Quique estaba en la plenamar de una resaca rabiosa y Josep Selosca en el punto álgido de un cabreo de vértigo.

JOSEP: Espero que os lo hayáis pasado bien.

QUIQUE: De fábula, muchas gracias.

JOSEP: Podías haber llamado a recepción y dejar un mensaje.

QUIQUE: Nos fuimos de fiesta al yate de un playboy aborigen. No había teléfono.

JOSEP: ¿A qué hora has vuelto?

QUIQUE: ¡A la que me ha dado la gana, mamá!

Hay palabras blandas que, según el contexto, tienen más fuerza que los insultos más graves. Ese «mamá» a Josep Selosca se le atravesó como un sapo venenoso, seguramente porque era ocho años mayor y propenso a un cierto paternalismo. Tuvo que luchar ferozmente contra una hemorragia de lágrimas de decepción, de vergüenza y de frustración. O, para simplificar, de amor herido.

—Pues ve con ojo, hijo mío —escupió, más automático y

despiadado de lo que habría querido—, porque en Montecarlo todo el mundo sabe que tu muñeco hinchable es portador del sida.

El silencio subsiguiente fue de los que se cortan con cuchillo, y Quique, como si quisiera reflejarlo, se dedicó a desmenuzar con los cubiertos la fruta fresca que tenía en el plato.

—Aunque fuera verdad, Josep, ese comentario es tan rastrero que solo te lo puedo perdonar como un ataque de celos. A veces, resultas patético, Josep.

Llevaban cinco años de feliz monogamia y Josep, además de celos, sufría un ataque de pánico. Le parecía imposible que Quique, de un día para otro, pudiese menospreciarlo por pijopasta narcisista. Pero «patético» fue un cáliz todavía más tóxico que «mamá», y alguien como Josep Selosca Deduque no se lo podía tragar. Se levantó y se fue sin decir adiós. Aquella misma tarde, en tren, hasta París, y unos días después, para olvidar aquel tango fatal, a Buenos Aires.

La última estrofa, en cualquier caso, la interpretaron juntos en Barcelona un par de años después, en la terraza de un local nocturno de moda donde Josep hacía de VIP de incógnito y Quique, de cliente empedernido. Era una madrugada de junio en la que cualquier noctámbulo/a parecía una flor a rebosar de savia menos aquella sombra desmembrada, casi de espaldas en el rincón más alejado del recinto. Josep llegó con unos amigos y se sentó en sentido contrario, de modo que no reparó en la figura penumbrosa del fondo hasta que, casi a la hora de cerrar, fue y volvió de los servicios. Tuvo que mirarlo dos veces, porque había algo en el aura del personaje que no le cuadraba, pero sin duda era Quique. Aunque fuera un espectro de Quique con media botella de vodka entre pecho y espalda y un calvario entero en el alma.

JOSEP: ¿Cómo lo llevas, *nin*?

(Quique levanta dos ojos de vidrio, reacciona abriéndolos de par en par, y responde encogiendo los hombros).

JOSEP: ¿Cómo te fue en Montecarlo?

(Quique tuerce una sonrisa amarga y responde cabeceando).

JOSEP: ¿Quieres que me siente o que me vaya?

(Quique se levanta tambaleándose, se arriesga a un paso inseguro y acaba cayendo sobre el pecho de Josep, que lo sostiene

como puede un poco avergonzado. Especialmente porque, acto seguido, Quique se echa a llorar como un niño).

—Y ya sabéis el resto. Nunca me lo perdonaré.

Me miran como si estuviera loco. Diría que ni captan el resto ni qué tengo que perdonarme exactamente, pandilla de bobos. Preciso, casi contra mi voluntad porque ahora la catarsis se me funde en la hiel como plomo, que al cabo de una semana volvíamos a vivir juntos en el chalé del Garraf, y que al cabo de un mes nos fuimos juntos, primero a *les Illes* a saborear una rebanada de verano como cigarras felices, y después a Río de Janeiro y Buenos Aires a trabajar otoño e invierno como hormigas eficientes. Pero en seguida matizo que de felices, nada, en realidad, ya que durante los meses de separación habían cambiado tres o cuatro detalles devastadores.

Uno: Quique era portador del sida y ya lo había desarrollado.

Dos: Quique se metía un par de esnifadas de heroína cada día para no suicidarse antes de ir a dormir.

Tres: Quique arrastraba una depresión cósmica en cada molécula y ni quería tratarse la infección ni quería curarse la adicción.

Y cuatro: yo, Josep Selosca Deduque, estaba convencido de que, de haber planteado la conversación iracunda de otro modo, si en vez de sucumbir a los celos y al orgullo hubiese pensado de verdad en el bien de mi amado, quizás, quizás, habría encontrado la forma de evitarlo. De evitar aquel desastre irreversible que nos había caído encima un atardecer de octubre en una terraza jet set de Montecarlo.

ÀSIA 2: *Espectros y esperpentos*

Para compensar el glamur monegasco de Josep, yo les cuento la pesadilla más cutre de cuantas viví en la capital de España.

—Los primeros meses en los purgatorios madrileños, acompañé a Mònica varias veces a comprar demonio al punto 21. La gallinita se llamaba Asunción y el gallito Santi… me parece. Pero a ella la llamábamos Sísí porque lo repetía continuamente, y a él Veintiuno porque vivían en el segundo primera del número 21. La calle hedía a meados y a cloaca; la escalera del edificio hedía a meados, a ratones y a mustio; y el piso de marras era una amalgama de

pestilencias nauseabundas entre las cuales destacaba la de pañales sucios. —Intento una sonrisa, que se resiste, y me bebo un sorbo de cava—. Pero cuando digo pañales sucios, evidentemente, tenéis que imaginaros a las dos criaturas, de un año escaso la pequeña y apenas tres el niño, que… todavía me hielan el alma. El Veintiuno traficaba en el barrio de dos a nueve de la tarde: nunca se levantaba antes de la una y a las nueve iba a casa a comer y a preparar más sobres. Sísí trabajaba de puta, y ocasionalmente de traficante, en el mismo local donde Mònica curraba de camarera… y ocasionalmente de puta. —Trago un sorbo de aire porque las burbujas del cava no me aportan oxígeno suficiente—. En el punto 21, no era nada raro ver a Asun inyectándose con la pequeña en brazos, ni a Santi soltándole un coscorrón porque la niña esparcía mierda por el borde de los pañales. Pero Asun no se inmutaba por los malos tratos porque él era el padre de sus hijos, a los que ella adoraba, y el hombre que traía la heroína a casa. «Sí, sí —solía decir—. Él se cuida del jaco y del chocolate, y yo de todo lo demás».

Ahora inspiro una pausa porque la necesitamos, y la aprovecho para acercarme a la ventana. Me recibe un crepúsculo moribundo recortado entre tres lentejas gigantes, con la barriga color sangre y el lomo de plomo.

—Un día me armé de valor y le insinué a Mònica que teníamos que hablar con los servicios sociales: los mayores de edad que se cuelguen como quieran, le decía, pero esas criaturas… Mònica se asustó y se cabreó como una abeja. Si ellos supieran que se me había ocurrido separarlos de sus hijos… seguramente me romperían la crisma. Quizá contado así os resulte difícil entenderlo, quizá os parezca un cuadro imperfecto, pero os aseguro que, surrealista e hiperrealista al mismo tiempo, el cuadro era ese.

Jesús me ha ofrecido una de esas trompetas delicatessen y me he arriesgado a una calada de tanteo y a dos hechas a conciencia. La audiencia también se distiende entre tosecillas y resoplidos, mientras Gràcia reparte cava frío y Niel va a vaciar los ceniceros y trae otros limpios.

—Continúa, por favor —me dice Lupina, casi al oído. Sea etílico o de sentimiento, tiene un velo en los ojos a punto de licuarse.

—Yo no volví jamás al segundo primera del número 21. Cuando íbamos, Mònica me dejaba en espera en el bar de la esquina o en la

parada del bus.

Ahora los recuerdos me inundan, se entretejen, como si se solaparan tres o cuatro secuencias distintas de una misma película. Me veo en el punto 21 el día que Santi pisó una papilla de caca y cayó de culo sobre la marranada. Me veo en el bar de la esquina, donde una noche tuve que defenderme a botellazos de una malaputa que, por sus cojones, me quería robar la chupa de cuero. Me veo en la parada del bus, donde una mañana radiante de verano me encontré a un abuelo con gorra y barba de pescador, ultracongelado como un bacalao. Lo toqué porque no se movía y por poco me cae sobre la falda como un bloque. Podría perderme en un calidoscopio de esquirlas de vida y de muerte, de odio y de amor, pero lo que ahora quiero es concretar la tragedia del 21 y pasar el turno a otra valiente. Quiero decir persona.

—El extracto del desenlace, cinco o seis meses después, me llegó una madrugada de invierno que fui al puticlub a última hora a ver a Mònica porque necesitaba una esnifada. El gallinero estaba más revuelto que una babel de cotorras y oí muchas versiones, algunas contradictorias, acerca de un rompecabezas de sucesos que según cómo parecían absurdos. Presentados por orden de importancia después de la criba, los hechos son que Asun había asesinado a Santi con el cuchillo del pan. La mayoría de testigos coincidía en dos cosas: que le había clavado veintiuna estocadas y que lo había hecho porque Santi, de noche, cuando ella ejercía de ramera, alquilaba los niños a un monstruo enfermo, alias pederasta.

Enterraron a Santi como quien dice sin funerales, ya que su crimen era tan aberrante que no se habían acercado ni sus parientes. A Asun la metieron en la cárcel, dado que el homicidio era incontestable y el ensañamiento todavía más. Los únicos que salieron más o menos bien parados del desastre, si es que eso se puede aplicar a una situación tan abyecta, fueron las criaturas, que acabaron en casa de sus abuelos maternos, una familia payesa de la provincia de Cádiz que no sabía nada de su hija desde hacía cinco años y aún menos que fueran abuelos. He contado todo esto en cuatro frases porque ya me sobran todas y necesito expulsar la cola venenosa.

—La cosa quedó así bastantes años, ocho o diez, hasta que un día, gracias a una redada contra el porno pedófilo, la policía obtuvo

una confesión de… un cámara. —La idea de repente me paraliza: sé qué tengo que contar pero ninguna expresión me parece apropiada —. Resulta que Santi no alquilaba a sus churumbeles, no conscientemente por lo menos. El desgraciado que le vendía el caballito se dio cuenta de que, con una dosis generosa sin cortar, el Veintiuno se dormía como un tronco una hora o dos. Entonces el traficante llamaba a su cómplice, el violador, y le daba una criatura. Una cada semana, según dijeron. El violador solo tenía que subir un tramo de escaleras y entrar en el tercero quinta, donde vivía un yonqui terminal que por un cuarto de gramo desaparecía como una sombra y callaba como un muerto. El yonqui, efectivamente, ni hacía preguntas ni se las hacía tampoco, y habría jurado por todos los dioses que usaban el piso para efectuar ventas al por mayor. En el tercero quinta, pues, los esperaba el cámara, que con una sábana de seda y un par de reflectores ya había preparado el plató. —Exhalo un ovillo de angustia para no asfixiarme y salto a las conclusiones, si lo son—. Una noche, la niña cayó y se abrió la frente, y mientras el cámara intentaba vendársela, el violador bajó a avisar al traficante… que, sin avisar al padre drogado y dormido, cogió el coche y a la criatura y se fue a buscar a Asun para llevar a la niña al dispensario. Ya debía de barruntar que las agresiones sexuales saldrían a la luz, y aprovechó el incidente para dar a entender a Asunción que el culpable era el Veintiuno. Ella se tragó el anzuelo, la caña y al pescador y se apresuró a ir a casa a saldar cuentas. Cuando la policía llegó al piso, ya era una carnicería.

Pasan unos segundos durante los que el silencio chilla, llora, blasfema, mientras acabamos de digerir las diversas crueldades del suceso.

—Parece increíble —susurra Renata como si necesitara oír una voz para volver a respirar.

—Es lo que tienen algunas historias verdaderas. Parecen más inverosímiles que las ficticias —apunto yo, como de pasada.

—Pues yo me he perdido —interviene Jesús—. Si son auténticas, ¿cómo pueden parecer inverosímiles?

—Sí, hombre —le responde Ona—. Piensa en el instalador de antenas que cae de un décimo piso y solo se rompe un hueso. Eso, por improbable que sea, en el mundo real sucede de vez en cuando, pero si lo escribes así en un relato todo el mundo creerá que es

humorístico o metafórico.

—Y se me ocurre una explicación —observa Nicolau, que parece ausente pero siempre está atento—. Cuando la trama y la magnitud de la tragedia dependen de un autor que aspira a ser creíble, él mismo tiene que establecer unos parámetros y censurar, o por lo menos maquillar, las ideas que ultrapasan la supuesta realidad. Mientras que, cuando el argumento depende exclusivamente de lo que denominamos azar, no hay ningún límite, ninguna pauta, y a veces ninguna lógica. ¿No tengo razón, Niel?

—Ah, sí. Por mi parte sí.

—Y tú —salta Josep como un muelle—, ¿en cuál de las narraciones de este libro te has censurado más?

—¡Eres como la carcoma, Josep! Cuando un autor disfraza una historia para mantener en secreto un aspecto del original, ¿de qué te sirve pedirle luego la confesión una y otra vez?

—Es que quiero entenderlo. Quiero entender por qué a veces podéis explicar algo tal como aconteció realmente, por duro que fuera, y otras dais la vuelta al mundo para esconder…

—Acabas de decirlo, joder: para esconderlo —le espeta Niel con la mosca en el bigote—. Para disimular determinadas circunstancias que no nos da la gana revelar.

—¿Por cobardía?, ¿por escrúpulos? Por…

—¡Por mil motivos distintos en cada caso! A ti, ¿te gustaría escribir y publicar la historia de Quique en Montecarlo? ¿Que todo el mundo supiera qué sucedió y de qué manera?

Josep, con una sonrisa rota, se declara vencido en este punto. Yo lo aprovecho al vuelo para concluir mi intervención.

—No siempre es por pura privacidad —remarco, con más emoción de la que esperaba y quería—. Yo, este episodio lo descarté porque sabía que, si me obligaba a escribirlo, lo pasaría fatal. Contarlo aquí, en cambio, en el cenáculo de las confidencias, creo que me ayudará a terminar la digestión de los hechos.

—Pues venga, Niel —insiste Josep en voz alta, que cuando quiere un caramelo parece un niño—. Da ejemplo como anfitrión y explícanos qué descartaste tú.

—Hemos acordado que sería voluntario —le recuerda Daniel sonriendo, decidido a darle calabazas por lo menos de momento.

Entonces (*sorpresas te da la vida*) Gràcia se levanta con una

copa llena en la mano.

GRÀCIA: *El vicio y el oficio*

—Quiero brindar una vez más por el que envejece y por todas las personas que han hecho posible esta celebración. —Lo aliñamos con unas risitas de distensión—. Y, si no os molesta, me gustaría corresponder a esta ronda de espinas con un apunte sobre la mía. Que también tiene relación con el sexo pero… —Marco una pausa para concretar el brindis y degustar el instante—. A mí, afortunadamente, nunca me han alquilado, nunca han abusado de mí, nunca me han puteado, en el sentido más patético de la expresión. En mi caso, por lo tanto, la culpa es solo mía.

—Ya sabes qué dice Niel —interviene Ona con tono amistoso.

—¿Qué dice?

—Que la culpa es el peor invento del catolicismo después de la Santa Inquisición.

—Y quizá más, si tenemos en cuenta que la culpa en mayúscula ha pervertido y castrado a millones y millones de personas ¡desde hace dos milenios! —insiste Nicolau, siempre atento a remachar el clavo—. Respecto al pensamiento colectivo occidental, la culpa es un microbio infinitamente más nocivo que la Santa Inquisición, y la prueba es que la humanidad al final superó el cáncer de la Inquisición, pero el de la culpa, el de la culpa en mayúscula, ya no lo va a superar jamás.

Se plantea un debate y me quedo, como quien dice, con la palabra encallada en los labios. Jesús objeta en tono escéptico que los hijoputas más malos, los que organizan las guerras y matan a medio mundo de hambre para arramblar con más poder y más dinero, nunca se sienten culpables. Renata añade que ni siquiera los culpables confesos de crímenes abyectos contra la humanidad, de Ratko Mladic a Hermann Goring, experimentaron culpa de ninguna clase cuando los juzgaron. Nicolau precisa, con un giro discursivo interesante, que eso también proviene de la culpa divina pero en sentido inverso: el verdugo no se siente culpable porque se considera un ángel vengador con la misión de exterminar a criaturas nocivas. El verdugo está convencido de que judíos, negros, amarillos, gitanos, indios y homosexuales son virus peligrosos a los

que es preciso exterminar.

—Una disquisición digna de escolásticos —los interrumpe Selosca, manteniendo su papel de maestro de ceremonias—. Pero Gràcia nos quería explicar una gota de culpa íntima y no la que ahoga a la humanidad desde el pecado original.

Nicolau se disculpa con una sonrisa zen y yo le correspondo lo mejor que sé.

—Mi caso vendría a ser un ejemplo de arrepentimiento doble. Primero, a causa de una relación tan prematura como dura con un vecino depredador, planté el estigma de Satanás en la entrepierna de los machos en general. Me juré que jamás volvería a enamorarme… y que jamás volvería a quedarme embarazada porque sí. La segunda parte del juramento la he cumplido: desde entonces, en treinta y cinco años más o menos, me habré enrollado con un centenar de tíos y nunca más me he quedado preñada. —Ahora aprovecho la pausa para soltar una risita sardónica que revela más que muchos discursos—. No creáis que me siento orgullosa. Al contrario: he lamentado muchas veces haber sido tan promiscua, por no decir estúpida, durante tantos años, porque, cuando a los treinta y pico me enamoré de nuevo, la culpa hacia el exterior se me giró de golpe y porrazo y me convencí de que yo, en cursiva bastarda, no era digna de ese hombre. Ni de ese ni de ninguno que fuera un poco digno, precisamente. —Resoplo y sonrío, ahora como alguien que acaba de arrancarse una púa podrida—. Como solía decir mi abuela después de contarme un cuento: «Fue así como se comió su cola el pez, y así termina esta fábula de una vez».

—Si te digo que deberías superar ese complejo de inferioridad de una vez por todas, me responderás que dar consejos es muy fácil —tercia Niel decidido—. Eres una mujer digna de cualquier hombre digno. Ramiro, por poner un ejemplo…

—Ay —exhalo yo como si me hubiera soltado una descarga eléctrica—. No me hables de Ramiro que todavía me duele.

—Pues mira que murió hace tres años —me recuerda Niel.

—Es que la cosa tiene gracia: Ramiro y yo nos liamos unas cuantas veces y estábamos de fábula. Pero yo no quise continuar porque cada día me juraba cien veces que Ramiro se merecía una persona más… decente —cloqueo brevemente, porque por fin lo

encuentro divertido—. Y al cabo de un año fui a verlo, ¡y me lo encontré emparejado con una profesional! No sé si moralmente es más reprobable hacerlo por vicio o por oficio, como diría el rector Joan, ¡pero os juro que los celos me mataban de rabia!

—Dejando a los rectores a un lado, follar porque te da la gana no puede criticarlo nadie de ningún modo —afirma Renata decidida —. Es tu cuerpo y puedes hacer con él lo que te salga de los ovarios.

—En lugar de avergonzarse, la mayoría de machos se jactarían como muñecos hinchables si se hubieran enrollado con más de cien mujeres.

Esta ha sido Ona antes de pedir una pausa para ir al lavabo. Lupina se levanta como si hubiese recordado algo y la acompaña, y yo me acerco a Àsia, junto al ventanal, para cazar el último suspiro de esta tarde inmortal. Niel dice que el cava ya le sale por las orejas y ofrece cervezas a los que quieran cambiar de veneno. Jesús dice que vaya y Renata pregunta si hay té. Nicolau ha cargado otra pipa y, antes de encenderla, abre la otra ventana con una sonrisa de disculpa. Por pura educación, ya que entre los porros de Daniel y Jesús, y los puros de Selosca, seguro que no nos viene de una pipa.

—Puesto que tendré que irme pronto —recita Nicolau como si hablara de Katmandú—, cuando vuelvan, si os parece, os cuento la mía.

No precisa qué, pero se refiere al herpes emocional que más le pica.

NICOLAU: *Un ave y un percebe*

Empezaré matizando que en mi caso no se trata de culpa, porque las tengo prohibidas igual que Niel. Ni tan siquiera de un remordimiento con voluntad de enmienda, porque no creo que me equivocara entonces ni que rectificara si pudiera. Pero ahora sé más cosas y quizás preferiría arriesgarme a un error de concepto que conformarme con este dolor de muelas… que me estrangula el alma desde hace diez años. Cuando Angelica se fue
d'Es
Torrent.

Primero apuntaré que, gracias a una herencia paterna, asumí la locura de comprar la propiedad para evitar que nos echaran.

También que Angelica, un par de amigos y yo curramos dos años como mulas para reciclar aquel caserón decadente en una pensión apañada. Digna por lo menos de todos los permisos que impone la autoridad. Niel me tomará el pelo, claro, porque que el hippie Nicolau se haya transformado en un empresario de playa le parecerá más divertido que un elefante rosa. Pero Josep, que me avaló y aconsejó, remarcará que era la única manera de que no lo comprase «un desconocido para montar una jodida disco», y Àsia añadirá que a medida que cumples años el mundo cambia y te obliga a escoger a la fuerza. Y todos sabemos por experiencia que emperrarse en no hacerlo a la larga acostumbra a ser una mala opción.

Por otro lado, cuando tomé la decisión de comprar la finca para renovarla, aún éramos dos tirando del carro y no me cabía en la cabeza que Angelica al final acabara abriendo sus alas y se fuera volando. Confesaré que ya me lo había insinuado un par de veces: el patrimonio te esclavizará, Nicolau, y yo, ya lo sabes, soy un ave migratoria, canturreaba de vez en cuando como una sibila. Pero quién podía imaginar que, una vez lo tuvimos todo limpio, repintado y listo para inaugurar la nueva era, después de quince años de formentear como una sabina, Angelica empezaría a hacer planes para cambiar de puerto. Primero dijo que se iría unos meses a Nepal, donde unas amigas mallorquinas colaboraban en un programa de escolarización; y después, que una parienta de la rama irlandesa había abierto un club de jazz en el Soho de Londres y le ofrecía el cargo de *public relations*.

Seguro que eso, a los que la conocemos, nos invitará a unas risas cómplices, porque Angelica tenía todos los atributos y capacidades para ser una directora de relaciones públicas de primera, pero imaginarla con zapatos de tacón alto, faldas abiertas y blusas sin espalda, imaginarla maquillada y peinada y con las uñas pintadas como corresponde al ombligo cosmopolita del Soho, resulta tan difícil como cómico. Lástima que Renata, que es la dibujante de la pandilla, no la conozca personalmente porque podría sacarle una caricatura descojonante.

—Al final la excusa perfecta le llegó de Boston, donde su hermano pequeño se moría de cáncer —murmuraré como núcleo de la explicación—. No se habían visto desde hacía tres décadas, pero

se quería despedir de él. Yo al principio aún confiaba en que volvería, al cabo de un mes o quizás un año, e incluso cuando su hermano murió y ella se trasladó a Nueva York, aún me decía que se cansaría pronto de la ciudad de los rascacielos. En eso acerté, porque en Nueva York solo se quedó un par de meses, pero en vez de volver a Es Torrent a currar de hostalera se fue a Nepal a trabajar de maestra. —Llegados a este punto, si llegamos, me permitiré una pausa para encender de nuevo la pipa y servirme dos dedos de té—. La cola de la espina, más honda todavía, se me clavó en la membrana más blanda el verano pasado, cuando Angelica se presentó en la pensión sin avisarme con un marido pakistaní de madre filipina, un hijo de ambos de seis años, que parecía un compendio de todas las razas, y dos niñas adoptadas de tres, nepalíes en todos sus genes.

Llegados a este punto, que es adonde deberíamos llegar, comentaré como si hablara en broma que me costó mucho tratarlos con la hospitalidad que se merecían, porque los cinco se la merecían de verdad y Angelica más que nadie. Y pasaré de puntillas por la depresión llorica que me hizo subir la fiebre como un microbio desde el instante en que los vi y especialmente cuando se fueron. Seguro que me saltaré que, me gustara o no, tuve que medicarme una temporada y que una noche de invierno estuve cerca, muy cerca, del suicidio. Me gustaría mucho poder explicarles eso también, eso por encima de todo, pero necesitaría quedarme una semana para recuperar la confianza con los pajarracos y ganarla con los pajaritos. Por otro lado, Josep Selosca y Anastàsia, mis amigos de verdad, ya lo saben de sobra y quizás ya se lo han comentado a Niel y Ona.

Sea como sea, luego sin duda me embargará una pasión de tristeza inevitable, una melancolía patológica autocompasiva, y me apresuraré a pedirle a Gràcia que cante pronto la hora del adiós para emprender la ruta hacia el charco. Me ha invitado a pasar la noche en la cama de invitados de su piso de Gràcia, y acaso a ella, a solas y en calma, le contaré los rasguños de la cola de esta espina.

RENATA: *Vaya, vaya, vaya*

Jesús y yo, que tenemos que recoger a Estel en casa de la amiga

donde la hemos aparcado, aprovechamos la despedida de Gràcia y Nicolau para preparar la nuestra. Jesús se ha enrollado el *cannone* número cien para no angustiarse durante el viaje, aunque conduciré yo como de costumbre. Y yo he puesto el té sobrante en una botellita de plástico para no envidiarle la cerveza que abrirá justo después de abrocharse el cinturón de seguridad. Lo he comentado distraída en voz alta y nos hemos partido el pecho de risa, porque si treinta años atrás alguien nos hubiese dicho que terminaríamos por abrocharnos el cinturón cada vez que subimos a un coche, o que nos prohibirían fumar tabaco en bares, cafés y discotecas… ¡Treinta años atrás todos estábamos convencidos de que en cuestión de diez o doce legalizarían por lo menos el cannabis, y que por lo tanto podríamos fumar *cannoni* libremente en cualquier parte! Hay que reconocer que como profetas somos un desastre, ha sido el epitafio de Àsia.

En referencia a la ronda de espinas, Jesús, con pocas palabras como siempre, ha declarado que él tiene una clavada en el tuétano por el coñazo de las drogas.

—Tomarlas, por lo menos como lo hacíamos nosotros, es una locura… una lotería casi comparable a la ruleta rusa, pero por lo menos empieza y acaba en la propia persona. Ya sé que a veces perjudica a parientes y amigos, y es precisamente por eso por lo que me siento especialmente culpable de venderlas. Quiero decir de haberlas vendido —ha rectificado en seguida, provocando una risita colectiva.

—Ahora solo vendemos bebidas alcohólicas, té y café —he precisado yo para entrar en escena—. Esperemos que al final no los prohíban también.

—Calla, calla: ¡no les des ideas! —ha exclamado Selosca escandalizado, con un davidoff en una mano y una copa de *cognac* en la otra.

Entonces Lupina me preguntará sarcástica si tengo intención de fugarme sin pasar por el confesionario, y yo lo aprovecharé al vuelo para asegurarle que no, que en el fondo me muero de ganas, pero que antes me gustaría oír el testimonio de Daniel. Mientras él se gira y me mira, entre sorprendido y divertido, todos los demás lo miramos a él, que se levantará con un chasquido dolido para ponerse a la altura del momento. Comenzará diciendo que él, de

espinas de esas, tiene tres cestas llenas, pero a continuación se concentrará en un relato del libro: «Últimas voluntades».

—Sucedió en una barriada de Vic en las postrimerías de una verbena de verano —dice, como si fueran sus últimas palabras—. Allí me encontré a… la Víctima número 1, un hippie valenciano que iba tirando en una casa ocupada de Torelló y que me preguntó si podía acompañarlo. Yo me había pasado la tarde esperando a un camello de Girona al que todavía espero, y solo hacía diez minutos que había conseguido pillar un cuartillo mentiroso a un par de subcontratistas locales. Ona me esperaba en Santa Eugènia enferma de mono, y le respondí que primero tenía que ir a curarla y después podría acompañarlo. Incluso le ofrecí que viniera a casa y se quedara a dormir, porque era un vicioso de las anfetas pero también un tío sensible e inteligente. No sé si he dicho sensible porque era gay, pero una cosa no quita la otra sino justo lo contrario, a veces. Entonces aterrizaron las Víctimas 2 y 3, que me habían vendido el sobre, para proponerme un cambio de polvorinas por dixidrinas. Les dije que no porque yo al día siguiente cogería la pasta y la manta y me largaría a Barcelona (o al fin del mundo), pero entre esto y lo otro, las Víctimas 2 y 3 se ofrecieron a llevar a la Víctima 1 a Torelló. En realidad, tenían intención de parar en Manlleu a comprar una punta de *speed* y rematar la fiesta no sé dónde, proyecto al que el invitado se apuntó muy contento. Ya se conocían entre ellos, de tratos fuera de la ley, y yo me lavé las manos de sus planes.

Hace una pausa para coger y levantar su copa de cerveza, que por un misterio de la naturaleza siempre tiene llena, y brinda a la salud de las víctimas, actuales y antiguas. Mientras le imitamos el gesto, cada cual con su brebaje, enciende un cigarrillo sin mezclar mirándolo como si llevara arsénico.

—Me olvidé de la anécdota por completo hasta que al cabo de un par de meses unas amigas de Vic vinieron una noche a Santa Eugènia a buscar un cuartito de burro, y nos contaron la tragedia. En Vic no se habla de otra cosa, decía una. A mí, me han dicho que los han asesinado, susurraba la otra. El caso, resumido en una sola frase, era que habían encontrado a las Víctimas 2 y 3 fritas de vena en el cubil que compartían en el casco antiguo, donde el escándalo duró una semana y languideció como las demás sobredosis de la

época. Básicamente porque la Guardia Civil no compartía las sospechas de la amiga chafardera y archivó el caso en el cajón de los yonquis difuntos: dos cucarachas menos que vigilar.

Toma otro sorbo y se traga una bola de humo. Decapita la colilla solemnemente y tose para encararse al desenlace con garantías.

—La cosa quedó así un par de años. —Niel mira a Ona como si fuese un calendario y ella levanta las cejas—. Hasta que un día la Víctima número 1, el ocupa valenciano gay que no habíamos vuelto a ver en ningún lado, se presentó en casa a la hora de cenar y nos contó una película de terror. O más precisamente dos. La primera, por más sórdida que resulte, fue que aquella noche lejana de verbena, aquellos dos idiotas que se habían ofrecido a acompañarlo a Torelló, se habían parado al salir de Vic para prepararse un pico y, después de invitarlo, como si fuera lo más natural del mundo, lo habían violado. O más concretamente, lo habían amordazado, atado a un árbol y sodomizado. Y luego, entre risas y morreos a una botella de whisky que les aliñaba el humor, se habían largado y lo habían dejado allí, por si pasaba alguien y quería servirse a placer.

Niel se levanta, se lleva la copa vacía a la cocina y la deja caer en el fregadero, donde se rompe en media docena de pedazos que ya nunca volverán a ser una copa de cerveza. Se queda plantado de espaldas, como si en las esquirlas leyera el futuro o el pasado futurible, y nosotros miramos a Ona, esperando que embista el último hilván de la trama.

—El final de esta peli de venganza implacable es fácil de imaginar. El valenciano desapareció del mapa pero se espabiló para que alguien subiera a Vic a buscar a los dos violadores y les ofreciera un par de gramos de heroína a precio de amigo. Este ejecutor desconocido los invitó a una dosis cortada y les vendió a buen precio una droga mucho más pura, de modo que, legalmente, ni tan siquiera se podría considerar homicidio. Eso es por lo menos lo que nos contó la Víctima número 1.

—¿Y la segunda? —pregunta Lupina, aparentemente sorprendida de no haber oído nunca ni pío sobre el tema—. ¿Cuál fue la segunda peli de terror?

—El sida, faltaría más —replica Ona, buscando un margen de humor difícil de transitar—. Las Víctimas 2 y 3 debían de ser portadores de chuta y durante la violación contagiaron a la

Víctima 1, que precisamente porque era gay sabía de qué iba y se hizo la prueba. Dijo que ya tenía la venganza pensada, pero que si el resultado hubiese sido negativo quizá no la habría llevado hasta las últimas consecuencias. También dijo, justo antes de irse, que había desarrollado una tuberculosis hepática y se había comprado un billete de ida con destino a Tailandia para matarse a picos antes de que la infección lo machacara. Por eso había venido a explicarnos las tres tragedias entremezcladas: alguien tenía que conocer la verdad, una temporada más, en el mundo de los vivos.

Oímos un portazo, sordo pero no mudo, que proviene de la cocina, de donde Niel ha salido a saludar a la llovizna. Durante un segundo, uno solo, se me ocurre que esta precipitación la hemos conjurado entre todos a base de secretos atragantados. Como si hubiese oído mi idea, Ona aprovecha el tono para desclavarse una punta podrida, aunque parcialmente ajena.

—Y ya que estoy puesta —reanuda con un chasquido desenfadado—, ahora que no hay orejas inocentes os contaré que mi espina, una de las más hirientes, fue el día que fuimos al funeral de la madre de Niel. Aún veo la cara de mármol impenetrable con que mi suegro le dijo que no entendía por qué su esposa, que era una santa, estaba muerta, mientras su hijo pequeño, que era una infamia, continuaba vivo. Se me clavó como un puñal porque Daniel me había preguntado lo mismo diez veces de camino al cementerio desde cal Gallaret. Y fue muy cruel y rotundamente injusto porque llevábamos tres años poniendo en el empeño todo el corazón y una buena parte del hígado, y casi uno sin probar ninguna droga dura —apostilla, tragándose las lágrimas por la nariz antes de que le suban a los ojos—. Pero esto, evidentemente, hasta que él no lo quiera contar, yo no os lo voy a contar.

LUPINA: *El futuro como final*

—Al final, Nata se ha escaqueado sin contarnos su secreto —exclamo en tono de reproche divertido después de esbozar el mío, que evidentemente habla de la incapacidad para ayudar a Xacó cuando nos casamos, y de las carencias de una viuda de yonqui para criar y educar a Xesco.

—La única que ha fallado, creo —remarca Selosca, orgulloso de

su iniciativa.

—No sé si también tiene púas clavadas en la membrana sentimental igual que nosotros —observa Daniel, ya recuperado de la crisis—, pero Renata me ha dicho más de una vez que lo que más le cabrea de los años rojos, en su caso nevados, es que la coca le pervirtió el impulso creativo… y sin estímulos no lo ha recuperado nunca más. Dice que tiene la puta sensación de que, los cuadros más chulos, los ha parido bajo la influencia de la cocaína y que, cuando coge un pincel y se encara a la tela, todavía experimenta una congoja extraña, como si le faltara algo.

Para disipar la bruma de silencio que nos ahoga, aunque Àsia es invencible, he propuesto una batalla de *scrabble*, pero Niel ha dicho que quería repasar no sé qué episodio de esta jodida novela inacabable, y Selosca, más que decirlo, ha cogido las hojas del índice en progreso y ha empezado a repasarlo con tanta atención que nos hemos quedado todos en suspenso unos momentos, esperando quién sabe qué.

—Hay capítulos que no llevan el año junto al título. Sería preferible ponerlos todos para acompañar al lector —trina Josep al final.

—A veces, si lo acompañas en exceso, lo desorientas —refunfuña Àsia—. La memoria humana es mucho más inexacta que las sumas y las restas de una reconstrucción literaria. Resultaría más verosímil si hubiese salpicaduras erróneas aquí y allí, recuerdos contradictorios y personajes desdibujados…

—¡Ah, sí: perfecto! Solo nos falta incorporar al texto el principio de incertidumbre —grazna Selosca, entre agobiado y entusiasta—. Tal como ha dicho antes Niel hablando de Renata, tengo la sensación de que me falta alguna esencia en la mahonesa, que se me escapa alguna gracia. Como cuando te enseñan un juego de magia pero no te quieren revelar el truco.

—Los prestidigitadores nunca muestran sus trucos, Josep —protesta Ona.

—No busques la revelación del enigma —añade el padre de la criatura—: no existe. No hay ninguna piedra filosofal, ningún relámpago iluminador que simbolicen la transformación de una realidad vital a la posterior. Un día, sin saber cómo, resulta que compras y tomas y vendes sustancias estupefacientes, y otro, al

cabo de unos años, quizá se dé el caso de que ya no compres ni tomes ni vendas.

—¿Pero cuál es el hilo que señala la salida del laberinto?

—Ninguno. O muchos a la misma vez. El laberinto en realidad es cada individuo, en primera persona, y cada cual sale de sí mismo a medida que se transforma en otro bicho. Como en la *Metamorfosis* de Kafka.

Entonces interviene Ona:

—Quizá la definición más aproximada es el proceso prácticamente inconsciente de substituir una trama de rutinas por otra. A nosotros, como botón de muestra, nos fue de perlas convivir con las estaciones en cal Gallaret. Tardamos unos cuantos años, pero poco a poco aprendimos que cortar árboles y cultivar champiñones en aquel momento era muy importante, lo más importante. En el fondo, era nuestro hilo para salir progresivamente del laberinto.

Aunque me da un poquito de vergüenza meterme en el lío de la novela, dado que son capaces de definir el perfil de las nubes olvidándose del suelo, me arriesgo a meter baza.

—A ver, dejando de lado la teoría de las relatividades literarias un momento, en esta enorme trama de pulpos hay tres patas que no me cuadran. La primera es evidentemente el título. Y no volváis a decirme que no hay prisa porque, aunque sea en parte… en la parte su-bli-mi-nal… el nombre ayuda a concretar la cosa. —Callan como difuntos. O por lo menos como putas: las preguntas inmediatas les horrorizan.

—Yo lo he reflexionado un mar —gime Selosca, mirando los giros centrífugos del *cognac* de su copa como si fuese la bola de cristal de la clarividencia—. Hay dos cosas que me parecen evidentes: todos los títulos presuntos que hasta ahora hemos sembrado, cocinado, rebozado y refrito, no la ponen dura ni con vaselina. Y si queremos mantener el juego de espejos con los *Caballos salvajes* de Oscà, el título debería ser una canción guapa de esa época.

Àsia aplaude como una muñeca mientras se le ilumina la cara como una farola:

—Pues muy fácil: ¡*Formentera lady*!

Como si hubiese encendido una mecha instantánea, estalla un

castillo de fuegos artificiales de exclamaciones, risas, aplausos y repreguntas. Josep la felicita. Ona quiere saber si lo ha dicho por la yegua o por la canción. Daniel, que al principio disfrutaba como un niño, apunta ahora que quizá no se entenderá. Yo aclaro que no sabía que fuera una canción, pero que me hechiza igualmente. Es la primera vez en la vida que uso esa palabra, *hechiza*, y los hechiza a todos de verdad. Se repiten las risas, las exclamaciones de felicidad y los brindis, pero, decidida a resolver cosas prácticas, retomo las riendas de la montura.

—Muy bien. Me parece una propuesta golosa. Vamos a por la segunda cuestión…

—¿La segunda? —se lamenta Daniel, como si tener que tejer tantos cabos recortados le provocara dolor de muelas.

—Sí. ¿Qué pasa…? ¿Quién es, dónde para y qué pasa con ese misterio llamado Mònica?

Todos miramos a Àsia, y Àsia, con una sonrisa tierna a pesar de todo, me mira a mí.

—Mònica, alias Laura, alias Lauri, es un personaje sin solución de continuidad. Se ha desintegrado entre los repliegues del tiempoespacio y ahora es el hilo rojo que separa la nada de la eternidad.

—Eso es de una cubierta de la Mahavishnu —murmura Daniel como si hablara de un karma inevitable.

—Pero la historia del Escorpión… ¿Lo mató de verdad? —insisto, porque la pregunta me pica hace días.

—Lo mató de verdad —gruñe Daniel para ahorrarle el trance a Anastàsia—. Pero creo que tenemos que preservar la intimidad de los personajes… que lo exigen.

—Eso —remacha Selosca, como si anduviera descalzo sobre ascuas.

—Venga, continúa —interviene Ona con una risa melódica para recuperar la harmonía colectiva—. Clávanos la tercera pata, prima Lupina.

—El final, claro está.

Se enciende al vuelo un debate sobre el concepto del desenlace y las diferencias que implica entre la vida real y las narradas. Daniel lo expresa así:

—En los cuentos, novelas o como lo queráis llamar, cerrado

como un puño, agrietado a medias o abierto como una flor, tiene que haber un final forzosamente. La esencia del relato repugna la infinitud y, por lo menos por tradición, reclama una despedida específica, elaborada. La vida humana no sigue los mismos parámetros. En realidad, nacemos antes de nacer y morimos después de nuestra muerte.

—En una realidad muy poética, en todo caso —protesta Selosca, inquieto como la tormenta que finalmente se ha desatado.

—Pero tiene razón —se suma Àsia, que conserva un gran ascendente sobre el editor—. Lo que tú buscas, Josep, es un final literario, más o menos redondeado, y eso es precisamente lo que nosotros hemos querido evitar.

Niel se sienta a horcajadas y da un beso a la copa, casi llena como siempre, antes de recapitular.

—Recuerdo una novela de un contemporáneo célebre en la que el autor y un amigo suyo que ha leído el original se encuentran para discutirlo. El autor comenta que la considera terminada pero le falta un final, y su amigo le contesta: «Ningún problema. Termínala así».

—¿Y la novela se termina entonces? —intervengo, desconcertada porque no me lo sé imaginar.

—Con esa frase —frasea Niel.

—Qué frío —afirma Josep—. ¿O no?

—Bueno, al menos por inesperado.

—Pero por ese mismo motivo también es atractivo. A mí por lo menos me encantó —insiste Niel, guiñándome un ojo con aire burlón.

Se cuela un lapsus de silencio, de silencio pensante y espeso, y Àsia lo rompe mientras se sienta a la mesa y levanta la tapa del *scrabble*. Dice:

—Es posible que tengas razón. Cuando la obra está completa, quizá el final ya no depende tanto del contenido como de un recurso formal que impacte. ¿Qué os parece si nos olvidamos de la novela un rato y jugamos una partida al estriptis *scrabble*?

—Una idea excelente —se apunta Niel con un ascua erótica en las pupilas—. ¿Cómo se juega?

Cuando Àsia empieza a inventarse normas para que nos quedemos todos en pelotas en media horita, se me ocurre que lo que buscan de verdad es eso que he soñado esta noche.

—Ya sabéis que soy la menos ilustrada de la pandilla, pero el final puntual de esta novela os lo puedo explicar en detalle.

Lo he dicho mirando el tablero y los cuadraditos de plástico, que Àsia pone bocabajo pacientemente, pero noto las miradas sobre mi frente, mis sienes, mi nuca.

—Ayer Josep me comentó que a mediados de octubre tenía prevista una travesía mediterránea de un par de semanas, pero que las dos parejas que iban a acompañarlo se habían peleado todas contra todos y ahora no sabía con quién ir. Yo, como amiga por si alguien alucina mandarinas, me apunté al vuelo, si podía pillarme unas vacaciones del hostal. Pero esta noche he tenido un sueño y me he pasado todo el día atando cabos para convertirlo en realidad.

—¡Fantástico! Eso sí que es un enigma como dios manda —exclama Daniel.

—Este es fácil, cariño. Primero le he preguntado a Josep si le parecería bien que fuésemos todos, los doce apóstoles, o por lo menos todos los que puedan. Me ha contestado que era una idea de putamadre, él, que nunca usa este tipo de lenguaje. Así que le he vendido la moto a Xesco, que me ha prometido que vendrá con Xesca aunque tenga que quemar el refugio, y a tu amigo Perla, con quien nos hemos citado en Nápoles a cenar. Si puede, nos acompañará unos días hasta las Eólicas. Después he convencido a Gràcia, que nos esperará en el albergue de Nicolau, donde los recogeremos a ambos para dar una vuelta a la isla a medianoche como hicisteis treinta años atrás con Quique y Angelica.

—Una idea estupenda, si estoy invitada —exclama Àsia, fingiéndose ofendida.

—Anastàsia, princesa: ¡faltaría más! —exclamo—. Josep sin ti siempre hace lo que le da la gana. Eres su brújula, su palo de mesana. Te necesitamos para que no se pase el día dándoselas de escéptico.

Selosca suelta una risotada con sabor a niño:

—El timón de la próxima aventura narrativa, tendremos que encargárselo a Lupina: ¡qué tralla!

—Trato hecho —se aviene Niel—. Yo ahora tengo literatura de calidad para lo que me queda de vida y ya solo escribiré microcuentos. Uno al año como máximo.

—¡Dejaos de aventuras impresas un rato! —insisto con una

seguridad poco habitual en mí respecto a esos temas—. Os habéis pasado tres o cuatro años imaginando, escribiendo y reescribiendo este pedacito de enciclopedia sobre experiencias pasadas, la mayoría más bien antiguas. Ahora… ahora os toca saborear el presente real y planificar la travesía marinera como proyecto de futuro. ¿Quién puede pedir más?

APUNTE Y COMA

Si em dius adeu,
vull que el dia sigui net i ciar

LLUÍS LLACH, Que tinguem sort

El campanario del convento acaba de dar las cinco. Ona está en el balconcito de la habitación fumándose discretamente una caña dos o tres veces prohibida. Por eso, cuando oye que alguien llama a la puerta, la deja caer en el rincón, donde hace el péndulo entre una cagarruta seca de paloma y una hoja verde de platanero. Ona se levanta, abre un palmo la puerta corredera y, con pies de gata, cruza la habitación hasta la que da al pasillo. Es Josep Selosca.

Se miran el abismo de las pupilas una fracción de segundo, como si fueran amantes conspiradores o algo incluso más grave, y suspiran al unísono mientras se abrazan. Acto seguido, el visitante se acerca a los pies de la cama para inspeccionar ocularmente al enfermo y los aparatos que lo rodean.

—¿Cómo está? —pregunta con un murmullo que significa ¿cómo se encuentra?

Ona lo llama al balcón con un gesto de barbilla mientras se dice que esa pregunta no se la puede responder con precisión. Daniel se encuentra en estado estacionario, ahora mismo en coma inducido porque quieren que descanse en cuerpo y alma. Pero cómo se encuentra en realidad, o cómo está en profundidad, seguramente no lo sabe nadie.

—Bien —responde por fin—. Teniendo en cuenta las circunstancias, está bien.

—Pero… ¿qué le pasó, de entrada?

—Pues mira, eso, de entrada, tiene dos asas. El doctor Camps afirma que «sufrió una insuficiencia respiratoria que le provocó una disfunción cardiovascular», pero la doctora Carner se jugaría el sueldo a que «sufrió una insuficiencia cardiovascular que le provocó

una parada respiratoria».

Josep Selosca, inesperadamente, estalla en una risa muda pero genuina. Ona, sorprendida, levanta una ceja.

—Ese juego de palabras, a Niel, lo mataría de risa.

Entonces ambos tienen que contener las risitas, que igual que las penas, son contagiosas y esencialmente infinitas.

Había transcurrido una semana justa desde el lunes del cumpleaños. Después del adiós de los demás apóstoles, Ona se había quedado en cal Pardal con el anfitrión, refilando el proyecto de volver a construir un nido juntos. La noche del sábado, dos días atrás, habían cenado en el porche como si fuesen ricos y habían hecho el amor como si fueran novios. Escuchando músicas arcaicas de cuando eran jóvenes. Daniel había encendido un canutito para celebrar el orgasmo (aunque fuese a medias entre los dos), y Ona se había adormilado a la segunda inhalación de humo, que él, juguetón, le servía boca a boca. Pero diez minutos después la había despertado «un poco alarmado» porque se ahogaba: no le entraba ni una burbuja de aire ni delante de la ventana. Ona llamó a urgencias, y solo tardaron quince minutos en subir a la ambulancia y marcharse al hospital, él con la máscara de oxígeno en la boca, y ella con un nudo estrecho en la garganta.

Ona se permite una pausa para recoger la colilla y encenderla de nuevo.

—A pesar de divergir en algunos aspectos de las causas, como te he dicho, el doctor Camps y la doctora Carner están convencidos de que Niel tiene muchas probabilidades de salir de esta, de momento.

—¿Qué significa *de momento*? ¿Temen que se repita?

—Si no cambia de hábitos…

—Pero ¿qué le provocó la crisis?

—No sabremos nada de los análisis hasta dentro de ocho o diez días, pero lo que es seguro es que había dejado el tratamiento. —Y viendo que Josep duda, añade—: Los retrovirales. Dejó de tomárselos porque la urticaria le torturaba.

—¿Se ha vuelto loco? —exclama Josep, levantando la voz.

—Un poco sí —replica Ona, bajando la suya para compensar.

—¿Y tú lo sabías?

—Que está un poco loco, sí. Que había dejado el tratamiento a la brava, no. Creo que estuvo a punto de contármelo la mañana de

la celebración, cuando fuimos a cal Gallaret… pero al final se lo calló.

Josep cabecea irritado.

—¿Y la travesía en el velero? —se le ocurre repentinamente.

Ona sonríe, como si volviera de un mundo donde no hay delicias de esa naturaleza.

—Si se recupera un poco, iremos, porque le hacía… porque nos hace mucha ilusión. Y empezar a aceptar este tipo de renuncias es lo mismo que empezar a morir.

Josep, después de un segundo de inmovilidad, inspira y cierra la boca. Estudia los árboles de enfrente recordando «Últimas voluntades», el relato de Eugènia, Elsa y Joanot Belmonte, que primero había creído el más real de todos y después justo lo contrario. Como si siguiera su hilo mental, Ona apura la colilla, la apaga contra la barandilla y la tira al vacío.

Times grey hand won't catch me while the sun shine down
Untie and unlatch me while the stars shine.
Formentera lady, dance your dance for me
Formentera lady, dark lover.

KING CRIMSON, Formentera lady

JORDI CUSSÀ BALAGUER (Berga - Barcelona 1961-2021)

Vivió y trabajó en Berga tras haber vivido algunas temporadas en ciudades como Barcelona
(1977-80,
1985-88),
Sant Cugat del Vallés
(1982-83)
y Nápoles (1991). Ente los veinte y los treinta años, y aun más, sufrió y disfrutó lo que él llamaba «los años rojos». Toda una década marcada por las drogas, experiencia que comparte con una parte importante de aquella generación (llamada ocasionalmente perdida y según el autor «la generación de los pringaos»), recogida en su primera novela publicada, *Caballos salvajes*.

Tras superar esta etapa, concentró su creación artística en el ámbito teatral. A los trece años, de hecho, ya había sido miembro de la agrupación teatral «La Farsa», y en 1977 entró en el Instituto del Teatro, donde solo cursó un par de trimestres. En 1978, junto con tres amigos, fundó el grupo «Anónimo Teatro», y estrenaron una docena de montajes, cinco de los cuales son obras de Cussà.

A raíz de esta implicación con las artes escénicas, Jordi Cussà

comenzó a escribir obras con la intención de ponerlas en escena, y más tarde comenzó a dedicarse a la narrativa con más asiduidad. Colaboró ocasionalmente en diversos medios de comunicación (*Región 7, El Periódico de Andorra, Enderrock, Descubrir Cataluña*). Fue traductor literario del inglés al catalán; tradujo una cuarentena de libros.

En la obra propia, Jordi Cussà permaneció fiel a la riqueza lingüística del catalán de Berga y el Berguedà, introduciendo propuestas innovadoras de creación propia o recogidas de la vida. De ello es un ejemplo característico la contracción de palabras para formar una expresión nueva o más dinámica.

Falleció en la madrugada del 11 de julio de 2021. Su salud estaba deteriorada desde hacia tiempo, cuando se vio obligado a utilizar un respirador. Pese a ello, ya tenía prácticamente acabada su última novela, *Les muses*.